

Juan C. Zorrilla de San Martín S. J.

Historia de la Literatura y Antología Escolar Hispano Americana

Adaptadas a los programas del sistema concéntrico reformado

TOMO I

IV y V AÑOS

(Edad Media - Siglo de Oro)



NASCIMENTO
SANTIAGO 1930 CHILE

Impreso en los Talleres de
la Editorial Nascimento
= Ahumada 125 =
Santiago, de Chile 1930

PRÓLOGO

Para conformarnos a la última reforma del plan concéntrico (decreto 5636, de 20 de Septiembre de 1927) que aún ha de regir para los alumnos que lo iniciaron antes de 1928, publicamos esta nueva edición de la parte española e hispano-americana de nuestra **Historia de la Literatura,** a la que añadimos una **Antología Escolar Hispano-Americana,** para que en un mismo volumen posean los alumnos junto con la doctrina los modelos que la confirmen y que sirvan para los ejercicios prácticos gramaticales y literarios que con notable acierto exige el citado plan reformado.

Como, según el mismo, las **nociones literarias** no se han de estudiar ya por partes cada curso, sino todas paulatinamente a medida que se vaya ofreciendo la ocasión en los modelos, hemos preferido no recargar cada volumen con toda la Preceptiva, sino publicar aparte un manual breve, pero completo, en que el profesor pueda ir indicando oportunamente los puntos que corresponden a sus explicaciones y a los análisis de las obras.

Siendo naturalmente muy reducida para un solo volumen la materia histórica de 4.º Año, hemos reunido en un solo tomo la de 4.º (Edad Media) y la de 5.º (Edad de Oro), dejando la Moderna, Chilena e Hispano-Americana para el 2.º tomo (6.º Año).

Hemos ampliado, donde ha sido conveniente, el desarrollo da los autores que expresamente exige el nuevo plan, pero no hemos suprimido el resto, que, aunque no sea materia explícita de los exámenes, será siempre de gran utilidad para la formación de los alumnos, especialmente de los más aventajados.



LITERATURA ESPAÑOLA

OBSERVACIONES GENERALES

Sinopsis geográfico-histórica

La Península Ibérica, en la que se formaron y desarrollaron nuestra raza y nuestra lengua, está situada en el extremo S. O. de Europa, donde se avanza en forma de cuadrilátero entre el Atlántico y el Mediterráneo. Una serie de cordilleras determina un conjunto de mesetas, cuencas de cuatro grandes ríos que corren hacia el Atlántico, el Duero, el Tajo, el Guadiana y el Guadalquivir; y otro que desemboca en el Mediterráneo, el Ebro.

Esta configuración cortada da origen a regiones de diversos climas y producciones, y contribuyó en la Edad Media a la formación de pequeñas nacionalidades que sólo llegaron a fundirse y a constituir la unidad nacional en tiempo de los Reyes Católicos.

En las montañas del Norte, donde se inició la Reconquista contra los árabes, se formó desde principios del siglo VIII en la Cordillera Cantábrica el reino de Asturias, origen de León y Castilla, y estos en el siglo XIII de Galicia y Portugal.

Al pie de los Pirineos se constituyeron en el siglo IX los reinos de Navarra al Oeste, el de Aragón al centro, y el condado de Barcelona al Este. Los dos últimos se unieron en el siglo XII, y en el siguiente reconquistaron a Valencia y las Baleares en el glorioso reinado de Jaime I el Conquistador.

El reino unido de Castilla y León en el siglo XII reconquistó con Toledo el centro de la Península en tiempo de Alfonso VI; en el glorioso siglo XIII los pueblos cristianos obtienen bajo Alfonso VIII la gran victoria de las Navas de Tolosa, y a mediados del siglo San Fernando somete los reinos árabes de Córdoba y Sevilla, y sólo queda en poder de la media luna el reino de Granada, que subsiste aún dos siglos, gracias a las disensiones de los reinos cristianos, y cae por fin en poder de los Reyes Católicos en 1492, quedando así terminada la reconquista nacional el mismo año en que el descubrimiento del Nuevo Mundo abría nuevos horizontes a la actividad caballeresca de España, fraguada ya en la lucha de ocho siglos contra los enemigos de la Cruz.

Habitantes primitivos de España

La Península Ibérica, fué habitada primitivamente por pueblos que recibieron de los griegos y romanos el nombre genérico de Iberos.

Sólo entre los siglos IV y VI a. de J. C. invadieron la península los *Celtas*, que en algunos puntos, sobre todo en el centro, se fundieron con los Iberos constituyendo varias nacionalidades conocidas por los romanos con el nombre de *Celtíberos*.

Los *Fenicios* y los *Griegos* se habían establecido anteriormente en varios puntos de las costas, desde donde comerciaron y comunicaron su civilización a los pueblos del interior.

Los *Cartagineses* y su cultura pueden considerarse como continuación de la de los fenicios, de quienes eran una rama o colonia.

Los *Romanos* por fin, en el siglo II a. de J. C. vencieron a los Cartagineses, se apoderaron de sus conquistas y las extendieron al interior, hasta terminar la total posesión de España en tiempo de Augusto. La conquista romana fué siempre acompañada de la difusión de su cultura, tanto material como intelectual. De la material son testigos los numerosos y grandiosos monumentos que aún se conservan, murallas, puentes, acueductos, palacios etc; de la intelectual sus universidades de Huesca y Evora, y sobre todo el hecho de que casi todos los grandes hombres de letras del imperio fueron españoles: *Quintiliano*, los dos *Sénecas*, *Lucano*, *Columela*, *Marcial* y los dos primeros poetas cristianos *Juvenco* y *Prudencio*.

Formación de la lengua y literatura españolas

Es de notar que en la lengua latina se pueden distinguir tres grandes variedades:

1) el *latín clásico*, el que cultivaron los grandes escritores (*sermo nobilis*).

2) el *bajo latín*, llamado también latín eclesiástico, que fué el cultivado en la Edad Media por los eruditos, en su mayor

parte clérigos, cuando ya el latín no era hablado por el ueblo.

3) el *latín popular* (*sermo vulgaris*), el hablado por el bajo pueblo de Roma, y que comunicado a las regiones conquistadas por los soldados y colonos, fué la base de las lenguas *romances* o *neolatinas*, como las lenguas españolas.

Ese *latín* corrompido, junto con algunos vocablos de origen *ibérico*, muy pocos, si los hay, del *celta*, *fenicio* y *griego*, a los que se añadieron algunos *germánicos*, traídos por los visigodos en el siglo V, y un gran número de palabras *árabes* infundidas por la comunicación con los invasores árabes desde el siglo VIII, formaron el origen de las lenguas españolas y en particular de la castellana. La influencia italiana en el siglo XV y la francesa, sobre todo en los siglos XI y XII y desde 1700, han añadido algunos vocablos de estas dos lenguas.

La pronunciación sonora y clara de las vocales, que distingue al castellano de las demás lenguas neo-latinas, es muy probable que provenga del *ibérico*, verdadero núcleo del pueblo español, y cuyo descendiente directo parece ser el *eúskaro* o *vasco*, que es quizás la lengua más antigua de Europa.

La época en que el latín hablado en España puede considerarse una nueva lengua, es imposible de precisar. Ya en el siglo VI en los escritos latinos de San Isidoro se citan palabras de ese lenguaje.

Sólo en el siglo XII aparecen obras extensas escritas en lengua castellana y tan semejante ya a la nuestra, que es fácil entenderla con escasos comentarios, al contrario de lo que pasa con el romance francés, imposible de ser comprendido sin diccionario por los actuales franceses.

La lengua castellana se distingue:

1) por su gran *riqueza* de vocabulario y de expresiones;

2) por su incomparable *armonía*;

3) por la relativa libertad de su sintaxis;

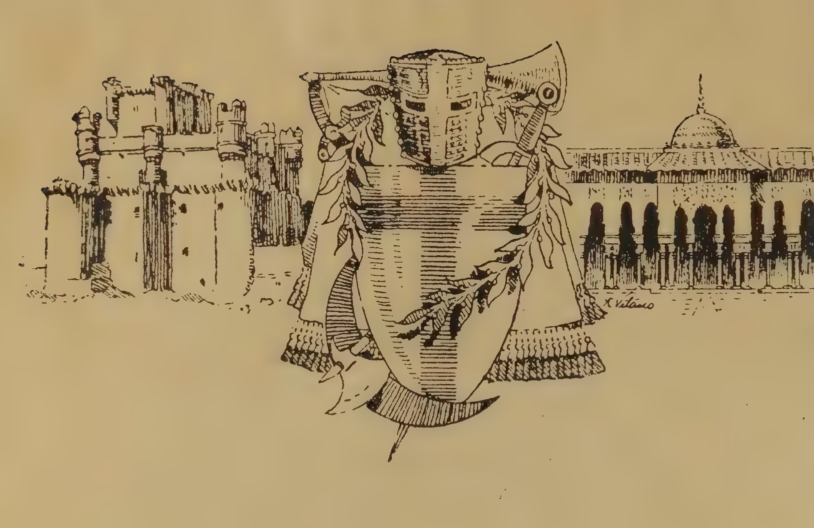
4) por cierta *nobleza* y *majestad* que reconocen universalmente los extranjeros.

La Literatura española es la *más rica del mundo,* sin exceptuar la griega, sobre todo en la *dramática* y en la *mística*.

Ninguna literatura en ninguna época puede compararse con la española del siglo XVI-XVII, en que a un mismo tiempo figuraron más de una docena de grandes genios, cada uno de los cuales podría inmortalizar un siglo y aun toda una literatura.

En casi toda la literatura española se advierte cierto predominio de la *imaginación*, cierta exuberancia de la forma, que quizá existía ya en los *iberos,* que es notoria en los escritores *latinos españoles,* que recibió un nuevo impulso con la influencia árabe, y que en el siglo XVII llegó a su apogeo con el *Culteranismo* o *Gongorismo,* resucitado en nuestros días por el llamado *Modernismo.*

El estudio de la Literatura Española puede dividirse en cuatro épocas: *Edad Media* (siglos XII-XV), *Edad de Oro* (siglos XVI-XVII), *Seudo-clasicismo francés* (siglo XVIII), *Romanticismo* o mejor dicho *Resurgimiento* (siglos XIX-XX).



1.ª EPOCA.—EDAD MEDIA

(Siglos XII-XV)

Para facilitar su estudio seguiremos por siglos su desarrollo, pues cada uno de ellos presenta una fase privativa: el XII cantares de gesta; el XIII la creación de la prosa por el Rey Sabi;o el XIV, aunque de estancamiento relativo por las guerras intestinas, produjo el gran poeta de la Edad Media, el Arcipreste de Hita; el XV, influencias extranjeras, provenzal, italiana y clásica.



Toledo

SIGLO XII

Resumen Histórico

En este siglo los reyes de Castilla y León, siguiendo constantemente hacia el sur el curso de la reconquista, reinaban ya en Toledo, la antigua capital de los godos, reconquistada por Alfonso VI a fines del siglo XI (1085)

La dominación árabe, después del extraordinario esplendor del califato de Córdoba en los siglos IX y X, se había fraccionado en pequeños reinos (de Taifas*), los que, amenazados de cerca por los príncipes cristianos, llamaron en su auxilio a los* Almoravides *y más tarde a los* Almohades*, sectas africanas. Los Almoravides derrotaron a Alfonso VI en Zalaca (1055), mas no pudieron recuperar a Toledo; los Almohades, aunque triunfaron de Alfonso VIII en Alarcos, sufrieron después una tremenda y decisiva derrota en las Navas de Tolosa iniciado ya el siglo XIII (1212).*

En este período la influencia francesa se dejó sentir en España, tanto por los peregrinos que en gran número acudían a Santiago de Compostela, como por los caballeros que tomaron par-

te en la gran cruzada de las Navas, y sobre todo por los monjes de Cluny, que fundaron gran número de monasterios, focos de civilización y cultura.

Mester de Yoglaria.—Cantares de Gesta

Juglares o yoglares eran los cantores ambulantes, que en las reuniones populares, sociales o militares, cortes, castillos o campamentos, narraban y celebraban, al son de la música, las gestas o hazañas de los héroes. Fueron primitivamente muy estimados, y a ellos se debe la elaboración de esos *cantares de gesta,* tesoro épico de nuestra raza, que constituyen la primera manifestación escrita de alguna importancia que se haya conservado del castellano primitivo. Según que el instrumento fuera de viento o de cuerda, se distinguían los *juglares de boca y los de péñola.*

Como en el mundo romano no existía ese género de poetas errantes, su origen se ha de buscar más bien en los *bardos* de los pueblos germánicos que invadieron la península en el siglo V. La invasión musulmana provocó la unión de los hispano-romanos y visigodos; fraguóse así, frente a la media luna, la raza y el espíritu español a la sombra de la cruz; y en aquella lucha secular y heroica de dos pueblos caballerescos, renació en el *mester de yoglaría,* o sea, *ministerio u oficio de juglares,* el antiguo oficio de los bardos, cuyo fin era promover el valor y el ideal patrio con el recuerdo y la alabanza de las *gestas* o hechos heroicos de los antepasados. Según ese origen, los cantares de gesta debieron tener boga desde los primeros siglos de la reconquista, pero como los juglares no los escribían, sino que los cantaban de memoria, alterándolos constantemente según las circunstancias y los auditorios, la mayor parte se han perdido; algunos se han podido reconstruír parcialmente por hallarse prosificados en las crónicas, hecho que demuestra cuán conformes con la verdad histórica eran considerados en los tiempos inmediatos a su realización. Es ese un rasgo característico de la épica española: no era necesario inventar hechos portentosos e inverosímiles, como en Francia, Alemania e Inglaterra: en España la vida heroica y caballeresca, realzada

por el espíritu de cruzada religiosa, fué durante siglos la poética y constante realidad de su propia existencia.

Tuvo indudablemente influencia en ella la imitación de la épica francesa, muy conocida en España por medio de los monjes de Cluny y de los numerosísimos romeros franceses que iban en peregrinación a Santiago de Compostela, pero esa influencia sólo fué parcial y formal, pues el espíritu de los cantares primitivos es completamente nacional, mucho más llano, democrático y realista que el francés.

Los héroes de esas gestas, fuera de *Carlomagno* y *Roldán*, son todos españoles y netamente históricos: el desgraciado *rey Rodrigo, Bernardo del Carpio*, vencedor de Roldán; los valerosos condes de Castilla *Fernán González*, terror de la morisma, *Garci-Fernández, Sancho García, García Sánchez*, sus sucesores; *Gonzalo Gustios* y sus hijos *los siete Infantes de Lara*, y sobre todo *Rodrigo Díaz de Vivar, el* Cid Campeador.

La de los siete Infantes de Lara, la más patética de todas, ha sido parcialmente reconstruída por D. Ramón Menéndez Pidal, entresacándola de la *Crónica General* del Rey Sabio, donde se encuentra prosificada. La única que ha llegado casi íntegra hasta nosotros es el Cantar de Mío Cid.

El metro de estos cantares es el que hoy se ha dado en llamar *tirada:* serie de versos largos con una misma rima. Aunque los hay de nueve, diez, once y doce sílabas, predominan los alejandrinos de catorce y los de diez y seis, origen del romance octosílabo.



El Poema de Mío Cid

El Poema o Cantar de Mío Cid fué probablemente escrito a mediados del siglo XII. El códice que se conserva data de 1307. El nombre de *Pero Abat* que aparece al fin del códice, parece más probable sea el del copista, que el del autor. El poema consta de tres cantares de gesta, que suman en conjunto 3,755 versos, pero en el códice que se ha conservado falta una hoja al principio y algunas en el medio. El principio se puede en parte suplir con la *Crónica de veinte reyes*.

Desarrollo del Argumento

Primer Cantar.—El Cid sale de Castilla desterrado por Alfonso VI. (Según la crónica, este fué el segundo destierro, debido a que los enemigos del Cid lo acusaron de haber retenido parte de los tributos recaudados de los moros de Andalucía). Adhiérense a Rodrigo sus vasallos y buen número de caballeros para ir a guerrear con la morisma durante el destierro. Atraviesan a Burgos sin ser hospedados por haberlo prohibido el rey, bajo pena de muerte. Despídese Rodrigo de su esposa Doña Jimena y de sus hijas Doña Elvira y Doña Sol oyendo misa en el monasterio de San Pedro de Cardeña,

y dejándolas encomendadas al abad. Lucha con los moros, conquista tierras desde Medinaceli hasta el golfo de Valencia, y envía a Alvar Fáñez con un presente para el rey.

Segundo Cantar.—El Cid toma a Valencia; envía al rey un nuevo don. Doña Jimena y sus hijas van a Valencia y presencian desde sus murallas la lucha y victoria del Cid sobre el poderoso ejército de Yussuf, rey de Marruecos. Del inmenso botín el Cid envía al rey un presente de doscientos caballos. El rey y el Cid se reconcilian en una entrevista en las riberas del Tajo, y queda concertado el matrimonio de las hijas del Cid con los Infantes de Carrión. La boda se celebra en Valencia.

Tercer Cantar.—Los infantes ponen de manifiesto su inferioridad huyendo de un león cautivo y combatiendo cobardemente en la gran batalla en que el Cid derrota a Búcar, el nuevo rey de Marruecos. Sintiéndose desairados, intentan los infantes vengarse vilmente. Volviendo a Carrión azotan con sangrienta crueldad a sus esposas y las dejan heridas y abandonadas en el robledal de Corpes. El Cid pide al rey justicia y pública reparación. En las cortes de Toledo, convocadas al efecto por el rey, exige el Cid la devolución de sus espadas Colada y Tizona y las dotes de sus hijas junto con la reparación por las armas; así se cumple: los infantes son vencidos por los campeones del Cid y declarados traidores. Doña Elvira y Doña Sol son pedidas y concedidas por esposas a los infantes herederos de los reinos de Aragón y Navarra.

La versificación, muy vaga, sea por la época, sea por la pronunciación, sea por la incuria de los copistas, es de nueve, diez, doce, catorce y diez y seis sílabas, dominando la de catorce: la rima consonante o asonante en *tiradas*, esto es, series de versos con la misma rima. Hay quien sostiene, no sin fundamento, que esa variedad es debida también a que copistas eruditos a la francesa trataban de dar forma de alejandrino de catorce a lo que los juglares y el pueblo cantaban en versos de diez y seis, que es el que ha prevalecido en forma de romance octosílabo.

Entre las *cualidades* que se pueden asignar a este memorable poema primitivo de nuestra lengua, deben señalarse:

1) la relativa unidad de plan, siguiendo la unidad de la *grandeza del héroe*, desgraciado primero, victorioso después, generoso con su rey, colmado de gloria en Valencia, desgraciado

en el matrimonio de sus hijas, vengador justiciero de las mismas, justificado y honrado en sí y en sus descendientes por el entroncamiento de su casa con las familias reales de dos reinos de España.

2) lo que hoy suele llamarse *colorido local*, esto es el ambiente típico de la época, fielmente expuesto en sus sentimientos, costumbres, trajes, modo de guerrear, etc.

3) por el *espíritu caballeresco español*, noble, valiente, generoso y al mismo tiempo llano y sobrio, sin las exageraciones, etiquetas y extravagancias de los poemas similares de otros pueblos europeos.

4) *los caracteres* de algunos personajes, sobre todo el del protagonista, tan caballero y tan netamente español; los de Alvar Fañez, Martín Antolínez, Pedro Bermúdez, etc. tan valerosos como fieles a su señor; Doña Jimena, tan tierna como varonil. Los infantes de Carrión encarnan la perfidia, el despecho y la cobardía.



POEMAS RELIGIOSOS PRIMITIVOS.—ORIGEN DEL TEATRO MEDIOEVAL

Del mismo siglo XII o principios del XIII se conservan unos breves poemas religiosos, probablemente traducidos o imitados del francés, y que representan la influencia de los monjes benedictinos de Cluny, introducidos en España por Alfonso VI.

El misterio o auto de los Reyes Magos es la primera pieza teatral en lengua castellana de que se tenga noticia. *Misterios o autos* eran representaciones de escenas bíblicas, que primitivamente se hicieron dentro de los templos, más tarde en los atrios de los mismos y en las plazas contiguas. Llamábanse *milagros* las que representaban prodigios obrados por intercesión de los santos. De ellos se pasó más tarde a las piezas cómicas, *moralidades y farsas.*

El Misterio de los Reyes Magos es un diálogo de los Reyes que siguen la estrella hasta reconocer al Mesías. El metro es en versos cortos. Probablemente es una traducción de un misterio francés introducido por los monjes de Cluny.

Los otros poemas anónimos primitivos son: *La vida de Santa María Egipcíaca* escrita en más de 1,400 versos de cinco a doce sílabas pero en que parecen predominar los octosílabos; narra la conversión milagrosa de aquella gran pecadora arrepentida.

El *Libre Dels Tres Reys D'Orient,* que en versos semejantes al anterior describe un episodio de la huída de la Sagrada Familia a Egipto.

Un bandido protege a la Sagrada Familia porque su hijo es sanado de la lepra por el Niño Jesús. El niño sanado es Dimas, el futuro buen ladrón que muere crucificado junto a Jesús.



Corte del Rey Sabio

SIGLO XIII

Resumen Histórico

Tres grandes figuras llenan con su potente influjo este glorioso siglo de la Edad Media en España: San Fernando (*1217-1252*) *y su hijo* Alfonso el Sabio (*1252-1284*) *en Castilla,* Jaime I el Conquistador *en Aragón* (*1213-1276*). *Este reconquista* las Baleares, Valencia y Murcia, *San Fernando* Córdoba y Sevilla. *Sólo queda ya a los árabes el reino de Granada tributario de Castilla, que subsiste hasta 1492. Alfonso X fué desgraciado en su vida pública, tanto en sus pretensiones al trono imperial de Alemania, como en las guerras civiles que le fraguó su propio hijo y sucesor, Sancho el Bravo, para desheredar a los infantes de la Cerda, hijos de su primogénito Don Fernando a quien correspondía de derecho la corona. En cambio en las artes de la paz y de la civilización no hay figura que le iguale en toda la Edad Media.*

POESIA

EL MESTER DE CLERECÍA

El Mester de Clerecía, ministerio u oficio de clérigos o letrados, es por excelencia la escuela de los poetas religiosos que siguieron las normas de los monjes benedictinos franceses, y que se distinguen por la forma monótona, pero correcta, denominada quaderna vía, estrofa de cuatro versos alejandrinos de catorce sílabas con la misma rima consonante.

Véase ese espíritu y forma en esta estrofa del poema de Alexandre, atribuído a Berceo:

Mester trago fermoso, non es de yoglaría.
Mester es sen pecado, ca es de clerecía,
fablar curso rimado por la quaderna vía
a síllavas cuntadas, ca es grant maestría.

El mester de clerecía que se inició en el siglo XII y se cultivó hasta el XIV, fué poco original, pero contribuyó a educar el pueblo, y a depurar el lenguaje y la métrica.

GONZALO DE BERCEO

Gonzalo de Berceo (1198?-1264?) es el primer poeta castellano de nombre conocido y el más notable de los que cultivaron el *mester de clerecía*. Fué clérigo, y parece fué educado y vivió sin ser monje en el monasterio benedictino de San Millán de la Cogolla.

Sus múltiples poesías hermanan la forma del *mester de cle-*

recía con el lenguaje, espontaneidad y candor del *mester de yoglaría,* según él mismo lo indica:

Quiero fer una prosa en román paladino,
en el qual suele el pueblo fablar a su vecino;
ca non so tan letrado per fer otro latino;
bien valdrá, commo creo, un vaso de bon vino.

Su propósito era poner en forma bella y al alcance del vulgo lo que entonces sólo corría en libros escritos en latín. De ahí que no sea propiamente un poeta original en la materia, pero lo es ciertamente en la delicadeza de los sentimientos, en la facilidad e interés de las narraciones, y en las comparaciones y decires tomados del lenguaje popular.

El más acabado de sus poemas es *Miráculos de Nuestra Señora,* en el que se narran en forma pintoresca veinticinco hechos prodigiosos, uno de los cuales fué aprovechado por Zorrilla en su famosa leyenda *Margarita la Tornera.*

Los otros poemas son igualmente de asuntos religiosos: *Loores de Nuestra Señora, El Duelo de la Virgen, El Sacrificio de la Misa, Vida de Santo Domingo de Silos, Vida de Santa Oría, Martirio de San Lorenzo,* etc.

Otros poemas de mester de clerecía

El Poema de Alexandre en 2,500 coplas, narra las hazañas reales y fantásticas, llenas de anacronismos, del rey de Macedonia, cual si fuera un paladín cristiano de la Edad Media. De este poema es probable que venga el nombre de *alejandrino,* dado a los versos de catorce sílabas. En cuanto al autor del poe-

ma de Alexandre unos lo atribuyen a Berceo, otros a Lorenzo Segura de Astorga, como consta en el manuscrito, aunque este pudiera sólo indicar el nombre del copista.

El Poema de Fernán González debido probablemente a un monje de San Pedro de Arlanza, aunque escrito en cuaderna vía, conserva el tinte popular de los juglares.

El Poema de Apolonio en seiscientas coplas de cuaderna vía, es una narración novelesca, de origen griego y francés, en que se describen las peripecias y aventuras por que pasó el rey de Tiro Apolonio para encontrar a su hija Tarsiana, a la que reconoce al fin disfrazada de juglaresa.

El Poema de Yussuf (o de José, hijo de Jacob) es una obra *aljamiada* o de *aljamía*, esto es, escrita en castellano con letras árabes. El argumento está tomado del Korán más que de la Biblia, y consta de más de trescientos cuartetos alejandrinos monorrímicos, o de *cuaderna vía*.

PROSA

En prosa las primeras obras de alguna extensión que se conservan, escritas en la primera mitad del siglo XIII, son, además de los *Anales Toledanos*, la *Historia Gothica* y la *Historia de los Arabes* del Arzobispo de Toledo *Rodrigo Ximénez de Rada* (1170-1247), quien la escribió en latín, y, por indicación del rey San Fernando, la tradujo él mismo al romance castellano, y las *Crónicas* de *Don Lucas, obispo de Tuy*, que abarcan toda la historia de España, escritas en latín hacia 1236, y traducidas al castellano al fin de aquel siglo.

De la misma época son las colecciones de sentencias *El Libro de los Doce Sabios* y *Flores de la Filosofía*, escritas en romance por orden de San Fernando.



ALFONSO X EL SABIO

Alfonso X el Sabio (1220-1284), tan desgraciado en su vida política y en los disturbios de su hogar, es en cambio en cuanto a la civilización la primera figura de la Edad Media. Nadie puede parangonarse con él respecto a la importancia y trascendencia de sus obras, y en cuanto al lenguaje, continuando la obra de su

padre, infundió en la prosa castellana el sello de vigor y nobleza, que tanto la enaltecen entre las lenguas modernas.

Habiendo llamado a su corte los mayores filósofos y sabios de oriente, y rodeado de excelentes colaboradores, escribió un número extraordinario de obras, admirables tanto por la doctrina como por la perfección de la forma.

Sus obras pueden dividirse en tres grupos: *didácticas, históricas y poéticas.*

Obras Didácticas.—El libro de las Leyes, llamado el *Código* de las *siete Partidas*, por estar dividido en siete partes, es la obra de legislación más monumental de toda la Edad Media; basada en el derecho romano, Fuero Juzgo y derecho canónico, unifica las leyes de los pueblos cristianos y añade principios, razonamientos y consideraciones, a veces muy minuciosas, entresacadas de la Biblia, los Santos Padres. Aristóteles, Justiniano, y aun de autores árabes y judíos. No hay ciencia divina o humana de las conocidas en su época que no tenga cabida en esta obra admirable, que tanta influencia ha ejercido y sigue ejerciendo en los códigos de todas las naciones de lengua hispánica.

Trata la Primera Partida de la Ley, y de la Iglesia y el Estado; la 2.ª de la constitución del Estado; la 3.ª de la Justicia; la 4.ª de la familia; la 5.ª y 6.ª de las herencias y obligaciones; la 7.ª de las leyes penales.

El *Septenario*, escrito anteriormente, es una vasta enciclopedia de las siete artes liberales de la época: *Gramática, Lógica* y *Retórica (Trivium) y Música, Astronomía, Física y Metafísica (Cuadrivium).*

Del árabe hizo traducir las dos obras didácticas indias *Calila y Dimna* y el *Sendebar*. La primera es una colección de fábulas, cuyo título es el nombre de dos chacales que con sus tramoyas persuaden al león, rey de la isla, que mate al buey: dentro de esta trama van engastadas las fábulas. Esta obra tu-

vo inmensa trascendencia pues hizo penetrar en la literatura española la tendencia alegórico-didáctica, que tanto se cultivó desde entonces.

Entre las científicas merecen citarse: las *Tablas Alfonsinas* y otras sobre astronomía y astrología; entre las recreativas: *El Libro de la Montería* y el del *Ajedrez, dados et tablas.*

Obras Históricas.—La Estoria de Espanna o Crónica General es en tiempo y en mérito la primera de la Edad Media en su género, así como la *Grande y General Estoria* o Historia Universal, en las que recopila todos los datos que le suministran las crónicas, la Biblia y los escritos árabes y judíos. La Crónica General, además de las crónicas anteriores, se sirve en buena parte de los cantares de gesta prosificados y diluídos, algunos fragmentos de los cuales han podido así ser reconstruídos en tiempos recientes, como el de los *Infantes de Lara* por el eminente filólogo Ramón Menéndez Pidal.

Obras poéticas.—En lengua gallega y en metros imitados de los provenzales compuso varios centenares de delicadas *Cantigas* en honor de Nuestra Señora, notables por la sencillez sentimiento y candorosa piedad.



Sevilla

SIGLO XIV

Resumen Histórico

Este siglo se caracteriza políticamente por las terribles guerras viles de la nobleza contra la corona. Las figuras más prominens son: la incomparable reina Doña María de Molina *viuda de ıncho el Bravo, regente en la minoría de su hijo Fernando el mplazado y de su nieto* Alfonso Onceno*; este famoso monarca ıe obtuvo la gran victoria del* Salado *sobre los* Benimerines *350), última invasión de la morisma; y en fin el tristemente lebre* Don Pedro el Cruel, *que terminó derrotado y asesinado ır su hermano bastardo Enrique de Trastamara.*

En el tiempo de Sancho IV el Bravo, hijo del Rey Sabio, se tradujo del ıncés *La Gran Conquista de Ultramar,* historia novelesca de las cruzadas, tre cuyas leyendas se ha hecho popular la del *Caballero del Cisne.*

La Historia del caballero de Cifar es quizás la primera novela caballesca española, y sus héroes *Cifar* y el escudero *Rinaldo* son dignos antesores de Don Quijote y Sancho Panza.

A la misma época atribuyen los críticos el *Poema de Alfonso Onceno,*

escrito en versos octosílabos y *la Crónica Rimada,* llamada también *Leyenda de las Mocedades del Cid* compuesta probablemente a fines del siglo XIV y escrita en versos de diez y seis sílabas asonantados, equivalentes al romance octasílabo. Es un poema muy inferior al del Mío Cid, de imitación francesa, en el que, además de la historia de la Reconquista iniciada en Covadonga, se narra la muerte del conde Lozano a manos del Cid, el casamiento de este con Doña Jimena, y una serie de guerras fantásticas contra moros y cristianos hasta llegar en sus conquistas a París.

El rabino *Sem Tob* o *Santol de Carrión* fué el primer judío que compuso en verso castellano un poema gnómico o sentencioso, los *Proverbios Morales,* escritos en más de seiscientos cuartetos heptasílabas, llenos de vida y gracia.

También se le ha atribuído, pero sin fundamento, la *Danza de la Muerte,* poema popular de la Edad Media, en el que se presentan ante ella todos los hombres, desde el Papa y el Emperador.

EL ARCIPRESTE DE HITA

El Arcipreste de Hita Juan Ruiz (1283-1350?) es la gran figura poética de la Edad Media tanto por la *inspiración, sinceridad y realismo* como por la *variedad de temas y metros.*

El conjunto de sus obras fueron recopiladas después de su muerte con el título general de *Libro del Buen Amor.* El fondo es una abigarrada mezcla de temas edificantes y de escenas y sentimientos sensuales, pero hay sólido fundamento para creer que estos, aunque a veces muy crudos, están escritos con espíritu satírico y con intención moral.

Nada, fuera de lo que cuenta en su libro, se sabe sobre su vida, si no es que escribió su obra en la cárcel, donde estaba recluído por orden del arzobispo de Toledo, y que fué indudablemente un hombre muy conocedor del mundo y de los hombres, pues en su obra traza de mano maestra un cuadro completo de la sociedad licenciosa de aquel siglo, y muy erudito en ciencias eclesiásticas y en la lectura de autores griegos y latinos, a quienes cita constantemente.

En el Libro del Buen Amor pueden señalarse tres partes:

1.° *Una introducción*, compuesta de dos oraciones en estrofas de cuaderna vía, un proemio en prosa en que pone de manifiesto su fin de oponer «*el Buen Amor, que es de Dios, al loco amor del mundo que usan algunos para pecar*», dos preciosas cantigas «*Gozos de Sancta María*» y un poema en alabanza de la alegría.

2.° *Una autobiografía*, verdadera o imaginaria, en que se suceden una serie de aventuras, las más de ellas muy poco edificantes, en que hace resaltar la constante *lucha moral de la vida humana*, y en la que intercala la *Disputa de Don Carnaval y Doña Cuaresma*, alegorías del Amor Carnal y Mundano y del Buen Amor o Amor de Dios y del Bien

3.° Termina con otras *cantigas* piadosas y *cantares* populares.

En cuanto a la métrica, aunque en sus 1,700 estrofas predomina con mucho la de cuaderna vía, del mester de clerecía, emplea en menor escala gran número de versos y combinaciones tomadas o imitadas en su mayor parte de los trovadores gallego-portugueses, continuadores de los provenzales.

El Infante Don Juan Manuel

El infante Don Juan Manuel (1282-1348), sobrino de Alfonso el Sabio, y suegro de Alfonso Onceno, fué un político y guerrero turbulento, que ya volvía sus armas contra la morisma, ya se rebelaba contra su rey, a quien llegó a derrotar y tratar de potencia a potencia. Reconciliado definitivamente con su real yerno, cubriéronse ambos de gloria derrotando a los Benimerines en la memorable batalla del Salado.

No menos que en la política y la milicia se distinguió el infante en el cultivo de las bellas letras. Su obra maestra es *El Conde Lucanor* o *Libro de Patronio*, el primer libro de cuentos

escrito en Europa, en el que se narran cincuenta relatos morales, seguido cada uno de un dístico que resume la doctrina, y que se fingen narrados por el ayo Patronio al joven conde de Lucanor, para contestar a las preguntas que le hace éste sobre cuestiones morales, sociales y políticas. Los cuentos son muy variados y están tomados, ya de tradiciones castellanas, ya de las Cruzadas, ya sobre todo de libros árabes y hebreos.

El lenguaje es tan esmerado como el del Rey Sabio, pero lo aventaja con mucho en la originalidad del estilo. Es quizá *el Conde Lucanor* la más acabada obra novelesca de la Edad Media en España. Su espíritu es altamente moral y prudente.

No hay que confundir esta obra con *El Libro de los Enxiemplos,* de la misma época y muy semejante, en el cual los dísticos sirven como de tesis y van colocados al principio.

Las demás obras del infante que se conservan son *El libro de los Estados*, *El libro del Caballero et del Escudero*, *El libro de los Castigos et de los Consejos*, el de la *Caza*, y la *Crónica abreviada*, resumen de la Estoria de Espanna del Rey Alfonso.

Pedro López de Ayala

El Canciller *Pedro López de Ayala* (1332-1407) de vida e índole semejante al anterior, tiene un estilo menos espontáneo, algo rudo, e imita a Tito Livio en su *Crónica* de los cuatros reyes con quienes gobernó: Pedro el Cruel, Enrique II, Juan I, y Enrique III.

El *Rimado de Palacio* es un poema didáctico y satírico en que da consejos a los gobernantes, y protesta contra los vicios de la corte y aun contra las innovaciones literarias de influencia provenzal e italiana.



Granada

SIGLO XV

Resumen Histórico

Continúa la lucha de la nobleza contra el poder real.

El largo reinado de Juan II (1406-1454) ocupa la primera mitad del siglo: el rey vive en su palacio rodeado de poetas y escritores y cultiva él mismo la GAYA CIENCIA, *dejando a su favorito* DON ALVARO DE LUNA *el cuidado de luchar contra las pretensiones de la nobleza. Esta lucha intestina llega a su colmo en el reinado de Enrique IV (1454-1474), pero llega a ser hábilmente sofocada por su hermana y sucesora la gran reina* ISABEL LA CATÓLICA *(1474-1504) que establece como nadie el fundamento de la unidad y grandeza nacional uniendo Castilla y Aragón con su matrimonio con el* REY FERNANDO *V, terminando la reconquista con la toma de* GRANADA *y secundando los planes de* COLÓN *en el descubrimiento del* NUEVO MUNDO.

LA INFLUENCIA DE LOS TROVADORES PROVENZALES *se dejó sentir en España desde los tiempos de Alfonso VI, especialmente en Galicia y Portugal, cuyas casas reales eran de origen francés, y en Aragón y Cataluña, regiones limítrofes con la Provenza. En el siglo XV esa influencia se hace avasalladora, y se pone de moda con los* JUEGOS FLORALES *y los* CANCIONEROS *y sobre todo con la*

corte erudita de Juan II y el benéfico influjo y ejemplo de Enriqu de Villena en Aragón y el Marqués de Santillana en Castilla. Per también en esa época estuvo muy en boga la imitación de LA ESCUE LA ALEGÓRICA ITALIANA, *especialmente de Petrarca y el Dante En la segunda mitad del siglo, en el reinado de los reyes Católicos con la difusión de la imprenta y el contacto directo con el renaci miento italiano, se produjo, un extraordinario movimiento d* HUMANISMO, *de estudio e imitación de los autores clásicos griego y sobre todo latinos. Los más famosos y esclarecidos humanistas fue ron* RAIMUNDO LULIO EN ARAGÓN, LEBRIJA Y LUIS VIVES E CASTILLA.

POESÍA

El Cancionero de Baena es una colección de más de setecientos cantar de varios poetas, entre los que va incluído el mismo recopilador, y en que de los cincuenta autores coleccionados el más vario y fecundo, aunqu de escaso mérito personal, es *Alfonso Alvarez Villasandino* (1350-1428 representante de la escuela trovadoresca gallega; *Micer Francisco Imperi* el más inspirado de la tendencia italiana dantesca.

Enrique de Villena o de Aragón (1384-1434) favoreció el culto de l musas, no sólo con la creación del *Consistorio de la Gaya Ciencia* en Zaragoz sino con sus obras, como el *Arte de Trovar*, primer tratado de poética en le gua castellana, el *Arte Cisoria* (o de trinchar), los *Trabajos de Hércules* y l traducciones de la *Eneida, la Divina Comedia,* y *la Retórica de Cicerón.*

El Marqués de Santillana

El Marqués de Santillana, Don Iñigo López de Mendoz (1398-1458) es una de las grandes figuras políticas y literari de la Edad Media. Después de tomar parte gloriosa en vari campañas militares, a la caída de su enemigo Don Alvaro d Luna, se retiró de la vida pública para entregarse de lleno a l piedad y a las letras;

Sin ser muy original es el poeta que más íntegramente r presenta el ambiente literario de su siglo. Cultivó con éxito ca

odos los géneros en prosa y verso, y las varias tendencias que staban en boga:

la *gallega* con sus preciosas *serranillas*, entre las que se ha echo popular la de la *Vaquera de la Finojosa;*

la *italiana*, siguiendo a Petrarca en el *Triunfete de Amor*, en us cuarenta sonetos, combinación métrica que él introduce en spaña. y en sus imitaciones de Dante en el *Infierno de los Enaorados* y en la *Comedieta de Ponza*, poema elegíaco sobre la derota de la armada aragonesa en Gaeta;

la *castellana popular* en los *Proverbios de doctrina*, graciosamente rimados, escritos para educación del príncipe, y *Reranes que dicen las viejas tras el fuego*, coleccionados por orden lfabético;

la *castellana erudita*, siguiendo a López de Ayala, en sus oemas filosófico-morales *Diálogo de Bías con la Fortuna* sobre a serenidad en las adversidades, dirigida a su primo el Conde de lba encarcelado por Don Alvaro de Luna, y el *Doctrinal de Privados*, enérgica invectiva sobre la muerte del Condestable.

El *Proemio al Condestable* (de Portugal) es una reseña en rosa de los principales poetas de Castilla.

Todas las obras del Marqués ponen de relieve su tendencia noralizadora, su buen gusto y mesurado carácter.

JUAN DE MENA

Juan de Mena (1411-1456) es el que representa más al vivo a influencia italiana alegórico-dantesca con su célebre poema *El Laberinto*, escrito en más de trescientas coplas de arte mayor, octava dodecasílaba en que los versos 1.º, 4.º, 5.º y 8.º llevan a misma rima. El poeta transportado a una llanura tenebrosa, es amparado por la Providencia, que desde una colina le muestra tres grandes ruedas, una fija, que representa el pasado, otra girando, el presente, la tercera cubierta, el porvenir; en la presen-

te pasa reseña de los principales personajes de su época, añadiendo críticas y reflexiones morales. El poema es monótono en el conjunto, pero contiene trozos de gran poesía y excelente versificación.

Rodrigo de Cota

Rodrigo de Cota (+ 1495?) judío toletano, en las famosas *Coplas de Mingo Revulgo* a él atribuídas hace una violenta sátira de la corte de Enrique IV por medio de un ingenioso diálogo entre *Gil Arribato* (noble) y *Mingo Revulgo* (pueblo). *El Diálogo entre el Amor* y *el Viejo* es una de las primeras manifestaciones del drama, notable por la fluidez y el interés del diálogo.

Gómez Manrique (1412-1491), jefe de los nobles que se rebelaron contra Enrique IV, fué también un excelente poeta lírico y didáctico, y el primero que compuso en castellano un diálogo dramático en forma artística *«Representación del Nacimiento de Nuestro Señor»*. pero la gloria de su nombre ha sido eclipsada por la de su sobrino

Jorge Manrique

Jorge Manrique (1440-1479) fué, como su tío, denodado guerrero, que murió en el campo de batalla. Su bien cimentada fama literaria radica en una sola composición, las *Coplas a la muerte de su padre Don Rodrigo*, una de las elegías más profundas y perfectas que se han escrito en lengua castellana. El poeta hondamente conmovido y replegado en su propio interior,

—considera la vanidad, fugacidad y desengaños de la vida

—lo expresa en admirables y apropiadas comparaciones (ríos que van a dar en la mar, camino para el otro... etc.).

—con recuerdos históricos antiguos (Roma, Troya) y recientes (el rey Don Juan II, Enrique IV, los infantes de Aragón, Don Alvaro de Luna...).

—dedica al fin 17 de las 43 coplas a celebrar las virtudes cristianas, civiles y guerreras de su padre, recuerda su santo fin fingiendo un diálogo entre el alma de Don Rodrigo y la muerte, a la que se entrega con cristiana resignación, y termina con una suplicante plegaria.

El metro, llamado desde entonces por excelencia *estrofa de Jorge Manrique*, consta de seis versos de ocho y cuatro sílabas, en la que cada dos octosílabos van seguidos de su hemistiquio tetrasílabo. En algunas estrofas el pie quebrado es pentasílabo agudo (*que es el morir*).

FERNANDO DE ROJAS

Fernando de Rojas, de cuya vida se conservan pocos datos, nació en Montalván, murió en Talavera y fué alcaide de Salamanca. Actualmente ya se le considera como el autor indiscutido y único de *la Celestina o tragicomedia de Calixto y Melibea*, una de las obras maestras de la prosa castellana. En España tuvo una influencia extraordinaria en el desarrollo del arte dramático y del género novelesco, y en general del lenguaje escrito. Fuera de España fué durante largo tiempo la obra española más traducida y estudiada por los extranjeros.

Esta inmensa popularidad es debida:

1.° al *realismo* del ambiente, cuadros y escenas que presenta, tomados del natural con notable compenetración y sinceridad;

2.° a la veracidad, variedad y viveza de los *caracteres;*

3.° a la vida, fluidez y naturalidad del *diálogo*, digno prenuncio del gran teatro español del siglo de oro;

4.° *a la gran riqueza y casticismo del lenguaje*, que recuerda el de los arciprestes de Hita y Talavera y hace presentir el de Cervantes.

Desgraciadamente, por más que la intención y el desenlace sean morales, es excesivamente libre en el realismo de ciertas escenas y expresiones.

El argumento se reduce a lo siguiente:

Calixto logra corromper a Melibea valiéndose de las artimañas de la vieja Celestina, pero todos experimentan las funestas consecuencias del vicio: Celestina es muerta por los sirvientes de Calixto por negarse a darles participación en sus infames ganancias; Calixto muere cayéndose de una escala, y Melibea, desesperada, publica su deshonra y se precipita desde un terrado.

Didáctica

Antonio de Nebrija o Lebrija (1444-1522) fué el primer autor de una *gramática* de la lengua castellana, en la que con gran profundidad y agudeza adelanta muchas doctrinas que hoy suelen tenerse por nuevas en filología.

Lebrija fué también uno de los principales colaboradores del Cardenal Cisneros en la publicación de la famosa *Biblia Complutense*, biblia políglota (en hebreo, griego, latín y castellano) editada en Alcalá en 1514.

El *Arcipreste de Talavera, Alonso Martínez de Toledo* (1398-1474?) en su obra en prosa *Corbacho* o *Reprobación del Amor mundano*, recuerda al de Hita en el realismo con que describe los desórdenes de la sociedad contemporánea y la acrimonia e ironía con que los satiriza.

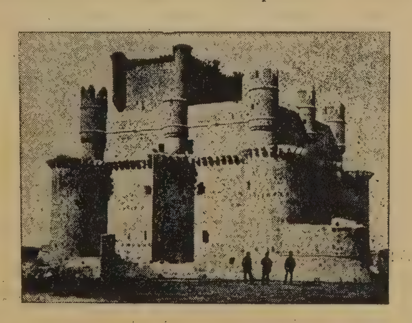
El *bachiller Alonso de la Torre* (+1461) en la *Visión Deleitable* es el primero que en lengua castellana escribe un resumen enciclopédico y moral de la ciencia de su tiempo en forma alegórica.

HISTORIA

Fernán Pérez de Guzmán (1388-1470?), uno de los poetas ncluídos en el Cancionero de Baena, es mucho más notable cono prosista en la magistral obra titulada *Mar de Historias*, en ına de cuyas partes intercala las *Generaciones* y *Semblanzas*, ıcabadas y vigorosas biografías de treinta personajes de la época, scrita en un estilo sobrio, varonil y de extremada concisión.

Hernando del Pulgar (1435-1493) en su *libro de los Claros vaones de Castilla* imita en tema y estilo al anterior, aunque es nás elegante. *Su crónica de los Reyes Católicos* y sus *Letras* (o Cartas) son igualmente modelos del género.

Entre las otras crónicas de la época merecen recordarse: la de Don *Alvaro de Luna*, la más llena de calor y vida que nos ha legado la Edad Media: l *Itinerario de la Embajada que envió Enrique III a Tamerlán* por la ıovedad del relato y galanura de la lengua; la *Crónica de Don Pedro Niño* ıbra interesantísima, doctrinal, histórica y novelesca, que nos da a conocer l estado de la marina al fin de la Edad Media, pues narra las expediciones orsarias del famoso Conde; la *Crónica Valeriana* de Mosén *Diego de Valera* 1412-1487) que es un resumen de historia universal y de España, que tuvo ran aceptación, escrita en un lenguaje castizo, sincero y varonil por aquel ıombre tan famoso por sus hazañas caballerescas como por su libertad y lesenfado en manifestar la verdad en sus *Epístolas* a los reyes y magnates.



Castillo de San Servando (Toledo)



Romances y Romanceros

La palabra *romance* en sentido más general significa la *lengua vulgar* en contraposición de la latina, y así se decía romance castellano, romance catalán. Pero ya desde muy antiguo se llamaron también romances *los cantos populares*, que en castellano se escribían en versos octosílabos asonantados, cuyo origen más probable es el *tertrámetro trocaico* usado por los poetas latinos cristianos.

Parece hoy indudable que los romances viejos, que no han subsistido, son tan antiguos como las mismas gestas. Los juglares entresacando, simplificando y añadiendo fragmentos a las gestas, las cantaban o recitaban en las fiestas populares. Conservados sólo de memoria no quedaron consignados por escrito, si no es prosificados algunos en las crónicas.

En realidad el romance octosílabo no es sino el verso de iez y seis con cesura, constantemente usado en el Poema de Iío Cid.

En el siglo XV a algunos poetas eruditos les dió por imitar sa poesía corriente, y de ellos provienen muchos de los llamados omances viejos.

En el XVI y XVII casi todos los grandes poetas siguieron sa tendencia, algunos exagerando la forma arcaica, o retocando s primitivos. De esa época provienen la mayor parte de los ue, reunidos entonces y en los siglos siguientes, han constituído s colecciones llamadas *romanceros*, unos generales, que incluyen s de todo género, otros particulares, sobre un tema o personaje, omo el romancero del Cid, el de los Infantes de Lara, el de ernán González, etc.

Los anteriores al siglo XVI o supuestos como tales suelen amarse *romances viejos;* los imitados de los anteriores *romances uditos;* los más personales *romances artísticos.*

Los romances suelen dividirse, según el asunto, en:

—*históricos* o de hechos tradicionales;

—*caballerescos* con temas sacados generalmente de las ovelas o poemas de la Mesa Redonda;

—*fronterizos,* sobre hazañas y escenas de las luchas de moros cristianos;

—*moriscos* sobre costumbres y luchas internas de los moros;

—*religiosos, morales, vulgares,* etc.

Los romanceros o colecciones se iniciaron ya a fines del iglo XV en el *Cancionero de Fernández de Constantina.* Se han echo desde entonces muchos y muy varios en número y en iérito. Los más conocidos son: el de *Durán,* editada en 1851, l de *Wolf* en 1856, y el de *Menéndez Pelayo* en la *Antología de oetas líricos castellanos.*

Los romanceros, última y espléndida evolución de la epopeya

popular iniciada en las gestas, constituyen en conjunto una obr única en el mundo, una verdadera, variada y grandiosa epopey de la España de la Edad Media, pueblo caballeresco como ninguno en el más alto sentido de la palabra, en cuya formació interviene la lucha de ocho siglos entre dos grandes razas entre la religión cristiana y la mahometana con el triunfo fina de la cruz sobre la media luna.

Libros de Caballería

Los libros de caballería, muy en boga en el centro de Europ desde el siglo XI, no lo fueron tanto en España hasta fines de siglo XV. Los españoles, que tan homéricas luchas sostenía continuamente con los moros, no necesitaban acudir a lance imaginarios para buscar asuntos a sus creaciones. El *Caballer de Cifar*, escrita el siglo XIII, de que ya se ha hecho mención es la más antigua novela caballeresca de que se tiene notici Pero en los siglos XV y XVI hubo una verdadera inundació del género, ya traducidas y acomodadas al ambiente español, y netamente originales. Según el asunto se dividen en tres ciclos el *bretón*, el *carolingio*, y el *greco-asiático*. Entre las que obtuvieron más popularidad merecen citarse *Palmerín de Inglaterr* y *Palmerín de Oliva*, *Tirante el Blanco*, *Lanzarote del Lago*, *Roberto el Diablo*, *El sabio Merlín y* sobre *todo* el *Amadís de Gaula* que aunque de tema galense, parece hoy fuera de duda que tuv su origen en España. Es la más perfecta, mejor tramada, y de mejor lenguaje y estilo de todas las novelas caballerescas, y aunque no faltan en ella los encantamientos y aventuras inverosímiles, es mucho más moderado en ésto que las demás, y de un espíritu delicado que ejerció saludable influencia en las costumbres de la época. El autor de la redacción definitiva, hecha en 1508 en Zaragoza, es *García Rodríguez de Montalvo.*

El argumento principal lo constituyen las aventuras que para merecer la mano de la princesa Oriana tiene que llevar a cabo el joven Amadís, quien abandonado en el mar por su madre, la reina Elisena, ha sido recogido y educado por un caballero que lo lleva a Inglaterra, donde reina Lisuarte, padre de Oriana.

Casi idéntico es en conjunto el argumento del *Palmerín de Inglaterra.*

RESUMEN DE LA LITERATURA ESPAÑOLA EN LA 1.ª EPOCA. (EDAD MEDIA)

Siglo XII.

Mester de yoglaría: *Cantares de gesta.*
Poema de Mío Cid.
grandeza del héroe, caracteres, ambiente caballeresco.

Poemas religiosos *Santa María Egipciaca*
Tres Reys d'Orient
Misterio de los Reyes Magos.

Siglo XIII.

Mester de clerecía: *Poema de Apolonio*
Poema de Yussuf (aljamía)
Poema de Alexandre.

Gonzalo de Berceo (facilidad, delicadeza)
Loores, Milagros, Duelo de la Virgen.
El Sacrificio de la Misa, Vida de S. Lorenzo, etc.
Poema de Fernán González (anónimo).
Ximénez de Rada.—Anales Toletanos.
San Fernando.—Fuero Juzgo.

Alfonso el Sabio: *didácticos:*
Siete Partidas.
Traduc. árabes Calila y Dimna.
Tablas alfonsinas.
históricas:
Estoria de Espanna
General Estoria
Poéticas:
Cantigas (en gallego).

Siglo XIV.—Gran Conquista de Ultramar (trad. del francés).
El Caballero Cifar.—primera novela caballeresca.
Poema de Alfonso Onceno.
Leyenda de las Mocedades de Rodrigo (inferior al Mío Cid).
Infante Don Juan Manuel (prudente, moralista)
El Conde de Lucanor o *Patronio* (prosa verso)
Libro de los Estados, del Caballero y del Escudero.
de los Castigos et Consejos de la Caza, etc.
Pedro López de Ayala: Crónica (de cuatro reyes).
Poema: *Rimado de Palacio,* (didáctico y satírico).
El Arcipreste de Hita: El mayor poeta de la Edad Media.
Libro del Buen Amor, sátira licenciosa: gran variedad de metros.
El Rabino Sem Tob: Proverbios morales (en cuartetas).
Danza de la muerte: popular en toda la Edad Media.

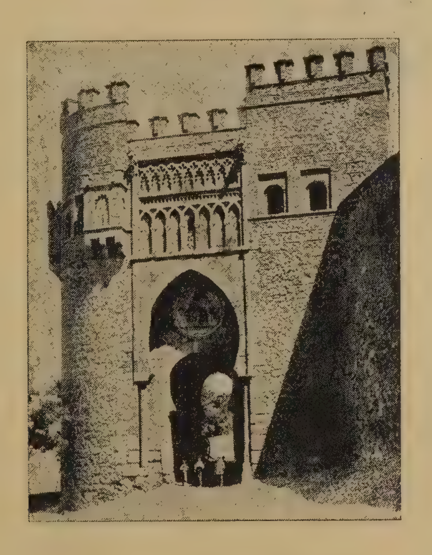
Siglo XV.—(Influencias provenzal, gallega, italiana, clásica).
El Cancionero de Baena.—trovadores—*Villasandino.*
Enrique de Villena, protector de las letras en Aragón.
Consistorio del Gay Saber en Zaragoza.
obras: Arte de Trovar, Arte Cisoria, Trabajos de Hércules. Traducc: de Virgilio, Cicerón, Dante.
Marqués de Santillana, protector de las letras en Castilla
influencia gallega: *serranillas: La Vaquera de la Finojosa*
influencia italiana: *Triunfete de Amor*
Infierno de los Enamorados.
Comedieta de Ponza.
influencia popular: *Proverbios—Refranes.*
influencia erudita: *Doctrinal de Privados.*
Diálogo de Bías con la Fortuna.
Gómez Manrique: gran poeta lírico, didáctico y dramático.
Jorge Manrique: Coplas a la muerte de su padre.
Juan de Mena: El Laberinto: alegórico, imita a Dante, monótono, trozos muy inspirados—coplas de arte mayor.
Rodrigo de Cota: Coplas de Mingo Revulgo.
Diálogo entre el amor y el viejo.

Didáctica: Arcipreste de Talavera: Corbacho o Reprobación del Amor mundano en prosa (recuerda al de Hita).
Alonso de la Torre.—Visión deleitable—enciclopedia.

Historia: Pérez de Guzmán—Generaciones y Semblanzas: concisión
Hernando del Pulgar.—Claros varones: elegante
Crónica de los Reyes Católicos
Crónica de Don Alvaro de Luna, la más patética.
Embajada a Tamerlán, interesante
Crónica de Pedro Niño: corsario; cosas de mar.
Crónica Valeriana de Diego de Valera, resumen de Hist. de España.

Romances-: históricos, caballerescos, fronterizos y moriscos, religiosos, vulgares, etc.

Romanceros: colecciones de romances, desde el siglo XV.
En el siglo XIX las de *Durán, Wolf, Menéndez Pelayo.*
Libros de Caballería: en el siglo XV se ponen de moda.
Palmerín de Inglaterra, Palmerín de Oliva, Tirante el Blanco, Lanzarote del Lago, Roberto el Diablo, Merlín, etc.
Amadís de Gaula, el mejor de todos por *Rodrigo de Montalbo.*



Puerta del Sol (Toledo)



ANTOLOGIA DE LA EDAD MEDIA

POEMA DE MIO CID (1)

Despídese el Cid de su esposa Jimena y de sus hijas y parte para el destierro

. . . .

Tannen las campanas en San Pero á clamor.
Por Castiella oyendo uan los pregones,
Commo se ua de tierra Myo Çid el Canpeador.
Vnos dexan casas, é otros, onnores.
En aqués día en la puent de Arlançon
çiento é quinze caualleros todos iuntados son.

(1) Consúltese *el vocabulario de voces arcaicas* inserto al fin de la Antología.

Todos demandan por Myo Çid el Canpeador,
Martín Antolinez con ellos conió
vansse pora San Pero do está el que en buen punto naçió.
Quando lo sopo Myo Çid, el de Biuar,
apriessa caualga, reçebir-los salie.
Tornós á sonrisar, legan-le todos, la manol ban besar,
ffabló Myo Çid de toda voluntad:
yo ruego á Dios e al Padre Spirital,
vos que por mí dexades casas e heredades,
en antes que yo muera algún bien nos pueda far,
lo que perdedes doblado unos lo cobrar...
Oyd varones, non uos caya en pesar;
poco auer trayo, dar-uos quiero nuestra part.
Sed membrados commo lo douedes far:
á la mannana quando los gallos cantarán
non uos tardedes, mandedes ensellar,
En San Pero á matines tandrá el buen abbat.
La missa nos dirá, esta será de Sancta Trinidad
La missa dicha, penssemos de caualgar,
ca el plazo viene açerca, mucho auemos de andar,
Cuemo lo mandó Myo Çid, assí lo an todos ha far.
Passando ua la noch, viniendo la mannana.
Ellos, mediados gallos, pienssan de caualgar.
Tannen á matines á vna priessa tan grand.
Myo Çid e su mugier á la iglesia uan.
Echós donna Ximena en los grados delantel altar,
rogando al Criador quanto ella meior sabe,
que a Myo Çid el Canpeador que Dios le curias de mal:
ya sennor glorioso, padre que en cielo estás...
Tu eres Rey de los Reyes e de todel mundo Padre.
A ti adoro e creo de toda voluntad,
e ruego á San Peydro que me aiude á rogar
por Myo Çid el Canpeador, que Dios le curias de mal.
Quando hoy nos partimos, en vida nos faz iuntar.
La oración fecha, la missa acabada la an.
Salieron de la eglesia, ya quieren caualgar.
El Çid á donna Ximena yua-la abraçar.
Donna Ximena al Çid la manol va besar,

lorando de los oios que non sabe que se far;
e él á las ninnas tornó—las á catar:
á Dios uos acomiendo, fijas, e a la mugier e al padre spiritai;
agora nos partimos, Dios sabe el aiuntar.
Lorando de los oios que non viestes atal,
asís parten vnos dotros; commo la vnna de la carne.
Myo Çid con los sos vasallos pensső de caualgar.
á todos esperando, la cabeça tornando ua.

Batalla de Alcocer

Las aces de los moros yas mueuen adelant,
poya myo Cid e a los sos a manos los tomar,
«Quedas sed, mesnadas, aquí en este logar.
non de ranche ninguno fata que yo lo mande».

. . . .

Enbraçan los escudos delant los coraçones,
abaxan las lanzas a buestas de los pendones,
enclinaron las caras de suso de los arzones,
y uan los ferir de fuertes coraçones,
«Ferid los, caualleros, por amor de caridad!
Yo so Ruy Díaz, el Cid Campeador de Biuar!»
Todos fieren en el az do está Pero Vermúez.
Trezientas lanzas son, todas tienen pendones;
seños moros mataron, todos de seños colpes.
A la tornada que facen otros tantos son.
Veríedes tantas lanzas premer e alçar,
tanta adagara foradar e passar,
tanta loriga falssa desmanchar,
tantos pendones blancos salir vermeios en sangre,
tantos buenos cauallos sin sos dueños andar.
Los moros laman Mafomat e los christianos sancti Yague.
Cayen en un poco de lograr moros muertos mil e CCC ya
¡Quál lidia bien sobre exorado arzón
myo Cid Ruy Díaz el buen lidiador;
Mynaya Albarfáñez que Çorita mandó,
Martin Antolinez, el Burgales de pro,

Muño Gustioz, que fue so criado!...
Desi adelante, quantos que y son
acorren la seña e a myo Cid el Campeador.
A Mynaya Albarfáñez matáronle el cauallo
bien lo acorren mesnadas de christianos.
La lanza a quebrada, al espada metió mano,
Mager de pie buenos colpes va dando.
Viólo myo Cid Ruy Díaz el Castelano,
acostós a un Aguazil que tenie buen cauallo,
diol tal espadada con el so diestro brazo,
cortól por la cintura, el medio echó en campo.
A Mynaya Albarfáñez yual dar el cauallo:
«Caualgad, Mynaya, vos sodes el myo diestro brazo...»
Myo Cid Ruiy Díaz, el que en bues ora nasco
al Rey Fariz IIJ colpes le avie dado;
los dos le fallen e el unol ha tomado,
por la loriga ayuso la sangre destellado;
boluió la Rienda por yrsele del campo.
Por aquel colpe rancado es el fonsado...
A Mynaya Albarfáñez bien landa el cauallo,
daquestos moros mató XXXIIIJ;
espada taiador, sangriento trae el brazo,
por el cobdo ayuso la sangre destellando...

COMBATE DE LOS CAMPEONES DEL CID CON LOS INFANTES DE CARRIÓN

Librábanse del campo todos aderredor;
Bien ge lo demostraron a todos seis como son,
Que por hi serie vencido, qui saliese del mojón.
Todas las yentes escombraron aderredor,
De seis astas de lanzas que non llegasen al mojón
Sorteábanles el campo ya les partien el sol,
Salien los fieles de medio, ellos cara por cara son;
De hi vienen los de mio Cid a los Infantes de Carrión
E los Infantes de Carrión a los del Campeador,
Cada uno dellos mientes tiene al so.
Abrazan los escudos delant los corazones,
Abaxan las lanzas avueltas con los pendones,

Enclinaban las caras sobre los arzones,
Batien los caballos con los espolones,
Tembrar querie la tierra do eran movedores;
Cada uno de ellos mientes tiene al so.
Todos tres por tres ya juntados son;
Cuédanse que esora cadrán muertos los que están aderredor
Pero Bermúez el que antes rebtó,
Con Ferrán González de cara se juntó:
Feríense en los escudos sin todo pavor;
Ferrán González a Pero Bermúez el escudo l'pasó;
Príso l'en vacío, en carne no l'tomó,
Bien en dos lugares el astil le quebró.
Firme estido Pero Bermúez, por eso no s'encamó;
Un golpe recibiera, mas otro firió;
Quebrantó la bloca del escudo, apart ge la echó;
Pasógelo todo que nada no lo valió,
Por los pechos la lanza le metió;
Tres dobles de loriga tenie aquesto l'prestó,
Las dos le desmancha e la tercera fincó
El belmez con la camisa e con la guarnizón;
Dedentro de la carne una mano ge lo metió;
Por la boca afuera la sangre l'salió;
Quebráronle las cinchas ninguna non l'ovo pro;
Por la copla del cavallo en tierra lo echó:
Así lo tenien las yentes que mal ferido es de muert.
El dexó la lanza e metió mano al espada,
Cuando lo vió Ferrán González conuvo a Tizón;
Antes que el colpe esperase dixo: «Venzudo so».
Otorgárongelo los fieles; Pero Bermúez le dexó.

Misterio de los Reyes Magos

Escena I

Gaspar, *solo*

Dios criador, qual marauila
No se qual es achesta strela!
Agora primas la e ueida,
Poco timpo a que es nacida.
Nacido es el Criador,
Que es de las gentes senior?
Non es uerdad non se que digo,
Todo esto non uale uno figo;

Otra nocte me lo catare,
Si es uertad, bine lo sabre. (*pausa*)
. . . .

Baltasar, *solo*

Esta strela non se dond uinet,
Quin la trae o quin la tine.
Porque es achesta sennal?
En mos dias on ui atal.
Ciertas nacido es en tirra
Aquel qui en pace y en guera
Senior a a seer da oriente
De todos hata in occidente.
Por tres noches me lo uere,
I mas de uero lo sabre. (*pausa*).

En todo, en todo es nacido?
Non se si algo e ueido
Ire, lo aorare,
I pregare y rogare.

(Melchor, *solo*)

Ual, criador, atal facinda
Fu nunquas alguandre falada.
O en escriptura trubada?
Tal strela non es in celo,
Desto so io bono strelero;
Bine lo ueo sines escarno
Que uno omne es nacido de carne,
Que es senior de todo el mundo,
Asi cumo el cilo es redondo;
De todas gentes senior sera
I todo seglo iugara.
Es? non es?
Cudo que uerdad es.
Ueer lo e otra uegada,
Si es uertad o si es nada. (*pausa*)

Nacido es el Criador,
De todas las gentes maior;
Bine lo ueo que es uerdad,
Ire ala, par caridad.
. . . .

LIBRE DELS TRES REYS D'ORIENT

. . . .
Los Reyes sallen de la cibdad,
E catan a toda part,
E vieron la su estrella
Tan luziente é tan bella,
Que nunqua de dellos se partió
Ffasta que dentro los metió.
Do la gloriosa era
El Rey del cielo é de la tierra.
Entraron los Reys mucho omildosos
E fincaron los ynoios;
E houieron gozo por mira,
Offrecieron oro e enciensso e mirra.

Baltasar offreció horo
Por-que era Rey poderoso.
Melchor mirra por dulçora
Por condir la mortal corona.
E Gaspar le dió enciensso
Que assi era derecho.

. . . .

Quando Erodes ssopo
Que por hi non le an venido,
Mucho sen touo por escarnido.
E dixo todo me miro
E quando vió esta maravilla,

Fuerte fue sanyoso por mira;
E con grant hira que en si auia
Dixo a sus vassallos, ¡via!
Quantos ninyos fallar podredes
Todos los descabecedes;
Mezquinos que sin dolor
Obedecieron mandado de su sennyor.
Quantos ninyos fallauan
Todos los descabeçauan.
. . . .

Vida de Sancta María Egipciaqua

Oyt varones huna razon
En que non ha ssi verdat non:
Escuchat de coraçon
Si ayades de Dios perdon,
Toda es ffecha de uerdat,
Non ay ren de falssedat.
Todos aquellos que a Dios amaran
Estas palabras escucharan;
E los que de Dios non an cura
Esta palabra mucho les es dura,
Bien ssé que de uoluntat la oyrán
Aquellos que a Dios amarán;
Essos que a Dios amarán
Grant gualardon ende reçibrán
Si escucháredes esta palabra
Mas vos ualdrá que huna fabla.
De huna duenya que auedes oyda
Quiero uos comptar toda ssu uida;
De santa María Egipçiaqua
Que ffue huna duenya muy loçana,
Et de su cuerpo muy loçana.
Quando era manceba e ninya
Beltad le dió nuestro Sennyor,
Porque fue fermosa pecador;
Mas la merçet del Criador
Despues le fizo grant amor.
Esto ssepa todo pecador,
Que ffuere culpado del Criador,
Que non es pecado tan grande
Ni tan orrible,
Que non le faga Dios,
Non le faga perdon.
Por penitençia ho por conffession
Quien se repinte de coraçon
Luego le faze Dios perdon.
. . . .

Libro de Apolonio

En el nombre de Dios e de Santa Maria
Si ellos me guiassen estudiar querria,
Conponer hun romançe de nueva maestria,
Del buen Rey Apolonio e de su cortesia.
El Rey Apolonio de Tiro natural,
Que por las aventuras vistó grant tenporal;
Commo perdió la fija e la muger capdal,
Commo las cobró amas, ca les fué muy leal.
. . . .

Prísola en sus braços con mui grant alegria,
Diziendo: «Ay, mi fija, que yo por vos muria»;
Agora he perdido la cuyta que avia,
Fija no amanesçió pora mi tan buen dia.
Nunqua este dia no lo cuydé veyer,
Nunqua en los mios braços yo vos cuydé tener;
Ove por vos tristiçia, agora he plaçer;
Siempre avré por ello a Dios que gradecer».
Comenςó a llamar: «Venit los mios vasallos,
Sano es Apolonyo, ferit palmas e cantos,
Echat las coberteras, corret vuestros cavallos,
Alçat tablados muchos, penssat de quebrantarlos.
Penssat como fagades fiesta grant e complida;
Cobrada he la fija que havia perdida,
Buena fué la tempesta, de Dios fué permetida,
Por onde nos oviemos a fer esta venida».

Poema de Yussuf

Loamiento ad Alláh; el alto es e verdadero,
Honrado e complido, sennor dereiturero,
Franco e poderoso, ordenador sertero.
Grande es el su poder, todo el mundo abarca;
Non se le encubre cosa que en el mundo nasca,
Siquiera en la mar ni en toda la comarca,
Ni en la tierra prieta ni en la blanca.
Fágovos a saber, oyades, mis amados,
Lo que acontesió en los tiempos pasados
A Yacop a Yussuf e a sus dies hermanos;
Por cobdisia dél hobieron a seyer malos;
Porque Yacop amaba a Yussuf por maravella,
Por quel era ninno puro e sin mansella;
Era la su madre fermosa e bella,
Sobre todas las otras era amada ella.

Milagros de Nuestra Señora

(Gonzalo de Berceo)

Yo maestro Gonzalvo de Berceo nomnado
iendo en romería, caeçí en un prado
verde e bien sençido, de flores bien poblado,
logar cobdiçiaduero pora omne cansado.
Daban olor sobeio las flores bien olientes,
refrescaban en omne las caras e las mientes,
manaban cada canto fuentes claras corrientes,
en verano bien frías, y en yvierno calientes.
Avíe hy grand abondo de buenas arboledas,
milgranos e figueras, peros e manzanedas,
e muchas otras fructas de diversas monedas;
mas non avíe ningunas podridas nin açedas.
La verdura del prado, la olor de las flores,
las sombras de los árbores de temprados sabores
refrescáronme todo, e perdí los sudores:
podríe vevir el omne con aquellos olores.
Nunqua trobé en sieglo logar tan deleitoso,
nin sombra tan temprada, nin olor tan sabroso,
descargué mi ropiella por iaçer más viçioso,
poséme á la sombra de un árbol fermoso.
Yaçiendo á la sombra perdí todos cuidados,
odí sonos de aves dulçes e modulados:
nunqua udieron omnes organos más temprados
nin que formar pudiessen sones más acordados...
Sennores e amigos, lo que dicho avemos,
palabra es oscura, esponerla queremos:
tolgamos la corteza, al meollo entremos,
prendamos lo de dentro, lo de fuera dessemos.
Todos quantos vevimos que en piedes andamos,
siquiere en preson, o en lecho iagamos,
todos somos romeos que camino andamos:
sant Peidro lo diz esto, por él vos lo probamos...

En esta romería avemos un buen prado,
en qui trova repaire tot romeo cansado,
la Virgen Gloriosa, madre del buen criado,
del qual otro ninguno egual non fue trovado.
c Esti prado fue siempre verde en onestat,
pa nunca ovo mácula la su virginidat,
illost partum et in partu fue Virgen de verdat,
esa, incorrupta en su entegredat...

Santo Domingo de Silos

(Berceo)

En el nomne del Padre, que fizo toda cosa,
Et de don Ihesuchristo, fijo de la Gloriosa,
Et del Spíritu Sancto, que egual dellos posa,
De un confesor sancto quiero fer una prosa.
Quiero fer una prosa en roman paladino,
En cual suele el pueblo fablar a su veçino,
Ca non so tan letrado por fer otro latino,
Bien valdrá, commo creo, un vaso bon vino.
Quiero que lo sepades luego de la primera
Cuya es la ystoria, metervos en carrera;
Es de Sancto Domingo, toda bien verdadera,
El que diçen de Silos, que salva la frontera.
En el nomne de Dios, que nombramos primero,
Suyo sea el preçio, yo seré su obrero,
Galardón del laçerio yo en él lo espero,
Que por poco serviçio da galardón larguero.
.....................................—...........
Quando fué peonçiello, que se podie mandar,
Mandolo yr el padre las oveías guardar:
Obedeçio el fijo, que non querie pecar,
Ixó con su ganado, per sólo de guiar.
Guiaba su ganado, commo faz buen pastor,
Tan bien non lo farie alguno mas mayor,
Non querie que entrasen en agena labor,
Las oveias con elli avien muy grant sabor.

Dabales pastos buenos, guardabale de danno,
Ca temie que del padre reçibrie sossanno.
A rico, nin a pobre non querie fer enganno,
Mas querie de fiebre yaçer todo un anno.
Luego a la mannana sacabalas en çierto,
Tenie en requiririrlas al oio bien abierto,
Andaba çerca dellas prudient, e muy espierto,
Nin por sol, nin por pluvia non fuie a cubierto.
Caminaba a la tarde con ellas a posada,
Su cayado en mano, con su capa vellada
A los que lo fiçieron, luego commo entraba
Besabales las manos, la rodiella fincada.

Duelo de la Virgen

(Berceo)

. . . .
Fiio, siempre oviemos io e tu una vida,
Io a ti quissi mucho, e fuí de ti querida;
Io siempre te crey, e fui de ti creyda;
La tu piadat larga ahora me oblida.
Fiio, non me oblides e liévame contigo,
Non me finca en sieglo mas de un buen amigo,
Iuan quem dist por fiio, aquí plora conmigo;
Ruégote quem condones esto que io te digo.
Ruégote quem condones esto que io te pido,
Assaz es pora Madre esti poco pidido;
Fiio, bien te lo ruego, e io te me convido
Que esta petiçion non caya en oblido.
Recudió el Sennor, dixo palabras tales:
Madre, mucho me duelo de los tus grandes males,
Muévenme tos lagrimas, los tus dichos capdales,
Mas me amarga esso que los colpes mortales.
Madre, bien te lo dixi, mas aslo oblidado,
Tuélletelo el duelo, que es grant e pesado,
Porque fuí del Padre del çielo enviado
Por reçibir martirio, seer cruçifigado.

Madre, tu bien lo sabes de omnes bien çerteros
De qual guisa pecaron los parientes primeros,
Commo los deçivieron los diablos arteros
Diçiendolis mentiras los malos losengeros.
Perdieron paraiso e perdieron la vida,
Toda su generación por ellos fué perdida,
La puerta del buen uerto luego fué concluida,
Nunqua fué mas abierta fasta la mi venida.

Poema de Alexandre

(Berceo?)

Sennores, se quisierdes mio seruiçio prender,
Querríavos de grado servir de mio menster;
Deve de lo que sabe omne largo seer,
Se non, podrie de culpa o de rieto caer.
Mester trago fermoso, non es de ioglaria,
Mester es sen peccado, ca es de clerezia,
Fablar curso rimado per la cuaderna via,
A síllavas cuntadas, ca es grant maestria.
Qui oyr lo quisier, a todo mio creer
Avrá de mi solás, en cabo grant plazer;
Aprendrá bonas gestas que sepa retraer,
Averlo an por ello muchos a connosçer.
Non vos quiero grant prólogo, nen grandes nouas fazer,
Luego a la materia me vos quiero coger;
El Criador nos lexe bien apressos seer;
Si en aquel pecarmos, el nos denne ualer!
Quiero leer un livro de un rey noble pagano
Que fué de grant esfforçio, de coraçon loçano;
Conquistó todel mundo, metiol so su mano;
Terné, se lo compriere, que soe bon escriuano.
Del prinçepe Alexandre, que fué rei de Greçia,
Que fué franc e ardit e de grant sabençia,
Vençio Poro e Dário, dos reys de grant potençia,
Nunca connosció omne su par en la sufrencia.

. . . .

FUERO JUZGO

Qual deve seer el arte de fazer las leyes

Nos que devemos dar ayuda de salud por el fazemiento de las leyes, apareiamos nos de fazer buena huevra, cuemo fizieron los antiguos, e queremos ensenar en qual manera se debe fazer la ley, y en qual manera el qui la faze deve aver ensennamiento o arte de la fazer. Y esta nuestra arte de esto puede seer muy meior provada, si non fuere fecha por semeianza solamientre, mas por verdad, e que non sea fecha por sotileza de silogismos, nin per desputación, mas sea fecha de buenos e de honestos comendamientos; onde nos que amamos las buenas costumbres he bien fazer más que gent fablar, non queremos semeiar boceros, mas queremos semeiar a los que fazen derecho . (*Libro I*, *Título I*, *Ley I*).

LAS SIETE PARTIDAS

(D. Alfonso el Sabio)

(*Prólogo*)

Dios es comienzo é medio é acabamiento de todas las cosas, é sin él ninguna cosa puede ser: ca por el su poder son fechas, é por el su saber son gouernadas, é por la su bondad son mantenidas. Onde todo ome, que algún buen fecho quisiere comenzar, primero deue poner, é adelantar á Dios en él, rogándole é pidiéndole merced, que le dé saber, é voluntat, é poder, porque lo pueda bien acabar. Porende Nos D. Alfonso, por la gracia de Dios, Rey de Castilla é de Toledo, é de León, é de Galizia, é de Sevilla, é de Córdoua, é de Murcia, é de Jaén, del Algarue, entendiendo los grandes lugares que tienen de Dios los Reyes en el mundo é los bienes que dél resciben en muchas maneras... fezimos ende este libro, porque nos ayudemos Nos dél, é los otros que después de Nos viniessen, conosciendo las cosas, é oyéndolas ciertamente: ca mucho conviene á los Reyes, é señaladamente á los desta tierra, conoscer las cosas segund son, é estremar el derecho del tuerto, é la mentira de la verdad; ca el que no supiere esto no podrá fazer la justicia bien é cumplidamente, que es dar á cada uno lo que le conviene cumplidamente, é lo que meresce...

Mas porque tantas razones ni tan buenas, como auía menester, para mostrar este fecho, no podíamos Nos fablar por nuestro entendimiento, ni

por nuestro seso, para cumplir tan grand obra, é tan buena, acorrímonos de la merced de Dios, é del bendicto su fijo, nuestro Señor Jesu Christo, en cuyo esfuerzo Nos lo comenzamos, é de la Virgen Santa María su Madre, que es medianera entre Nos é él, é de toda la su corte celestial: é otrosí de los dichos dellos. E tomamos de las palabras, é de los buenos dichos que dixeron los sabios, que entendieron las cosas razonadamente segund natura, é de los derechos de las leyes, é de los buenos Fueros que fizieron los grandes señores, é los otros omes sabidores de derecho, en las tierras que ovieron de juzgar. E pusimos cada una destas razones do conuiene. E á esto nos mouió señaladamente tres cosas. La primera, el muy noble é bienaventurado Rey D. Fernando, nuestro padre, que era cumplido de justicia é de derecho, que lo quisiera facer, si más biuiera; é mandó á Nos que lo fiziéssemos. La segunda, por dar ayuda é esfuerzo á los que después de Nos reynassen, porque pudiesen mejor sufrir la gran lazeria é trabajo que an de mantener los reynos, los que lo bien quisiessen fazer. La tercera, por dar carrera á los omes de conoscer el derecho é la razón, é se supiessen guardar de fazer tuerto, ni yerro, é supiessen amar é obedescer á los otros señores, que después de Nos viniessen. E este libro fué comenzado á fazer, é á componer, víspera de San Juan Baptista, á quatro años e XXIII días andados del comienzo de nuestro reynado... E fué acabado desde que fué comenzado á siete años cumplidos.

II Partida, Tít. XXXI, ley II. En qué logar deue ser establecido el Estudio, é como deuen ser seguros los Maestros e los Escolares.

De buen ayre, é de fermosas salidas deue ser la Villa, do quisieren establescer el Estudio, porque los Maestros que muestran los saberes, é los Escolares que los aprenden, biuan sanos en él, é puedan folgar, é recibir plazer en la tarde, quando se leuantaren cansados del estudio. Otrosí deue ser abondada de pan é de vino, é de buenas posadas, en que puedan morar, é pasar su tiempo sin gran costa. Otrosí dezimos, que los Cibdadanos de aquel logar, do fuere fecho el Estudio, deuen mucho guardar, é honrrar á los Maestros, é á los Escolares, é á todas sus cosas. E los mensajeros que vienen á ellos de sus lugares, é no los deue ninguno prendar, nin embargar, por debda que sus padres deuiessen, ni los otros de las tierras donde ellos fuessen naturales. E avn dezimos, que por enemistad, nin por malquerencia, que algún ome oviesse contra los Escolares, ó á sus padres, non les deuen fazer deshonrra, nin tuerto, nin fuerza. E por ende mandamos que los Maestros, é

los Escolares, é sus mensajeros, é todas sus cosas sean seguras, é atreguadas, en viniendo á las Escuelas, é estando en ella, é yendo á sus tierras. E esta segurança les otorgamos, por todos los logares de nuestro señorío...

ESTORIA DE ESPANNA

Los bienes que tiene España

Pues esta Espanna que deximos, tal es como el Parayso de Dios: cá riegase con cinco rios cabdales que son Duero, ed Ebro, e Tajo, e Guadal quevir, e Guadiana: e cada vno dellos tiene entre si e el otro grandes monta ñas e tierras: e los valles e los llanos son grandes e anchos: e por la bondad de la tierra e el humor de los rios llevan muchas frutas e son abondados. Otrosí en Espanna, la mayor parte se riega con arroyos e fuentes: e nunca le menguan pozos en cada logar que los han menester. E otrosi Espanna es bien abondada de mieses e deleitosa de frutas, valiosa de pescados, sabrosa de leche, e de todas las cosas que se de ella facen, e llena de venados e de caza, cubierta de ganados, loçana de cavallos, provechosa de mulos e de mulas, e segura e abastada de castiellos, alegre por buenos vinos, folgada de abondamiento de pan, rica de metales de plomo e de estaño, e de argen vivo e de fierro e de arambre e de plata e de oro e de piedras preciosas, e de toda manera de piedra marmol, e de sales de mar, e de salinas de tierra, e de sal en peñas, e de otros veneros muchos de azul, e almagra, creda e alumbre, e otros muchos de quantos se fallan en otras tierras. Briosa de sirgo, e de quanto se falla de dulzor de miel e de azucar, alumbrada de cera, alumbrada de olio, alegre de azafrán. E Espanna sobre todas las cosas es engeñosa e aun temida e mucho esforzada en lid, ligera en afan, leal al Señor, afirmada en el estudio, palanciana en palabra, complida de todo bien: e non ha tierra en el mundo quel semeje en bondad, nin se yguale ninguna a ella en fortaleza, e pocas ha en el mundo tan grandes como ella. E sobre todas Espanna es abondada en grandeza; mas que todas preciada por lealtad. ¡O Espanna! non ha ninguno que pueda contar tu bien.

Del duello de los godos de Espanna

Pues que la batalla fue acabada desauenturadamientre et fueron todos muertos los unos et los otros—ca en uerdad non fincara ninguno de los cristianos en la tierra que a la batalla non uiniesse, que dell un cabo que dell otro, dellos en ayuda del rey Rodrigo, dellos del cuende Julian—finco toda

la tierra uazia del pueblo, lena de sangre, bannada de lagrimas, conplida de appellidos, huespeda de los estrannos, enagenada de los vezinos, desamparada de los moradores, bibda et dessolada de sus fijos, coffonduda de los barbaros, esmedrida por la llaga, ffallida de fortaleza, flaca de fuerça, menguada de conort, et desolada de solaz de los suyos... Espanna que en ell otro tiempo fuera llagada por la espada de los romanos, pues que guaresciera et cobrara por la melezina et la bondad de los godos, entonces era crebantada, pues que eran muertos et aterrados quantos ella criara. Oblidados le son los sus cantares, et el su lenguage ya tornado es en ageno et en palabra estranna. Los moros de la hueste todos uestidos del sirgo et de los pannos de color que ganaran, las riendas de los sus cauallos tales eran como de fuego, las sus caras dellos negras como la pez, el mas fremoso dellos era negro como la olla, assi luzien sus oios como candelas; el su cauallo dellos ligero como leopardo, e el su cauallero mucho mas cruel et mas dannoso que es el lobo en la grey de las oueias en la noche. La uil yente de los affricanos que se non solie preciar de fuerça nin de bondad, et todos sus fechos fazie con art et a enganno, et non se solien amparar si non pechando grandes riquezas et grand auer.

Cantiga CXL

(Alfonso el Sabio)

A Santa María dadas
seian loores onrradas.

Loemos a sa mesura,
seu prez et ssa apostura,
et seu sen et ssa cordura,
muy mas ca cen mil uegadas
A Santa María dadas.
Loemos a ssa nobreza,
sa onrra et ssa alteza,
sa mercee et ssa franqueza
et sas uertudes preçadas
A Santa María dadas.
Loemos sa lealtade,
seu conort'e ssa bondade,
seu acort'e ssa uerdade
con loores muy cantadas
A Santa María dadas.
Loemos seu cousimento,
consell e castigamento,
seu ben, seu enssinamento
et ssas gracias muy granadas
A Santa María dadas.
Loándo-a, que nos ualla
lle roguemos na batalla
do mundo que nos traballa
e do dení a denodadas.
A Santa María dadas
seian loores onrradas.

Leyenda de las mocedades de Rodrigo

. . . .
Este conde Fernand Gonçales, despues que en Castilla fué alçado,
Mató al rey don Sancho Ordonnes de Navarra,
E el fuerá en degollarlo con su mano.
E non querya obedecer el conde a moro nin cristiano.
E enbiól desir al rey de Leon, fijo de don Suero de Casso;
Don Alfonso avía por nombre; el rey enbió al conde enplasarlo,
Quel veniesse a vistas; e fué el conde muy pagado.
Cavalgó el conde commo ombre tan losano,
E a los treynta dias contados fué el conde al plaso,
El plaso fué en Saldanna, e commençole el a preguntarlo:
«E yo maravillado me fago, conde, como sodes ossado
De non me venir a mis cortes, nin me bessar la mano,
Ca siempre fué Castilla de León tributario;
Ca Leon es reyno, e Castilla es condado».
Essas oras dixo el conde: «Mucho andades en vano;
Vos estades sobre buena mula gruesa e yo sobre cavallo.
Porque vos yo sofrí, me fago mucho maravillado,
En aver sennor Castilla e pedirle vos tributaryo».
Esas oras dixo el rey: «En las cortes será jusgado
Si obedecerme devedes; si non, fincadvos en salvo».
Essas oras dixo el conde: «Lleguemos y privado».
En Leon son las cortes, llegó el conde losano;
Un cavallo lieva preciado e un asor en la mano,
E comprógelo el rey por aver monedado...

Poema de Alfonso Onceno

(Batalla del Salado)

Allende el rrío se ayuntaron
muy grand poder de conpanna
é Santiago llamaron,
el apóstol de Espanna.,

Ochosientos son sin falla,
estos de la delantera,
á ellcs salió don Audalla,
que tenía la has primera.

Adelante los arqueros,
llegaron contra el vado,
cometieron los caualleros,
que pasaron el Salado.
E fuéronse cometer
todos con muy grand brauesa,
xristianos por se defender
amostraron grand noblesa.
A grandes golpes çerteros
comiençan de se ferir,
muchos eran los arqueros,
é fesieron los foyr.
E yuanse contra la villa
para pasar la rribera,
en grand priesa fué Seuilla
con toda la delantera.
E los moros de la sierra,
en los xristianos golpando,
xristianos perdiendo tierra,
Santa María llamando.
Moros auían folgura,
é xristianos grand mansiella,
ó Dios enbió ventura
al noble rrey de Castiella.
Que los suyos tornar vió,
de pos dellos los paganos,
contra los moros salió,
esforçó los castellanos.
Con grand braueza entrara,
los de la vanda llamó,
salió de la costanera,
la delantera tomó.
E fiso faser grand plasa,
segund natural guerrero,
sobre mano vna maça,
su cauallo bien ligero.
E con grand sanna de muerte,
forçolo el coraçon,
é dió vn bramido fuerte,
commo vn brauo león.
Fiso los moros arqueros
con muy grand miedo temblar,
é fiso sus caualleros
á la batalla tornar.
Soficóse en la siella,
é dixo á su cauallería,
yo so el rrey de Castiella
que cobdiçié este día!
Non foyr commo rrapases,
lidiar commo caualleros,
beamos aquellas ases:
non son ommes, mas corderos
que nos están dando boses,
non nos pueden faser mal,
non los preçiemos dos nuoses,
solombra son, que non al.
Non fallesçerá por mí,
delante de vos yré,
nunca ya vos fallesçí,
nin agora aquí faré.
Non querrá Santa María,
abogada de los xristianos,
que se alaben deste día
estos moros africanos.
Oy será desbaratada
Africa con su conpanna,
é por siempre será honrrada
la cauallería de Espanna.
Agora, amigos ¡Santiago!
pensá de me seguir;
adelante, fijos dalgo,
non temades de morir!
Muy apriesa caualgó
el buen rrey, sin detenençia,
las espuelas allegó
al su cauallo Balençia.

Salió por una ladera,
aqueste buen rrey sin miedo,
iuase en costanera
el arçobispo de Toledo.
Que lo aguardaua sin arte
por cunplir su penitenzia
don Johán, á la otra parte
el obispo de Palençia.
Los de Tarifa salieron,
todos carrera les dan,
é por el rreal ferieron,
commo fuego de alquitrán.
Todo el poder fué ayuntado
con la caualleria de Espanna,
grand torneo fué mesclado,
ferido por muy grand sanna.
Los moros perdían tierra,
é por el monte sobían,
é por medio de la sierra
ondas de sangre corrían.
Aquesto vió el rrey moro:
más quisiera la su fin;
é dió boses commo toro,
llamando Benamarín...
Salióse de la batalla,
segund rrey muy mal andante,
después del su fijo Audalla,
é Naacar, el otro infante.
Las sierras atrauesaua,
bramando yua commo osso:
por el su rreal entraua
el noble rrey don Alfonso.
El su cuerpo bien guardado,
de las sus armas guarnido,
el pendón muy preçiado,
por la sierra bien tendido.
El alferse sin pauor,
coraçon commo de penna:
nunca lo touo mejor
aquel buen Terrin d'Ardenna.
Llamando yua «Espanna»
el rrey don Alfonso el bueno;
así rrompió la montanna,
como la piedra del trueno.
Seys ases desbarató,
mató muy grand potestad,
honse sennas quebrantó,
por los trenos de la uerdad...
Que yua sin fallecimiento
los puertos atrauesando,
commo vn león fambriento
en los moros derribando.
Feriendo sin detenençia,
quebrantando bien la sierra,
el su cauallo Balençia,
atajando mucha tierra.
E el buen rrey bien lidiando,
fasiendo grand mortandat,
espannoles esforçando,
é loando su bondar.
Desían: qué buen sennor,
é qué noble cauallero,
¡val Dios, qué buen lidiador!
val Dios, qué rreal braçero!
Africa perdió ventura:
Espanna quedó honrrada:
una legua de andadura,
aturó la arrancada.
Fasta quebrantar botijas,
en moros fué muy grand muerte
las sierras eran bermejas,
con la sangre grande é fuerte.
Cobiertos eran los puertos
fasta las aguas del mar;
atantos eran los muertos
que siempre abrán que fablar..

Conde Lucanor

(Infante Don Juan Manuel)

Para aconsejar lo que debía facer un mancebo que quería casar con mugier soberbia e indómita, a fin de acostumbrarla al imperio del marido desde el primer día, refiere Patronio un caso que pasó entre dos novios moros.

El casamiento se fizo, y levaron la novia a casa de su marido; y los moros han por costumbre que adoban de cenar a los novios, e pónenles la mesa, e déxanlos en su casa fasta en otro día, y ficiéronlo así aquellos; pero estaban los padres y las madres y parientes del novio e de la novia con grand recelo, cuidando que otro día fallarían el novio muerto o muy mal trecho. Y luego que ellos fincaron solos en casa, asentáronse a la mesa; y antes que ella uyase a decir cosa, cató el novio en derredor de la mesa e vió un su alano, y díxole ya quanto bravamente: «alano, dadnos agua a las manos»; e el alano non lo fizo, y él se comenzó a ensañar, e díxolo más bravamente, que le diese agua a las manos, y el perro non lo fizo; y desque vió que non lo fácía, levantóse muy sañudo de la mesa, e metió mano a la espada, e enderezó al alano, e cortóle la cabeza e las piernas e los brazos, y fízolo todo piezas, y ensangrentó toda la casa e la ropa e la mesa. Y así muy sañudo e ensangrantado tornóse a sentar a la mesa e cató al rededor y vió un blanchete, (*gato*) y mandó que le diese del agua a las manos; y porque non lo fizo, díxole: «¿cómo, don falso traidor? ¿no viste lo que fice al alano porque non quizo facer lo que le mandé? yo prometo que si un punto más porfías comigo, que eso mismo faré a tí que al alano»; y porque non lo fizo, levantóse y tomóle por las piernas e dió con él a la pared, e fízole más de cien pedazos, mostrando muy mayor saña que contra el alano.

Y así bravo e sañudo, faciendo malos continentes, tornóse a sentar a la mesa, y cató a todas partes; y la mugier que le vió esto facer, tuvo que estaba loco en fuera de seso, e non decía nada. Y desque ovo catado a toda parte vió un su cavallo que estaba en casa, y él non avía mas de aquel, e díxole brabamente que le diese agua a las manos, y el cavallo non lo fizo; y desque vió que non lo fizo, díxole: «cómo, don cavallo, cuidades que porque non he otro cavallo, que por eso ovs dexaré si non ficiéredes lo que vos mandare? Tan mala muerte vos daré como a los otros; e non ha cosa viva en el mundo

que non faga lo que yo mandare, que eso mismo non le faga» El cavallo estuvo quedo; desque él vió que non facía su mandado, fué a él y cortóle la cabeza, y, con la mayor saña que podía mostrar, despedazábalo todo. Y quando la mugier vió que matara el cavallo non aviendo otro, e que decía que esto faría a cualquiera cosa que su mandado non ficiese; tovo que esto ya non se facía por juego, ovo tan grande miedo que no sabía si era muerta o viva.

Y él, así bravo e sañudo, tornóse a la mesa, jurando que si mil cavallos e omes e mugieres él oviese en casa que le saliesen do mandado, que todos serían muertos; y asentóse é cató a todas partes, teniendo la espada ensangrentada en el regazo. Y desque cató a una parte y otra e no vió cosa viva, volvió los ojos contra su mugier muy bravamente, e díxole con grand saña teniendo la espada sacada en la mano: «levantad vos e dadme agua a las manos»; y la mugier que no esperaba otra cosa si non que la despedazaría toda, levantóse muy apriesa e dióle agua a las manos; y díxole: «¡ay! cómo agradezco a Dios porque ficistes lo que vos mandé, ca de otra guisa, por el pesar que estos locos me ficieron, eso ovièra yo fecho a vos que a ellos». Y después mandóle que le diese de comer y ella fízolo, e con tal son se lo decía que ella ya cuidaba que la caveza era ida por el polvo. Y de aquel día adelante fué aquella mugier tan bien mandada, e ovieron muy buena vida.

Y dende a pocos días su suegro quiso facer así como ficiera su yerno; e por aquella manera mató un su cavallo, y díxole su mugier: «a la fe, don fulano, tarde vos acordades, que ya nos conocemos».

De lo que acontesció á una mujer quel' decían doña Truhana

Señor conde, una mujer fué que había nombre doña Truhana, la cual era asaz más pobre que rica, et un día iba al mercado, et llevaba una olla de miel en la cabeza, et yendo por el camino comenzó á cuidar que vendería aquella olla de miel et que compraría partida de huevos, et que de aquellos huevos nascerían gallinas, et las vendería, et de aquellos dineros compraría ovejas, et así fué comprando de las ganancias que faría, fasta que se falló más rica que ninguna de sus vecinas; et con aquella riqueza que ella cuidaba que había, asmó como casaría a sus fijos et fijas, et de cómo iría aguardada por la calle con yernos et con nueras, et cómo dirían por ella como fuera de buena ventura en llegar á tan grand riqueza, siendo tan pobre como solía ser. Et pensando en esto, comenzó á reir con placer que había de su buena andanza, et en reyendo, dió con la mano en la su cabeza et en su frente, et

entonce cayó la olla de la miel en tierra, et quebróse. Et cuando fué la olla de la miel quebrada, comenzó á fazer muy grant duelo, teniendo que había perdido todo lo que cuidada que habería, si la olla non se quebrara: et porque puso todo su pensamiento por fiucia vana, non se fizo al cabo nada de lo que ella cuidara.

Et vos, señor conde, si quisierdes que lo que vos dijeron et lo que vos cuidáredes que sea cosa cierta, creed et cuidad siempre tales cosas, que sean aguisadas, et non fiucias dubdosas et vanas; et si las quisiérdes probar, guardad que non aventuredes, nin pongades de lo vuestro cosa de que vos sintades por fiucia de la pro de lo que non sodes cierto.

Al conde le plogo de lo que Patronio le dijo, et fizolo, et fallóse ende bien. Et porque don Johan se pagó desde enxemplo, fízolo escrebir en este libro, et fizo estos viesos que dicen así:

A las cosas ciertas vos encomendad,
Et de las fiucias vanas vos dejad.

EL LIBRO DEL BUEN AMOR

(Arcipreste de Hita)

Aquí dize de cómo el Acipreste rrogó a Dios que le diese gracia que podiese fazer este libro

Dyos Padre, Dios Fijo, Dios Spíritu Santo:
El que nasçió de Virgen esfuerçe nos de tanto,
Que sienpre lo loemos en prosa e en canto,
Sea de nuestras almas cobertura e manto.
El que fizo el çielo, la tierra e la mar,
El me dé la su graçia e me quiera alunbrar,
Que pueda de cantares un librete rimar,
Que los que lo oyeren, puedan solaz tomar.
Tú, Señor e Dios mio, que al ome formeste,
Enforma e ayuda a mí, tu açipreste,
Que pueda fazer *Libro de Buen Amor* aqueste
Que los cuerpos alegre e a las almas preste.
Sy queredes, senores, oyr un buen solaz,
Ascuchad el rromanze, sosegadvos en paz;

Non vos diré mintira en quanto en el iaz;
Ca por todo el mundo se usa e se faz'.
E porque mijor sea de todos escuchado,
Fablarvos he por trobas e por cuento rrimado:
Es un dezir fermoso e saber sin pecado,
Rrazon mas plazentera, ffablar mas apostado.
Non cuydés que es libro de neçio devaneo
Nin tengades por chufa algo que en él leo:
Ca segund buen dinero yaze en vil correo,
Asy en feo libro yaze saber non feo.
El axenúz de fuera negro más que caldera,
Es de dentro muy blanco, más que la peñavera;
Blanca farina yaze so negra cobertera,
Açúcar dulce e blanco yaze en vil cañavera.
So la espina yaze la rrosa, noble flor,
So fea letra yaze saber de grand dotor;
Como so mala capa yaze buen bevedor,
Asy so mal tabardo yaze *El Buen Amor.*
Porque de todo bien es comienço e rayz
La Virgen Santa María, por ende yo, Juan Rruys,
Açipreste de Fita, della primero fiz'
Cantar de los sus gozos siete que asy diz'.

Cantiga de loores de Santa María

(Arcipreste de Hita)

Quiero seguir a ti, flor de las flores,
siempre desir cantar de tus loores,
non me partir—de te servir,
mejor de las mejores.
Grand fianza he yo en ti, Sennora,
la mi esperanza en ti es toda hora,
de tribulanza—sin tardanza
venme librar agora.
Estrella del mar, puerto de folgura,
de mi dolor complido et de tristura
venme librar—et conortar,
sennora del altura.
Nunca falleçe tu merçed complida,
tu guaresçes de coytas et das vida,
nunca peresçe—nin entristesçe
quien á ti non olvida.
Sufro grand mal sin meresçer á tuerto
escribo tal, porque pienso ser muerto,
mas tú me val,—que non veo ál
que me saque a puerto.

ENXIENPLO DE LA PROPIEDAT QU'EL DINERO HÁ

(Arcipreste de Hita)

Mucho faz' el dinero, mucho es de amar:
Al torpe faze bueno e ome de prestar,
Ffaze correr al coxo e al mudo fablar,
El que non tiene manos, dyneros quier' tomar.
Sea un ome nesçio e rudo labrador,
Los dyneros le fazen fidalgo e sabydor,
Quanto más algo tiene, tanto es de más valor;
El que non há dineros, non es de sy señor.

. . . .

El dinero quebranta las cadenas dañosas,
Tyra çepos e grillos, presiones peligrosas;
Al que non da dineros, échanle las esposas:
Por todo el mundo faze cosas maravillosas.
Vy fazer maravillas a do él mucho usava:
Muchos meresçían muerte, que la vida les dava,
Otros eran syn culpa, que luego los matava:
Muchas almas perdía, muchas almas salvava,
Faze perder al pobre su casa e su vyña;
Sus muebles e rayzes todo lo desalyña,
Por todo el mundo cunde su sarna e su tyña,
Do el dinero juzga, ally el ojo guiña.
El faze cavalleros de neçios aldeanos,
Condes e ricos omes de algunos vyllanos;
Con el dinero andan todos omes loçanos,
Quantos son en el mundo, le besan oy las manos.
Vy tener al dinero las mayores moradas,
Altas e muy costosas, fermosas e pyntadas,
Castillos, heredades, villas entorreadas:
Al dinero servian e suyas eran conpradas.
Comía munchos manjares de diversas naturas,
Vistía nobles paños, doradas vestiduras,
Traya joyas preciosas en vyçios e folguras,
Guarnimientos estraños, nobles cavalgaduras.

. . . .

El dinero es alcalle e juez mucho loado,
Este es conssejero e sotil abogado,
Aguaçil e meryno, byen ardit, esforçado:
De todos los ofiçios es muy apoderado.
En suma te lo digo, tómalo tú mejor:
El dinero, del mundo es grand rrebolvedor,
Señor faze del syervo e del siervo señor,
Toda cosa del siglo se faze por su amor.
. . . .

De como el león estaba doliente e las otras animalias lo venían a ver

(Arcipreste de Hita)

Dis que yasie doliente el leon de dolor,
Todas las animalias vinien ver su sennor,
Tomó plaser con ellas e sintióse mejor,
Alegráronse todas mucho por su amor.
Por le faser plaser et más le alegrar,
Convidáronle todas que l'darien a yantar,
Dixeron que mandase los que quisies matar,
Mandó matar al toro, que podrie abastar.
Fis partidor al lobo, mandó que a todos diese;
El apartó lo menudo para el león que comiese
Et para sí la canal la mejor que omen viese;
Al león dixo el lobo que la mesa bendixiere.
Sennor, dis, tú estás flaco, esta vianda liviana
Cómela tú, sennor, que t'será buena e sana,
Para mí et los otros la canal que es vana;
El león fué sannudo, que de comer avie gana.
Alzó el león la mano por la mesa santiguar,
Dió grand golpe en la cabeza al lobo por lo castigar,
El cuero con la oreja del casco le fué arrancar:
El león a la raposa mandó la vianda dar.
La gulpeja con el miedo e como es artera,
Toda la canal del toro al león dió entera,
Para sí e los otros tod lo menudo era;
Maravillóse el león de tan buena egoaladera.

El león dixo: comadre, ¿quién vos mostró a facer partisión
Tan buena, tan aguisada, drecha con razón?
Ella dixo: en la cabeza del lobo tomé yo esta lición.
En el lobo castigué, que feciese o que non.

Del ave María de Santa María

(Arcipreste de Hita)

Ave María gloriosa,
Virgen Santa preciosa,
Como eres piadosa
Todavía.
Gratia plena, sin mansilla
Abogada,
Por la tu merced, Sennora,
Fas esta maravilla
Sennalada;
Por la tu bondad agora.
Goárdame toda hora
De muerte vergonnosa,
Porque loe a ti, fermosa,
Noche e día.
Dominus tecum:
Estrella resplandeciente,
Melesina de coydados,
Catadura muy bella,
Reluciente;
Sin mansilla de pecados,
Por los tus gosos preciados
Te pido, virtuosa,
Que me guardes, limpia rosa,
De foylía, ...

PROVERBIOS MORALES

Rabbi Don Sem Tob

Por nasçer en espino
la rrosa, yo no syento
que pierde, nin el buen vyno
por salir del sarmiento.
Nyn vale el açor menos
por que en vil nido syga,
nin los enxenplos buenos
por que judío los diga.
La vara que menguada
dise el conprador,
esa mesma sobrada
llama el vendedor.
El que arroja la lança
paréscele bagarosa;
pero al que alcança,
ala por presurosa.
Farían dos amigos
çinta de vn anillo,
en que dos enemigos
no meterían vn dedillo.
En lo que Lope gana
Pelayo enpobrese,
con lo que Sancho sana
Domingo adoleçe.

El sol la sal aprieta,
á la pes enblandesçe,
la mexilla fase prieta.,
el lienço en—blanquesçe...
Poco vale el saber
al que de Dios non tiene
themor, nin presta aver
que á pobres non mantiene.
Quando yo paro mientes,
muy alegre sería
con lo que otras gentes
son tristes cada día...
Toda buena costumbre
ha su cierta medida:
sy pasan de la cunbre
su bondad es perdida...
A quien senbrar non plase
su trigo non lo allega,
sy so tierra non yase
á espigas non llega.
¿Quién puede cojer rrosa
syn tocar sus espinas?
La miel es muy sabrosa,
mas tiene agras besinas...
De lo que á Dios aplase
nos pesar non tomemos:
bien es quanto el fase,
avnque no lo entendemos

Crónica del rey Don Pedro

(Pedro López de Ayala)

Muerte de Don Pedro I

E entonce el rey don Enrique conoscióle, e firióle con una daga por la cara: e dicen que amos a dos el rey don Pedro e el rey don Enrique cayeron en tierra, e el rey don Enrique le firió estando en tierra de otras feridas. E allí murió el rey don Pedro a veinte e tres dias de Marzo de este dicho año: e fué luego fecho grande ruido por el Real, una vez diciendo que se era ido el rey don Pedro del castillo de Montiel; e luego otra vez en como era muerto. E murió el rey don Pedro en edad de treinta e cinco años e siete meses; ca nasció año del Señor de mil e trescientos e cincuenta e tres, e regnó año del Señor de mil e trescientos e cincuenta, e finó año del Señor de mil e trescientos e sesenta e nueve.

E fué el rey don Pedro asaz grande de cuerpo, e blanco e rubio, e ceceaba un poco en la fabla. Era muy cazador de aves. Fué muy sofridor de trabajos. Dormía poco e amó mucho mujeres. Fué cobdicioso de allegar tesoros e joyas, tanto que se falló despues de su muerte que valieran las joyas de su cámara treinta cuentos en piedras prociosas, e aljofar, e bajilla de oro e de plata, e en paños de oro e otros aportamientos. E mató muchos de su reyno, por lo cual le vino todo el daño que avedes oido. Por ende diremos aquí lo

que dixo el profeta David: *Agora los reyes aprended, e sed castigados todos los que juzgades el mundo;* ca grand juicio, e maravilloso fué éste, e muy espantable.

Carta del Rey de Granada al Rey Don Pedro

Ensalzado rey e señor, que Dios honre e guarde: amen. El tu siervo Benahatin, pequeño filósofo, e del consejo del rey de Granada tu amigo, con todo recomendamiento e humildad. Poderoso e nombrado rey entre los otros reyes: non niego yo que el mi servicio non sea siempre aparejado a honra e ensalzamiento de tu estado e señorio real, en quanto el mi saber alcance, e el mi poder sofrir lo pueda...

Castilla es follada e despreciada de gentes extrañas, e muchos de los grandes de vuestro regno son finados en las guerras e los algos fallescidos; e tal facienda menester ha grand remedio, e non ha atro remedio, salvo el conorte e el sosiego, e cobrir lo que se descobrio de la verguenza. Ca dixo un sabidor consejando al honrado: que olvide los yerros que le son fechos. E dixo otro sabidor: si oviese entre mí e las gentes un cabello, non se cortaría; ca quando ellos tirasen yo afloxaría, e cuando ellos afloxasen yo tiraría. E siempre gradesced a los que bien facen, puesto que a vos non fagan menester, e non se escusarán de vos a servir a la hora del vuestro menester...

La manera del rey con sus gentes es semejada al pastor con su ganado. Sabida cosa es el uso del pastor con su ganado e la grand piedad que ha con él, que anda a le buscar la mejor agua e el buen pasto, e la gran guarda que le face de los contrarios, así como los lobos; trasquilarle la lana desque apesga, e ordeñar la leche en manera que non faga daño a la ubre, nin apague sus carnes, nin fanbriente sus fijos. E dixo un ome a su vecino: «Fulano, tu cordero levaba el lobo, e fuí em pós dél. Oh ¿a dó está? E él dixo: degolléle e comíle. E él díxole: tú e el lobo uno sodes». E si el pastor que usa desta guisa con el ganado lieva mala vida o dexa de ser pastor, ¿quánto más deve ser el rey con sus súbditos e naturales?...

A Nuestra Señora de Monserrat

(Pedro López de Ayala)

Siempre quise en deuoçión las tus casas visitar,
por lo qual acordé vn punto a trabajar,
e yr en Catalunna á un santo lugar,
que Montserrat es llamado, segunt podré contar,

En vna sierra alta la santa eglesia vy,
do muy muchos miraglos disen fase allí:
en las mis presas é prisiones allí me prometí,
fasiendo este cantar, que agora porné aquí:
Sennora, con humildat
e deuoto coraçón.
prometo á Montserrat
ir faser oraçión.
Si pluguiere á ti, Sennora,
de me tú librar aquí,
voto fago desde agora
de te yr servir allí.
En la sierra do ya
vi tu imagen e figura,
porque siempre ove cura
de aver en ti deuoçión.
Sennora, con humildat
e deuoto coraçón
prometo á Montserrat
ir faser mi oraçión.

A muchos, Sennora mía,
acorres en tribulança:
quien te llama cada día
non es puesto en olvidança.
Pues en ti es mi esperança,
líbrame desta angostura,
que tengo grant tristura
en esta tribulaçión.
Sennora, con humildat
e deuoto coraçon
prometo á Montserrat
ir faser mi oraçión.
Conorte de los cuytados
eres tú, Sennora mía.
estrella de los errados,
e por ende cada día.
En tí espero syn porfía,
atendiendo tu mesura,
que de aquesta amargura
yo auré por ti perdón.
Sennora, con humildat
e deuoto coraçón
prometo á Montserrat
ir faser mi oraçión.

RIMADO DE PALACIO

(Pedro López de Ayala)

Pues que de los mercadores aqui podrán desir?
Si tienen tal oficio para poder fallir,
Jurar e perjurar, en todo siempre mentir,
Oluidan Dios e alma, nunca cuidan morir.
En sus mercadurias han mucha confusión
A mentira e a enganno e a mala confesión,
Dios le quiera valer o ayan su perdon,
Que quanto ellos non dexan dan quenta por bordon

Vna ves pidrán cinquenta doblas por un panno,
Si vieren que estades duro o entendedes vuestro danno,
Dis, por treynta vos lo do, mas nunca él cumpla el anno,
Si non le costó quarenta ayer de vn omne estranno. .
Nunca verdat confiesan, así lo han acostumbrado,
Siempre paresçe pequenno el pecado que es vsado;
Mas otra guisa lo juzga aquel jues granado,
Que en las entinçiones nos les cosa ençelado.
Juran a Dios falsamente esto de cada día,
Mal lo pasan allí los Santos e Santa María,
E con todos los diablos fecha tienen cofradía,
Tanto que en el mundo trasdoblen la contia.
Las varas e las medidas, Dios sabe quales seran,
Vna mostraran luenga e con otra mediran;
Todo es mercaduría, non entienden que en esto han
Ellos pecado ninguno, pues que siempre asi lo dan.
Si son cosas que a peso ellos ayan de vender,
Que pesen mas sus cosas sus artes van faser
En otros pesos, sus almas lo aurán de padesçer,
Si Dios por la su gracia non los quiere defender.
En la vieja ley defiende esto nuestro Sennor,
Nunca ternás dos pesos, vno pequenno, otro mayor;
Si de otra guisa lo fases yo seré corregidor.
E con sanna muy grande tornaré por tal error.

Muerte de Don Alvaro de Luna

(Fernán Pérez de Guzmán)

El miércoles de las ochavas de Pasqua florida, queriendo Nuestro Señor hacer obra nueva, el día que debía ser resurrección, fué pasión del dicho condestable. Con gran admiración é quasi increible á todo el reyno, el rey lo mandó prender á don Alvaro de Stúñiga, que fué despues conde Plasencia, é tomó lo que allí halló; é partiendo de Burgos, llevólo consigo á Valladolid, é hízolo poner en Portillo en fierro, en una jaula de madera. ¿Qué podemos aquí decir, sino obedecer y temer los escuros juicios de Dios sin alguna interpretación, que un rey, que hasta los quarenta y siete años fué en poder de este condestable con tan grandísima paciencia é obediencia que solamente

el semblante no movía contra él, que ahora súbitamente con tan grande rigor le hiciese prender é poner en fierro? E aun es de notar aquí que aquellos príncipes reales, el rey de Navarra y el infante don Enrique, con acuerdo é favor de todos los grandes del reyno, muchas veces se atrabaxaron de lo apartar del rey y destruirlo; é no solamente no lo acabaron, mas todos los mas dellos se perdieron en aquella demanda: por ventura porque se movían, no con intención buena, más con interese. E si queremos decir que el rey hizo esta obra, parece al contrario; porque muerto el condestable, el rey se quedó en aquella misma remisión y negligencia que primero: ni hizo auto alguno de virtud ni fortaleza, en que se mostrase mas ser hombre que primero. E ansí resta que debamos creer que esta fué obra de solo Dios, que según la Escritura, él solo hace grandes maravillas... Fué llevado de Portillo á Valladolid, é allí públicamente y en forma de justicia, le fué cortada la cabeza en plaza pública. A la qual muerte, según se dice, él se dispuso á la sofrir mas esforzada que devotamente; ca, segun los autos que aquel dia hizo é las palabras que dixo, mas pertenecian á fama que á devocion.

El arte de trobar

(Enrique de Villena)

Tanto es el provecho que viene desta dotrina á la vida civil quitando occio, é occupando los generosos ingenios en tan honesta investigacion, que las otras Naciones desearon, é procuraron haver entre sí escuela desta dotrina, é por esso fue ampliada por el mundo en diversas partes.

A este fin el Rei don Juan de Aragón, Primero deste nombre, fijo del Rei Don Pedro Segundo, fizo solemne Embajada al Rei de Francia, pidiéndole mandasse al Colegio de los Trobadores, que viniese á plantar en su Reino el estudio de la Gaya Sciencia, é obtóvolo, é fundaron estudio della en la Cibdad de Barcelona dos Mantenedores que vinieron de Tolosa para esto, ordenándolo desta manera, que huviese en el Estudio e Consistorio desta Sciencia en Barcelona quatro mantenedores: el uno Cavallero, el otro Maestro en Theologia, el otro en Leyes, el otro honrado Cibdadano; é quando alguno destos falleciese, fuese otro de su condición elegido por el Colegio de los Trobadores, é confirmado por el Rei.

En tiempo del Rei don Martín su hermano fueron mas privilegiados; é acrecentadas las rentas del Consistorio para las despensas facederas, asi en la reparación de los Libros del Arte, é Vergas de plata de los Vergueros que van

delante de los mantenedores, é Sellos del Consistorio; como en las Joyas que se dan cada mes; é para celebrar las Fiestas Generales, é ficieronse en este tiempo mui señaladas obras que fueron dignas de corona.

Después de muerto el Rei Don Martín por los debates que fueron en el Reino de Aragón sobre la sucesion, ovieron de partir algunos de los Mantenedores, é los principales del Consistorio para Tortosa, y cesó lo del Colegio de Barcelona.

Fué despues elegido el Rei Don Fernando, en cuyo servicio vino Don Enrique de Villena, el qual procuró la Reformacion del Consistorio, i señalaronle por el principal dellos.

Las materias que se proponían en Barcelona estando allí Don Enrique Algunas veces loores de Sancta Maria: otras de Armas: otras Amores, é de buenas costumbres. E llegado el dia prefigido, congregavanse los Mantenedores, é Trobadores en el Palacio donde yo estava; i de allí partiamos ordenadamente con los Vergueros delante, e los Libros del Arte, que traían, y el registro ante los Mantenedores. E llegados al dicho Capitul, que ya estava aparejado, e emparamentado de paños de pared al derredor, é fecho un asiento de frente con gradas, en donde estava Don Enrique en medio, e los Mantenedores de cada parte, é á nuestros pies los Escrivanos del Consistorio, é los Vergueros mas bajo, é el suelo cubierto de tapicería, e fechos dos circuitos de asientos donde estaban los Trobadores, é en medio un bastimento quadrado tan alto, como un altar cubierto de paños de oro, é encima puestos los Libros del Arte, é la Joya; é á la man derecha estava la Silla alta para el Rei, que las mas veces era presente, é otra mucha gente que se ende allegava.

E fecho silencio, levantavase el Maestro en Theologia que era uno de los Mantenedores, é facía una Presuposición con su thema, y sus alegaciones é loores de la Gaya Sciencia, é de aquella materia de que se avia de tratar en aquel Consistorio; é tornavase á asentar. E luego uno de los Vergueros decia, que los Trobadores allí congregados espandiesen, y publicasen las Obras que tenian hechas de la materia á ellos asinada; e luego levantavase cada uno é leia la Obra que tenía fecha en voz inteligible, e traíanlas escritas en papeles Damasquinos de diversos colores con letras de oro, é de plata, é illuminaduras formosas lo mejor que cada uno podía; é desque todas eran publicadas, cada uno la presentava al Escrivano del Consistorio.

Tenianse despues dos Consistorios: uno secreto, y otro público. En el secreto facían todos juramento de juzgar derechamente sin parcialidad alguna, según las reglas del Arte, qual era mejor de las Obras allí esaminadas,

é leídas puntuadamente por el Escrivano. Cada uno de ellos apuntava los vicios en ella contenidos, é señalavanse en las margenes de fuera. E todas assi requeridas, á la que era hallada sin vicios, ó á la que tenía menos, era juzgada la Joya por los votos del Consistorio.

En el publico congregavanse los Mantenedores, é Trobadores en el Palacio; é Don Enrique partia dende con ellos, como está dicho, para el Capitulo de los Frailes Predicadores: é colocadas, é fecho silencio; yo les facía una Presuposicion loando las Obras que ellos avian fecho é declarando en especial qual dellas merecía la Joya: é aquella la traía ya el Escrivano del Consistorio en pergamino bien illuminada, é encima puesta la corona de oro, é firmavalo Don Enrique al pie: é luego los Mantenedores: é sellavala el Escrivano con el Sello pendiente del Consistorio: é traía la Joya ante Don Enrique: é llamado el que fizo aquella Obra, entregavale la Joya, é la Obra coronada por memoria, la cual era asentada en el Registro del Consistorio, dando autoridad, é licencia para que se pudiese cantar, é en publico decir.

E acabado esto, tornavamos de alli al Palacio en ordenanza, é iva entre dos Mantenedores el que ganó la Joya é llevavale un mozo delante la Joya con Ministriles, é trompetas: é llegados á Palacio, haciales dar confites, y vino: é luego partían dende los Mantenedores, é Trobadores con los Ministriles, é Joya, acompañando al que la ganó fasta su posada: é mostravase aquel aventage que Dios é Natura ficieron entre los claros ingenios, é los obscuros. De donde parece que *aventage* viene del vocablo italiano *avante*.

Proemio al Condestable de Portugal

(El Marqués de Santillana)

¿E que cosa es la poesía que en nuestro vulgar *gaya sciencia* llamamos, si non un fingimiento de cosas utiles cubiertas, o voladas, con muy fermosa cobertura, compuestas, distinguidas, éscandidas por çierto cuento, peso, é medida? E ciertamente, muy virtuoso señor, yerran aquellos que pensar quieren ó decir que solamente las tales cosas consistan ó tiendan á cosas vanas é lasçivas. Que vien como los fructiferos huertos abundan é dan convenientes frutos para todos los tiempos del año; asy los hombres bien nasçidos é doctos á quien estas sciencias de arriba son infusas, usan de aquellas é del tal exercicio segunt las edades. E si por ventura las sçiencias son deseables asy como Tullio quiere ¿qual de todas es mas prestante, mas noble, ó mas digna del hombre; ó qual mas estensa á todas especies de humanidat?

Ca las obscuridades é cerramientos dellas ¿quién las demuestra é face patentes sinon la eloquencia dulçe é fermosa fabla, sea metro, sea prosa?

Quanta mas sea la excellençia e prerrogativa de los rimos é metroque de la soluta prosa, si non solamente á aquellos que de las porfias injustas se cuidan adquirir soberbios honores, manifiesta cosa es. E asy façiendo la via de los stoycos, los quales con grant diligencia inquirieron el origine é causas de las cosas, me esfuerzo á decir el metro ser antes en tiempo é de mayor perfección é de mas autoridat que la soluta prosa. Isidoro Cartagines, santo arzobispo hispalense, asy lo aprueba é testifica; é quiere que el primero que fizo rimos, ó cantó en metro haya seido Moysen: ca en metro cantó é profetizó la venida del Mesias: é despues dél Josué en loor del vencimiento de Gabaon. David cantó en metro la victoria de los Filisteos, é la restitución del area del Testamento, é todos los cinco libros del Psalterio, E aun por tanto los Hebraycos osan afirmar que nosotros no así bien como ellos podemos sentir el gusto de la su dulçeza. E Salomon metrificados fizo los sus Proverbios, é ciertas cosas de Job son escritas en rimo, en especial las palabras de conorte que sus amigos le respondian á su vexaciones.

E asy concluyo ca esta sçiencia, por tal es acepta principalmente á Dios, é despues á todo linage é especie de gentes. Afirmalo Casiodoro en el libro de varias causas, diciendo: todo resplandor de eloqüencia, é todo modo ó manera de poesia ó poetal locucion é fabla, toda variedat ovo é ovieron comenzamiento de las divinas Escrituras. Esta en los deificos templos se canta, é en las cortes é palacios imperiales é reales graciosamente es resçebida. Las plazas, las lonjas, las fiestas, los convites opulentos sin ella asy como sordos é en silencio se fallan.

La Comedieta de Ponza

(El Marqués de Santillana)

O vos, dubitantes, creed las estorias
E los infortunios de los humanales,
E ved si los triunphos, honores e glorias
E grandes poderes son perpetuales.
Mirad los imperios e casas reales,
E cómo fortuna es superiora,
Revuelve lo alto en baxo á desora
E façe los ricos é pobres eguales.

O lúcido Jove, la mi mano guía,
Despierta el engenio, aviva la mente,
El rústico modo aparta e desvía
E torna mi lengua, de ruda eloqüente.
E vos, las hermanas, que cabe la fuente
De Elicón façedes continua morada,
Sed todas conmigo en esta jornada,
Por que'l triste caso denunçie é recuente.

. . . .

«E serás tú, Ponça, jamás memorada
Por esta lit fiera, cruel, sanguinosa,
E avrá tu nombre perpetua durada,
E de todas islas serás más famosa.
En ti fué gridada con voz pavorosa
En los dos estoles ¡batalla! ¡batalla!...
Viril fué la vista que pudo miralla
Sin temor de muerte, é más que animosa.

. . . .

«Aquí las enseñas fueron desplegadas,
Asy de los reyes como de barones,
E todas las naves de fecho entoldadas
E vistos en punto inmensos pendones;
En unos las cruces, en otros bastones,
En los otros pomas, lirios é calderas,
En otros las jarras, en otros veneras,
En otros castillos e bravos leones.

«En la parte adversa, bien como señora
O reyna de todos, era la bandera,
La qual contenía la devoradora
Bixa milanesa, fiera é temedera.
E luego cercana, como compañera,
Era allí la cruz, señal genovesa:
Aguilas é flores en la grand empresa
Ornavan las proas por la delantera.

. . . .

«La gente de España llamava «¡Aragón!»
E todos «¡Navarra!» los de su quadrilla;
E los que guardavan el noble pendón,
Do era pintada la fogosa silla,
Llamavan «¡Mallorca, Çerdeña e Çeçilia,
Córçega, é Sesa, Salerno é Taranto!»;
E todos ferían, pospuesto el espanto,
Asy virilmente que era maravilla.

. . . .

«Las gentes contrarias llamavan «¡Milán!»
E «¡Génova!» muchos con asaz vigor;
Pues crean aquellos que creer querrán
También el poeta, como el orador.
Que dubda es de reyes nin d'emperador
Fallarse en las mares tal flota jamás,
Tan bien ordenada, nin por tal compás,
Nin tan deseosa de ganar loor.

. . . .

«Non son los martillos en el armería
De Milán tan prestos nin tan avivados,
Como la batalla allí se fería
Con ánimos duros é muy denodados;
Ca unos caían en la mar llagados,
E otros en pronto las vidas perdían,
E otros sin piernas é braços se vían.,
Asy fieramente eran afincados.

«El peso de Mares non punto mostrava
Favor a ningunos, nin se conoscía;
Asy que la brega jamás non çesava,
E de todas partes la furor ardía:
Mas los sabios Janos con artillería
Rompían las fustas é las foradavan,
E todas cabtelas e artes buscavan,
Por aver del fecho final mejoría.

. . . .

«E cómo del fuego la yerva curada
Veloçe s'aprende, universalmente
Por toda la flota fué voz divulgada
Que'l Rey se anegava; é de continente
Los nobles hermanos é toda la gente
Sintieron aquella tristeça é dolor,
Que los de Carthago por su emperador,
La vez postrimera que fué padesçiente.

«Asy concluyendo, la flota fué presa
Con todos los reyes, duques é varones,
E puesta en Saona la notable presa,
En lo qual se acuerdan las más opiniones.
Leydos, o Reyna, los tristres renglones,
Pues viven, espera: que Dios es aquél
Que puede librarlos, como a Daniel,
E fiço a David en sus impresiones».
. . . .

PROVERBIOS

(Marqués de Santillana)

De Amor é Temor

Fijo mío mucho amado,
Para mientes,
E non contrastes las gentes,
Mal su grado:
Ama é serás amado,
E podrás
Façer lo que non farás
Desamado.

¿Quién reservará al temido
De temer,
Si discrepçión é saber
Non ha perdido?
Si querrás, serás querido,
Ca temor
Es una mortal dolor
Al sentido.

César, segund es leydo,
Padesçió,
E de todo se falló
Desçebido:
Quien se piensa tan ardido,
Pueda ser
Que sólo baste á façer
Grand sonido.

¡Quántos vi ser augmentados
Por amor;
E muchos más por temor
Abaxados!
Ca los buenos, sojudgados,
Non tardaron
De buscar cómo libraron
Sus estados.

!O fijo! sey amoroso,
E non esquivo;
Ca Dios desama al altivo
Desdeñoso.

Del iniquo é maliçioso
Non aprehendas;
Ca sus obras son contiendas
Sin reposo.

E sea la tu respuesta
Muy graçiosa:
Non terca nin soberbiosa,
Mas honesta.
¡O fijo! ¡Quán poco cuesta
Bien fablar!...
E sobrado amenaçar
Poco presta.

Decires

(Marqués de Santillana)

Yo, mirando una ribera,
Vi venir por un grand llano
Un ome que cortesano
Paresçía en su manera:
Vestía ropa extranjera,
Fecha al modo de Bravante,
Bordada, bien roçegante,
Pasante del estribera.

Traía al su diestro lado
Una muy fermosa dama,
De las que toca la fama
En superlativo grado:
Un capirote charpado
Á manera bien extraña
A fuer del alta Alimaña
Donosamente ligado.

De gentil seda amarilla
Eran aquestas das hopas,
Tales que nunca vi ropas
Tan lindas á maravilla:
El guarnimiento é la silla
D'aquesta linda señora,
Çertas después nin agora
Non lo vi tal en Castilla.

Por música é maestría
Cantava esta canción,
Que fiço á mi coraçón
Perder el pavor que avía:
«Bien devo loar Amor,
Pues todavía
Quiso tornar mi tristor
En alegría».

SERRANILLA

(Marqués de Santillana)

Moza tan fermosa
Non vi en la frontera,
Como una vaquera
De la Finojosa.

Faciendo la vía
De Calatreveño
A Santa María,
Vencido del sueño,
Por tierra fragosa
Perdí la carrera,
Do vi la vaquera
De la Finojosa.

En un verde prado
De rosas e flores
Guardando ganado
Con otros pastores,
La vi tan fermosa
Que apenas creyera
Que fuese vaquera
De la Finojosa.

Non creo las rosas
De la primavera
Sean tan fermosas
Nin de tal manera,
Fablando sin glosa,
Si antes supiera
Daquella vaquera
De la Finojosa.

Non tanto mirara
Su mucha beldad,
Porque me dexara
En mi libertad;
Mas dixe: «donosa,
Por saber quien era,
¿Dónde es la vaquera
De la Finojosa?»

Bien como riendo,
Dixo:: «Bien vengades,
Que ya bien entiendo
Lo que demandades;
Non es deseosa
De amar nin lo espera
Aquesa vaquera
De la Finojosa».

SONETO

Fecho al itálico modo

(Marqués de Santillana)

Oy qué diré de ti, triste emispherio,
O patria mia, que veo del todo
Yr todas cosas ultra el recto modo,
Donde se espera inmenso laçerio?...

Tu gloria e laude tornó vituperio
E la tu clara fama en escureça!...
Por cierto, España, muerta es tu nobleça,
E tus loores tornados hacerio.
¿Dó es la fée?... ¿dó es la caridat?...
¿Dó la esperança?... Ca por cierto absentes
Son de las tus regiones e partidas.
¿Dó es justiçia, templança, egualdat,
Prudençia e fortaleça?... Son presentes?...
Por cierto non: que léxos fuydas.

En alabanza de la vida campestre

(El Marqués de Santillana)

¡Benditos aquellos que con el açada
sustentan su vida e viven contentos,
e de quando en quando conosçen morada
e suffren pasçientes las lluvias e vientos!...
ca estos non temen los sus movimientos,
nin saben las cosas del tiempo passado,
nin de las pressentes se façen cuydado,
nin las venideras dó han nasçimientos.
¡Benditos aquellos, que siguen las fieras
con las gruesas redes e canes ardidos,
e saben las trochas e las delanteras
e fieren del archo en tiempos devidos!
ca estos por saña non son commovidos
nin vana cobdiçia los tiene subjetos;
nin quieren thesoros, nin sienten deffetos,
nin turban temores sus libres sentidos.
¡Benditos aquellos que, quando las flores
se muestran al mundo, desçiben las aves,
e fuyen las pompas e vanos honores,
e ledos escuchan sus cantos suaves!
¡benditos aquellos que en pequeñas naves
siguen los pescados con pobres traynas!
ca estos non temen las lides marinas,
nin çierra sobre ellos Fortuna sus llaves.

El Laberinto

(Juan de Mena)

Muerte de Lorenzo Dávalos

Aquel que allí ves al cerco trabado
que quiere subir y se halla en el aire,
mostrando en su rostro doblado donaire
por dos deshonestas feridas llagado,
es el valiente, no bien fortunado,
muy virtuoso mancebo Lorenzo,
que hizo en un día su fin y comienzo,
aquel es el que era de todos amado.
El mucho querido del señor Infante
que siempre le fuera señor como padre,
él mucho llorado de la triste madre,
que muerto ver pudo tal hijo delante.
¡Oh dura fortuna, cruel, tribulante!
Por ti se le pierden al mundo dos cosas,
las vidas y lágrimas tan piadosas
que ponen dolores de espada tajante.
Bien se mostraba ser madre en el duelo
que fizo la triste después que ya vido
el cuerpo en las andas, sangriento, tendido
de aquel que criara con tanto desvelo:
ofende con dichos crueles al cielo,
con nuevos dolores su flaca salud,
y tantas angustias roban su virtud
que cae la triste muerta en el suelo.
Rasga con uñas crueles su cara,
hiere sus pechos con mesura poca,
besando a su hijo la su fría boca,
maldice las manos de quien lo matara;
maldice la guerra do se comenzara,
busca con ira crueles querellas,
niega a sí mesma reparo de aquellas,
y tal como muerta viviendo se para.

Decía llorando con lengua rabiosa:
oh matador de mi hijo cruel,
mataras a mí, dexaras a él,
que fuera enemiga no tan porfiosa:
fuera a la madre muy mas digna cosa,
para quien mata llevar menos cargo,
y no te mostraras a él tan amargo,
ni triste dejaras a mí querellosa.
Si antes la muerte me fuera ya dada,
cerrara mi hijo con éstas sus manos
mis ojos delante de los sus hermanos,
e yo no muriera más de una vegada;
moriré así muchas desventurada,
que solo padezco lavar sus heridas,
con lágrimas tristes y no agradecidas,
maguer que lloradas por madre cuitada.
Así lamentaba la pía matrona...

Cancionero de Baena

CANTIGA

(Alfonso Alvarez de Villasandino)

Generosa, muy fermosa,
Syn mancilla Virgen santa,
Virtuosa, poderosa,
De quien Lucifer se espanta:
Tanta
Fué la tu grand homildat
Que toda la Trenidat
En ty se ençierra, se canta.
Plasentero fué el primero
Goso señora que oviste,
Quando el vero mensajero
Te saluó tú respondiste.
Troxiste
En tu seno vyrginal
Al Padre celestial,
Al qual syn dolor pariste.

¡Quién sabrya nin dyrya
Quánta fué tu omildança
Oh Marya, puerta é vya
De salud é de folgança!
Fiança
Tengo en ty, muy dulce flor,
Que por ser tu servidor
Havré de Dios perdonança
Noble rrossa, fija é esposa
De Dios é su Madre dyna,
Amorosa es la tu prosa
Ave stela matutyna.
Enclyna
Tus orejas de dulçor,
Oyendo a mí, pecador,
Ayudándome festyna.
. . . .

Claros varones de Castilla

(Fernando del Pulgar)

Don Iñigo López de Mendoza, Marqués de Santillana

Fué hombre de mediana estatura, bien proporcionado en la compostura de sus miembros é fermoso en las facciones de su rostro; de linaje noble castellano é muy antiguo. Era hombre agudo é discreto, é de tan gran corazón, que ni las grandes cosas le alteraban, ni en las pequeñas le placia entender. En la continencia de su persona é en el razonar de fabla mostraba ser hombre generoso é magnánimo. Fablaba muy bien, é nunca le oían decir palabra, que no fuese de notar, quier para doctrina, quier para placer. Era cortés, é honrador de todos los que á él venían, especialmente de los hombres de ciencia... Era caballero esforzado, é ante de la facienda cuerdo é templado, é puesto en ella era ardido é osado; é ni su osadía era sin tiento, ni en su cordura se mezcló jamás punto de cobardía. Fué capitán principal de muchas batallas que ovo con Cristianos e con moros, donde fue vencedor e vencido...

Conoscidas por el Rey Don Juan las habilidades de este caballero, le envió por Capitán de la guerra contra los moros, el qual recibió el cargo con alegre cara, e lo tobo en la frontera gran tiempo. El qual ovo con el Rei de Granada e con otros capitanes de aquel reino muchas batallas e grandes recuentros, do fue vencedor, e fizo muchas talas en la vega de Granada... Fizo la guerra tan cruda a los moros que los puso so el yugo de servidumbre, é los apremió a dar en parias cada año mayor cantidad de oro de que la que el Rei esperaba recebir, ni ellos jamás pensaron dar.

E allende de oro que dieron, les constriño que soltasen todos los cristianos que estaban cativos en tierra de moros, los quales este marqués redimió del cativerio en que estaban, e los puso en libertad...

Tenía gran copia de libros, e dábase al estudio, especialmente de la filosofía moral, e de cosas peregrinas e antiguas: é tenia siempre en su casa doctores e maestros con quienes platicaba en las sciencias e lecturas que estudiaba. Fizo asimismo otros tractados en metros y en prosa muy doctrinables para provocar a virtudes e refrenar vicios; y en estas cosas pasó él lo más del tiempo de su retraimiento. Tenía grand fama e claro renombre en muchos Reinos fuera de España; pero reputaba muy muchos más la estimación entre los sabios que la fama entre los muchos..................

E porque muchas veces vemos responder la condicion de los hombres á su complexion, é tener siniestras inclinaciones aquellos que no tienen buenas complexiones, podemos sin duda creer que este caballero fué en grand cargo á Dios por le aver compuesto la natura de tan igual complexion, que fué hábil para recebir todo uso de virtud, é refrenar sin grand pena qualquier tentación de pecado.

Dialogo entre el Amor y un Viejo

(Rodrigo de Cota)

(Fragmentos)

Viejo.—Cerrada estaua mi puerta,
¿A qué vienes? ¿Por do entraste?
Di, ladron, ¿porque saltaste
Las paredes de mi huerta?
La edad y la razón
Ya de ti m'an libertado;
Dexa el pobre coraçón
Retraydo en su rincon
Contemplar qual l'as parado
Quanto más qu'este vergel
No produze locas flores,
Ni los frutos y dulçores
Que solíes hallar en él.
Sus verduras y hollajes
Y delicados frutales,
Hechos son todos saluajes,
Convertidos en linajes
De natios de eriales.
La beldad de este jardín
Ya no temo que la halles,
Ni las ordenadas calles,
Ni los muros de jazmín;
Ni los arroyos corrientes
De biuas aguas notables,
Ni las aluercas ni fuentes,
Ni las aues produzientes
Los cantos tan consolables,.
Ya la casa se deshizo,
De sotil lauor estraña,
Y tornose esta cabaña
De cañuelas de carrizo.
De los frutos hize truecos
Por escaparme de ti,
Por aquellos troncos secos,
Carcomidos, todos huecos,
Que paresccn cerca mí.
Sal del huerto miserable:
Ve buscar dulçe floresta;
Que tú no puedes en esta
Hazer vida deleytable .
Ni tú ni tus seruidores
Podés bien estar conmigo;
Que aun qu'esten llenos de flores,
Yo sé bien cuantos dolores
Ellos traen siempre consigo.
Tú traydor eres, amor,
De los tuyos enemigo.
Y los que biuen contigo
Son ministros de dolor.
Sábete que sé que son

Afan, desden y deseo,
Sospiro, celos, pasion,
Osar, temer, aficion,
Guerra, saña, deuaneo,
  Tormento y desesperança,
Engaños con ceguedad,
Lloros y catiuidad,
Congoxa, rauia, mudança;
Tristeza, dubda, coraje,
Lisonja, troque y espina
Y otros mil deste linaje,
Que con su falso visaje
Su forma nos desatina.
  AMOR.—En tu habla representas
Que nos has bien conoscido.
  VIEJO.—Sí, que no tengo en oluido
Cómo hieres y atormentas:
Esta huerta destruyda
Manifiesta tu centella;
Dexa mi cansada vida;
Sana ya de tu herida
Más que tú de su querella.
  AMOR.—Pues estás tan criminal,
Hablar quiero con sossiego,
Porque no encendamos fuego
Como yesca y pedernal:
Y pues soy Amor llamado,
Hablaré con mansedumbre,
Recibiendo muy temprado
Tu hablar tan denodado
En panes de dulcedumbre.
  VIEJO.—Blanda cara de alacrán,
Fines fieros y rauiosos,
Los potages ponçoñosos
En sabor dulce se dan:
Como el mas blando licor,
Es muy mas penetratiuo,
Piensas tu con tu dulçor
Penetrar el desamor
En que me hallas esquiuo.
  Las culebras y serpientes
Y las cosas enconadas
Son muy blandas y pintadas
Y á la vista muy plazientes;
Mas vn secreto venino
Dexando pueden llegar
Qual, segun que yo adeuino
Dexarias en el camino
Que conmigo quiés lleuar.
  AMOR.—¿A la habla que te hago
Por qué cierras las orejas?
  VIEJO.—Porque muerden las abe-
Aunque llegan con halago. (jas

INSCRIPCIÓN EN LA ESCALERA DEL AYUNTAMIENTO DE TOLEDO

(Gómez Manrique)

  Nobles, discretos varones
que gobernáis a Toledo,
en aquestos escalones
desechad las aficiones,
codicias, amor y miedo.

  Por los comunes provechos
dejad los particulares:
pues vos fizo Dios pilares
de tan riquísimos techos
estad firmes y derechos.

Coplas a la muerte de su padre el maestre D. Rodrigo

(Jorge Manrique)

Recuerde el alma dormida,
avive el seso y despierte,
contemplando
cómo se pasa la vida,
cómo se viene la muerte,
tan callando.
Cuán presto se va el placer,
cómo después de acordado,
da dolor;
cómo a nuestro parecer,
cualquiera tiempo pasado,
fué mejor.

Y pues vemos lo presente,
cómo en un punto se es ido,
y acabado;
si juzgamos sabiamente,
daremos lo no venido
por pasado;
no se engañe nadie, no
pensando que ha de durar
lo que espera
mas que duró lo que vió;
porque todo ha de pasar
por tal manera.

Nuestras vidas son los ríos
que van a dar en la mar,
que es el morir:
allí van los señoríos
derechos a se acabar
y consumir:
allí los ríos caudales,
allí los otros medianos,
y más chicos:
allegados son iguales,
los que viven por sus manos,
y los ricos.

. . . .

Este mundo es el camino
para el otro que es morada
sin pesar;
mas cumple tener buen tino,
para andar esta jornada
sin errar.
Partimos cuando nacemos,
andamos mientras vivimos,
y llegamos
al tiempo que fenecemos;
así que, cuando morimos,
descansamos.

. . . .

Decidme: la hermosura,
la gentil frescura y tez
de la cara,
la color y la blancura,
cuando viene la vejez,
¿cuál se para?
Las mañas y ligereza,
y la fuerza corporal
de juventud,
todo se torna graveza,
cuando llega al arrabal
de senectud.

. . . .

Si fuese en nuestro poder
tornar la cara fermosa
corporal,

como podemos hacer
el alma tan gloriosa
angelical,
¿qué diligencia tan viva
tuviéramos toda hora,
y tan presta,
en componer la cautiva,
dejándonos la señora
descompuesta?

Estos reyes poderosos
que vemos por escrituras
ya pasadas,
con casos tristes llorosos
fueron sus buenas venturas
transtornadas.
Así que no hay cosa fuerte;
que a papas y emperadores
y prelados
así los trata la muerte
como a los pobres pastores
de ganados.

Dejemos a los troyanos,
que sus males no los vimos,
ni sus glorias:
dejemos a los romanos,
aunque oimos y leimos
sus historias,
no curemos de saber
lo de aquel siglo pasado
qué fué de ello:
vengamos a lo de ayer,
que también es olvidado
como aquello.

¿Qué se hizo el rey don Juan?
los infantes de Aragón
¿qué se hicieron?
¿qué fué de tanto galán?
¿qué fué de tanta invención
como trujeron?
Las justas y los torneos,
paramentos, bordaduras
y cimeras,
¿fueron sino devaneos?
¿qué fueron sino verduras
de las eras?...

. . . .

Tantos duques excelentes,
tantos marqueses y condes
y barones
como vimos tan potentes,
di, muerte, ¿do los escondes
y los pones?
Y sus muy claras hazañas
que hicieron en las guerras
y en las paces,
cuando tú, cruel, te ensañas
con tu fuerza los atierras
y deshaces.

Las huestes innumerables
los pendones, estandartes,
y banderas,
los castillos impugnables,
los muros y baluartes
y barreras,
la cava honda chapada,
o cualquier otro reparo,
¿qué aprovecha?
que si tú vienes airada
todo lo pasas de claro,
con tu flecha.

Aquel de buenos abrigo,
amado por virtuoso
de la gente,
el maestre don Rodrigo
Manrique tanto famoso
y tan valiente;
sus grandes hechos y claros
no cumple que los alabe,
pues los vieron;
ni los quiero hacer caros;
pues el mundo todo sabe
cuáles fueron.

¡Qué amigo de sus amigos!
¡qué señor para criados
y parientes!
¡qué enemigo de enemigos!
¡qué maestro de esforzados
y valientes!
¡qué seso para discretos!
¡qué gracia para donosos!
¡qué razón!
muy benigno a los sujetos,
y a los bravos y dañosos
un león...

. . . .

Después de puesta la vida
tantas veces por su ley
al tablero;
después de tan bien servida
la corona de su rey
verdadero;
después de tanta hazaña
en que no puede bastar
cuenta cierta,
en la su villa de Ocaña
vino la muerte a llamar
a su puerta.

Habla la muerte

Diciendo: «buen caballero,
dejad al mundo engañoso
y su halago,
muestre su esfuerzo famoso
vuestro corazón de acero
en este trago.
Pues que de vida y salud
hiciste tan poca cuenta
por la fama,
esfuércese la virtud
para sufrir esta afrenta
que os llama.

No se os haga tan amarga
la batalla temerosa
que esperáis,
pues otra vida más larga,
de fama tan gloriosa,
acá dejáis.
Aunque esta vida de honor
tampoco no es eternal
ni verdadera;
mas, con todo, es muy mejor
que la otra temporal
perecedera.

El vivir, que es perdurable,
no se gana con estados
mundanales,
ni con vida deleitable,
en que moran los pecados
infernales;
mas los buenos religiosos
gánanlo con oraciones
y con lloros:

los caballeros famosos
con trabajos y aflicciones
contra moros.

Y pues vos, claro varón,
tanta sangre derramastes
de paganos,
esperad el galardón
que en este mundo ganastes
por las manos,
Y con esta confianza,
y con la fe tan entera
que tenéis,
partid con buena esperanza,
que esta otra vida tercera
ganaréis».—

Responde el Maestre

No gastemos tiempo ya
en esta vida mezquina
por tal modo,
que mi voluntad está
conforme con la divina
para todo.
Y consiento en mi morir
con voluntad placentera,
clara y pura,
que querer hombre vivir,
cuando Dios quiere que muera,
es locura.

Oración

Tú, que por nuestra maldad
tomaste forma civil
y bajo nombre;
tú, que a tu divinidad
juntaste cosa tan vil
como el hombre;
tú, que tan grandes tormentos
sufriste sin resistencia
en tu persona,
no por mis merecimientos,
mas por tu sola clemencia,
me perdona.

Cabo

Así, con tal entender,
todos sentidos humanos
conservados;
cercado de su mujer,
de sus hijos, y hermanos
y criados,
dió la alma a quien se la dió.
(el cual la ponga en el cielo
y en su gloria),
aunque la vida murió,
nos dejó harto consuelo
su memoria.

Corbacho

(Arcipreste de Talavera)

Una mujer se lamenta de haber perdido una gallina

Si una gallina pierden van de casa en casa conturbando toda la vecindad. ¿Do mi gallina la rubia, de la cabeza bermeja,o de la cres ta partida,

cenicienta, escura, cuello de pavo, con la calza morada, ponedora de huevos? ¿Quién me la furtó? Furtada sea su vida. Mala landre, dolor de costado, rabia mortal comiese con ella: nunca otra coma; comida mala comiese, amén. ¡Ay, gallina mía tan rubia! Un huevo me dabas tú cada día. ¡Jesús, cuanto robo, cuanta sin razón, cuanta injusticia! Rayo del cielo mortal e pestilencia vengan sobre tales personas; espina o hueso comiendo se le atravesase en el garguero... ¿Dónde estades, mozas? Mal dolor vos fiera... Pues corre en un punto, Juanilla, ve de mi comadre, dile si vieron una gallina rubia de una calza bermeja. Marica, anda, ve a casa de mi vecina, verás si pasó por allá la mi gallina rubia. Perico, ve en un salto al vicario del obispo, que te de una carta de descomunión que muera maldito e descomulgado el traidor malo que me la comió; bien se que me oye quien me la comió. Alonsillo, ven acá, para mientes e mira, que las plumas no se pueden esconder, que conocidas son... Llámame, Juanillo, al pregonero que me la pregone por toda la vecindad. Llámame a Trotaconventos, la vieja de mi prima que venga de casa en casa buscando la mi gallina rubia...

La Celestina

(Fernando de Rojas)

Acto IV

. . . .

Melibea.—Celestina, amiga, yo he holgado mucho en verte é conocerte. Tambien hasme dado plazer con tus razones. Toma tu dinero é vete con Dios, que me paresce que no deues hauer comido.

Celestina.—¡O angélica ymagen! ¡O perla preciosa, é como te lo dizes Gozo me toma en verte fablar. ¿E no sabes que por la diuina boca fué dicho contra aquel infernal tentador, que no de solo pan viuiremos? Pues assí es, que no el solo comer mantiene. Mayormente a mí, que me suelo estar vno ó dos días negociando encomiendas agenas ayuna, saluo hazer por los buenos, morir por ellos. Esto tuue siempre, querer mas trabajar siruiendo á otros, que holgar contentanto á mí. Pues, si tú me das licencia, diréte la necessitada causa de mi venida, que es otra que la que fasta agora as oydo é tal, que todos perderíamos en me tornar en balde sin que la sepas.

Melibea.—Dí, madre, todas tus necesidades, que, si yo las pudiere re-

mediar, de muy buen grado lo haré por el passado conoscimiento é vezindad, que pone obligacion a los buenos....

. . . .

Celestina.—¡Donzella graciosa é de alto linaje! tu suaue fabla é alegre gesto, junto con el aparejo de liberalidad, que muestras con esta pobre vieja me dan osadía á te lo dezir. Yo dexo vn enfermo á la muerte, que con sola una palabra de tu noble boca salida, que le lleue metida en mi seno, tiene por fe que sanará, según la mucha deuoción tiene en tu gentileza.

Melibea.—Vieja honrrada, no te entiendo, si mas no declaras tu demanda. Por vna parte me alteras é prouocas á enojo; por otra me mueues á compasión. No te sabría boluer respuesta conueniente, segun lo poco, que he sentido de tu habla. Que yo soy dichosa, si de mi palabra ay necessidad para salud de algun cristiano. Porque hazer beneficio es semejar á Dios, é el que le dá le recibe, quando á persona digna dél le haze. E demas desto, dizen que el que puede sanar al que padece, no lo faziendo, le mata. Assí que no cesses tu peticion por empacho ni temor.

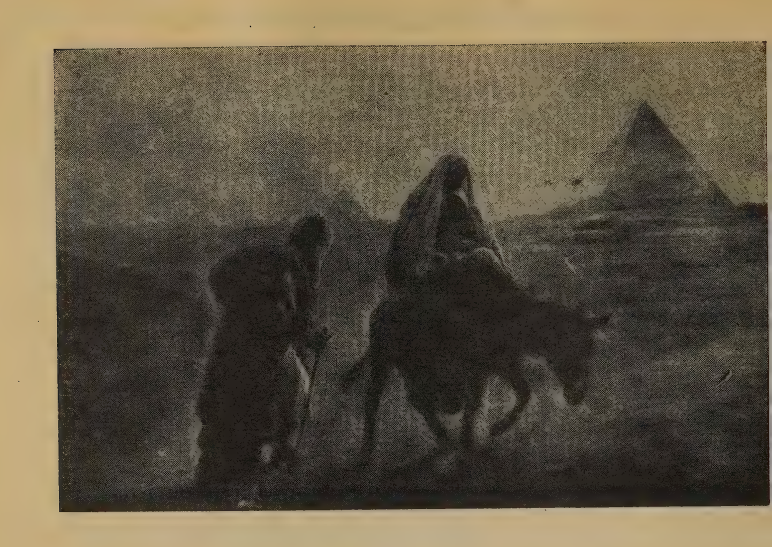
Celestina.—El temor perdí mirando, señora, tu beldad. Que no puedo creer que en balde pintasse Dios vnos gestos mas perfectos que otros, mas dotados de gracias, mas hermosas faciones; sino para fazerlos almazen de virtudes, de misericordia, de compassión, ministros de sus mercedes é dádiuas, como á ti. E pues como todos seamos humanos, nascidos para morir, sea cierto que no se puede dezir nacido el que para sí solo nasció. Porque sería semejante a los brutos animales, en los quales avn ay algunos piadosos, como se dize el vnicornio, que se humilla á qualquiera donzella. El perro con todo su ímpetu é braueza, quando viene á morder, si se echan en el suelo, no haze mal: esto de piedad. ¿Pues las aues? Ninguna cosa el gallo come, que no participe é llame las gallinas á comer dello. El pelicano rompe el pecho por dar á sus hijos á comer de sus entrañas. Las cigüeñas mantienen otro tanto tiempo á sus padres viejos en el nido, quanto ellos le dieron ceuo siendo pollitos. Pues tal conoscimiento dió la natura á los animales é aues, ¿por qué los hombres hauemos de ser mas crueles? ¿Por qué no daremos parte de nuestras gracias é personas á los próximos, mayormente, quando están embueltos en secretas enfermedades é tales que, donde está la melezina, salió la causa de la enfermedad?

Melibea.—Por Dios, sin más dilatar, me digas quién es esse doliente, que de mal tan perplexo se siente, que su passion é remedio salen de vna misma fuente.

Celestina.—Bien ternás, señora, noticia en esta cibdad de vn caballero mancebo, gentilhombre de clara sangre, que llaman Calisto.

Melibea.—¡Ya, ya, ya! Buena vieja, no me digas más, no pases adelante. ¿Esse es el doliente por quien has fecho tantas premissas en tu demanda? ¿Por quien has venido a buscar la muerte para tí? ¿Por quien has dado tan dañosos passos, desuergonçada barvuda? ¿Qué siente esse perdido, que con tanta passion vienes? De locura será su mal. ¿Qué te parece? ¡Si me fallaras sin sospecha desse loco, con qué palabras me entrauas! No se dize en vano que el mas empezible miembro del mal hombre ó muger es la lengua. ¡Quemada seas, hechizera, enemiga de onestad, causadora de secretos yerros! ¡Jesú, Jesú! ¡Quítamela, Lucrecia, de delante.





ROMANCES TRADICIONALES

El Ciego

Camina la Virgen pura—de Egipto para Belén;
en la mitad del camino—el niño tenía sed.
Allá arriba, en aquel alto—hay un viejo naranjel:
un viejo le está guardando,—¡qué diera ciego por ver!
—Ciego mío, ciego mío,—¡si una naranja me dier,
para la sed de este niño—un poquito entretener!
—Ay, señora, sí señora,—tome ya las que quisier.—
La Virgen, como era Virgen,—no cogía más de tres:
el niño, como era niño,—todas las quiere coger.
Apenas se va la Virgen—el ciego comienza á ver.
¡Quién ha sido esta señora—que me hizo tal merced!
—Ha sido la Virgen pura,—que va de Egipto a Belén.

La Virgen

La Virgen se está peinando—debajo de una palmera;
los peines eran de plata,—la cinta de primaveras.

Por allí pasó José;—le dice de esta manera:
¿Cómo no canta la Virgen?—¿Cómo no canta la bella?
—¿Cómo quieres que yo cante,—solita y en tierra ajena,
si un hijo que yo tenía,—más blanco que la azucena,
me lo están crucificando—en una cruz de madera?
Si me lo queréis bajar,—bajádmelo en hora buena;
os ayudará San Juan,—y también la Magdalena,
y también Santa Isabel—que es muy buena medianera.

ROMANCES HISTORICOS

Arias Gonzalo arma caballero a su hijo menor, Pedro Arias, y le instruye de sus deberes como tal.

El hijo de Arias Gonzalo,
el mancebito Pedro Arias,
para responder a un reto
velando estaba unas armas.
Era su padre el padrino,
la madrina doña Urraca,
y el obispo de Zamora
es el que la misa canta:
y el altar tiene compuesto,
y el sacristán perfumaba
a San Jorge y San Román,
y a Santiago el de España.
Estaban sobre la mesa
las nuevas y frescas armas,
dando espejos a los ojos,
y esfuerzo a quien las miraba.
Salió el Obispo vestido,
dijo la misa cantada,
y el arnés pieza por pieza
bendice, y arma a Pedro Arias.
Enlázale el rico yelmo,
que como el sol relumbraba,
relevado de mil flores,
cubierto de plumas blancas.
Al armarle caballero
sacó el padrino la espada:
dándole con ella un golpe
le dice aquestas palabras:
—Caballero eres, mi hijo,
hidalgo y de noble casta,
criado en buenos respetos
desde los pechos del ama:
hágate Dios tal que seas,
como yo deseo que salgas,
en los trabajos sufrido,
esforzado en las batallas,
espanto de tus contrarios,
venturoso con la espada,
de tus amigos y gentes
muro, esfuerzo y esperanza.
No te agrades de traidores,
ni les mires a la cara;
de quien de ti se fiare
no le engañes que te engañas.
Perdona al vencido triste
que no puede tomar lanza,
no dés lugar que tu brazo
rompa las medrosas armas;
mas en tanto que durare
en tu contrario la saña,

no dudes el golpe fiero,
ni perdones la estocada.
A Zamora te encomiendo
contra don Diego de Lara,
que nada siente de honra
quien no defiende su casa.—
En el libro de la misa
le toma jura y palabra.—
Pedrarias dice:—Sí otorgo
por aquestas Letras santas.—
El padrino le dió paz,
y el fuerte escudo le embraza,
y doña Urraca le ciñe
al lado izquierdo la espada.



Jura de Santa Gadea

ROMANCERO DEL CID

El Cid en la Corte del Rey Fernando

Cabalga Diego Laínez
Al buen Rey besar la mano;
Consigo se los llevaba
Los trescientos fijosdalgo.
Entre ellos iba Rodrigo,
El soberbio castellano.

Todos cabalgan en mula,
Sólo Rodrigo en caballo;
Todos visten oro y seda,
Rodrigo va bien armado;
Todos espadas ceñidas,
Rodrigo estoque dorado;
Todos con sendas varicas,
Rodrigo lanza en la mano;
Todos guantes olorosos,
Rodrigo guante mallado;
Todos sombreros muy ricos,
Rodrigo casco afinado,
Y encima del casco lleva
Un bonete colorado.
Andando por su camino,
Unos con otros hablando,
Allegados son a Burgos;
Con el Rey se han encontrado.
Los que vienen con el Rey
Entre sí van razonando;
Unos lo dicen de quedo,
Otros lo van publicando:
—«¡Aquí viene entre esa gente
Quien mató al conde Lozano!»
«Como lo oyera Rodrigo,
En hito los ha mirado;
Con alta y soberbia voz
D'esta manera ha fablado:
«¡Si hay alguno entre vosotros,
«Su pariente o adeudado,
«A quien pese de su muerte,
«Salga luego a demandallo,
«Yo se lo defenderé
«quiera a pie, quiera a caballo!»
Todos responden a una:
—«¡Demándelo su pecado!»
Todos se apearon juntos
Para al Rey besar la mano.
Rodrigo sólo quedó
Encima de su caballo.
Entonces fabló su padre,
Bien oiréis lo que ha fablado.
—«¡Apeadvos, fijo mio,
«Besaréis al Rey la mano,
«Porqu'él es vuestro señor,
«Vos, fijo, sois su vasallo!»
Desque Rodrigo esto oyera
Sintióse muy agraviado;
Las palabras que responde
Son de hombre muy enojado:
—«Si otro me lo dijera,
«Ya me lo hubiera pagado;
«Mas por mandarlo vos, padre,
«Yo lo faré de buen grado».
Ya se apeaba Rodrigo
Para al Rey besar la mano;
Al hincar de la rodilla
El estoque se ha arrancado.
Espantóse d'esto el Rey,
Y dijo como turbado:
—«Quítateme allá, Rodrigo,
«Quítateme allá, diablo,
«Que tienes el gesto de hombre
«Y los fechos de león bravo».
Como Rodrigo esto oyó,
Apriesa pide el caballo;
Con voce muy alterada,
Contra el Rey así fablando:
—«Por besar mano de rey
«No me tengo por honrado;
«Porque la besó mi padre
«Me tengo por afrentado».
En diciendo estas palabras
Salido se há del palacio:
Consigo se los tornaba
Los trescientos fijosdalgo

Si bien vinieron vestidos,
Volvieron mejor armados,
Y si vinieron en mulas.
Todos vuelven en caballos.

Diego Laínez fía del Cid la venganza de su afrenta

Cuidando Diego Laínez
en la mengua de su casa
fidalga, rica y antigua
antes que Iñigo Abarca;
y viendo que le fallescen
fuerzas para la venganza,
porque por sus luengos días,
por sí no puede tomalla;
no puede dormir de noche,
nin gustar de las viandas,
ni alzar del suelo los ojos,
ni osar salir de su casa,
nin fablar con sus amigos;
antes les niega la fabla,
temiendo que les ofenda
el aliento de su infamia.
Estando, pues, combatiendo
con estas honrosas bascas,
para usar d'esta experiencia,
que no le salió contraria,
mandó llamar a sus hijos,
y sin decilles palabra
les fué apretando uno a uno
las fidalgas tiernas palmas;
no para mirar en ellas
las quirománticas rayas,
que este fechicero abuso
no era nacido en España.
Mas prestando el amor fuerzas,
a pesar del tiempo y canas,
a la fría sangre y venas,
nervios y arterias heladas,
les apretó de manera
que dijeron:—Señor, basta;
¿qué intentas o qué pretendes?
Suéltanos ya, que nos matas.—
Mas cuando llegó a Rodrigo,
casi muerta la esperanza
del fruto que pretendía,
que a do no piensan se halla,
encarnizados los ojos.
cual furiosa tigre hircana,
con mucha furia y denuedo
le dice aquestas palabras;
—Soltedes, padre, en mal hora,
soltedes en hora mala,
que a no ser padre, no hiciera
satisfacción de palabras;
antes con la mano mesma
vos sacara las entrañas,
faciendo lugar el dedo
en vez de puñal o daga.—
Llorando de gozo el viejo
dijo:—Fijo de mi alma,
tu enojo me desenoja,
y tu indignación me agrada.
Esos bríos, mi Rodrigo,
muéstralos en la demanda
de mi honor, que está perdido,
si en ti no se cobra y gana.—
Contóle su agravio, y dióle
su bendición y la espada
con que dió al Conde la muerte
y principio a sus fazañas.



EL CID SE PREPARA A VENGAR LA AFRENTA HECHA A SU PADRE

Pensativo estaba el Cid,
Viéndose de pocos años
Para vengar a su padre,
Matando al conde Lozano.
Miraba el bando temido
Del poderoso contrario,
Que tenía en las montañas
Mil amigos asturianos;
Miraba cómo en las Cortes
Del rey de León Fernando
Era su voto el primero,
Y en guerras mejor su brazo.
Todo le parece poco
Respecto de aquel agravio,
El primero que se ha fecho
A la sangre de Laín Calvo.
Al cielo pide justicia,
A la tierra pide campo,
Al viejo padre licencia,
Y a la honra esfuerzo y brazo.
Non cuida de su niñez,
Que en naciendo, es costumbrado

A morir por casos de honra
El valiente fijodalgo.
Descolgó una espada vieja
De Mudarra el castellano,
Que estaba vieja y mohosa
Por la muerte de su amo;
Y pensando que ella sola
Bastaba para el descargo,
Antes que se la ciñese
Así le dice turbado:
—«Faz cuenta, valiente espada,
«Que es de Mudarra mi brazo,
«Y que con su brazo riñes,
«Porque suyo es el agravio.
«Bien sé que te correrás
«De verte así en la mi mano;
«Mas no te podrás correr
«De volver atrás un paso.
«Tan fuerte como tu acero
«Me verás en campo armado;
«Tan bueno como el primero,
«Segundo dueño has cobrado;
«Y cuando alguno te venza,
«Del torpe fecho enojado,
«Fasta la cruz en mi pecho
«Te esconderé muy airado.
«Vamos al campo, que es hora
«De dar al conde Lozano
«El castigo que merece
«Tan infame lengua y mano».
Determinado va el Cid.
Y va tan determinado,
Que en espacio de una hora
Quedó del Conde vengado.

Reto del Cid al Conde Lozano, y muerte de éste

—Non es de sesudos homes,
ni de infanzones de pro,
facer denuesto a un fidalgo
que es tenudo más que vos.
Non los fuertes barraganes
del vuestro ardid tan feroz,
prueban en homes ancianos
el su juvenil furor.
Non son buenas fechorías
que los homes de León
fieran en el rostro a un viejo,
y no el pecho a un infanzón.
Cuidarais que era mi padre
de Laín Calvo sucesor;
y que no sufren los tuertos
los que han de buenos blasón.
Mas ¿cómo vos atrevisteis
a un hombe, que sólo Dios,
siendo yo su fijo, puede
facer aquesto, otro non?
La su noble faz ñublasteis
con nube de deshonor,
mas yo desfaré la niebla,
que es mi fuerza la del sol;
que la sangre dispercude
mancha que finca en la honor,
y ha de ser, si bien me lembro,
con sangre del malhechor.
La vuesa, Conde tirano,
lo será, pues su fervor
os movió a desaguisado
privándovos de razón,
Mano en mi padre pusisteis
delante el Rey con furor,

cuidad que lo denostasteis,
y que soy su fijo yo.
Mal fecho fecisteis, Conde,
yo vos reto de traidor;
y catad si vos atiendo
si me causaréis pavor.
Diego Laínez me fizo
bien cendrado en su crisol;
probaré en vos mi fiereza
y en vuesa falsa intención.
Non vos valdrá el ardimiento
de mañero lidiador,
pues para vos combatir
traigo mi espada y trotón.—
Aquesto al conde Lozano
dijo el buen Cid Campeador,
que después por sus fazañas
este nombre mereció.
Dióle la muerte y vengóse,
la cabeza le cortó,
y con ella ante su padre
contento se afinojó.

El Cid toma la jura a Alfonso VI en Santa Gadea

Hizo hacer al rey Alfonso
el Cid un solemne juro
delante de muchos grandes
que se hallaron en Burgos.
Mandó que con él viniesen
doce caballeros suyos
para que con él jurasen
cada cual uno por uno
en la muerte de don Sancho
que lo mataron seguro
en el cerco de Zamora
a traición y junto al muro.
Y cuando en el templo santo
estuvieron todos juntos,
levantóse del escaño
el Cid, y aquesto propuso:
—Por aquesta santa casa
donde estamos ende ayuso,
que digades la verdad
de aquesto que vos pregunto:
Si vos, Rey, fuisteis la causa,
o de los vuesos alguno,
en la muerte de don Sancho,
hayáis la muerte que él hubo.
Todos dijero: Amén;
mas el Rey quedó confuso;
pero por cumplir el voto,
respondió:—Lo mesmo juro.
Fincó la rodilla en tierra
por facer la corte ayuso.
El Cid delante de todos
al Rey le fabla sesudo:
—Si ayer non vos besé mano,
mi Rey, a ello fuí tenudo,
mas agora vos la beso
con todo mi grado y gusto.
En esto que aquí he fablado
no os he hecho agravio alguno,
que esto debiera al Rey Sancho
como leal vasallo suyo.
Y si aquesto non ficiera
yo quedara por perjuro,
et non por buen caballero
me tuviera todo el vulgo.

El Cid hace bendecir sus pendones y jura engrandecer al rey

Ese buen Cid Campeador,
que Dios en salud mantenga,
faciendo está una vigilia
en San Pedro de Cardeña:
que el caballero cristiano
con las armas de la Iglesia
debe de guarnir su pecho
si quiere vencer las guerras.
Doña Elvira y doña Sol,
las sus dos fijas tan bellas,
acompañan a su madre
ofreciendo rica ofrenda.
Cantada que fué la misa,
el abad y monjes llegan
a bendecir el pendón,
aquel de la cruz bermeja.
Soltó el manto de los hombros,
y en cuerpo, con armas nuevas,
del pendón prendió los cabos
y d'esta suerte dijera:
—Pendón bendecido y santo,
un castellano te lleva,
por su Rey mal desterrado,
bien plañido por su tierra.
A mentiras de traidores
inclinando sus orejas,
dió su prez y mis fazañas;
¡Desdichado dél y d'ellas!
¡Cuando los reyes se pagan
de falsías halagüeñas,
mal parados van los suyos,
luengo mal les viene cerca!
Rey Alfonso, rey Alfonso,
esos cantos de sirena
te adormecen por matarte:
¡ay de ti si no recuerdas!
Tu Castilla me vedaste
por haber folgado en ella,
que soy espanto de ingratos,
y conmigo non cupieran.
¡Plegue a Dios que no se caigan,
sin mi brazo, tus almenas!
Tú que sientes, me baldonas;
sin sentir, me lloran ellas.
Con todo, por mi lealtad
te prometo las tenencias
que en las fronteras ganaren
mis lanzas y mis ballestas;
que venganza de vasallo
contra el Rey, traición semeja,
y el sufrir los tuertos suyos
es señal de sangre buena.—
Esta jura dijo el Cid,
y luego a doña Jimena
y a sus dos fijas abraza:
mudas y en llanto las deja.

Mensajes del Cid para el rey y presentes que le envía

Desterrado estaba el Cid
de la corte y de su aldea
de Castilla por su Rey,
cansado de vencer guerras,
y en las venturosas armas
apenas las manchas secas
de la sangre de los moros
que ha vencido en sus fronteras;

y aun estaban los pendones
tremolando en las almenas
de las soberbias murallas
humilladas de Valencia,
cuando para el rey Alfonso
un rico presente ordena
de cautivos y caballos,
de despojos y riquezas.
Todo lo despacha a Burgos,
y a Alvar Fáñez que lo lleva,
para que lo diga al Rey,
le dice d'esta manera:
«Dile, amigo, al rey Alfonso,
que reciba su grandeza
de un fidalgo desterrado
la voluntad y la ofrenda,
y que en este don pequeño
solamente tome en cuenta
que es comprado de los moros
a precio de sangre buena;
que con mi espada en dos años
le he ganado yo más tierras
que le dejó el rey Fernando,
su padre que en gloria sea;
que en feudo d'ello lo tome
y que no juzgue a soberbia
que con parias de otros reyes
pague yo a mi rey mis deudas;
pues que si él como señor
me pudo quitar mi hacienda,
bien puedo yo como pobre
pagar con hacienda ajena;
y que juzgue que en su dicha
son delante mis enseñas
millaradas de enemigos
como ante el sol las tinieblas;
y espero en Dios que mi brazo
ha de hacello rico, mientras
la mano aprieta a Tizona
y el talón fiere a Babieca;
y en tanto mis envidiosos
descansen, mientras le sea
firme muralla mi pecho
de su vida y de sus tierras;
y entreténganse en palacio,
y guárdense no me vendan,
que del tropel de los moros
soltaré una vez la presa,
y llegarán su avenida
a ver entre sus almenas;
y defiendan bien sus honras
como manchan las ajenas;
y si les diere en los ojos
lo que les dió en las orejas,
verán que el Cid no es tan malo
como son sus obras buenas;
y si sirven a su Rey
en la paz como en la guerra
mentirosos lisonjeros,
con la espada o con la lengua:
y verá el buen rey Alfonso
si son de Burgos las fuerzas,
los caminos de ladrillo
o los ánimos de piedra;
que le suplico permita
se pongan esas banderas
a los ojos del glorioso
mi Príncipe de la Iglesia,
en señal que con su ayuda
apenas enhiestas quedan
en toda España otras tantas,
y ya me aparto por ellas;
y le suplico me envíe
mis fijas y mi Jimena,
d'esta alma sola afligida
regaladas dulces prendas;

que si no mi soledad,
la suya al menos le duela,
porque de mi gloria goce
ganada en tan larga ausencia».
Mirad, Alvaro, no erréis,
que en cada razón de aquestas
llevéis delante del Rey
mi descargo y mi limpieza.
Decidlo con libertad,
que bien sé que habrá en la rueda
quien mis pensamientos mida
y vuestras palabras mesmas.
Procurad que aunque les pese,
a los que mi bien les pesa,
no lleven más que la envidia
de mí, de vos, ni de ellas:
y si en mi Valencia amada
no me hallareis a la vuelta,
peleando me hallaredes
con los moros de Consuegra.

El Cid va a dar gracias a Dios en San Pedro de Cardeña

Victorioso vuelve el Cid
a San Pedro de Cardeña
de las guerras que ha tenido
con los moros de Valencia.
Las trompetas van sonando
por dar aviso que llega,
y entre todos se señala
el relincho de Babieca.
El abad y monjes salen
a recibirlo a la puerta,
dando alabanzas a Dios
y al Cid mil enhorabuenas.
Apeóse del caballo,
y antes de entrar en la Iglesia
tomó el pendón en sus manos
y dice de esta manera:
«Salí de ti, templo santo,
desterrado de mi tierra;
mas ya vuelvo a visitarte
acogido en las ajenas.
Desterróme el rey Alfonso
porque allá en Santa Gadea
le tomé el su juramento
con más rigor que él quisiera.
Las leyes eran del pueblo,
que no excedí un punto d'ellas,
pues como leal vasallo
saqué a mi Rey de sospecha.
¡Oh envidiosos castellanos,
cuán mal pagáis la defensa
que tuvisteis en mi espada
ensanchando vuestra cerca!
Veis aquí os traigo ganado
otro reino y mil fronteras,
que os quiero dar tierras mías,
aunque me echáis de las vuestras,
pudiera dárselo a extraños;
mas para cosas tan feas
soy Rodrigo de Vivar
castellano a las derechas».

ROMANCERO DE LOS INFANTES DE LARA

Los Infantes de Lara

Yantando con Almanzor
está don Bustos de Lara,
que bien puede con los reyes
comer el Señor de Salas.
En Córdoba tiene el cuerpo
preso, y en Burgos el alma,
do fincan sus siete hijos
y su mujer doña Sancha;
y después de haber servido
mil manjares a su usanza,
dice el rey: «Gonzalo, amigo,
un costoso plato falta».
Respóndele el noble hidalgo,
descubriendo honradas canas:
«En la tu mesa, señor,
non puede haber mengua en nada».
En esto vino una fuente,
que cubría una toalla,
y en ella siete cabezas,
de aquel tronco muertas ramas.
Mira la fuente Gonzalo,
Y dice: «¡Ay, fruta temprana!
¿Quién vos trasportó de Burgos
a los campos de Arabiana?
Mas ¡ay, mis fijos! que son
mis preguntas excusadas,
que con sangre viene escrito
que es Rodrigo y doña Lambra.
¡Quién de este plato pudiera
dar la mitad a mi Sancha,
que los mis ojos no pueden
cumplir con desdichas tantas!
Si Narciso en una fuente
se arrojó viendo su cara,
yo, que en ti veo, y tales,
¿cómo no me arrojo? aguarda.
Ya, fuente, perdiste el nombre
en el mar de mis desgracias;
huye, Almanzor, no te anegue,
que sale de padre el agua.
A todos lloro igualmente
con sangre, aunque sea blanca;
que lágrimas de mis ojos
es sangre que vierte el alma.
León seré, yo os prometo,
mis fijos, en la venganza,
mas ¡ay! que aunque soy león,
mi cautiverio es cuartana.
¡Ay, ovejas sin pastor!
Que también murió la guarda;
y porque los perros se harten,
en Córdoba el perro guardan.
Guárdate, Almanzor, que suele
a veces morder con rabia
en la carne del señor,
cuánto y más si es quien lo agravia».

Mata Mudarra a Ruy Velázquez

A cazar va don Rodrigo,
y aun don Rodrigo de Lara:
con la gran siesta que hace
arrimádose ha á una haya,
maldiciendo a Mudarrillo,
hijo de la renegada,

que si a las manes le hubiese,
jura de sacarle el alma.
El señor estando en esto
Mudarrillo que asomaba.
—Dios te salve, caballero;
debajo la verde haya.
—Así haga a ti, escudero;
buena sea tu llegada.
—Dígasme tú, el caballero,
¿cómo era la tu gracia?
—A mí dicen don Rodrigo,
y aun don Rodrigo de Lara,
cuñado de Gonzalo Bustos,
hermano de doña Sancha,
por sobrinos me los hube
los siete infantes de Lara;
espero aquí á Mudarrillo
hijo de la renegada;
si delante lo tuviese,
yo le sacaría el alma.
—Si a ti dicen don Rodrigo,
y aun don Rodrigo de Lara,
a mí Mudarra González,
hijo de la renegada,
de Gonzalo Bustos hijo,
y alnado de doña Sancha:
por hermanos me los hube
los siete infantes de Lara.
Tú los vendiste, traidor,
en el val de Arabiana;
mas, si Dios a mí me ayuda,
aquí dejarás el alma.
—Espérame, don Gonzalo,
iré a tomar las mis armas.
—El espera que tú diste
a los infantes de Lara:
Aquí morirás, traidor,
enemigo de doña Sancha (*sic*).

ROMANCES CABALLERESCOS

El conde Arnaldos

¡Quién hubiese tal ventura
sobre las aguas del mar,
como hubo el conde Arnaldos
la mañana de San Juan!
Con un falcón en la mano
la caza iba a cazar,
y venir vió una galera
que á tierra quiere llegar.
Las velas traía de seda,
la jarcia de un cendal,
marinero que la manda
diciendo viene un cantar
que la mar ponía en calma,
los vientos hace amainar,
los peces que andan al hondo
arriba los hace andar,
las aves que andan volando
las hace al mástil posar.
—Galera, la mi galera,
Dios te me guarde de mal,
de los peligros del mundo
sobre aguas de la mar,
de los llanos de Almería,
y estrecho de Gibraltar,
y del golfo de Venecia,
y de los bancos de Flandes,

y del golfo de León,
donde suelen peligrar.—
Allí habló el conde Arnaldos,
bien oiréis lo que dirá:
—Por Dios, ruego, marinero,
digáisme ora ese cantar.—
Respondióle el marinero,
tal respuesta le fué a dar:
—Yo no digo esta canción
sino á quien conmigo va.—

El infante vengador

Helo, helo, por do viene
el infante vengador,
caballero á la gineta
en caballo corredor,
su manto revuelto al brazo,
demudada la color,
y en la su mano derecha
un venablo cortador.
Con la punta del venablo
sacaría un arador.
Siete veces fué templado
en la sangre de un dragón,
y otras tantas fué afilado
porque cortase mejor:
el hierro fué hecho en Francia
y el asta en Aragón:
perfilándoselo iba
en las alas de su halcón.
Iba a buscar a don Cuadros,
a don Cuadros el traidor,
y allá le fuera a hallar
junto del Emperador.
La vara tiene en la mano,
que era justicia mayor.
Siete veces lo pensaba,
si le tiraría o no,
y al cabo de las ocho
el venablo le arrojó.
Por dar al dicho don Cuadros
dado ha al Emperador:
pasado le ha manto y sayo
que era de un tornasol:
por el suelo ladrillado
más de un palmo le metió.
Allí le habló el Rey,
bien oiréis lo que le habló:
—¿Por qué me tiraste, Infante?
¿Por que me tiras, traidor?
—Perdóneme tu Alteza,
que no tiraba a ti, no:
tiraba al traidor de Cuadros;
ese falso engañador,
que de siete hermanos que tenía (*sic*)
no ha dejado, si a mí no:
por eso delante ti,
buen Rey, lo desafío yo.—
Todos fían a don Cuadros,
y al Infante no fían no,
si no fuera una doncella,
hija es del Emperador,
que los tomó por la mano,
y en el campo los metió.
A los primeros encuentros
Cuadros en tierra cayó,
Apeárase el Infante,
la cabeza le cortó,
y tomárala en su lanza,
y al buen Rey la presentó.
De que aquesto vido el Rey
con su hija le casó.

ROMANCES FRONTERIZOS

El Señor de Hita y Buitrago

—Si el caballo vos han muerto,
subid, Rey, a mi caballo;
si en pie no podéis tenervos,
llegad, subirvos he en brazos.
Poned un pie en el estribo,
y el otro sobre mis manos;
catad que cresce el gentío:
magüer fine yo, salvadvos.
Un tanto es blando de boca,
bien como a tal sofrenadlo;
non vos empache el pavor;
dadle rienda y picad largo.
Lo que sembrastes en mí
vos lo torno mejorado,
que nunca la buena tierra
negó el fruto ningún año.
Non vos obligo en tal fecho
nin me fincáis adeudado,
que tal escatima deben
a los reyes sus vasallos:
y si es verdad lo que digo,
non dirán los castellanos
en oprobio de mis canas
que vos debo et non vos pago;
nin las dueñas de Castilla,
que a sus maridos fidalgos
dejo en el campo difuntos,
é salgo vivo del campo.
Menos causa tuvo Eneas,
pues cuando fizo otro tanto,
tan sólo salvó a su padre,
y al padre de todos salvo.
Pero si en la lid sangrienta,
por la dicha del contrario,
en vueso servicio, Rey,
finco yo, fecho pedazos,
a Diágote os encomiendo;
catad por aquel mochacho:
sed padre e amparo suyo,
é Dios sea en vuestro amparo.—
Esto dijo el montañés,
señor de Hita y Buitrago,
al Rey don Juan el primero,
y entróse a morir lidiando.

Defensa de Molina

Batiéndole las ijadas
con los duros acicates
y las riendas algo flojas,
porque corra y no se pare,
en un caballo tordillo,
que tras de sí deja al aire,
por la plaza de Molina
viene diciendo el alcaide:
Al arma, capitanes,
suenen clarines, trompas y atabales.
Dejad los dulces regalos,
y el blando lecho dejadle;
socorred a vuestra patria,
y librad a vuestros padres.
No se os haga cuesta arriba
dejar la quietud suave,

porque en los honrados pechos
en tales tiempos no cabe.
Al arma, capitanes,
suenen clarines, trompas y atabales.
Dejad la seda y brocado,
vestid la malla y el ante,
embrazad la adarga al pecho,
tomad lanza y corvo alfanje,
haced rostro a la fortuna,
tal ocasión no se escape,
mostrad el robusto pecho
al furor del fiero Marte.
Al arma, capitanes,
suenen clarines, trompas y atabales.
A la voz mal entonada
los ánimos más cobardes
del honor estimulados
ardiendo en cólera salen,
con mil penachos vistosos
adornados de turbantes,
y siguiendo las banderas
van diciendo sin pararse:
Al arma, capitanes,
suenen clarines, trompas y atabales.
Acudieron al asalto
los moros más principales,
formándose un escuadrón
del vulgo y particulares;
y contra dos mil cristianos,
que están talando sus panes,
toman las armas furiosos,
repitiendo en su lenguaje:
Al arma, capitanes,
suenen clarines, trompas y atabales.

ROMANCES MORISCOS

Desafío de Tarfe

Si tienes el corazón,
Zaide, como la arrogancia,
y a medida de las manos
dejas volar las palabras:
si en la vega escaramuzas,
como entre las damas hablas,
y en el caballo revuelves
el cuerpo como en las zambras;
si el aire de los bohordos
tienes en jugar la lanza,
y como danzas la toca,
con la cimitarra danzas;
si eres tan diestro en la guerra
como en pasear la plaza,
y como a fiestas te aplicas,
te aplicas a la batalla:
si como el galán ornato,
usas la lucida malla,
y oyes el son de la trompa,
como el son de la dulzaina:
si como en el regocijo
tiras gallardo las cañas,
en el campo al enemigo
le atropellas y maltratas:
si respondes en presencia,
como en ausencia te alabas;
sal a ver si te defiendes,
como en el Alhambra agravias,
y si no osas salir solo
como lo está el que te aguarda,

algunos de tus amigos
para que te ayuden saca.
Que los buenos caballeros
no en palacio y entre damas
se aprovechan de la lengua,
que es donde las manos callan.
Pero aquí que hablan las manos
ven y verás como habla
el que delante del Rey
por su respeto callaba.
Esto el moro Tarfe escribe
con tanta cólera y rabia
que donde pone la pluma
el delgado papel rasga.
Y llamando un paje suyo,
le dijo: vete al Alhambra,
y en secreto al moro Zaide
da de mi parte esta carta.
Y diráslе que le espero
donde las corrientes aguas
del cristalino Genil
al Generalife bañan.

ZULEMA

Aquel valeroso moro,
rayo de la quinta esfera,
aquel nuevo Apolo en paces,
y nuevo Marte en la guerra,
que sus mismos enemigos
le bendicen y le tiemblan;
aquél por quien a la fama
le importa que se prevenga
para contar sus hazañas
de más alas y más lenguas:
Zulema al fin, el valiente
hijo del fuerte Zulema,
fué a ver en Avila un día
las fiestas como de fiesta.
En viéndole, la gran plaza
toda se alegra y altera,
que ver en fiestas al moro
les parece cosa nueva.
En los andamios reales
los Adalifes le ruegan,
que se asiente, aunque se temen
que a todos les oscurezca;
pero al fin Zulema en medio
de los alcaides se sienta,
que lo fueron por entonces
de la mayor fortaleza:
cuando más breve que el viento,
y más veloz que cometa,
del celebrado Jarama
un toro en la plaza sueltan,
de aspecto bravo y feroz,
vista enojosa y soberbia,
ancha nariz, corto cuello,
cuerno ofensible, piel negra.
Desocúpale la plaza
toda la gente; más de ella,
sólo algunos de a caballo
aunque le temen le esperan:
piensan hacer suerte en él
mas fuéles la suya adversa,
que siempre que el toro embiste
los maltrata y atropella.
Salta del andamio luego;
mas no salta sino vuela,
cuando ve que a un hombre el toro
con pies y manos le huella,
y siendo sujeto al hombre,
ahora al hombre sujeta.
A pie se parte a librarle,
y aunque todos le vocean,
no lo deja, porque sabe

que su victoria está cierta.
Llega al toro cara a cara,
y con la indomable diestra
esgrime el agudo alfanje
haciéndole mil ofensas:
retírase el toro atrás,
líbrase el que estaba en tierra,
grita el pueblo, brama el toro,
vuelve a aguardarle Zulema.
Otra vez vuelve a embestirle,
y mejor que la primera
le acierta, y riega la plaza
con la sangre de sus venas:
brama, bufa, escarba, huele,
anda al rededor, patea,
vuelve a mirar quien le ofende
y de temerle da muestras.
Tercera vez le acomete,
echando por boca y lengua
blanca y colorada espuma
de coraje y sangre hecha;
pero ya cansado el moro
de verle durar, le acierta
un golpe, por do la muerte
le abrió una anchurosa puerta
levanta la voz el vulgo,
cae el toro muerto en tierra,
envídianle los más fuertes
al ver rendida la fiera.

Amadís de Gaula

(García Ordóñez de Montalvo)

Cómo el Doncel del Mar fué conocido por el rey Perion, su padre, é por su madre Elisena.

Al comienzo ya se contó cómo el rey Perion dió a la reina Elisena, seyendo su amiga, uno de dos anillos que él traia en su mano, tal el uno como el otro, sin que en ellos ninguna diferencia paresciese, é cómo al tiempo que el Doncel del Mar fué en el rio lanzado en el arca llevó al cuello aquel anillo é como despues le fué dado con la espada al Doncel por su amo Gandáles. Y el rey Perion había preguntado a la Reina algunas veces por el anillo, y ella, con verguenza que no supiese dónde le pusiera, decíale que lo habia perdido. Pues así acaesció, que pasando el Doncel del Mar por una sala hablando con su doncella, vió a Melicia, hija del Rei, niña que estaba llorando, y preguntóla qué habia. La niña dijo: «Señor, perdí un anillo que el Rei me dió á guardar en tanto que él duerme.—Pues yo os daré, dijo él, otro tan bueno ó mejor, que le deis». Entonces sacó de su dedo un anillo é dióselo. Ella dijo: «Este es el que yo perdí.—No es, dijo él.—Pues es el anillo del mundo que mas le parece, dijo la niña.—Por esto está mejor, dijo el Doncel del Mar, que en lugar del otro le daréis». Y dejándola, se fué con la doncella a

su cámara, é acostóse en un lecho, y ella en otro que ende habia. El Rei despertó é demandó a su hija que le diese el anillo, y ella le dió aquel que tenia él lo metió en su dedo, creyendo que el suyo fuese; mas vió yacer á un cabo de la cámara el otro que su hija perdió, e tomándolo, juntólo con el otro, é vió que era el que él a la Reina había dado, y dijo á la niña: «¿Cómo fué esto de este anillo?» Ella, que mucho le temia, dijo: «Por Dios, Señor, el vuestro perdí yo, é pasó por aquí el Doncel del Mar, é como vió que yo lloraba dióme ese que él traia, e yo pensé que el vuestro era». El Rey tomando su espada, entró en la cámara de la reina, y cerrada la puerta, dijo: «Dueña, vos me negastes siempre el anillo que yo os diera, y el Doncel del Mar halo dado agora á Melicia; ¿cómo pudo ser esto? Que veisle aquí. Decidme de qué parte le hobo, é si me mentis, vuestra cabeza lo pagará». La Reina, que muy airado lo vió, cayó a sus pies e díjole: «Ay Señor, por Dios merced; pues de mí mal sospechais, agora vos diré la mi cuita, que hasta aquí os hobe negado». Entonces comenzó de llorar muy recio, firiendo con sus manos en el rostro, é dijo cómo echara á su hijo en el rio, que llevara consigo el espada é aquel anillo. «Por cierto, dijo el Rei, yo creo que este es nuestro hijo». La Reina tendió las manos, diciendo: «Así pluguiese al Señor del mundo.—Agora vamos allá vos é yo, dijo el Rei, é preguntémosle de su hacienda». Luego fueron entrambos solos á la cámara donde él estaba, é falláronle durmiendo muy asosegadamente, é la Reina no hacia sino llorar por la sospecha que tanto contra razón della se tomaba. Mas el Rei tomó en su mano la espada, que a la cabecera de la cama era puesta, e catándola, la conoció luego, como aquel que con ella diera muchos golpes é buenos, é dijo contra la Reina: «Por Dios, esta espada conozco yo bien, é agora creo mas lo que me dejistes.—Ay Señor, dijo la Reina, no le dejemos mas dormir; que mi corazón se aqueja mucho». E fué para él, é tomándole por la mano, tiróle un poco contra sí, diciendo: «Amigo señor, acorredme en esta priesa é congoja en que estoy». El despertó é vióla muy reciamente llorar, é dijo: «Señora, ¿qué es eso que habeis? Si mi servicio puede algo remediar, mandádmelo; que fasta la muerte se cumplirá.—Ay amigo, dijo la Reina, pues agora nos acorred con vuestra palabra en decir cúyo hijo sois.—Así Dios me ayude, dijo él, no lo sé; que yo fuí hallado en la mar por gran aventura». La Reina cayó a sus pies toda turbada, y él hincó los hinojos ante ella é dijo: «¡Ay Dios! ¿qué es esto?» Ella dijo llorando: «Hijo, ves aquí tu padre é madre». Cuando él esto oyó dijo: «¡Santa María! ¿qué será esto que oyo?» La Reina, teniéndolo entre sus brazos, tornó é dijo: «Es, hijo, que quiso Dios, por su merced, que cobrásemos aquel yerro que por gran miedo yo hice; é, mi hijo, yo,

como mala madre, os eché en la mar, é veis aquí el Rei, que os engendró». Entonces hincó los hinojos y les besó las manos con muchas lágrimas de placer, dando gracias á Dios porque así le habia sacado de tantos peligros para en la fin le dar tanta honra é buena ventura con tal padre é madre. La Reina le dijo: «Hijo, ¿sabeis vos si habeis otro nombre sino este?—Señora, sí sé, dijo él, que al partir de la batalla me dió aquella doncella una carta que llevé envuelta en cera cuando en la mar fuí echado; en que dice llamarme Amadís». Entonces sacándola de su seno, gela dió, é vieron cómo era la mesma que Darioleta por su mano escribiera, é dijo: «Mi amado hijo, cuando esta carta se escribió era yo en toda cuita é dolor, é agora soy en toda holganza é alegría, ¡bendito sea Dios! é de aquí adelante por este nombre os llamad.—«Así lo haré» dijo él; é fué llamado Amadís, y en otras muchas partes Amadís de Gaula.

Niñez de Esplandián

(del «Amadís de Gaula»)

Habiendo Esplandián quatro años que nasciera, Nasciano, el ermitaño, envió por él que gelo trujesen, y él vino bien criado de su tiempo; e viólo tan fermoso, que fué maravillado, e santiguándolo, lo llegó a sí, y el niño abrazaba como si lo conociera. Entonces hizo volver al ama, e quedando allí un fijo, que de la leche criara a Esplandián; y entrambos estos niños andaban jugando cabe la ermita; de que el santo hombre era muy alegre, e daba gracias a Dios porque había querido guardar tal criatura. Pues así acaesció que, siendo Esplandián cansado de folgar, echóse a dormir debajo de un árbol, e la leona,—que ya oíste que algunas veces venía al ermitaño, y él le daba de comer, cuando lo había, vió al niño e fuese a él e andovo un poco al derredor oliéndolo, y después echóse cabe él; y el otro niño fué llorando al hombre bueno, diciendo como un can grande quería comer a Esplandián. El hombre bueno salió e vió la leona e fué allá. Mas ella se vino a él, falagándole; e tomó el niño en sus brazos, que era ya despierto, e como vió la leona, dijo: «Fermoso can es este. Es nuestro?—No, dijo el hombre bueno, sino de Dios, cuyas son todas las cosas». «mucho querría, padre, que fuese nuestro». El ermitaño hobo placer e díjole: «¿Fijo, quereisle dar comer?»—«si», dijo él. Entonces trajo una pierna de gamo que unos ballesteros le dieran; y el niño dióla a la leona y llegóse a ella e poníale las manos por las orejas e por la boca. E sabed que de allí adelante siempre la leona venía cada día e aguardábalo en tanto que fuera de la ermita andaba...

GLOSARIO DE ARCAISMOS

(P. Vicente Agustí S. J.)

A

Antiguamente comenzaban con esta letra muchos verbos que hoy no la llevan, v. gr. *amostrar*, *alimpiar* por *mostrar*, *limpiar;* y la omitían otros que ahora la tienen, v. gr. *consejar* por *aconsejar; raigar* por *arraigar*. En algunos usábase la *a* en vez de la *e*, como en *absconder esconder*. En fin de dicción se halla en *pulideza*, *escaseza*, etc. por *pulidez*, *escasez*.

A, *Ha*. Hay; del verbo haber.
Abastar. Prevenir, abastecer.
Abondada, *o*. Abundante.
Absencia. Ausencia.
Absentes. Ausentes.
Acabamiento. Fin, término.
Acaesció. Acaeció, sucedió.
Açor. Ave de rapiña.
Acorrer. Socorrer, amparar.
Acorrimiento, *acorro*. Socorro, amparo, auxilio.
Acostarse. Ponerse al lado, arrimarse, acercarse.
Acucia. Solicitud, diligencia.
Acucioso. Solícito, diligente.
Adjuctorio. Ayuda, auxilio.
Adunia. En abundancia.
Afeytan. Adornan, hermosean.
Afincar. Insistir, apretar, obligar.
Afinojarse. Ponerse de hinojos.
Agora. Ahora.
Agostín. Agustín.
Agradesceldo. Agradecedlo.
Aguardada. Guardada, acompañada.
Aguisada, *o*. Justo, razonable.
Al. Otra cosa, otra manera.
Ala. Verbo. Hala, tiénela.
Albardán. Truhán, bufón.
Albardanear. Hacer truhanerías.
Alejandre. *Alexandre*. Alejandro.
Alferse. Alférez.
Alivianar. Aliviar, aligerar.
Almástigas. Dalmáticas.
Allegaciones. Alegaciones.
Allegan. Llegan. Alegan.
Allegó. Arrimó.
Altura. Estatura.
Amorío. Amor.
Amostrar. Mostrar.
Anno. Año.
Anque. Aunque.
Ansí. Así.
Apasionado. Trabajado.
Apoderaron. Gobernaron, poner en posesión.
Aprissa. Aprisa.
Aqués. Ese.
Archo. Arco.
Arrancada. Victoria. — *Arrancar*. Vencer.
Arrear. Preciar, gloriar.
Ases. Haces, escuadrones.
Asís. Así se.

Asmar. Juzgar, pensar.
Atal. Tal, semejante.
Atahntos. Tantos.
Atentado, da. Discreto, prudente, con tiento.
Aterrezca. Aterrorice, aterre, cause terror.
Atreguadas. Defendidas, puestas en salvo.
Atreguar. Librar, libertar, defender.
A tuerto. Con injusticia.
Aturar. Durar, sufrir, aguantar.
Auré. Habré.
Autos. Actos, hechos.
Aved. Habed, tened.
Ayuso. Abajo.

B

Hallàse usada esta letra en vez de la *v* y también de la *u*, v. gr. *tubo* por *tuvo*; *yua* por *iba*; *cabdillo* por *caudillo*, *absente* por *ausente*. En medio de la palabra se la ve en algunas que de suyo no la tienen; v. gr. *subjetos*. A veces se encuentra sustituyendo a la *p*: *disbarate* por *disparate*, *cabtivo* por el anticuado *captivo*.

Bagaroso, a. Vagaroso, a.
Besinas. Vecinas.
Braçero. Fuerte, valiente. Aplicábase al hombre de armas tomar.
Braueza. Braveza.

C

Esta letra se conmutaba fácilmente con la *g*, v. gr. *luzga* por *luzca*. A veces se escribía con cedilla, ç. Otras, por razón del origen de la palabra llevaba en pos de si la *h*, como en *christiano*.

Ca. Que, porque.
Cabdal. Caudaloso, principal.
Cabdellar. Acaudillar, capitanear.
Cabdiello. *Cabdillo* Caudillo, capitán.
Cadaldía. Cada día.
Caeçer. Hallarse, dar en algún lugar, caer sobre alguno, encontrarse con él.
Captivar. Cautivar.
Castiella. Castilla.
Catad. Mirad.
Cativerio. Cautiverio.
Cativo. Cautivo.
Caualga. Cabalga.
Cibdad. Ciudad.
Cibdadanos. Ciudadanos.
Cobdicia. Codicia.
Cobdiciadero *Cobdiciaduero*. Codiciable.
Commo. Como.
Companna. Compañía, tropa.
Companneros. Compañeros.
Comprehender. Comprender.
Conió. Fué, se juntó.
Conortar. *confortar*.
Conprador. Comparador.
Conusco. Con nosotros.
Copilación. Compilación.
Coronista. Cronista.

Coyta. Cuita, cuidado.
Cuchar. Cuchara, concha.
Cuemo. Como.
Cuidar. Pensar. *Cuidá.* Pensad, tened en cuenta.
Cumplimiento (á). A cuenta, Complemento.
Curar. Procurar, cuidar.
Curiar. Guardar, defender. *Curias, curiase.* Guardase.

D

Esta letra se halla conmutada con la *t*, especialmente en fin de dicción; v. gr. *abbat, bondat* por *abad, bondad;* otras veces la suprimían en las segundas personas del plural del modo imperativo, v. gr. *amá* por *amad, mirá* por *mirad, proseguí* por *proseguid*, y en los nombres, como *virtú* por *virtud.*

Dalde. Dadle.
Daqui. De aquí.
Debda. Deuda.
Decindieron. Descendieron, bajaron.
Dedes. Deis.
Deffectos. Defectos.
Delantel. Delante el.
Deprender. Aprender.
Derechurera. Enderezadora.
Desçibir. Engañar, cebar.
Desir. Decir.
Deue. Debe.
De yuso. Debajo.
Dificile. Difícil.
Discantar. Cantar, glosar.
Dispercude, despercude. Limpia, lava.
Dubda. Duda.
Dubdosas. Dudosas.

E

Añádese esta letra algunas veces en fin de dicción, v. gr. *feroce, dificile, interese;* omítese otras, como en *echós, tornós* por *echóse, tornóse;* otras se conmuta con la *i*, v. gr. *eglesia* por *iglesia*, *escrebir* por *escribir, mesmo* por *mismo.* Como conjunción era de uso ordinario donde hoy suele emplearse la *y.*

Echós. Echóse.
Eglesia. Iglesia.
Encobrir. Encubrir.
Ende. De allí, por tanto, *inde.*
Enojo. Trabajo.
Enpobrese. Empobrece.
Ensellar. Ensillar.
Entendimiento. Inteligencia, conocimiento, interpretación o noticia de alguna cosa.
Entonce. Entonces.
Entregarse en. Apoderarse de.
Entrevienen. Intervienen.
Entristesce. Se entristece.
Enxemplo. Ejemplo.
Escatima. Tributo.
Escrebir. Escribir.
Estobo. Estuvo.
Et. Y.
Executar. Ejecutar

F

Con frecuencia hállase usada esta letra en lugar de la *h*. Así *fabla, fecho* etc., *Fernán Cortés*. Y al contrario, palabras escritas ahora con *f* solían antes escribirse o con *h* como *Hernando* por *Fernando*, o lo más común, si venían del griego, con *ph* v. gr. *philosophia, Phelipe*. Al principio y medio de dicción suele duplicarse alguna vez a manera de los latinos, v. gr. *Ffabló, deffectos, suffren*

Facer. Hacer.

Facienda. Obra.

Fago. Hago.

Falla. Falta.

Fallar. Hallar. *Fallardes*. Hallaréis.

Fallecer. Faltar.

Fallescer. Fenecer, faltar.

Far. Hacer.

Fase. Haces. *Faser*. Hacer.

Fasiendo. Haciendo.

Fasta. Hasta.

Fazer. Hacer.

Fechas. Hechas.

Fecho. Hecho, hazaña.

Fenescer. Acabar, fenecer.

Ferida. Herida.

Fermoso. Hermoso.

Fezimos. Hicimos.

Fianza. Confianza.

Fincar. Quedar.

Finir. Finalizar, acabar.

Físico. Médico.

Fiucia. Confianza.

Foir. Huir.

Folgar. Holgar, divertirse.

Folgura. Holgura, bonanza.

Fontana, Fuente.

Foya, *Foyo*. Hoya, hoyo.

Foyr. Huir.

Fredor. Frío.

Furtado. Hurtado.

Fuyen. Huyen.

G

Delante de las vocales *e, i* se confunde a menudo con la *j*.

Golpar. Golpear, herir, dar golpes

Gouernar. Gobernar.

Grados. Gradas.—*Dar grados*, dar gracias. *Grado a Dios*. Gracias a Dios.

Gradir. Agradecer.

Grand, grant. Gran, grande.

Guarescer. Proteger, defender, cobijar.

Guarnir. Guarnecer, adornar, cubrir.

H

Aspírase frecuentemente esta letra, como si fuese una gutural semiarticulada, máxime por nuestros insignes poetas de la escuela sevillana. No pocas veces se halla suprimida en voces que hoy la llevan, v. gr. *acer, ogaño, ombre, ormiga* etc., y en las personas y tiempos del verbo *haber*, v. gr. *avía, ovo, ayamos*, por *había, hubo, hayamos*, etc.

Ha, interjección. Hola.

Habería. Habría.
Hábile. Hábil.
Has. Haz.
Home, homme. Hombre.
Honor (la). El honor.
Honrrar. Honrar.

I-J

Equivalía a la *j*, que no era letra distinta de la *i*, sino variedad de la misma, y a la *y* con la cual indiferentemente se confundía. Así escribían *coniugales, conjugales* y *conyugales. Yuan, Iuan, Juan.*

Iuntados. Juntados.
Interese. Interés.
Invidia. Envidia.
Judgar. Juzgar.
Juntamiento. Junta, reunión, pandilla.

L-LL

Solíase repetir la *l* en las palabras de origen latino que la duplicaban, v. gr. *illuminación, ilustres, recollección.* En las desinencias de los verbos se empleaba la *ll* en vez de la *r*, v. gr. *amalle* por *amarle, describilla* por *describirla.* Otras veces en lugar de *ll*, ponían *l.*

Labros. Labios.
Lacería. Miseria, pobreza.
Ladrocinios. Latrocinios.
Lamar. Llamar.
Legar. Llegar.
Leise. Léese.
Lembro. Pienso, me acuerdo.
Letra. Carta.
Levar. Llevar.
Logar. Lugar.
Lorar. Llorar.
Luengo. Largo.
Luenne. Lejos.

M

Alguna vez hállase duplicado donde ahora va sola, v. gr. *commo* por *como;* otras, acompañada de la *p*, se pone en lugar de *n*, v. gr. *redempción, prompto;* ni es raro verla suprimida en palabras que ahora la llevan, v. gr. *Copilación* por *compilación, comigo* por *conmigo.*

Macular. Manchar, tildar.
Magüer. Aunque, aun, á pesar de.
Manciparse á. Consagrarse, entregarse á.
Mannana. Mañana.
Manol. La mano.
Mansiella. Mancilla, desgracia.
Matines. Maitines.
Membrado, a. Famoso, nombrado, digno de memoria.
Mensajeras. Cartas mensajeras familiares.
Mesmo. Mismo.
Milgrana. Granada.
Milgrano. Granado.
Miraglos. Miráculos. Milagros.
Molleza. Molicie.
Mosquer, moxquear. Mosquear, espantar.
Mugier. Mujer.

N-Ñ

La *n* simple se conmutaba fácilmente con la *m*, v. gr. *conprar* por *comprar*.

N duplicada equivalía a nuestra *ñ*, v. gr. *anno, compannero, pequenno, sennor* por *año, compañero, pequeño. señor;* aunque alguna vez. a semejanza de los italianos, escribían *segnor* por *señor*, *pugno* por *puño*.

Nescio. Necio.
Nin. Ni.
Noch. Noche.
Nomnado. Nombrado.
Nuoses. Nueces.
Ñublar. Anublar.

O

Hállase usada esta letra en vez de la *u*, v. gr. *hobo* por *hubo*, *tovo* por *tuvo*, *sos* por *sus*.

Odí. Oí.
Oios. Ojos.
Olvidanza. Olvido.
Ome. *Omne*. Hombre.
Onde. Por lo cual, por donde.
Oviste. Hubiste.
Ovo. Hubo.

P

Tanto en principio como en medio de dicción usábase algunas veces esta letra a semejanza de las lenguas griega o latina, v. gr. *psalmo* por *salmo*, *ceptro*, *escripto* por *cetro*, *escrito*.

Part. Parte.
Partillo. Partirlo.
Pascientes. Pacientes, con paciencia.
Penna. Peña, piedra. Pluma.
Pennola. Péñola. Pluma.
Pensá. Pensad.
Pequenno. Pequeño.
Perfición. Perfección.
Pere, *Pero*. Pedro.
Peiro. Pedro.
Pescudar. Preguntar.
Peydro. Pedro.
Pienssan. Piensan.
Plogo. Plugo, agradó.
Ploros. Lloros, llantos.
Pluvia. Lluvia.
Pora. Para, hacia.
Por ende. Por tanto, por lo cual
Porné. Pondré.
Pornían. Podrían.
Prendar. Prender.
Proseguí. Proseguid.
Psalmo. Salmo.
Puent. Puente.
Pulicia. Gracia, delicadeza.
Punir, *punnir*. Castigar.

Q

Equivalía con frecuencia a la *c* puesta delante de la *u*, v. gr. *qual, quanto* por *cual, cuanto*. Otras veces se empleaba la *ch* en vez de la *q*. v. gr. *architrave*.

Quant. Cuan. Cuan grande.

Quanto quier. Cualquiera.
Queda, o, adj. Quieta, o.
Quel. Que el.
Quisierdes, quisiéredes. Quisiereis.
Quito. Libre, exonerado.

R

Hállase duplicada alguna vez en principio y medio de dicción v. gr. *rrosa* por *rosa; terrá, verrá* por *tendrá, vendrá,* en cuyos últimos casos, como se ve se halla en lugar de *n.*
Raez. Bajo, ruín.
Rancor. Rencor.
Raygar. Arraigar.
Real. Ejército acampado.
Recabdar. Recabar, cumplir.
Recontar. Referir.
Recrecer. Aumentar.
Recuentros. Reencuentros.
Recudir. Responder, satisfacer.
Regimiento. Régimen, regla. Oficio o empleo de regidor.
Regno. Reino.
Regradescer. Agradecer.
Reinado. Reino.
Remembrar. Recordar.
Repaire. Reparo, refrigerio.
Reyendo. Riendo.
Romeo. Romero.

S

Conocíase la *s* líquida al principio de dicción, como en *scientia, spiritu. spirital, stimulo;* era corriente el duplicarla en medio de dicción, como en *amantissimo, dixéssemos. hablássemos, possesión.* Interponíase con frecuencia delante de la *c.* v. gr. *conosciesen, acaescer,* etc.
Sabidores. Sabedores.
Salie. Salía.
Sancta. Santa.
Sant. San.
Segunt. Según.
Segurança. Seguridad.
Sencido. Adornado, hermoseado.
Senna. Seña, pendón.
Sennora. Señora.
Seyendo. Siendo.
Sieglo. Siglo, mundo.
Siella. Silla.
Sinón. Sino.
So. Soy.
Sobeio. Excesivo, demasiado.
Sodes. Seais, sois.
Soficóse. Hincóse, afirmóse.
Solonbra. Sombra.
Soltedes. Soltad.
Sonos. Sones.
Sopo. Supo.
Spirital. Espiritual.
Subjetarse. Sujetarse.
Subjecto. Sujeto.
Syento. Siento.

T

Solía ir acompañada en algunas dicciones de la *h* a la manera del latín y griego, v. gr. *thálamo, Thomás, Thesoro, throno.* En fin de dicción, se ponía alguna vez en lugar de la *d,* como en *bondat,*

verdat, por *bondad*, *verdad*, y aun donde ahora no ponemos ninguna letra, v. gr. *Sant* por *San*, *segunt*, por *según*.

Tandrá. Tañerá.

Tannen. Tañen.

Temperancia. Templanza.

Tenudo. Tenido, obligado.

Themor. Temor.

Thesoros. Tesoros.

Tobo. Tuvo.

Todel. Todo el.

Tolgamos. Quitemos.

Traina. Red pequeña.

Trayo. Traigo.

Tribulança, *tribulanza*. Tribulación.

Trobé. Hallé.

Tuerto. Agravio, injusticia, ofensa.

U-V

Poníase unas veces la *u* en lugar de la *v*, otras de la *b*; v. gr. *Algarue* por *Algarve*, *Seuilla* por *Sevilla*, *vnna* por *uña*, *gouernadas* por *gobernadas*.

Val, apoc. del nombre *Valle* y del verbo *Vale*.

Vegada. Veces.

Venrá. Vendrá.

Verdat. Verdad.

Vicio. Fertilidad excesiva, regalo.

Vicioso. Abundante, fértil en demasía, regalado.

Vido. Vió.

Viduño. Veduño.

Viesos. Versos.

Vindicta. Venganza.

Voluntad. Voluntad.

Vuesos. Vuestros.

Vy. Vi.

Vyno. Vino.

X

Hállase usada en lugar de *j*, v. gr., *executar* por *ejecutar*, *dixe* y *dixo* por *dije*, *dijo*, etc., *relox* por *reloj*.

Xristianos. Cristianos.

Z

Equivale a la ç y a veces a la *c*, v. gr. *fazer*, *façer* por *hacer*.

Zelar o *celar*. Ocultar.

Zizania. Cizaña.



Mezquita de Córdoba

APENDICE

Literatura Hispano-arábiga e Hispano-hebrea

La historia literaria de la Edad Media en España quedaría incompleta si no hiciéramos mención de las literaturas árabe y hebrea que en ella florecieron en aquellos siglos, y que, como ya indicamos en el texto, tuvo notable influencia en la castellana, en los géneros didáctico, alegórico y narrativo popular (*proverbios*, *fábulas*, *cuentos*).

En aquella época llamábanse *mozárabes* los cristianos sometidos a los mahometanos, *mudéjares* los árabes que vivían entre cristianos, *muladíes* los cristianos renegados.

Los mozárabes conservaron al principio cierta libertad, pero en el siglo

IX fueron oprimidos y perseguidos hasta el martirio. Entre ellos figuran por sus escritos algunos eminentes prelados, como *San Eulogio* de Córdoba, obispo electo de Toledo, que fué martirizado el año 859.

La cultura de los Arabes, aun en sus épocas de mayor esplendor, tuvo más de imitación que de originalidad. En las fastuosas cortes de Harún-Arashid y de Almamún en Bagdad, las grandes creaciones de la Arquitectura y la Filosofía fueron debidas a la influencia que los bizantinos o griegos y los sirios conquistados ejercieron sobre sus guerreros y rudos conquistadores. Cuando éstos, corriéndose por el norte de Africa, llegaron hasta España y la conquistaron, hallaron en los pueblos cristianos sometidos los restos de las Bellas Artes romanas, de que igualmente se aprovecharon, particularmente en la espléndida Córdoba, cuya maravillosa mezquita está en buena parte construída con materiales extraídos de los antiguos templos y palacios romanos.

En Bagdad los famosos filósofos *Avicena* y *Alfarabi* deben gran parte de su celebridad a sus comentarios e imitaciones de Aristóteles.

En España los filósofos más ilustres de los árabes españoles son: el zaragozano *Avempace* y el médico *Abentofail* de Guadix, que florecieron en el siglo XII, e iniciaron la gran escuela neo-aristotélica española, superior a la de oriente, y que culminó con el genial *Averroes* (1126-1198), autor de la célebre obra *"armonía entre la ciencia y la religión"* y comentarios de Aristóteles que fueron en gran manera aprovechados por San Alberto, Santo Tomás y en general por la Escolástica cristiana de la Edad Media.

Abenarabi, (1164-1240) de Murcia, original filósofo, es el más alto y popular representante del misticismo musulmán y su influjo se dejó sentir hasta en la Divina Comedia del Dante.

En la Poesía los árabes no cultivaron propiamente la épica y la dramática, sino sólo la lírica; los poetas árabes españoles siguieron la tradición de oriente en poesías cortas y apasionadas, llamadas *casidos*, en que, junto con las clásicas reminiscencias del desierto, celebran las bellezas de Andalucía. Entre ellos el más célebre y popular es *Almotamid* (1049-1095) novelesco rey de Sevilla, que vencido y hecho prisionero por los almoravides, pasó largos años en un calabozo en Marruecos.

Fuera de la Filosofía y la Poesía, los Arabes, tanto en Oriente como en España, cultivaron y dieron gran impulso a las Ciencias Naturales, Matemáticas, Medicina y los estudios históricos. Córdoba fué, especialmente en el siglo X, en la época del Califato, un gran centro intelectual al que

acudían sabios y estudiantes cristianos y musulmanes, europeos, africanos y asiáticos. La gran biblioteca de los califas llegó a contener 400,000 libros encuadernados.

Escritores hebreos españoles

Junto con los árabes, y a menudo protegidos por sus príncipes, otras veces rudamente perseguidos, los israelitas durante la Edad Media, tuvieron en España su gran centro de cultura y entre ellos brillaron algunos grandes genios científicos, filosóficos y literarios, muchos de los cuales, como vimos en el texto, fueron también protegidos y aprovechados por los cristianos.

Filósofos y poetas de gran influencia fueron *Avicebrón* (o *Ben Gabirol*) (1021-1070) y *Judá Leví* (1085-1143). Avicebrón, natural de Málaga, es filósofo neo-platónico en su tan difundida obra "*Fuente de la vida*", poeta de alta inspiración y pulida forma (*Corona Real*); Judá Leví, de Toledo, escribió una famosa apologética del judaísmo (*Cuzarí*), y gran número de poesías descriptivas y religiosas; entre estas sobresalen las *Siónidas*, colección de cánticos semejantes a los salmos de David. *Moisés-ben-Ezra* (+ 1138), poeta apasionado (*Collar de perlas*), nos legó un tratado de literatura e historia literaria de la poesía hispano-judía en su obra *Diálogos y recuerdos*.

En Filosofía, Medicina y Ciencias brilló sobre todos ellos en España, en Africa y en Oriente, el famoso cordobés *Maimónides* (1135-1204). Entre sus numerosas obras la más universal y más comentada y traducida es *Moreh Nebukin* (guía de descarriados), especie de tratado enciclopédico de la filosofía y teología rabínica, de gran boga entre judíos y musulmanes y que también utilizaron los grandes escolásticos cristianos.

Cuando los judíos fueron expulsados de España por los Reyes Católicos en 1492, uno de ellos fué el célebre *León Hebreo* (Judá Abrabanel) (1460-1520), quien emigró a Italia, donde publicó en toscano sus famosos *Diálogos de amor*, exposición filosófica del amor platónico, obra de extraordinaria difusión e influencia en los prosistas didácticos y poetas del siglo XVI.



EDAD DE ORO

(Siglos XVI y XVII)

RESUMEN HISTÓRICO

Unificada y engrandecida España por los Reyes Católicos, continúa extendiendo su poderío e influencia durante todo el siglo XVI en los gloriosos reinados del Emperador CARLOS V *(1506-1556) y de su hijo* FELIPE II *(1556-1598).*

Carlos V que unió los cetros de España y Alemania, fué un rey guerrero por excelencia. Todo su reinado fué una serie gloriosa de guerras contra los herejes sublevados de Alemania, con los mahometanos que infestaban el Mediterráneo, y contra su caballeresco rival Francisco I de Francia.

Felipe II continuó aún en mayor grado siendo el baluarte del Catolicismo en Europa. Continuó la lucha contra Francia, iniciando su reinado con la memorable batalla de SAN QUINTÍN. *El combate naval de* LEPANTO *desbarató el poder de los turcos que amenazaban a Europa. Desgraciado fué en cambio el fin de la formi-*

dable Armada Invencible *enviada contra los protestantes de Inglaterra y que fué destruída por las tempestades. Triunfó de los herejes en los Países Bajos y en Francia, donde sus tropas llegaron a ocupar a París. Con la anexión de Portugal volvió la Península a ser un solo reino, como en tiempo de los Visigodos. Añádase a todo esto que con la posesión de las inmensas colonias españolas y portuguesas de América, Africa y las Indias, no se ponía el sol en sus dominios, y se tendrá una idea del esplendor de aquella monarquía.*

Sin embargo, esta excesiva difusión exterior de las actividades nacionales, hizo decaer notablemente en aquel siglo la vitalidad económica interna, la agricultura y la industria, lo que preparó la decadencia del siglo siguiente.

En el siglo XVII Felipe III (*1598-1621*), *sostiene aún, pero con dificultad, aquel inmenso imperio español, mas en el resto del siglo decae éste rápida y desastrosamente en los reinados de* Felipe IV (*1621-1668*) *y de* Carlos II (*1668-1700*). *El favorito de Felipe IV Conde-Duque de Olivares, de grandes ambiciones y proyectos, pero de insuficiente capacidad, llevó a España a la ruina, tanto en las guerras de Flandes y Francia, como en las sostenidas contra Cataluña y Portugal rebelados. Cataluña pudo al fin ser sometida, aunque conservando sus fueros, pero Portugal quedó definitivamente separada de Castilla.*

En el reinado del enfermizo y desgraciado Carlos II el Hechizado, llega al extremo la decadencia exterior e interior, y la falta de descendencia del rey ocasiona a su muerte (1700) la prolongada guerra de sucesión que ensangrentó a España en el siglo siguiente.

A pesar de la decadencia política y económica, se prolonga hasta fines del siglo el esplendor de las Bellas Artes, y de la Literatura, aunque cada día más afeada con las extravagancias del Gongorismo.

Observaciones Generales

Sin exceptuar el siglo de Pericles en Grecia, no hay en la historia literaria época más fecunda que la del Siglo de Oro en España. Nunca han figurado al mismo tiempo un número tan crecido de genios, ni se han producido tantas obras maestras.

Entre las causas que contribuyeron a este esplendor pueden recordarse:

1) El *Renacimiento* y la *Imprenta*, causas generales a toda Europa;

2) La *unidad nacional* y *religiosa* llevada a cabo por los Reyes Católicos;

3) El *triunfo* definitivo sobre los Arabes;

4) El *predominio europeo*, especialmente sobre Italia y consiguiente contacto con su gran cultura;

5) La *protección* decidida de los *Reyes* a los sabios, artistas y escritores;

6) La *Contra-reforma* y las controversias religiosas, que aguzaron los espíritus y promovieron el fervor religioso;

7) Las *Ordenes Religiosas* fundadas o reformadas, que produjeron muchos de los grandes genios, o los formaron en sus aulas;

8) La *renovación de los estudios*, promovida por el Cardenal Cisneros y por la recién fundada Compañía de Jesús, cuyo plan de estudios (*Ratio studiorum*) sirve aún hoy de base al bachillerato de casi todas las naciones de Europa y Norte-América.

9) El *descubrimiento* y *conquista de América*, que promovió el idealismo y la inspiración. En América fueron escritos los tres mayores poemas clásicos: La Araucana, la Cristíada y el Bernardo.

El apogeo de la Edad de Oro se extiende de mediados del

siglo XVI a mediados del XVII, esto es, en los reinados de los tres Felipes, II, III y IV. Pero en el XVII el mal gusto invade por completo la literatura con el *conceptismo* y con el *gongorismo*, nombre que recibió en España el culteranismo reinante en toda Europa, llamado *marinismo* en Italia, *preciosismo* en Francia, *eufuísmo* en Inglaterra, *amaneramiento* en Alemania.

POESIA LIRICA

La escuela italiana y la tradicional

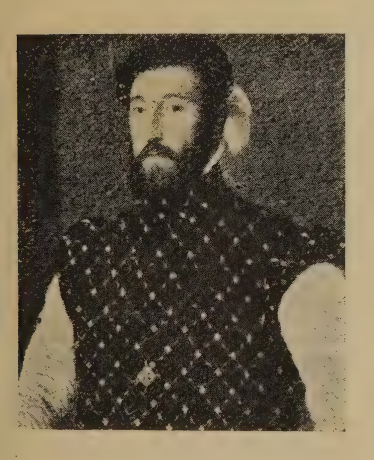
Juan Boscán (1500-1542) consagra definitivamente la manera italiana, especialmente el verso endecasílabo, que de hecho ya había sido empleado por el Arcipreste de Hita. Es poeta de gran corrección, pero de escaso estro poético. (*Sonetos, Epístola a Hurtado de Mendoza*).

Cristóbal de Castillejo (1490-1555) se le opone tenazmente defendiendo las antiguas formas castellanas y el uso del verso octosílabo. Es poeta ameno y humorista, pero de poca inspiración. La más célebre de sus composiciones es la *sátira contra los petrarquistas*.

Garcilaso de la Vega (1503-1536) decide prácticamente la controversia escribiendo en versos endecasílabos y heptasílabos sus incomparables *églogas*, *canciones* y su oda a la *Flor de Cnido*, en todas las cuales es un modelo de sentimiento sincero y delicado, y de una dulzura, buen gusto y armonía de lenguaje y versificación, en que nadie quizá lo ha superado en lengua castellana.

Gutierre de Cetina (1520-1560), soldado en Italia, como Bos-

cán y Garcilaso, como ellos cultivó la manera italiana en elegantes y delicados *sonetos y madrigales*, como el tan conocido que empieza: *Ojos claros, serenos.*



Garcilaso de la Vega



Fray Luis Ponce de León

Escuela Salmantina

Fray Luis Ponce de León (1527-1591), la más venerable figura de la lírica española, sigue las huellas de Garcilaso. Natural de Belmonte, religioso ejemplar de San Agustín, profesor eximio de Sagrada Escritura en la Universidad de Salamanca, encarcelado por la Inquisición en virtud de falsas acusaciones, fué no menos eminente en la poesía que en la prosa. Sus odas son los mejores modelos líricos de corte clásico en lengua castellana. *La poesía de Fray Luis de León se distingue:*

—*por la inspiración honda, el lirismo* en su más alto significado en el que nadie lo ha superado en lengua castellana: con-

templa con mirada de águila, ve o imagina con esplendor, se emociona profundamente, y exhala lo íntimo de su sér en frases rápidas y entrecortadas;

—*por la suavidad y delicadeza*, reflejo de un alma grande, pero serena y bien equilibrada, enamorada de la verdad, la belleza y el bien;

—*por la imitación libre de Horacio en la forma*, tanto en la contextura interna, brevedad, concisión, energía, propiedad del lenguaje y de las figuras, como en la forma métrica, verso endecasílabo y heptasílabo, combinado en liras o estancias, siguiendo la manera italiana iniciada por Boscán y Garcilaso, y que él consideraba como la que en castellano más se adaptaba a la índole de la oda horaciana.

En la oda a la Ascensión el poeta se imagina ser uno de los presentes en el momento de la Ascensión, y consiste en una serie de alegorías y de antítesis en forma *interrogativa entre lo que fué la presencia y lo que va a ser la ausencia de Jesús.* Termina con una *exclamación y apóstrofe* a la nube que oculta al Señor y repite la antítesis.

En la oda a Salinas sobre la Música, en la *1.ª parte: expone sin afectos: al impulso de la música* el ambiente se serena; el alma, por simpatía, desprecia las miserias de la tierra y *recuerda su origen divino*—y goza del acorde que siente entre la melodía de la música, y la de su propio sér y la de otra música superior, hacia la que extática el alma se siente elevada. En la *2.a parte* estallan los afectos: *Exclamación.* (¡Oh desmayo dichoso!) —*Apóstrofe,* (invita a otros).—*Optación,* (¡Oh! suene de continuo...).

La profecía del Tajo es una oda heroica, muy lírica y animada, la más grandilocuente de Fray Luis de León. En la primera estrofa aparece el vil Rodrigo holgándose con su amada al borde del Tajo: todo el resto de la oda lo constituye una espléndida prosopopeya del río, personificación a su vez de España, que:

1.° *Increpa al Rey* su cobardía y desidia, prenuncio de terribles males para la patria.

2.° *Describe* con gran viveza el levantamiento de los africanos y su paso del estrecho.

3.° *Lo incita a acudir* rápidamente a salvar a España: acude, corre, vuela.

4.° *Profetiza* en repetidas exclamaciones la batalla de Guadalete y *la caída de los godos.*

La oda a la vida del campo empieza por una exclamación que resume el tema: *¡Qué descansada vida la del que, lejos del mundo, vive solo en el campo!*—*Amplificación* de las miserias del mundo: la envidia, la riqueza, la vanidad la ansiedad.—*Antítesis y Exclamación* a la seguridad deleitosa del campo.—*Amplificación:* sueño tranquilo, alegría, lejos de los cuidados e inquietudes de la ciudad.—*Descripción* de su huerto—enumeración de partes.—*Antítesis y Exclamación:* Ténganse su tesoro los que en busca de riquezas sufren naufragios: cuadro de una tempestad.—*Antítesis.*—A mí me basta una pobrecilla mesa— y pasar la vida cantando a la sombra de los árboles sintiendo la mano de Dios en la naturaleza.

La Noche serena (a Felipe Ruiz) de semejantes cualidades, añade las aspiraciones infinitas de un alma extasiada de amor.

La Vida del Cielo es una alegoría preciosamente sostenida y perfectamente apropiada de Cristo rodeado de los santos como un pastor por sus ovejas.

Además de sus composiciones originales, son muy notables y muy personales sus *traducciones, imitaciones y paráfrasis* de la Biblia y de los poetas italianos.

La prosa de Fray Luis de León, a juicio de Menéndez Pelayo, puede considerarse como la más perfecta de nuestra lengua.

Las dotes más salientes de su prosa son:

—*la imaginación;* que es su rasgo característico: su alma, siempre poética, todo lo sabe ver con un brillo extraordinario, aunque sin desentonar, ni alterar la admirable armonía de las demás facultades;

—*la ciencia divina,* sobre todo el dominio de *la Sagrada Escritura,* que conoce y estudia en sus textos originales, e interpreta y siente con la fuerza del genio;

—*el dominio de la lengua castellana,* que maneja y contornea

con insuperable maestría en rotundas cláusulas, a las veces excesivamente largas;

—*la fuerza del estilo*, lógica consecuencia de las anteriores.

Los *Nombres de Cristo* es quizá la obra maestra de la prosa castellana; consiste en una serie de diálogos admirables sobre las principales alegorías con que Nuestro Señor es llamado en los Libros Santos, *pastor*, *brazo de Dios*, etc. *La Perfecta Casada* es una obra didáctica-moral, sobre las virtudes de una dueña de casa; *la Exposición del Libro de Job*, un tratado tan profundo y erudito en la doctrina, como gallardo en el lenguaje.

Francisco de la Torre (1543-1594) es un poeta delicado y sentimental, autor de odas, endechas y sonetos. (*Á Tirsis*, *a una tórtola*).

Escuela Sevillana

Fernando de Herrera (1534-1597) llamado el *divino*, es el ilustre jefe de esta escuela, que se distingue por la brillantez, fuerza y magnificencia de la forma, la que exagerada más tarde dió origen al Culteranismo.

Pocas, pero magistrales son las grandes piezas líricas de Herrera, en todas las cuales se siente la imitación de la poesía griega y sobre todo de la hebrea. *La Oda a la batalla de Lepanto* de una majestad y grandilocuencia dignas del asunto, es una imitación de la de Moisés al Paso del Mar Rojo; de semejantes cualidades están adornadas la solemne y filosófica elegía *a la Muerte del Rey Don Sebastián* y la *Oda a don Juan de Austria*, aunque esta resulta algo oscuro por el exceso de alusiones mitológicas.

Oda a la victoria de Lepanto: Cantemos al Señor que venció a los turcos en

el ancho mar.—El soberbio enemigo confió en su armada: habla gloriándose de sus triunfos y despreciando a los cristianos.—*Apóstrofe:* ¡Señor! no permitas el triunfo de tus enemigos.—Vienen de oriente los enemigos: ocupan los mares...—Juan de Austria los espera: ellos tiemblan, son derrotados, huyen humillados por Dios.—Increpación a Grecia, que quedará esclava por haberse aliado con los infieles.—Imprecación a Tiro y Asia, a los turcos y sus aliados.—¿Quién contra ellos tanto pudo?—El Señor que dió la victoria a España. ¡Bendito sea!

La elegía sobre la muerte del rey Don Sebastián comienza lamentando en patético lenguaje la catástrofe del ejército lusitano, lo atribuye al exceso de confianza en sí mismo, por lo que Dios lo abandona a sus propias fuerzas. Describe en tono lúgubre y en breves rasgos el sangriento combate. Sigue una detenida comparación con un soberbio cedro que cae tronchado. Termina con una viva conminación al Africa: llegará el día de la venganza.

Rodrigo Caro (1573-1647) se ha hecho célebre, más que por sus notables estudios arqueológicos, por su incomparable elegía a las *Ruinas de Itálica*, igualmente grandiosa por el tema, el desarrollo y la armoniosa elocución y métrica.

Empieza con una admirable descripción señalando en una serie vigorosa de antítesis las ruinas que se ven y los monumentos que fueron; enumera en un lenguaje lleno de imágenes los grandes hijos de Itálica (Adriano, Trajano, Silio Itálico, Teodosio)... y, después de una lamentación general, trae a la memoria una fantástica creencia popular: ¡*Cayó Itálica!* Al fin añade una alusión poco oportuna a la pérdida de las reliquias de San Geroncio.

Andrés Fernández de Andrada es el probable autor de la magistral y juiciosa *Epístola Moral a Fabio*. Es esta un noble modelo de poesía didáctica, seria y profunda, compuesta en tercetos endecasílabos y en un lenguaje muy pulido y acomodado al asunto, estilo lleno de alegorías e imágenes sin dejar por ello de ser conciso, brillante en los pormenores, solemne en el conjunto.

Es verdaderamente voz que enseña en forma bella con la enobl dignidad de un maestro de costumbres. Consuela a Fabio

en su desgracia, lo invita a sobrellevar la adversidad con grandeza de alma, a abandonar las vanidades de la corte, y dedicarse a una vida tranquila y reflexiva.

Francisco de Rioja (1600-1659) es autor de varias silvas a las flores, notables por la elegancia y perfección de la forma y suavidad del afecto como en las tan conocidas *a la Rosa y al Clavel.*

Considera a la flor como emblema o alegoría de una idea y con bien torneada frase y riqueza de lenguaje, figuras e imágenes desarrolla con gran primor los diferentes matices de la idea según los diferentes aspectos o cualidades que presenta la flor aludida.

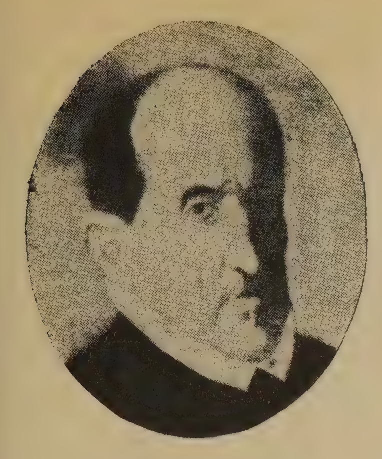
Escuela Aragonesa

Está representada por los dos hermanos *Lupercio* (1559-1631) y *Bartolomé* (1562-1631) *Leonardo de Argensola*, llamados los *Horacios españoles* por sus rasgos característicos de mesura, corrección y armonía, pero sin arrebatos ni grandes vuelos. Lupercio, el mayor, llegó a ser secretario de la reina regente Doña Mariana de Austria, Bartolomé fué clérigo ejemplar.

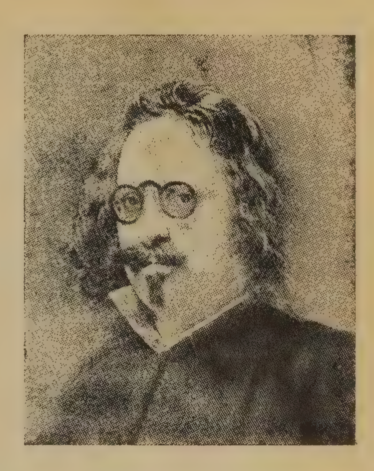
Ambos compusieron perfectísimos *sonetos y odas, canciones* y *sátiras*. Entre los sonetos se han hecho célebres por su concisión y doctrina los que empiezan «*Imagen espantosa de la muerte*» y «*Yo quiero confesar, Don Juan, primero*, ambos de Lupercio, y el que empieza «*Dime, Padre común, pues eres justo*» original de Bartolomé.

Uno y otro fueron también autores de historia sobre los sucesos de Aragón, pero sólo se han conservado las escritas por Bartolomé.

Lupercio fué además autor dramático: compuso tres tragedias de escaso valer escénico, de trama complicada y sangrienta: *Isabela, Alejandro* y *Filis.*




Luis de Góngora


Francisco de Quevedo

ESCUELA CULTERANA O GONGORINA

Luis de Góngora (1561-1627), fué primero un gran poeta, autor de excelentes odas, de encantadoras letrillas y otras poesías ligeras, (*La flor de la maravilla, Ande yo caliente, La vida del muchacho*, etc.), el más inteligente e inspirado refundidor y restaurador de los antiguos romances, (*El forzado de Dragut, según vuelan por el agua*, etc.).

Pero habiendo sido atraído por el culteranismo reinante, se entregó a él sin medida hasta ser considerado como el corifeo en España del *Gongorismo*, escuela que hace alarde de *rebuscada oscuridad bajo un pomposo follaje de ininteligibles imágenes, asociaciones de las cosas más opuestas, y violentas trasposiciones*, tras de las cuales se oculta algún pensamiento ènigmático, si es que en realidad existe alguna idea. *Polifemo* y sobre todo *Las Soledades* son los extravagantes poemas de Góngora en que más campean los desatinos de la escuela.

Escuela Conceptista

Tiene su más genuina figura en *Francisco Gómez de Quevedo* (1580-1645) de quien se hablará al tratar de la didáctica. *El Conceptismo consiste en el alambicamiento y agudeza del pensamiento, así como el Culteranismo lo es de las expresiones.* El Culteranismo abusa sobre todo de los tropos, imágenes, perífrasis y trasposiciones. El Conceptismo de los *equívocos, paradojas y retruécanos.*

POESIA LIGERA

Tuvo en esta época muchos y excelsos cultivadores, entre los cuales ya hemos citado a Góngora, Quevedo, Latorre, junto a los cuales figuran *Baltasar de Alcázar* (1530-1606) bien conocido por sus sabrosas redondillas de *La Cena;*

Vicente Espinel (1589-1624) inventor de la décima o espinela;

Esteban Manuel de Villegas (1589-1666), restaurador de la estrofa sáfico-adonica en su tan conocida poesía *Al Céfiro* que empieza «*Dulce vecino de la verde selva*»;

Juan Arguijo (1564-1623) autor de correctísimos y armoniosos sonetos;

Luis Barahona de Soto (1548-1595) poeta de índole suave en sus *églogas* y su poema *Lágrimas de Angélica;* y

Juan de Jáuregui (1583-1641), traductor de poemas italianos, y que de atildado clásico pasó a ser gongorino.

POESIA EPICA

La Epica, a pesar de la riqueza de asuntos que ofrecía la grandeza de las hazañas españolas, no rayó a la altura de la lírica y dramática. Compusiéronse un sinnúmero de poemas, la mayor parte poco inspirados y originales. Algunos sin embargo son ricas joyas de nuestra exuberante literatura.

La Araucana de *D. Alonso de Ercilla y Zúñiga* (1533-1594) es el mayor timbre de gloria de la épica clásica castellana. De él se tratará en la Literatura Chilena, lo mismo que de su glorioso discípulo *Pedro de Oña* (1570-1645) autor del *Arauco Domado.*

La *Cristíada* del domínico Fray *Diego de Hojeda* (1571-1615) es un inspirado poema sobre la pasión y muerte del Señor, lleno de unción, brillantes cuadros y comparaciones, y armoniosa versificación en octavas reales.

El Bernardo de Bernardo de Balbuena (1568-1627) obispo de Puerto Rico, es un poema caballeresco, difuso, saturado de anacronismos, pero que contiene de vez en cuando magníficos fragmentos y un estilo y versificación exuberantes de brillo y armonía.

Bernardo es un héroe castellano, criado por el mago Orestes, que obtiene en Oriente las armas de Aquiles, guardadas por Ayax Telamonio, y con ellas lucha contra Carlo Magno, a quien vence en Roncesvalles, donde mata a Roldán.

La Grandeza Mejicana y *El Siglo de Oro* son otros poemas del mismo autor.

El *Monserrat de Cristóbal de Virués* (1560-1610) narra en

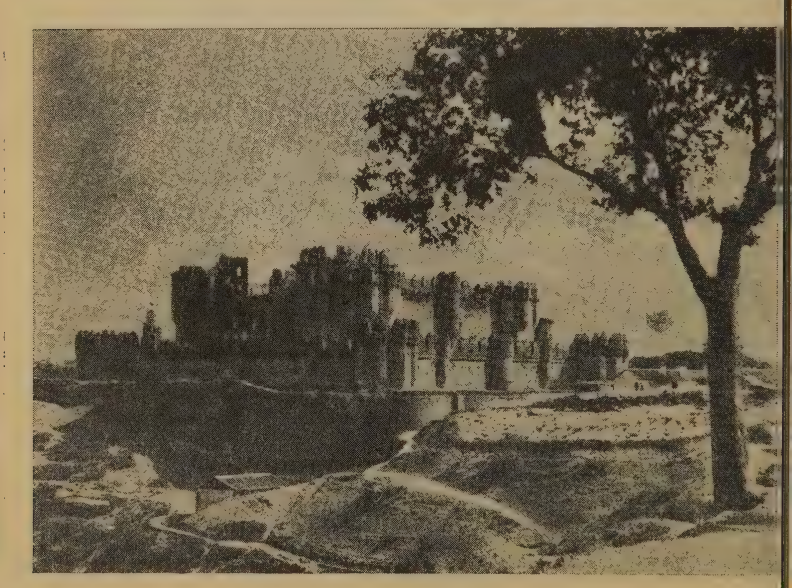
armoniosas octavas la resurrección de la hija del Conde de Barcelona, obrada por intercesión de la Virgen de Montserrat.

La *Jerusalén Conquistada de Lope de Vega*, en que quiso imitar la epopeya del Tasso, es muy inferior a ella, y no está a la altura de las demás obras del Fénix de los Ingenios.

Epopeyas Burlescas

Notables son en este género la *Gatomaquia* de Lope de Vega, en que pinta con mucha gracia los amores y luchas de unos gatos, y la *Mosquea* de *José de Villaviciosa* (1589-1658), combates de moscas y hormigas, brillante parodia de la Ilíada.

Como poema didáctico es digno de loa el *Poema de la Pintura de Pablo Céspedes* (1538-1608) que, aunque inconcluso, ha dejado hermosas descripciones primorosamente versificadas.



Castillo de Coca

POESIA DRAMATICA

Orígenes

En la Edad Media, el teatro, nacido a la sombra de la Igle-ia, se redujo a representaciones populares, de escaso valor ar-ístico y representadas con elementos primitivos. Los *misterios* ran diálogos sobre escenas de la vida de Jesucristo, los *milagros* bbre hechos portentosos debidos a la intercesión de los santos, ıs *farsas*, representaciones de índole jocosa o satírica, *morali-ades*, comedias de costumbres.

Precursores

Gómez Manrique, a fines del siglo XV, en su *Representación del Naci-iento de Nuestro Señor* ofrece la primera pieza teatral verdaderamente ar-ística, y poco después *Rodrigo de Cota*, su famoso *diálogo entre el Amor un Viejo.*

Juan de la Encina (1469-1529) sacerdote, uno de los mayores composi-ores musicales de su tiempo, fué también insigne poeta, autor de un *Can-ionero* y *primorosos villancicos*, pero cuya fama radica sobre todo en ser omo el creador del teatro nacional con las piezas escénicas que él denominó *Églogas*, primeramente de carácter religioso sobre la Navidad o la Pasión, lespués de asuntos profanos, y que fueron representadas con gran aplauso n Roma y en España.

La Celestina de Fernando de Rojas, más que drama es una novela en orma dialogada, excesivamente extensa para poder ser representada, pues onsta de veintidós actos.

Bartolomé de Torres Naharro (+ 1531) contemporáneo de Juan de la Encina, sacerdote como él, publicó en Nápoles una colección de poesías, que titula *Propaladia*, en la que van incluídas ocho comedias que, como las

de Encina, fueron representadas en Roma. Van precedidas de un *trata-* *sobre el arte dramático,* que es el primero de que tenemos noticia en cast- llano.

Lope de Rueda (1510-1565), jefe de una compañía ambulante de teatr- fué autor y actor al mismo tiempo. En sus *coloquios, pasos* y *comedias* e- critos casi todos en prosa, hace dar un gran paso al teatro nacional in- piente por la viveza del diálogo y la sal cómica. Famoso es el paso llama- *las Aceitunas,* que se reduce a un altercado entre dos esposos sobre el prec- a que venderán las aceitunas de unos olivos que aún no han sembrado.

Juan de la Cueva (1550-1609) tiene el incomparable mérito de hab- abierto la puerta al gran teatro nacional histórico, al tomar en el romance- y tradiciones medioevales los asuntos de sus comedias.

Gil Vicente (1470-1536) portugués, fundador del teatro nacional en patria, merece citarse en nuestra literatura por haber escrito en castella- buena parte de sus comedias, superiores en pasión a las de Juan de la E- cina, su contemporáneo.

Apogeo

Seis grandes genios casi contemporáneos, rodeados de otr- muchos autores de no escaso valor, construyen ese monument- incomparable que forma el gran teatro español.

Como *rasgos característicos* de ese teatro pueden señalars-

1) la extraordinaria *fecundidad;*

2) *variedad* inagotable en los temas y en el manejo de l- intriga;

3) *realismo,* a veces excesivo;

4) *naturalidad* y fluidez del *diálogo;*

5) *libertad escénica,* respecto de las unidades;

6) *el sentimiento del honor,* llevado a un grado exagerado inmoral;

7) *el sentimiento religioso*, que aparece aún en los menos morales;

8) la *sal cómica:* el papel de *gracioso* no falta casi nunca;

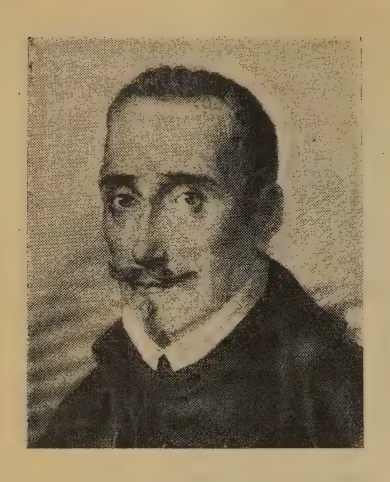
9) *exuberancia* en el lenguaje: en mayor o menor escala todos pagan tributo al conceptismo y al gongorismo.

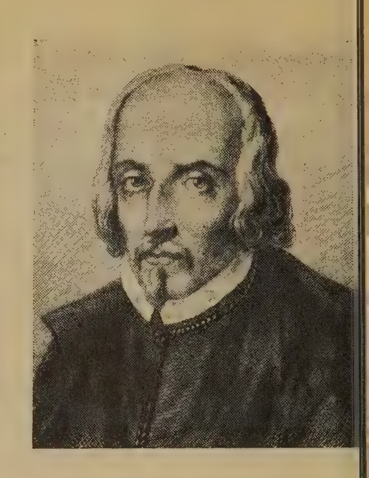
Las *formas dramáticas* empleadas no son fáciles de clasificar por el exceso de variedad. Aunque en la época recibían el nombre genérico de comedias, podrían distinguirse las siguientes:

1) *autos sacramentales* sobre la Eucaristía;
2) *dramas teológicos* o religiosos;
3) *dramas filosófico-morales* o de tesis;
4) *dramas trágicos*, asuntos de honor y celos;
5) *dramas pastoriles;*
6) *dramas mitológicos;*
7) *la alta comedia* o drama cómico;
8) *comedia de costumbres*, cuadro de la época;
9) *comedias de capa y espada o de intriga;*
10) *piezas menores:* sainetes, entremeses, loas, pasos, pasillos, etc.

Lope, *Tirso* y *Calderón* figuran en primera fila: *Alarcón*, *Rojas* y *Moreto* los siguen de cerca, y aun los igualan y superan en algunas cualidades.

Entre otros muchos que cultivan con gran éxito el teatro, sobresalieron también: *Cervantes*, *Mira de Amescua*, *Montalván* y sobre todo *Guillén de Castro*, autor de *las Mocedades del Cid*, uno de los dramas más vigorosos del teatro español y que sirvió de modelo al *Cid* del francés *Corneille*.







Lope de Vega

Calderón de la Barca

Biografias

Lope de Vega Carpio (1562-1635), madrileño de noble fa milia, soldado en Flandes y en la Armada Invencible, dedic casi toda su azarosa vida a la poesía y al teatro, fué el ídolo d su tiempo y de su pueblo, que lo aclamaba con frenesí, y recibi en edad madura las órdenes sagradas.

Es llamado *Fénix de los Ingenios*, pues no se tiene notici en la historia de escritor más fecundo: compuso mil ochocienta comedias, cuatrocientos autos sacramentales, y un sinnúmer de poesías y poemas de todo género, que en conjunto se ha cal culado que suman veintiún millones de versos.

Tirso de Molina (seudónimo de *Gabriel Téllez*) (1573-1648 fué religioso de la Orden Mercedaria, en la que ocupó alto

puestos, llegando a ser provincial. Compuso más de cuatrocientas obras dramáticas.

Pedro Calderón de la Barca (1600-1681), educado en el colegio de los jesuítas de Madrid, y en Salamanca, compuso comedias, como Lope, desde su primera niñez, y como él, fué soldado y más tarde sacerdote. Se conservan de él un centenar de comedias y otros tantos autos sacramentales.

Juan Ruiz de Alarcón (1581-1639) natural de Méjico, relator del Consejo de Indias, aunque modelo de honradez, fué muy satirizado por la envidia de sus contemporáneos.

Francisco de Rojas Zorrilla (1607-1648), de Toledo, se dedicó al foro y al teatro.

Agustín Moreto (1618-1669), madrileño, compuso piezas teatrales hasta que, ordenado sacerdote, se consagró al ejercicio de la caridad.

Crítica

Como rasgos característicos de estos seis colosos del teatro, pueden señalarse los siguientes:

Lope se distingue por la enorme *fecundidad y variedad* de los temas; naturalidad del diálogo y lenguaje sencillo; genuina *representación* del modo de pensar, sentir y obrar *del pueblo español;* pero la inmensa facilidad y rapidez con que escribía fueron causa de que no llevase a la perfección de que era capaz la trama de la mayoría de sus obras, en las que a menudo abundan las inverosimilitudes, anacronismos y descuido en la versificación.

Tirso es superior a Lope en la creación de *caracteres*, magis-

tralmente estudiados y sostenidos, en la *fuerza cómica*, en la acomodación del lenguaje a cada personaje, y en la armonía de la versificación. El extremo realismo de su lenguaje pasa a veces los límites de la delicadeza, al menos tal como la entendemos en nuestros días.

Calderón supera a todos en la *grandeza* de la concepción y de los asuntos; en el arte de *tramar* y desenvolver el plan por mucho que se complique; en sostener constantemente el *interés;* en la incomparable sonoridad y *armonía* del estilo y versificación; pero cae a menudo en el *gongorismo*, es débil en la creación de caracteres, y, aunque idealista, moral y cristiano como ninguno, exagera extraordinariamente el sentimiento del honor y el falso derecho de vengar los ultrajes. En el *auto sacramental* es el maestro de los maestros.

Alarcón aventaja a todos en la *comedia filosófica-moral*, en la perfección de la trama y del diálogo, en el *aticismo* del lenguaje; es el único casi exento de gongorismo.

Rojas Zorrilla, aunque exuberante y culterano, se recomienda por la *sal cómica*, la facilidad del diálogo y la creación de algunos *caracteres*, sobre todo el de García del Castañar, en que estriba su mayor fama.

Moreto, menos fecundo que los anteriores, pues sólo escribió unas cincuenta comedias, es notable por el arte de tramar la acción para hacer resaltar el *carácter* de los personajes, y de saber imitar y perfeccionar argumentos esbozados por otros autores.

Obras principales

Lope de Vega: la *Estrella de Sevilla*, *El Mejor Alcalde el Rey*, *Peribáñez*, *Fuente Ovejuna*, *El perro del hortelano*, *Los locos de Valencia*, etc.

Además de su teatro, fué uno de los grandes líricos con sus sonetos, elegías, poesías ligeras, como los *Soliloquios* y los *Pastores de Belén*. En la épica imita a Ariosto en la *Hermosura de Angélica*, a Tasso en la *Jerusalén Conquistada*. La *Dragontea* es un largo e hinchado poema contra el corsario inglés Drake; la *Gatomaquia* un poema burlesco. Entre sus novelas la *Arcadia* es pastoril, la *Dorotea* picaresca, y el *Peregrino en su Patria*, de aventuras.

El Mejor Alcalde el Rey.—El noble don Tello, llamado a ser el padrino en la boda del labrador Sancho con Elvira, comete la villanía de raptar a la novia; el padre de ésta, temiendo que el alcalde ordinario no tenga suficiente influjo sobre el noble, acude al mismo rey como supremo alcalde. Acude éste disfrazado como emisario del monarca: no siendo acatado por don Tello, se da a conocer, y condena a don Tello a casarse con Elvira y darle en dote la mitad de su fortuna, y a ser a continuación decapitado, con lo que Elvira, noble y rica viuda, reparada su honra, se casa con el labrador.

La Estrella de Sevilla.—La huérfana Estrella es defendida a mano armada por su hermano y tutor Bustos de Tavera contra el Rey don Sancho, que la pretende. Este, lleno de despecho, llama al noble Sancho Ortiz y le encarga dé muerte, como a reo de lesa majestad, a un individuo, cuyo nombre le entrega en un sobre cerrado y obtiene en premio el permiso real para casarse con su prometida Estrella. Al abrir el sobre queda perplejo entre su amor y lo que él cree su deber. Triunfa el deber y da muerte a Bustos. Aunque se descubre el origen real del crimen, Estrella se niega a dar su mano al asesino.

Obras de Tirso de Molina: La *Prudencia en la Mujer, El Condenado por desconfiado. El Burlador de Sevilla y Convidado de Piedra, la Venganza de Tamar. El Vergonzoso en Palacio, Don Gil de las calzas verdes,* etc.

Las novelas tituladas *Cigarrales de Toledo* se recomiendan por la gracia y lo castizo del lenguaje.

El Vergonzoso en Palacio y Don Gil de las Calzas Verdes, son comedias de intriga en que se derrocha a torrentes la sal cómica.

• *El Burlador de Sevilla.*—Es la gran creación del tipo de Don Juan Tenorio. Este, después de cometer toda clase de crímenes, invita a comer a la estatua que adorna la tumba del Comendador, una de sus víctimas y padre de Doña Inés, deshonrada por él. Acude el convidado de piedra al banquete y a su vez invita a Don Juan a irlo a ver en su sepulcro; cumple éste su encargo, y la estatua tomándolo por la mano lo hace descender al infierno.

El carácter de Don Juan, de valor temerario, sin temor a peligro alguno terrenal o divino, es el mérito incomparable de esta pieza, imitada por tantos otros autores como Goethe, Víctor Hugo, Byron, Zorrilla, etc.

La Prudencia en la Mujer.—Es un estupendo drama de carácter en que Doña María de Molina, reina regente, con admirable grandeza de alma e inteligente astucia gobierna el reino, desbaratando uno tras otro los planes urdidos contra la vida del rey niño, su hijo, por los hermanos del rey difunto.

El Condenado por desconfiado.—Es una de las creaciones más grandes y originales sobre argumento filosófico-teológico. El ermitaño Pablo cavilando sobre el problema de la predestinación, es tentado por el diablo que se le aparece en forma de ángel y le hace saber que su fin será el mismo que el de un tal Enrico que vive en Nápoles. Vase en su busca el ermitaño, y averigua que el aludido es un jefe de bandidos. Desesperado se entrega él también al pillaje; mueren ambos ajusticiados: él se condena, mientras Enrico arrepentido obtiene el perdón de Dios y se salva.

Obras de Calderón: La Vida es sueño, el Alcalde de Zalamea, El Mágico prodigioso, El Tetrarca de Galilea, La Dama Duende, Casa con dos puertas mala es de guardar, etc.

El Alcalde de Zalamea.—Las tropas reales, camino de Portugal, se hospedan en el pueblo de Zalamea: Un capitán deshonra a una joven, cuyo padre, Crespo, acaba de ser elegido alcalde. Este pone preso al capitán, y lo amenaza de muerte si no se casa con su hija: no accediendo el delincuente, es agarrotado. Al saberlo el general, va a poner fuego al pueblo, cuando, llegando el rey Don Felipe, examina el proceso, da por bien fallado el juicio, y otorga a Crespo de por vida el cargo de Alcalde de Zalamea.

La Vida es sueño.—El Príncipe de Polonia Segismundo, nacido, según los astrólogos, con mala estrella, es criado oculto en lejana cueva por orden de su padre el rey Basilio. Conducido bajo el peso de un narcótico

al palacio real, comete toda clase de fechorías, por lo que, adormecido de nuevo, es devuelto a su oculta morada, donde al despertar se persuade que todo ha sido un sueño.

Entre tanto una guerra civil ha proclamado su candidatura al trono, ha triunfado y vienen en su busca para coronarlo. Segismundo, persuadido de que la vida es un verdadero sueño, obra con cordura, honra a su padre, y se propone gobernar sabiamente sobre su pueblo.

El Mágico Prodigioso imitado por Goethe en el Fausto, *La Devoción de la Cruz*, *El Carro del Cielo* son grandes dramas de tema filosófico-moral: *El Médico de su Honra*, tremendo drama trágico; *La Dama Duende* y *Casa con dos puertas mala es de guardar*, complicadas y graciosísimas comedias de intriga.

Obras de Alarcón: La Verdad sospechosa, Las paredes oyen, El examen de maridos, Ganar amigos etc..

La Verdad Sospechosa.—Don García, que tiene el vicio de la mentira, pretende a una joven, y para obtener la licencia de su padre, lo disuade valiéndose de mil embustes de que le obtenga la mano de una que él le ha preparado. El viejo enternecido y persuadido deshace la boda, y sólo entonces viene a averiguar don García que la joven era precisamente la que él pretendía.

Las paredes oyen, tiene un argumento semejante: Don Mendoza de Guzmán que pretende a doña Ana, habla mal de ella a otro pretendiente, el cual la defiende y se niega a creer tales patrañas. La interesada oye la conversación y se decide por el segundo.

Obras de Rojas Zorrilla: García del Castañar, Entre bobos anda el juego.

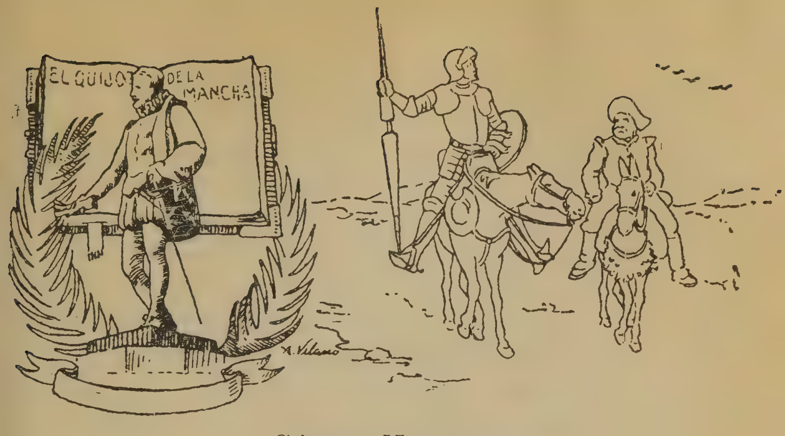
García del Castañar.—El rey acompañado de don Mendo visita al labrador García del Castañar ignorando que es un noble oculto. Don Mendo, que se finge el rey, pretende seducir a la esposa del labrador. Aunque inocente, ella es creída culpable por su marido, y se ve obligada a huir a la Corte y refugiarse en Palacio. Síguela García, penetra en la Corte, y al ver que don Mendo no es el rey, como él había creído al perdonarle la vida, lo atraviesa con su daga y se presenta al rey diciendo: que del rey abajo ninguno permitirá él que toque a su honra.

Obras de Moreto: El Desdén con el Desdén, imitación de *Los milagros del desprecio de Lope; el lindo don Diego, el Parecido en la Corte*, etc.

El Desdén con el Desdén.—Diana, hija del Conde de Barcelona, alardeando de cierta frialdad filosófica, desdeña todos sus pretendientes. El Conde de Urgel logra vencerla fingiendo a su vez desdén hacia ella. Diana al sentirse vencida finge también que su apasionamiento ha sido ficticio. Admite el Conde la explicación y aparenta igualmente que su declaración había sido en son de broma, con lo que estalla de nuevo la pasión de Diana y se da incondicionalmente por vencida.



Tirso de Molina



Género Novelesco

Después de las novelas de *caballería* y del *Quijote,* predominó la novela *bucólica,* imitada del italiano, y la novela *picaresca,* esencialmente española.

Cervantes

Miguel de Cervantes Saavedra (1547-1616) de noble pero arruinada familia; nació en Alcalá de Henares, sirvió en Roma al Cardenal Aquaviva; alistóse en los tercios españoles de Italia; combatió y recibió tres heridas en Lepanto, de una de las cuales quedó manco; cautivo cinco años en Argel, fué rescatado por los Trinitarios: vuelto a España y ocupado en cargos públicos, no fué en ellos más afortunado, pues hubo de sufrir injusta prisión. Murió pobre en Madrid en 1616.

De sus múltiples obras, *El Quijote,* es la que ha inmortalizado su nombre. Es una novela caballeresca y satírica, en que se propone ridiculizar los libros de caballería, cuya boga tenía estragado el buen gusto y el sentido común. Es una serie de aventuras de un pobre hidalgo, vuelto loco a fuerza de leer tales

novelas, y que pretende por su esfuerzo personal reparar todas las sinrazones e injusticias del mundo. Su escudero, el labrador Sancho Panza, es un hombre honrado, sesudo, pero muy interesado y egoísta. El contraste entre el idealismo del hidalgo y el prosaico positivismo de Sancho infunden y sostienen a través de toda la obra un interés, ironía y simpático atractivo, que explican la inmensa popularidad que en el mundo entero ha despertado, pues, traducido a todas las lenguas, es quizá el libro de que se ha hecho más ediciones, fuera de la Biblia.

Entre las cualidades sobresalientes de esta obra maestra de nuestra literatura señalaremos:

1) El *realismo:* toda la vida: tipos, cuadros, paisajes, costumbres, la noble y lo vulgar, lo civil y lo guerrero, etc.

2) la *naturalidad;* encanta oír la verdad, que se ve y se siente brotar espontáneamente

3) los *caracteres*: no se han creado personajes más típicos que Don Quijote y Sancho; los secundarios: el cura, la sobrina, el barbero, el ventero, etc., tienen rasgos inconfundibles.

4) el *lenguaje* es en vocabulario, giros, expresiones y refranes el castellano castizo por excelencia.

5) el *estilo* es el modelo del narrativo, vivo, rápido, variado; de vez en cuando florido, siempre flúido y sonoro;

6) el fin *didáctico* y *moral:* encierra constantemente lecciones de las más variadas y sólidas doctrinas, tanto teóricas como prácticas, impregnadas todas ellas de un espíritu profundamente humano y netamente cristiano.

El Quijote fué publicado en dos partes: entre una y otra apareció una apócrifa, muy inferior a la auténtica, y cuyo autor se oculta con el seudónimo de Avellaneda.

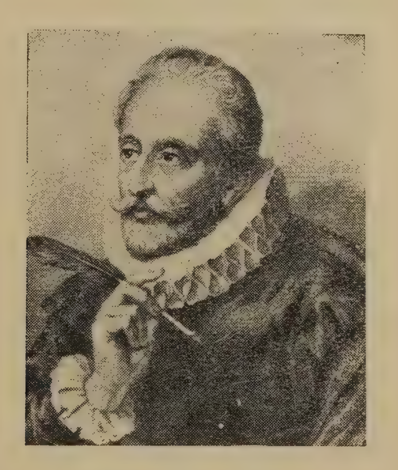
Las *novelas ejemplares* son doce cuentos de varios matices, con muchas de las cualidades citadas. Los principales son: *La*

Gitanilla, *La Ilustre Fregona*, *Rinconete y Cortadillo*, *El Celoso Extremeño*, *El Licenciado Vidriera* y el *Coloquio de los Perros*.

La *Galatea* es una novela pastoral según la moda de la época, pero de más viveza y colorido que sus similares.

Persiles y Segismunda es la última obra de Cervantes, más esmerada que las otras en el lenguaje, pero de trama excesivamente complicada y poco unida.

Fué también Cervantes poeta lírico autor de excelentes sonetos y poemas, que intercala a veces en sus novelas; para el teatro compuso hasta treinta comedias, y entremeses, entre las que sobresalen *Los Tratos de Argel* y *La Destrucción de Numancia*.



Miguel de Cervantes

Novelas Pastoriles

Además de la *Galatea* de Cervantes y la *Arcadia* de Lope de Vega, las que adquirieron más renombre son la *Diana* de

Jorge Montemayor (1520-1561), (portugués), la primera imitada del italiano, elegante, pero llena de afectación, y en la que incluye primorosas poesías, y la *Diana Enamorada* de *Gaspar Gil Polo* (1535-1591) continuación de la anterior y de forma y cualidades semejantes.

Novelas Picarescas

El Lazarillo de Tormes, cuyo autor aún no se ha podido averiguar con certeza, aunque se ha atribuído a Hurtado de Mendoza y a Horozco, es la primera y más notable de las novelas picarescas y la que da la pauta de ese género, tan característico de España, y que tan al vivo refleja aquella época, en que el esplendor externo hizo disminuir el progreso y actividad interior, y la consiguiente falta de trabajo favoreció esas hazañas picarescas de sujetos vivos y poco escrupulosos que pasaban constantemente de un oficio a otro en busca de pequeñas aventuras que les proporcionasen medios de subsistencia y de entretenimiento.

El Lazarillo, después de contar su humilde origen, narra sus peripecias como compañero del ciego a quien lo entregó su madre, como sirviente de un escudero harapiento, de un clérigo muy tacaño, de un fraile poco edificante, de un alguacil etc. y termina con el casamiento de Lázaro con la criada de un arcipreste.

El mérito principal, además del *realismo*, a veces excesivo y exagerado, con que nos muestra el ambiente social de su época entre la gente de su ralea, consiste en el *interés de la narración* que nunca decae, y en la *riqueza, casticismo y naturalidad del lenguaje.*

La Vida y aventuras del pícaro Guzmán de Alfarache, narra con gran vigor y originalidad los viajes por España e Italia del

protagonista, que huye de su casa, se hace bufón y acaba por servir en galeras. Su autor es *Mateo Alemán* (1547-1610).

La Vida del Escudero Marcos de Obregón de Vicente Espinel, ya citado como lírico, es semejante y aun más variada que las anteriores.

El Diablo Cojuelo de Luis Vélez de Guevara (1570-1644). El diablo muestra a un estudiante lo que pasa en las casas de Madrid, llevándolo por el aire y levantando los tejados. Guevara fué también autor dramático de gran mérito.

Novela Histórica

Ginés Pérez de Hita a principios del siglo XVII publicó su famosa novela histórica *Guerras civiles de Granada,* obra algo desaliñada en el estilo, pero en alto grado interesante, en la que mezcla la historia con las leyendas y tradiciones de los moriscos.

Didáctica

Francisco de Quevedo y Villegas (1580-1645) es una de las grandes figuras de nuestra literatura por su talento, doctrina, estilo y lenguaje, a pesar del conceptismo del que se considera como el primer corifeo.

Extraordinariamente vario y fecundo, cultivó casi todos los géneros en prosa y verso. Como *didáctico* escribió un gran número de obras filosófico-teológicas y morales, como *La Política de Dios, La Providencia de Dios. La Cuna y la Sepultura.*

Entre sus obras jocosas en prosa, cuya gracia e ingenio son proverbiales, merecen citarse, además de la novela picaresca *El Buscón,* la colección llamada *Los Sueños,* en que van incluídas varias composiciones alegórico-satíricas escritas y publicadas en varias épocas, en las que ridiculiza diferentes persona-

jes, costumbres y acontecimientos de su tiempo. Las principales son:

—*Las Zahurdas* (pocilgas) *de Plutón* en que contempla los reinos infernales; *El Alguacil Alguacilado,* en que un alguacil endemoniado le cuenta los suplicios de ultratumba; *El Sueño de las Calaveras,* que pone ante sus ojos el juicio final; *El Mundo por dentro,* en que descubre los pensamientos íntimos de los hombres; *La Visita de los Chistes,* en que la Muerte personificada le muestra sus posesiones.

En poesía tiene composiciones de toda forma y todo matiz; saturadas de donaire y a veces de obscenidad las poesías ligeras; de majestad y profundos sentimientos, las de asunto serio, como *La Roma Antigua* y *Moderna* y *la Epístola al Conde-Duque de Olivares.*

El jesuíta *Baltasar Gracián* (1601-1658), es escritor genial y profundo, pero plagado de conceptismo. El *Criticón* es una creación original, novelesca y filosófica; el *Arte de Prudencia,* una extraña y sólida colección de máximas morales; *La Agudeza* y *Arte de Ingenio,* un verdadero tratado de *conceptismo.*

Fray Antonio de Guevara (1480-1545) en *el Reloj de Príncipes* o *vida de Marco Aurelio,* traza en lenguaje castizo, pero difuso, el retrato del buen gobernante.

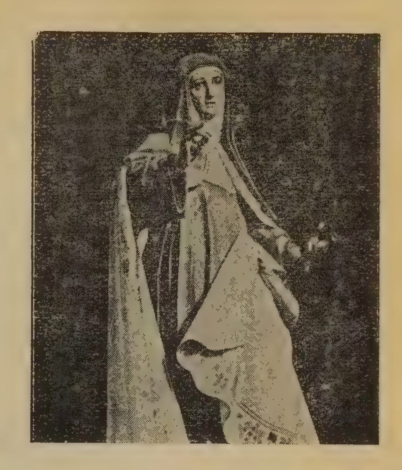
Antonio Pérez (1539-1611) famoso y desgraciado secretario de Felipe II, en un estilo artificioso y frío dejó consignados los novelescos episodios de su vida en sus *Cartas, Relaciones* y *Memorial* de su causa.

Diego Saavedra Fajardo (1584-1648) es de estilo conciso y algo obscuro en sus obras didácticas: *Idea de un Príncipe y República Literaria.*





Fray Luis de Granada



Santa Teresa de Jesús

AUTORES MÍSTICOS

Recibe el nombre de *mística la elevación del alma hacia Dios por medios extraordinarios de unión sobrenatural. Ascética es la ciencia y arte de guiar las almas a Dios por los medios ordinarios, como oración, ejercicio de virtudes,* etc. En literatura es muy ordinario confundir una y otra con el nombre genérico de mística.

La España del siglo de oro produjo un gran número de los más eminentes autores místicos de la Iglesia, tanto en la solidez de la doctrina, como en la perfección de la forma.

El Beato *Juan de Avila* (1500-1569), llamado con razón el *Apóstol de Andalucía,* es considerado como el creador de la mística española; es admirable en la unción de su espíritu y el candor y sencillez de la expresión. Sus *cartas espirituales* son tan dignas de estima como sus tratados de la *Oración, Conocimiento de sí mismo, Santísimo Sacramento,* etc

Fray *Pedro Malón de Chaide* (1536-1590) agustino, en *La Conversión de la Magdalena*, escribe en prosa brillante y algo artificiosa e intercala poesías de forma muy correcta y atildada.

Fray *Juan de los Angeles* (1536-1602), franciscano, es un autor de gran unción, delicadeza y armonía. *Triunfos del amor de Dios* es una de las más escogidas joyas de la mística.

Fray Luis de Granada (1504-1588) nacido en Granada, aunque originario de Galicia, fué hijo de una humilde lavandera, pero protegido y educado por los PP. Dominicos, ingresó en su orden y llegó a ser una de las grandes glorias, no sólo de ella, sino de España y de la Iglesia. No hay escritor que haya llevado más lejos la *armonía* de la prosa castellana, el arte, imitado de Cicerón, de la simetría, sonoridad y cadencia del estilo periódico. La *solidez* de la doctrina y del razonamiento y la *dulzura* del afecto se hermanan con la forma en ese admirable consorcio que constituye la perfección clásica.

La Guía de Pecadores es uno de los tratados más profundos, mejor desarrollados, y de más armonioso estilo en lengua castellana.

La *Introducción al símbolo de la fe y el Tratado de la oración* y *meditación* reunen análogas condiciones.

Santa Teresa de Jesús (1515-1582) reformadora de la orden carmelitana, gloria de nuestra raza y de su sexo por su santidad, su carácter y su amabilidad encantadora, no lo es menos por sus obras literarias, que reflejan admirablemente todas esas grandes cualidades de aquella mujer prodigiosa. Su lenguaje es de lo más castizo que posee nuestra lengua, saturado de una inagotable riqueza de expresiones familiares, proverbios y refranes; pero juntamente de una naturalidad sumamente atractiva. Es la única mujer a quien la Iglesia ha concedido el título de Doctora.

Escribió versos primorosos, pero su fama radica en sus obras en prosa. En la mística no hay autor en la Iglesia que se le pueda comparar. Sus obras principales son: *El libro de su vida*, escrito por obediencia, *El Libro de las fundaciones*, *El Camino de Perfección*, *Las Moradas o Castillo Interior* y la colección de sus *Cartas*, repletas de unción, sentido común y santa alegría.

San Juan de la Cruz (1542-1591), el *doctor extático*, fué compañero de Santa Teresa en la reforma del Carmelo. Como ella, escribió en verso y en prosa. La oda *Diálogo del alma y su esposo* recuerda a Fray Luis de León y aun se eleva más en el sentido místico.

En las obras místicas en prosa: *Subida al Monte Carmelo*, *Noche obscura del alma* y *Llama de amor viva*, sube tan alto que se hace obscuro para las almas no iniciadas en la vida espiritual.

Pedro de Rivadeneira (1536-1609) jesuíta, es uno de los autores más netamente clásicos de la época, más castizo en el lenguaje, y más estudiado en el estilo. Es el autor del tan conocido y popular *Flos Sanctorum* o Vida de los santos de todos los días del año. La *Vida de San Ignacio de Loyola* y la *de S. Francisco de Borja* son modelos del género por la crítica de los hechos y lo escogido del estilo; magistrales el *Tratado del Príncipe* y el *Tratado de la Tribulación.*

El P. *Eusebio Nieremberg* S. J. (1595-1658) es quizá el más fecundo de los ascéticos españoles. Sus obras respiran una profunda piedad y unción; agota las materias presentándolas bajo todos los matices hasta caer en la difusión, pero el lenguaje es castizo y a veces muy elegante. (*Vida divina, Diferencia entre lo temporal y lo eterno. Aprecio y estima de la divina gracia*).

El P. *Luis de la Palma* S. J. (1560-1641) se inmortalizó con sus magistrales obras *Camino Espiritual* e *Historia de la Pasión*, notables por la solidez profundidad y unción, así como el P. *Alonso Rodríguez* (1526-1615), con el *Tratado de perfección y virtudes cristianas*, libro incomparable para la formación espiritual.

HISTORIA

El jesuíta *Juan de Mariana* (1537-1594) llamado el príncipe de los historiadores españoles, fué el primero que en forma clásica escribió una *Historia General de España*. Valióse para ello de todos los datos que pudo haber a mano, y aunque fácil en admitir o consignar hechos fabulosos, dió un gran paso en lo que hoy se llama crítica histórica.

En el estilo imitó a Tácito y Livio; es muy conciso y enérgico, pero algo rudo en el lenguaje.

Diego Hurtado de Mendoza (1503-1575), poeta lírico de alto vuelo, autor de delicadas poesías ligeras y epístolas filosóficas, es más conocido por *la Historia de la guerra contra los moriscos de Granada*, obra seria y sólida, cuyo estilo recuerda el de Tito Livio y Salustio.

Antonio de Solís (1610-1686) excelente poeta dramático, autor de *La Gitanilla de Madrid* y otras dignas de los mayores genios, debe su celebridad a la *Historia de la Conquista de Méjico*, de gran interés, brillantez y perfección de estilo.

Francisco de Moncada (1585-1635) en su *Expedición de Catalanes y Aragoneses contra los turcos y griegos*, y *Francisco de Melo* (1608-1687) portugués, en la *Historia de la guerra de Cataluña*, son menos enérgicos que Mariana y menos brillantes que Solís, pero ostentan más naturalidad y sencillez.

RESUMEN DE LA LITERATURA ESPAÑOLA EN LA EDAD DE ORO
(SIGLOS XVI Y XVII)

Lírica: Boscán—implanta endecasílabo italiano, (*sonetos*)
Castillejo: formas tradicionales, octosílabo, (*sátira contra los petrarquistas*).
Garcilaso: églogas, canciones, oda *Flor de Gnido*
sinceridad, dulzura, armonía.

Escuela salmatina: Fray Luis de León: gran lírico, profundidad, delicadeza, armonía.
Odas: Vida del Campo, Vida del Cielo, Música, Noche serena, Ascensión, Profecía del Tajo.
Prosa perfecta, fantasía: *Nombres de Cristo, Perfecta Casada, Job.*
La Torre, lírico sentimental: odas, endechas, (*a Tirsis*).

Escuela sevillana Herrera, grandilocuencia, fuerza.
a Lepanto, a D. Juan de Austria, Pérdida del rey D. Sebastián.
Rioja: silvas a las flores: *A la Rosa,* elegancia.
Rodrigo Caro: elegía *Ruinas de Itálica,* grandiosidad.
Andrada: Epístola Moral juiciosa, tercetos.

Escuela Aragonesa: los Argensola—sonetos, odas, canciones.

Escuela Culterana: Góngora: Soledades, Polifemo: gongorismo (exuberancia de forma),—poesías ligeras de muy buen gusto. (*El forzado de Dragut*).

Escuela Conceptista: Quevedo: alambicamiento de los conceptos.

Poesía ligera: Alcázar, La Cena.
Villegas: Al Céfiro.
Barahona de Soto: Eglogas, Lágrimas de Angélica.
Jáuregui—traduc. poesía italiana.

Poesía épica.
La Cristíada de Hojeda, unción, brillantez, armonía.
El Bernardo de Balbuena, caballeresco, difuso.

La Araucana de Ercilla: descripciones, caracteres, discursos, comparaciones.
Monserrat de Virués: armonioso.
Arauco Domado de Pedro de Oña—continuación de la Araucana: *fragmentos inspirados.*
Jerusalén Conquistada de Lope de Vega, inferior a otros del mismo.
Epopeyas burlescas { *Gatomaquia* de Lope: gracia. / *Mosquea* de Villaviciosa: versificación brillante.
Poema de la Pintura—(didáctico) de Pablo de Céspedes, descripciones.

Dramática.
Orígenes: En la Edad Media—misterios, milagros, farsas.
Precursores: Gómez Manrique (Siglo XV). *Nacimiento de N. Señor.*
Rodrigo Cota: Diálogo entre el amor y un viejo.
Juan de la Encina: Eglogas dialogadas religiosas y profanas.
Rojas: La Celestina: novela dialogada: realismo, licencia, fin moral, lenguaje muy castizo.
Torres Naharro: Propaladia: ocho comedias y un tratado de dramática.
Lope de Rueda, actor y autor: *Coloquios, pasos, comedias.*
Juan de la Cueva: asuntos del romancero nacional.
Gil Vicente: portugués, asuntos nacionales con gran pasión.

Apogeo del teatro Español.
Rasgos (fecundidad, variedad, realismo, diálogo, honor, religiosidad, sal cómica, exuberancia).

Formas: auto sacramental

	teológicos		alta comedia
	filosóficos		de costumbres
dramas:	trágicos	*comedia:*	de intriga
	pastoriles		piezas menores.
	mitológicos.		

Lope de Vega: fecundidad asombrosa, pueblo español, diálogo, facilidad excesiva, planes poco acabados.
La Estrella de Sevilla. El mejor Alcalde el Rey, Peribáñez, Fuente Ovejuna.
Tirso de Molina: caracteres, fuerza cómica, armonía, a veces groserías del lenguaje.

Burlador de Sevilla. El Condenado por Desconfiado, La Prudencia en la Mujer, El Vergonzoso en Palacio, Don Gil de las calzas verdes.

Calderón: grandeza de concepción, trama, interés, armonía, gongorismo.

Autos sacramentales, El Alcalde de Zalamea, La vida es sueño, El Mágico Prodigioso, El Tetrarca de Galilea, La Dama duende, Casa con dos puertas mala es de guardar.

Alarcón: comedia filosófica, trama, diálogo, aticismo.

La verdad sospechosa, Las paredes oyen. El examen de maridos, Ganar amigos.

Rojas Zorrilla: culterano, sal cómica, caracteres.

García del Castañar: Entre bobos anda el juego.

Moreto imita perfeccionando—caracteres. *El desdén con el desdén, El lindo Don Diego, el parecido en la Corte.*

Novela: Cervantes—El Quijote—realismo, naturalidad, caracteres, lenguaje, estilo, fin moral.

Novelas ejemplares: La Gitanilla, La ilustre fregona, Rinconete y Cortadillo, El Celoso Extremeño, El Licenciado Vidriera, El Coloquio de los perros, etc.

Galatea: novela pastoril, mucho colorido.

Persiles y Segismunda: excelente lenguaje, trama complicada.

Comedias: treinta: *Tratos de Argel, Destrucción de Numancia.*

Novelas pastoriles: Diana de Montemayor y *Diana Enamorada de Gil Polo*: elegantes, afectadas.

Novelas picarescas: (costumbres populares de truanes) realismo.

El Lazarillo de Tormes de autor anónimo.

Guzmán de Alfarache de Mateo Alemán.

Marcos de Obregón de Espinel.

El Diablo Cojuelo de Vélez de Guevara.

El Buscón de Quevedo.

Didáctica.

Quevedo: conceptismo, gran doctrina, profundo, gracioso, castizo. *Serias: La política de Dios, La Providencia, La Cuna y la Sepultura.—Jocosas: Los sueños, El alguacil alguacilado, Las zahurdas de Plutón, El Buscón o Gran Tacaño.*

Gracián S. J. conceptista: *El Criticón:* novela filosófica.
Agudeza y Arte de Ingenio: trat. de conceptismo.
Arte de Prudencia: moral profunda.
Fray Guevara.—Reloj de Príncipes o *vida de Marco Aurelio:* castigo, difuso.
Antonio Pérez: Cartas, Relaciones, Memorial: frío, artificioso, interesante.
Saavedra Fajardo: Idea de un príncipe : conciso oscuro.

Mística.

Juan de Avila: unción, sencillez. *Oración, Santísimo Sacramento.*
Fray Luis de Granada: armonía, solidez, dulzura.
Guía de Pecadores, Símbolo de la Fe, Oración y Meditación.
Santa Teresa: amabilidad, casticidad, mística como ninguno.
Vida, Fundación, Perfección, Castillo interior, Cartas.
San Juan de la Cruz: poeta místico: *Diálogo del alma y su esposo.*
prosa: sentido alegórico algo oscuro: *Subida al Monte Carmelo. Noche oscura del alma. Llama de amor vivo.*
Rivadeneira S. J.: muy clásico en estilo, castizo.
Flos sanctorum. Vida de S. Ignacio, Tratado del Príncipe.
Malón de Chaide: prosa y verso, brillante: *La Magdalena.*
Fray Juan de los Angeles: delicadeza, armonía: *Triunfos de Amor de Dios.*
Nieremberg S. I.: piedad, erudición: *Aprecio de la divina gracia. Diferencia de lo temporal y eterno.*
La Palma S. I.: solidez—*Camino Espiritual.*
Rodríguez S. J.: Ejercicios de perfección.

Historia.

Mariana S. J.: erudito, conciso, algo rudo, *Historia General de España.*
Hurtado de Mendoza: poeta lírico, ligero y filosófico.
Guerra de Granada: estilo clásico.
Solís: poeta dramático: *La Gitanilla de Madrid.*
Historia de la Conquista de Méjico: brillante estilo.
Moncada: Expedición de catal y aragoneses: estilo sencillo.
Melo (portugués). *Historia de la guerra de Cataluña*, id.

ANTOLOGIA DEL SIGLO DE ORO

Sátira contra los Petrarquista

(Cristóbal del Castillejo)

. . . .

Juan de Mena como oyó
La nueva trova polida,
Contentamiento mostró,
Caso que se sonrió
Como de cosa sabida,
Y dijo: Según la prueba
Once sílabas por pie,
No hallo causa porque
Se tenga por cosa nueva.
Pues yo también los usé.

Don Jorge dijo: No veo
Necesidad ni razón
De vestir nuestro deseo
De coplas, que por rodeo
Van diciendo su intención.
Nuestra lengua es muy devota
De la clara brevedad,
Y esta trova a la verdad
Por el contrario denota
Obscura prolijidad.

. . . .

Cartagena dijo luego,
Como práctico en amores:
Con la fuerza de este fuego
No nos ganarán el juego
Estos nuevos trovadores.
Muy melancólicas son
Estas trovas a mi ver,
Enfadosas de leer,
Tardías de relación.

. . . .

EGLOGA 1.ª

(*Garcilaso de la Vega*)

Salicio y Nemoroso

El dulce lamentar de dos pastores,
Salicio juntamente y Nemoroso,
he de cantar, sus quejas imitando,
cuyas ovejas al cantar sabroso
estaban muy atentas, los amores,
de pacer olvidadas, escuchando.

. . . .

Salicio

El sol tiende los rayos de su lumbre
por montes y por valles, despertando
las aves y animales y la gente:
cuál por el aire claro va volando,
cuál por el verde valle o alta cumbre
paciendo va segura y libremente,
cuál con el sol presente
va de nuevo al oficio
y al usado ejercicio
do su natura o menester le inclina.
Siempre está en llanto esta ánima mezquina
cuando la sombra el mundo va cubriendo
o la luz se avecina.
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Por tí el silencio de la selva umbrosa,
por tí la esquividad y apartamiento
del solitario monte me agradaba;
por tí la verde hierba, el fresco viento,
el blanco lirio y colorada rosa
y dulce primavera deseaba.
¡Ay, cuánto me engañaba!
¡Ay, cuán diferente era
y cuán de otra manera
lo que en tu falso pecho se escondía!
Bien claro con su voz me lo decía
la siniestra corneja, repitiendo
la desventura mía.
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

¡Cuántas veces, durmiendo en la floresta,
reputándolo yo por desvarío,
vi mi mal entre sueños! ¡Desdichado!
soñaba que en el tiempo del estío
llevaba, por pasar allí la siesta,

a beber en el Tajo mi ganado;
y después de llegado,
sin saber de cuál arte,
por desusada parte
y por nuevo camino el agua se iba;
ardiendo ya con la calor estiva,
el curso enajenado iba siguiendo
del agua fugitiva.
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Siempre de nueva leche en el verano
y en el invierno abundo; en mi majada
la manteca y el queso está sobrado.
De mis cantares, pues, te ví agradada,
tanto, que no pudiera el mantuano
Títiro ser de tí más alabado.
No soy, pues, bien mirado,
tan disforme ni feo;
que aún agora me veo
en esta agua que corre clara y pura;
y cierto no trocara mi figura
con ese que de mí se está riendo:
trocara mi ventura
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Con mi llorar las piedras enternecen
su natural dureza y la quebrantan,
los árboles parece que se inclinan,
las aves que me escuchan; cuando cantan,
con diferente voz se condolecen,
y mi morir cantando me adivinan.
Las fieras que reclinan
su cuerpo fatigado,
dejan el sosegado
sueño por escuchar mi llanto triste.
Tú sola contra mí te endureciste,
los ojos aún siquiera no volviendo

a lo que tú hiciste.
Salid sin duelo, lágrimas corriendo.

Aquí dió fin a su cantar Salicio,
y suspirando en el postrero acento,
soltó de llanto una profunda vena.
Queriendo el monte al grave sentimiento
de aquel dolor en algo ser propicio,
con la pasada voz retumba y suena.
La blanda Filomena,
casi como dolida
y a compasión movida,
dulcemente responde al són lloroso.
Lo que cantó tras esto Nemoroso
decidlo vos, Piérides; que tanto
no puedo yo ni oso,
que siento enflaquecer mi débil canto.

NEMOROSO

Corrientes aguas, puras, cristalinas;
árboles que os estáis mirando en ellas,
verde prado de fresca sombra lleno,
aves que aquí sembráis vuestras querellas,
hiedra que por los árboles caminas,
torciendo el paso por su verde seno;
yo me vi tan ajeno
del grave mal que siento,
que de puro contento
con vuestra soledad me recreaba,
donde con dulce sueño reposaba,
o con el pensamiento discurría
por donde no hallaba
sino memorias llenas de alegría;
y en este mismo valle, donde agora
me entristezco y me canso, en el reposo
estuve ya contento y descansado;

¡oh bien caduco, vano y presuroso!
¡Oh miserable hado!
¡Oh tela delicada
antes de tiempo dada
a los agudos filos de la muerte!
Más convenible fuera aquesta suerte
a los cansados años de mi vida,
que es más que el hierro fuerte,
pues no la ha quebrantado tu partida.

¿Dó están agora aquellos claros ojos
que llevaban tras sí como colgada
mi ánima do quier que se volvían?
¿Dó está la blanca mano delicada,
llena de vencimientos y despojos
que de mí mis sentidos le ofrecían?
Los cabellos que vían
con gran desprecio al oro,
como a menor tesoro,
¿a dónde están? ¿A dónde el blanco pecho?
¿Dó la columna que el dorado techo
con presunción graciosa sostenía?
Aquesto todo agora ya se encierra,
por desventura mía,
en la fría, desierta y dura tierra.

El cielo en mis dolores
cargó la mano tanto,
que a sempiterno llanto
y a triste soledad me ha condenado;
y lo que siento más es verme atado
a la pesada vida y enojosa,
solo, desamparado,
ciego sin lumbre en cárcel tenebrosa.

Después que nos dejaste, nunca pace
en hartura el ganado ya, ni acude
el campo al labrador con mano llena.
No hay bien que en mal no se convierta y mude:

la mala hierba al trigo ahoga, y nace
en lugar suyo la infelice avena;
la tierra, que de buena
gana nos producía
flores con que solía
quitar en sólo vellas mil enojos,
produce agora en cambio estos abrojos,
ya de rigor de espinas intratable;
y yo hago con mis ojos
crecer, llorando, el fruto miserable.

Como al partir del sol la sombra crece,
y en cayendo su rayo se levanta
la negra oscuridad que el mundo cubre,
de do viene el temor que nos espanta,
y la medrosa forma en que se ofrece
aquello que la noche nos encubre,
hasta que el sol descubre
su luz pura y hermosa;
tal es la tenebrosa
noche de tu partir, en que he quedado
de sombra y de temor atormentado,
hasta que muerte el tiempo determine
que a ver el deseado
sol de tu clara vista me encamine.

Cual suele el ruiseñor con triste canto
quejarse, entre las hojas escondido,
del duro labrador, que cautamente
le despojó su caro y dulce nido
de los tiernos hijuelos entre tanto
que del amado ramo estaba ausente,
y aquel dolor que siente
con diferencia tanta
por la dulce garganta
despide, y a su canto el aire suena,
y la callada noche no refrena
su lamentable oficio y sus querellas,

trayendo de su pena
al cielo por testigo y las estrellas;
desta manera suelto yo la rienda
a mi dolor, y así me quejo en vano
de la dureza de la muerte airada.
Ella en mi corazón metió la mano,
y de allí me llevó mi dulce prenda;
que aquel era su nido y su morada.
¡Ay, muerte arrebatada!
Por tí me estoy quejando
al cielo y enojando
con importuno llanto al mundo todo;
tan desigual dolor no sufre modo.
No me podrán quitar el dolorido
sentir, si ya del todo
primero no me quitan el sentido...
. . . .

Nunca pusieran fin al triste lloro
los pastores, ni fueran acabadas
las canciones que sólo el monte oía,
si mirando las nubes coloradas,
al trasmontar del sol bordadas de oro,
no vieran que era ya pasado el día.
La sombra se veía
venir corriendo apriesa
ya por la falda espesa
del altísimo monte, y recordando
ambos como de sueño, y acabando
el fugitivo sol, de luz escaso,
su ganado llevando,
se fueron recogiendo paso a paso.

La Flor de Gnido

(Fragmentos)

(Garcilaso de la Vega)

Si de mi baja lira
tanto pudiese el són, que en un mo-
(mento
aplacase la ira
del animoso viento,
y la furia del mar y el movimiento;

y en ásperas montañas
con el suave canto enterneciese
las fieras alimañas,
los árboles moviese,
y al són confusamente los trujese;

no pienses que cantado
sería de mí, hermosa flor de Gnido,
el fiero Marte airado,
a muerte convertido,
de polvo y sangre y de sudor teñido;

ni aquellos capitanes,
en la sublime rueda colocados,
por quien los alemanes
el fiero cuello atados
y los franceses van domesticados;

mas solamente aquella
fuerza de tu beldad sería cantada,
y alguna vez con ella
también sería notada
el aspereza de que estás armada.
. . . .

Madrigal

(Gutierre de Cetina)

Ojos claros, serenos,
si de dulce mirar sois alabados,
¿por qué, si me miráis, miráis airados?
Si cuanto más piadosos,
más bellos parecéis a aquél que os
(mira;
no me miréis con ira,
porque no parezcáis menos hermosos.
Ojos claros, serenos,
ya que así me miráis, miradme al
(menos.

A la vida retirada

(Fr. Luis de León)

¡Qué descansada vida
la del que huye el mundanal ruido,
y sigue la escondida
senda, por donde han ido
los pocos sabios que en el mundo han
(sido!

Que no le enturbia el pecho
de los soberbios grandes el estado,
ni del dorado techo
se admira, fabricado
del sabio moro, en las jaspes susten-
(tado.

No cura si la fama
canta con voz su nombre pregonera,
ni cura si encarama
la lengua lisonjera
lo que condena la verdad sincera.

¿Qué presta a mi contento,
si soy del vano dedo señalado?
¿si en busca de este viento
ando desalentado
con ansias vivas, con mortal cuidado?

¡Oh monte, oh fuente, oh río,
oh secreto seguro deleitoso!
Roto casi el navío,
a vuestro almo reposo
huyo de aqueste mar tempestuoso.

Un no rompido sueño,
un día puro, alegre, libre quiero:
no quiero ver el ceño
vanamente severo
de a quien la sangre ensalza o el di- (nero.

Despiértenme las aves
con su cantar sabroso no aprendido,
no los cuidados graves,
de que es siempre seguido,
el que al ajeno arbitrio está atenido.

Vivir quiero conmigo,
gozar quiero del bien que debo al (cielo,
a solas, sin testigo,
libre de amor, de celo,
de odio, de esperanzas, de recelo.

Del monte en la ladera
por mi mano plantado tengo un (huerto,
que con la primavera
de bella flor cubierto,
ya muestra en esperanza el fruto (cierto.

Y como codiciosa,
por ver y acrecentar su hermosura,
desde la cumbre airosa
una fontana pura
hasta llegar, corriendo se apresura.

Y luego sosegada,
el paso entre los árboles torciendo,
el suelo de pasada
de verdura vistiendo,
y con diversas flores va esparciendo.

El aire el huerto orea,
y ofrece mil olores al sentido:
los árboles menea
con un manso ruido,
que del oro y del cetro pone olvido.

Ténganse su tesoro
los que de un falso leño se confían:
no es mío ver el lloro
de los que desconfían,
cuando el Cierzo y el Abrego porfían.

La combatida antena
cruje, y en ciega noche el claro día
se torna, al cielo suena
confusa vocería,
y la mar enriquecen a porfía.

A mí una pobrecilla
mesa de amable paz bien abastada
me basta, y la vajilla
de fino oro labrada
sea de quien la mar no teme airada.

Y mientras miserable
mente se están los otros abrasando
con sed insaciable
del peligroso mando,
tendido yo a la sombra esté cantando.

A la sombra tendido
de hiedra y lauro eterno coronado,
puesto el atento oído
al són dulce acordado
del plectro sabiamente meneado.

En la Ascensión

(Fray Luis de León)

¿Y dejas, Pastor santo,
tu grey en este valle hondo, obscuro,
con soledad y llanto,
y tú, rompiendo el puro
aire, te vas al inmortal seguro?

Los antes bienhadados,
y los agora tristes y afligidos,
a tus pechos criados,
de tí desposeídos,
¿a dó convertirán ya sus sentidos?

¿Qué mirarán los ojos
que vieron de tu rostro la hermosura,
que no les sea enojos?
Quien oyó tu dulzura,
¿qué no tendrá por sordo y desventura?

Aqueste mar turbado
¿quién le pondrá ya freno? ¿quién concierto
al viento fiero, airado?
Estando tú encubierto,
¿qué norte guiará la nave al puerto?

¡Ay! nube envidiosa,
aún de este breve gozo, ¿qué te aquejas?
¿do vuelas presurosa?
¡cuán rica tú te alejas!
¡cuán pobres y cuán ciegos, ay, nos dejas!

A Felipe Ruiz

(Fray Luis de León)

¿Cuándo será que pueda
libre de esta prisión volar al cielo,
Felipe, y en la rueda,
que huye más del suelo,
contemplar la verdad pura sin duelo?

Allí a mi vida junto,
en luz resplandeciente convertido,
veré distinto y junto
lo que es, y lo que ha sido,
y su principio propio y escondido.

Entonces veré cómo
la soberana mano echó el cimiento
tan a nivel y plomo,
do estable y firme asiento
posee el pesadísimo elemento.

Veré las inmortales
columnas, do la tierra está fundada:
las lindes y señales
con que a la mar hinchada
la Providencia tiene aprisionada.

Por qué tiembla la tierra:
por qué las hondas mares se embravecen
do sale a mover guerra
el Cierzo; y por qué crecen
las aguas del Océano y descrecen;

de dó manan las fuentes:
quién ceba y quién bastece de los ríos
las perpetuas corrientes:
de los helados fríos
veré las causas, y de los estíos.

Las soberanas aguas,
del aire en la región quien las sostiene:
de los rayos las fraguas:
do los tesoros tiene
de nieve Dios, y el trueno dónde viene?

¿No ves cuando acontece
turbarse el aire todo en el verano?
el día se ennegrece,
sopla el Gállego insano,
y sube hasta el cielo el polvo vano;

y entre las nubes mueve
su carro, Dios, ligero y reluciente,
horrible són conmueve,
relumbra fuego ardiente,
treme la tierra, humíllase la gente;

la lluvia baña el techo,
envían largos ríos los collados;
su trabajo deshecho,
los campos anegados
miran los labradores espantados.

Y de allí levantado,
veré los movimientos celestiales,
ansí el arrebatado
como los naturales,
las causas de los hados, las señales.

Quién rige las estrellas
veré, y quién las enciende con hermosas
y eficaces centellas:
por qué están las dos osas
de bañarse en el mar siempre medrosas.

Veré este fuego eterno,
fuente de vida y luz, dó se mantiene,
y por qué en el invierno
tan presuroso viene;
quién en las noches largas le detiene.

Veré, sin movimiento,
en la más alta esfera las moradas
del gozo y del contento,
de oro y luz labradas,
de espíritus dichosos habitadas.

De la Vida del Cielo

(*Fray Luis de León*)

Alma región luciente,
prado de bienandanza, que ni al hielo
ni con el rayo ardiente
fallece, fertil suelo,
producidor eterno de consuelo.

De púrpura y de nieve
florida la cabeza, coronado,
a dulces pastos mueve
sin honda ni cayado
el buen pastor en tí su hato amado.

El va, y en pos dichosas
le siguen sus ovejas, do las pace
con inmortales rosas,
con flor que siempre nace,
y cuanto más se goza, más renace.

Ya dentro a la montaña
del alto bien las guía, ya en la vena
del gozo fiel las baña,
y les da mesa llena
pastor y pasto él solo y suerte buena.

Y de su esfera cuando
la cumbre toca altísimo subido
el sol, él sesteando,
de su hato ceñido,
con dulce son deleita el santo oído.

Toca el rabel sonoro,
y el inmortal dulzor al alma pasa,
con que envilece el oro,
y ardiendo se traspasa,
y lanza en aquel bien libre de tasa.

¡Oh són! ¡oh voz! siquiera
pequeña parte alguna descendiese
en mi sentido, y fuera
de sí el alma pusiese,
y toda en tí; oh amor, la convirtiese!

Conocería dónde
sesteas, dulce esposo, y desatada
desta prisión adonde
padece, a tu manada
viviré junta, sin vagar errada.

La Música

A FRANCISCO DE SALINAS

(Fray Luis de León)

El aire se serena,
y viste de hermosura y luz no usada,
Salinas, cuando suena
la música extremada
por vuestra sabia mano gobernada.

A cuyo són divino
el alma, que en olvido está sumida,
torna a cobrar el tino
y memoria perdida
de su origen primera esclarecida.

Y como se conoce,
en suerte y pensamiento se mejora:
el oro desconoce
que el vulgo vil adora,
la belleza caduca, engañadora.

Traspasa el aire todo
hasta llegar a la más alta esfera;
y oye allí otro modo
de no perecedera
música, que es la fuente y la primera.

Y como está compuesta
de números concordes, luego envía
consonante respuesta,
y entre ambos a porfía
se mezcla una dulcísima armonía.

Aquí el alma navega
por un mar de dulzura, y finalmente
en él ansí se anega,
que ningún accidente
extraño y peregrino oye ni siente.

¡Oh desmayo dichoso!
¡oh muerte que das vida! ¡oh dulce olvido!
durase en tu reposo,
sin ser restituído
jamás a aqueste bajo y vil sentido!

A este bien os llamo,
gloria del Apolíneo sacro coro,
amigos, a quien amo
sobre todo tesoro,
que todo lo visible es triste lloro.

¡Oh! suene de contino,
Salinas, vuestro són en mis oídos,
por quien al bien divino
despiertan los sentidos,
quedando a lo demás adormecidos

Noche Serena

(Fray Luis de León)

Cuando contemplo el cielo
de innumerables luces adornado,
y miro hacia el suelo
de noche rodeado,
en sueño y en olvido sepultado;
el amor y la pena
despiertan en mi pecho un ansia ar-(diente,
despiden larga vena
los ojos hechos fuente,
Oloarte, y digo al fin con voz doliente:
Morada de grandeza,
templo de claridad y hermosura,
el alma que a tu alteza
nació, ¿qué desventura
la tiene en esta cárcel baja, oscura?
¿Qué mortal desatino
de la verdad aleja así el sentido,
que de tu bien divino
olvidado, perdido
sigue la vana sombra, el bien fingido?
El hombre está entregado
al sueño, de su suerte no cuidando
y con paso callado
el cielo vueltas dando,
las horas del vivir le va hurtando.

Oh! despertad mortales,
mirad con atención en vuestro daño.
¿Las almas inmortales,
hechas a bien tamaño,
podrán vivir de sombras y de enga-
(ño?

¡Ay! levantad los ojos
a aquesta celestial, eterna esfera;
burlaréis los antojos
de aquesa lisonjera
vida, con cuanto teme y cuanto espe-
(ra

¿Es más que un breve punto
el bajo y torpe suelo comparado
con ese gran trasunto,
do vive mejorado
lo que es, lo que será, lo que ha pasa-
(do?

Quien mira el gran concierto
de aquestos resplandores eternales,
su movimiento cierto,
sus pasos desiguales,
y en proporción concorde tan iguales;

la luna cómo mueve
la plateada rueda, y va en pos della
la luz, do el saber llueve,
y la graciosa estrella
de Amor la sigue reluciente y bella;

y cómo otro camino
prosigue el sanguinoso Marte airado,
y el Júpiter benino,
de bienes mil cercado,
serena el cielo con su rayo amado:

rodéase en la cumbre
Saturno, padre de los siglos de oro,
tras él la muchedumbre
del reluciente coro
su luz va repartiendo y su tesoro.

—¿Quién es el que esto mira,
y precia la bajeza de la tierra,
y no gime y suspira,
y rompe lo que encierra
el alma y destos bienes la destierra?

Aquí vive el contento,
aquí reina la paz, aquí asentado
en rico y alto asiento
está el Amor sagrado,
de glorias y deleites rodeado.

Inmensa hermosura
aquí se muestra toda, y resplandece
clarísima luz pura,
que jamás anochece;
eterna primavera aquí florece.

¡Oh campos verdaderos!
¡oh prados con verdad frescos y ame-
(nos!
¡riquísimos mineros!
¡oh deleitosos senos,
repuestos valles de mil bienes llenos!

Profecía del Tajo

(Fray Luis de León)

Folgaba el rey Rodrigo
con la hermosa Cava en la ribera
del Tajo sin testigo:
el río sacó fuera
el pecho, y le habló desta manera:

En mal punto te goces,
injusto forzador, que ya el sonido
oigo ya y las voces,
las armas y el bramido
de Marte, de furor y ardor ceñido.

¡Ay! ¡esa tu alegría
qué llantos acarrea! y esa hermosa
que vió el sol en mal día,
a España, ¡ay! cuán llorosa
y al cetro de los godos cuán costosa!

Llamas, dolores, guerras,
muertes, asolamientos, fieros males
entre tus brazos cierras:
trabajos inmortales,
a tí y a tus vasallos naturales.

A los que en Constantina
rompen el fértil suelo; a los que baña
el Ebro; a la vecina
Sansueña, a Lusitaña,
a toda la espaciosa y triste España.

Ya desde Cádiz llama
el injuriado Conde, a la venganza
atento y no a la fama,
la bárbara pujanza,
en quien para tu daño no hay tar-
(danza.

Oye, que al cielo toca
con temeroso són la trompa fiera,
que en Africa convoca
el moro a la bandera,
que al aire desplegada va ligera.

La lanza ya blandea
el árabe cruel, y hiere el viento
llamando a la pelea:
innumerable cuento
de escuadras juntas veo en un mo-
(mento

Cubre la gente el suelo;
debajo de las velas desparece
la mar; la voz al cielo
confusa y varia crece;
el polvo roba el día y le oscurece.

¡Ay! que ya presurosos
suben las largas naves: ¡ay! que tien-
(den
los brazos vigorosos
a los remos, y encienden
las mares espumosas, por do hienden.

El Eolo derecho
hinche la vela en popa, y larga en-
(trada
por el Hercúleo estrecho
con la punta acerada
el gran padre Neptuno da a la arma-
(da.

¡Ay triste! y aún te tiene
el mal dulce regazo? ¿ni llamado
al mal que sobreviene,
no acorres? ¿Ocupado
no ves ya el puerto de Hércules sa-
(grado?

Acude, acorre, vuela,
traspasa el alta sierra, ocupa el llano,
no perdones la espuela,
no des paz a la mano,
menea fulminando el hierro insano.

¡Ay cuánto de fatiga!
¡ay cuánto de sudor está presente
al que viste loriga,
al infante valiente,
a hombres y caballos juntamente!

Y tú, Betis divino,
de sangre ajena y tuya amancillado,
darás al mar vecino
¡cuánto yelmo quebrado!
¡cuánto cuerpo de nobles destrozado!

El furibundo Marte
cinco luces las haces desordena,
igual a cada parte:
la sexta, ¡ay! te condena,
oh cara patria, a bárbara cadena.

De los nombres de Cristo

(Fray Luis de León)

Cristo Brazo de Dios

Maravillosa predicación de los Apóstoles: triunfo y victorias de la Iglesia por medio de las persecuciones

Pongamos delante de los ojos del entendimiento lo que ya vieron los ojos del cuerpo; y lo que pasó en hecho de verdad en el tiempo pasado, figurémoslo ahora. Pongamos de una parte doce hombres desnudos de todo lo que el mundo llama valor, bajos de suelo, humildes de condición, simples en las palabras, sin letras, sin amigos y sin valedores; y luego de la otra parte pongamos toda la monarquía del mundo, y las religiones o persuasiones de religión que en él estaban fundadas por mil siglos pasados, y los sacerdotes de ellas, y los templos, y los demonios que en ellos eran servidos, y las leyes de los príncipes, y las ordenanzas de las repúblicas y comunidades, y los mismos príncipes y repúblicas. Que es poner aquí doce hombres humildes, y allí todo el mundo, y todos los hombres, y todos los demonios, con todo su saber y poder. Pues una maravilla es, y maravilla que si no se viera por vista de ojos jamás se creyera, que tan pocos osasen mover contra tantos: y ya que movieron, otra maravilla es que en viendo el fuego que contra ellos el enemigo encendía en los corazones contrarios, y en viendo el coraje, y fiereza y amenazas de ellos, no desistiesen de su pretensión. Y maravilla es, que tuviese ánimo un hombre pobrecillo y extraño de entrar en Roma, digamos ahora, que entonces tenía el cetro del mundo, y era la casa y la morada donde se sentaba el imperio; así que osase entrar en la majestad de Roma un pobre hombre, y decir a voces en sus plazas de ella que eran demonios sus ídolos, y que la religión y manera de vida que recibieron de sus antepasados, era vanidad y maldad. Y maravilla es, que una tal osadía tuviese suceso; y que el suceso fuese tan feliz como fué, es maravilla que vence el sentido.

Y si estuvieran las gentes obligadas por sus religiones a algunas leyes dificultosas y ásperas, y si los Apóstoles los convidaran con deleite y soltura; aunque era dificultoso mudarse todos los hombres de aquello en que habían nacido, y aunque el respeto de los antepasados de quien lo heredaron, y la autoridad y dicho de muchos excelentes en elocuencia y en letras que lo aprobaron, y toda la costumbre antigua inmemorial, y sobre todo el común consentimiento de las naciones todas que convenían en ello, les hacía tenerlo por firme y verdadero: pero aunque romper con tantos respetos y obligaciones era extrañamente difícil, todavía se pudiera creer, que el amor demasiado con que la naturaleza lleva a cada uno a su propia libertad y contento, había sido causa de una semejante mudanza. Mas fué todo al revés, que ellos vivían en vida y religión libre, y que alargaba la rienda a todo lo que pide el deseo; y los Apóstoles, en lo que toca a la vida, los llamaban a una suma aspereza, a la continencia, al ayuno, a la pobreza, al desprecio de todo cuanto se ve; y en lo que toca a la creencia, les anunciaban lo que a la razón humana parece increíble, y decíanles, que no tuviesen por dioses a los que les dieron por dioses sus padres, y que tuviesen por Dios, y por hijo de Dios a un hombre, a quien los Judíos dieron muerte de cruz. Y el muerto en la cruz dió vigor no creíble a aquesta palabra.

Por manera que aqueste hecho, por donde quiera que le miremos, es hecho maravilloso; maravilloso en el poco aparato con que se principió; maravilloso en la presteza con que vino a crecimiento; y más maravilloso en el grandísimo crecimiento a que vino; y sobre todo maravilloso en la forma y manera como vino. Porque si sucediera así, que algunos persuadidos al principio por los Apóstoles, y por aquellos persuadiéndose otros, y todos juntos, y hechos un cuerpo, y con las armas en la mano se hicieran señores de una ciudad, y de allí peleando sujetaran a sí la comarca, y poco a poco cobrando más fuerzas ocuparan un reino; y como a Roma le aconteció, que hecha señora de Italia, movió guerra a toda la tierra, así ellos poderosos y guerreando vencieran al mundo, y le mudaran sus leyes: si así fuera, menos fuera de maravillar. Así subió Roma a su imperio; así también la ciudad de Cartago vino a alcanzar grande poder: muchos poderosos reinos crecieron de semejantes principios: la secta de Mahoma, falsísima, por este camino ha cundido: y la potencia del Turco, de quien ahora tiembla la tierra, principio tuvo de ocasiones más flacas: y finalmente de esta manera se esfuerzan y crecen y sobrepujan los hombres unos a otros. Mas nuestro hecho, porque era hecho verdaderamente de Dios, fué por muy diferente camino. Nunca se juntaron los Apóstoles y los que creyeron a los Apóstoles para acometer,

sino para padecer y sufrir. Sus armas no fueron hierro, sino paciencia jamás oída. Morían y muriendo vencían. Cuando caían en el suelo degollados nuestros maestros, se levantaban nuevos discípulos. Y la tierra, cobrando virtud de su sangre producía nuevos frutos de fe. Y el temor y la muerte, que espanta naturalmente y aparta, atraía y acodiciaba a las gentes a la fe de la Iglesia...

Y lo que pasó entonces en toda la redondez del orbe romano, pasó en la edad de nuestros padres, y pasa ahora en la nuestra, y por vista de ojos lo vemos en el mundo nuevamente hallado. En el cual, desplegando por él su victoriosa bandera la palabra del Evangelio, destierra por donde quiera que pasa, la adoración de los ídolos. Por manera que Cristo o es *brazo de Dios*, o es poder del demonio. Y no es poder del demonio, como es evidente, porque deshace y arruina el poder del demonio. Luego evidentemente es *brazo de Dios* ¡Oh! ¡cómo es luz la verdad, y cómo ella misma se dice, y defiende, y sube en alto, y resplandece, y se pone en lugar seguro y libre de contradicción! ¿No veis con cuán simples y breves palabras la pura verdad se concluye? Que torno a decirlo otra y tercera vez: Si Cristo no fué error del demonio, de necesidad se concluye que fué luz y verdad de Dios. Porque entre ello no hay medio. Y si Cristo destruyó el ser, y saber, y poder del demonio, como de hecho le destruyó, evidente es que no fué ministro ni fautor del demonio. Humíllese, pues, a la verdad la infidelidad y convencida confiese, que Cristo nuestro bien no es invención del demonio, sino verdad de Dios, y fuerza suya, y su justicia, y su valentía, y su nombrado y poderoso *Brazo*. El cual si tan valeroso nos parece en esto que ha hecho, en lo que resta para hacer, y nos tiene prometido de hacerlo, ¿qué nos parecerá cuando lo hiciere; y cuando, como escribe San Pablo, dejare vacías, esto es, depusiere de su ser y valor a todas las potestades y principados, sujetando a sí y a su poder enteramente todas las cosas, para que reine Dios en todas ellas; cuando diere fin al pecado, y acabare la muerte, y sepultare en el infierno para nunca salir de allí la cabeza y el cuerpo del mal? Mucho más es lo que se pudiera decir acerca de este propósito; mas para dar lugar a lo que nos resta, basta lo dicho, y aun sobra, a lo que parece, según es grande la priesa que se da el sol en llevarnos el día.

Aquí Juliano, levantando los ojos miró hacia el sol que ya se iba a poner, y dijo: Huyen las horas, y casi no las habemos sentido pasar, detenidos, Marcelo, con vuestras razones. Mas para decir lo demás que os placiere, no será menos conveniente la noche templada, que ha sido el día caluroso. Y más, dijo incontinente Sabino, que como el sol se fuere a su oficio, vendrá

luego en su lugar la luna, y el coro resplandeciente de las estrellas con ella, que, Marcelo, os harán mayor auditorio, y callando con la noche todo, y hablando sólo vos, os escucharán atentísimas. Vos mirad no os halle desapercibido un auditorio tan grande. (*Ibid.*, lib. II.—*Brazo de Dios*).

Cristo ama el campo y la soledad

(Fray Luis de León)

Vive en los campos Cristo, y goza del cielo libre, y ama la soledad y el sosiego; y en el silencio de todo aquello que pone en alboroto la vida, tiene puesto él su deleite. Porque así como lo que se comprende en el campo es lo más puro de lo visible, y es lo sencillo, y como el original de todo lo que de ello se compone y se mezcla; así aquella región de vida, adonde vive aqueste nuestro glorioso Bien, es la pura verdad, y la sencillez de la luz de Dios, y el original expreso de todo lo que tiene ser, y las raíces firmes de donde nacen, y a donde estriban todas las criaturas. Y si lo habemos de decir, así, aquellos son los elementos puros, y los campos de flor eterna vestidos, y los mineros de las aguas vivas, y los montones verdaderamente llenos de mil bienes altísimos, y los sombríos y repuestos valles, y los bosques de la frescura, adonde exentos de toda injuria gloriosamente florecen la haya, y la oliva, y el linaloe, con todos los demás árboles del incienso, en que reposan ejércitos de aves en gloria y en música dulcísima que jamás ensordece. Con la cual región si comparamos este nuestro miserable destierro, es comparar el desasosiego con la paz, y el desconcierto, y la turbación, y el bullicio y disgusto de las más inquieta ciudad, con la misma pureza, y quietud y dulzura. Que aquí se afana, y allí se descansa. Aquí se imagina, y allí se ve. Aquí las sombras de las cosas nos atemorizan y asombran, allí la verdad asosiega y delita. Esto es tinieblas, bullicio, alboroto; aquello es luz purísima en sosiego eterno. (*Ibid, - lib. I - Pastor*).

Francisco de la Torre

(A Tirsis)

¡Tirsis! ¡ah Tirsis! vuelve y endereza
tu navecilla contrastada y frágil
a la seguridad del puerto; mira
que se te cierra el cielo.

El frío Bóreas y el ardiente Noto,
apoderados de la mar insana,
anegaron ahora en este piélago
una dichosa nave.

Clamó la gente mísera, y el cielo
escondió los clamores y gemidos
entre los rayos y espantosos truenos
de su turbada cara.
¡Ay que me dice tu animoso pecho
que tus atrevimientos mal regidos
te ordenan algún caso desastrado
al romper de tu Oriente!
¿No ves, cuitado, que el hinchado (Noto
trae en sus remolinos polvorosos
las imitadas mal seguras alas
de un atrevido mozo?
¿No ves, que la tormenta rigurosa
viene del abrasado monte, donde
yace muriendo vivo el temerario
Encélado y Tifeo?

Conoce desdichado tu fortuna
y prevén a tu mal, que la desdicha
prevenida con tiempo, no penetra
tanto como la súbita.
¡Ay que te pierdes! vuelve, Tirsis, (vuelve:
tierra, tierra, que brama tu navío,
hecho prisión y cueva sonorosa
de los hinchados vientos.
Allá se avenga el mar, allá se aven- (gan
los mal regidos súbditos del fiero
Eolo, con soberbios navegantes,
que su furor desprecian.
Miremos la tormenta rigurosa
dende la playa, que el airado cielo
menos se encruelece de continuo,
con quien se anima menos.

A LA VICTORIA DE LEPANTO

(Fernando de Herrera)

Cantemos al Señor, que en la llanura
venció, del ancho mar, al Trace fiero:
tú, Dios de las batallas, tú eres diestra,
salud y gloria nuestra.
Tú rompiste las fuerzas y la dura
frente de Faraón, feroz guerrero:
sus escogidos príncipes cubrieron
los abismos del mar, y descendieron
cual piedra en el profundo: y tu ira luego
los tragó, como arista seca el fuego.

El soberbio tirano confiado
en el grande aparato de sus naves,
que de los nuestros la cerviz cautiva
y las manos aviva

al ministerio injusto de su estado,
derribó con los brazos suyos graves
los cedros más excelsos de la cima;
y el árbol que más yerto se sublima,
bebiendo ajenas aguas y atrevido
pisando el bando nuestro y defendido.

Temblaron los pequeños, confundidos
del ímpio furor suyo: alzó la frente
contra ti, Señor Dios; y con semblante
y con pecho arrogante,
y los armados brazos extendidos,
movió el airado cuello aquel potente;
cercó su corazón de ardiente saña
contra las dos Hesperias que el mar baña;
porque en ti confiadas le resisten,
y de armas de tu fe y amor se visten.

Dijo aquel insolente y desdeñoso:
«¿No conocen mis iras estas tierras,
y de mis padres los ilustres hechos?
¿o valieron sus pechos
contra ellos con el húngaro medroso,
y de Dalmacia y Rodas en las guerras?
¿quién las pudo librar? ¿Quién de sus manos
pudo salvar los de Austria y los germanos?
¿podrá su Dios, podrá por suerte ahora
guardarlas de mi diestra vencedora?

«Su Roma, temerosa y humillada,
los cánticos en lágrimas convierte;
ella y sus hijos tristes mi ira esperan,
cuando vencidos mueran.
Francia está con discordia quebrantada,
y en España amenaza horrible muerte
quien honra de la luna las banderas;
y aquellas en la guerra gentes fieras
ocupadas están en su defensa;
y aunque no, ¿quién hacerme puede ofensa?

«Los poderosos pueblos me obedecen,
y el cuello con su daño al yugo inclinan,
y me dan por salvarse ya la mano:
y su valor es vano;
que sus luces cayendo se oscurecen.
Sus fuertes a la muerte ya caminan:
sus vírgenes están en cautiverio,
su gloria ha vuelto al cetro de mi imperio:
del Nilo a Eufrates fértil e Istro frío,
cuanto el sol alto mira todo es mío».

Tú, Señor, que no sufres que tu gloria
usurpe quien su fuerza osado estima,
prevaleciendo en vanidad y en ira;
este soberbio mira,
que tus aras afea en su victoria.
No dejes que los tuyos así oprima,
y en su cuerpo, cruel, las fieras cebe,
y en su esparcida sangre el odio pruebe,
que hecho ya su oprobio, dice: «¿Dónde
el Dios de éstos está? ¿de quién se esconde?»

Por la debida gloria de tu nombre;
por la justa venganza de tu gente;
por aquel de los míseros gemido,
vuelve el brazo tendido
contra éste que aborrece ya ser hombre,
y las honras que celas tú consiente;
y tres y cuatro veces el castigo
esfuerza con rigor a tu enemigo,
y la injuria a tu nombre cometida
sea el hierro contrario de su vida.

Levantó la cabeza el poderoso
que tanto odio te tiene: en nuestro estrago
juntó el consejo; y contra nos pensaron
los que en él se hallaron.
«Venid, dijeron, y en el mar ondoso

hagamos de su sangre un grande lago:
deshagamos a éstos de la gente,
y el nombre de su Cristo juntamente;
y dividiendo de ellos los despojos,
hártense en muerte suya nuestros ojos».

Vinieron de Asia y portentosa Egipto
los árabes y leves africanos;
y los que Grecia junta mal con ellos,
con los erguidos cuellos,
con gran poder y número infinito:
y prometer osaron con sus manos
encender nuestros fines, y dar muerte
a nuestra juventud con hierro fuerte,
nuestros niños prender y las doncellas,
y la gloria manchar y la luz de ellas.

Ocuparon del piélago los senos,
puesto en silencio y en temor la tierra,
y cesaron los nuestros valerosos,
y callaron dudosos,
hasta que al fiero ardor de sarracenos,
el Señor eligiendo nueva guerra,
se opuso el joven de Austria generoso
con el claro español y belicoso;
que Dios no sufre ya en Babel cautiva
que su Sión querida siempre viva.

Cual león a la presa apercibido
sin recelo los ímpios esperaban
a los que tú, Señor, eras escudo:
que el corazón desnudo
de pavor, y de fe y amor vestido,
con celestial aliento confiaban.
Sus manos a la guerra compusiste,
y sus brazos fortísimos pusiste,
como el arco acerado, y con la espada
vibraste en su favor la diestra armada.

Turbáronse los grandes, los robustos
rindiéronse temblando, y desmayaron;
y tú entregaste, Dios, como la rueda,
como la arista queda
al ímpetu del viento, a estos injustos,
que mil huyendo de uno se pasmaron.
Cual fuego abrasa selvas, cuya llama
en las espesas cumbres se derrama;
tal en tu ira y tempestad seguiste,
y su faz de ignominia convertiste.

Quebrantaste al cruel dragón, cortando
las alas de su cuerpo temerosas,
y sus brazos terribles no vencidos:
que con hondos gemidos
se retira a su cueva, do silbando
tiembla con sus culebras venenosas,
lleno de miedo torpe sus entrañas,
de tu león temiendo las hazañas;
que, saliendo de España, dió un rugido
que lo dejó asombrado y aturdido.

Hoy se vieron los ojos humillados
del sublime varón y su grandeza,
y tú solo, Señor, fuiste exaltado;
que tu día es llegado,
Señor de los ejércitos armados,
sobre la alta cerviz y su dureza,
sobre derechos cedros y extendidos,
sobre empinados montes y crecidos,
sobre torres y muros, y las naves
de Tiro, que a los tuyos fueron graves.

Babilonia y Egipto amedrentada
temerá el fuego y la asta violenta,
y el humo subirá a la luz del cielo;
y faltos de consuelo,
con rostro oscuro y soledad turbada

tus enemigos llorarán su afrenta.
Mas tú, Grecia, concorde a la esperanza
egipcia, y gloria de su confianza,
triste, que a ella pareces, no temiendo
a Dios, y a tu remedio no atendiendo;

¿por qué, ingrata, tus hijas adornaste
en adulterio infame a una ímpia gente,
que deseaba profanar tus frutos;
y con ojos enjutos
sus odiosos pasos imitaste,
su aborrecida vida y mal presente?
Dios vengará sus iras en tu muerte;
que llega a tu cerviz con diestra fuerte
la aguda espada suya: ¿quién, cuitada,
reprimirá su mano desatada?

Mas tú, fuerza del mar, tú, excelsa Tiro,
que en tus naves estabas gloriosa,
y el término espantabas de la tierra;
y si hacías guerra,
de temor la cubrías con suspiro,
¿cómo acabaste, fiera y orgullosa?
¿quién pensó a tu cabeza daño tanto?
Dios, para convertir tu gloria en llanto,
y derribar tus ínclitos y fuertes,
te hizo perecer con tantas muertes.

Llorad, naves del mar, que es destruída
vuestra vana soberbia y pensamiento:
¿quién ya tendrá de ti lástima alguna,
tú que sigues la luna,
Asia adúltera, en vicios sumergida?
¿quién mostrará un liviano sentimiento?
¿quién rogará por ti? que a Dios enciende
tu ira, y la arrogancia que te ofende,
y tus viejos delitos y mudanza
han vuelto contra ti a pedir venganza.

Los que vieron tus brazos quebrantados,
y de tus pinos ir el mar desnudo,
que sus ondas turbaron y llanura;
viendo tu muerte oscura
dirán de tus estragos espantados:
«¿Quién contra la espantosa tanto pudo?»
El Señor que mostró su fuerte mano:
por la fe de su príncipe cristiano,
y por el nombre santo de su gloria,
a su España concede esta victoria.

Bendita, Señor, sea tu grandeza,
que después de los daños padecidos,
después de nuestras culpas y castigo,
rompiste al enemigo
de la antigua soberbia la dureza.
Adórente, Señor, tus escogidos;
confiese cuanto cerca el ancho cielo
tu nombre ¡oh nuestro Dios, nuestro consuelo!
y la cerviz rebelde condenada
perezca en bravas llamas abrasada.

Por la pérdida del rey D. Sebastián

(Fernando de Herrera)

Voz de dolor y canto de gemido,
y espíritu de miedo, envuelto en ira,
hagan principio acerbo a la memoria
de aquel día fatal, aborrecido,
que Lusitania mísera suspira,
desnuda de valor, falta de gloria.
Y la llorosa historia
asombre con horror funesto y triste,
dende el áfrico Atlante y seno ardiente
hasta do el mar de otro color se viste;
y do el límite rojo de Oriente
y todas sus vencidas gentes fieras
ven tremolar de Cristo las banderas.

¡Ay de los que pasaron, confiados
en sus caballos, y en la muchedumbre
de sus carros, en ti, Libia desierta!
Y en su vigor y fuerzas engañados,
no alzaron su esperanza a aquella cumbre
de eterna luz; mas con soberbia cierta

se ofrecieron la incierta
victoria; y sin volver a Dios sus ojos,
con yerto cuello y corazón ufano,
sólo atendieron siempre a los despo-
(jos;
y el Santo de Israel abrió su mano,
y los dejó, y cayó en despeñadero
el carro, y el caballo y caballero.

Vino el día cruel, el día lleno
de indignación, de ira y furor que
(puso
en soledad, y en un profundo llanto
de gente y de placer el reino ajeno.
El cielo no alumbró, quedó confuso
el nuevo sol, presagio de mal tanto;
y con terrible espanto
el Señor visitó sobre sus males,
para humillar los fuertes arrogantes;
y levantó los bárbaros no iguales,
que con osados pechos y constantes
no busquen oro, mas con hierro ai-
(rado
la ofensa venguen y el error culpado

Los impíos y robustos indignados
las ardientes espadas desnudaron
sobre la claridad y hermosura
de tu gloria y valor; y no cansados
en tu muerte, tu honor todo afearon,
mezquina Lusitania sin ventura.
Y con frente segura
rompieron sin temor con fiero estrago
tus armadas escuadras y braveza.
La arena se tornó sangriento lago,
la llanura con muertos aspereza:
cayó en unos vigor, cayó denuedo;
mas en otros desmayo y torpe miedo.

¿Son éstos por ventura los famosos'
los fuertes, los beligeros varones
que conturbaron con furor la tierras
que sacudieron reinos poderosos,
que domaron las hórridas naciones,
que pusieron desierto en cruda gue-
(rra,
cuanto el mar Indo encierra,
y soberbias ciudades destruyeron?
¿dó el corazón seguro y la osadía?
¿cómo así se acabaron y perdieron
tanto heroico valor en sólo un día;
y lejos de su patria derribados,
no fueron justamente sepultados?
Tales ya fueron éstos, cual hermo-
(so
cedro del alto Líbano, vestido
de ramos, hojas, con excelsa alteza;
las aguas lo criaron poderoso,
sobre empinados árboles crecido,
y se multiplicaron en grandeza
sus ramos con belleza;
y extendiendo su sombra, se ani-
(daron
las aves que sustenta el grande cielo;
y en sus hojas las fieras engendraron,
y hizo a mucha gente umbroso velo:
no igualó en celsitud y en hermosura
jamás árbol alguno a su figura.

Pero elevóse con su verde cima,
y sublimó la presunción su pecho,
desvanecido todo y confiado,
haciendo de su alteza sólo estima.
Por eso Dios lo derribó deshecho,
a los impios y ajenos entregado,
por la raíz cortado
que opreso de los montes arrojados,

sin ramos, y sin hojas, y desnudo,
huyeron de él los hombres espanta-
(dos,
que su sombra tuvieron por escudo:
en su ruina y ramos cuantas fueron
las aves y las fieras se pusieron.

Tú, infanda Libia, en cuya seca
(arena
murió el vencido reino Lusitano,
y se acabó su generosa gloria,
no estés alegre y de ufanía llena;
porque tu temerosa y flaca mano
hubo sin esperanza tal victoria,
indigna de memoria:
que si el justo dolor mueve a ven-
(ganza
alguna vez el español coraje,
despedazada con aguda lanza,
compensarás muriendo el hecho ul-
(traje;
y Luco amedrentado, al mar inmenso
pagará de africana sangre el censo.

A las Ruinas de Itálica

(Rodrigo Caro)

Estos, Fabio, ¡ay dolor! que ves
(ahora
campos de soledad, mustio collado,
fueron un tiempo Itálica famosa:
aquí de Cipión la vencedora
colonia fué: por tierra derribado
yace el temido honor de la espantosa
muralla, y lastimosa
reliquia es solamente
de su invencible gente.
Sólo quedan memorias funerales
donde erraron ya sombras de alto
(ejemplo:
este llano fué plaza, allí fué templo:
de todo apenas quedan las señales:
del gimnasio y las termas regaladas
leves vuelan cenizas desdichadas;
las torres que desprecio al aire fueron
a su gran pesadumbre se rindieron.

Este despedazado anfiteatro,
mpío honor de los dioses, cuya afrenta
publica el amarillo jaramago,
ya reducido a trágico teatro,
¡oh fábula del tiempo! representa
cuánta fué su grandeza, y es su es-
(trago!.
¿Cómo en el cerco vago
de su desierta arena
el gran pueblo no suena?
¿Dónde, pues fieras hay, está el des-
(nudo
luchador? ¿Dónde está el atleta fuer-
(te?
Todo despareció, cambió la suerte
voces alegres en silencio mudo:
mas aun el tiempo da en estos des-
(pojos
espectáculos fieros a los ojos,
y miran tan confusos lo presente,
que voces de dolor el alma siente.

Aquí nació aquel rayo de la gue-
(rra,

gran padre de la patria, honor de (España,
pío, felice, triunfador Trajano;
ante quien muda se postró la tierra,
que ve del sol la cuna, y la que baña
el mar también vencido gaditano.
Aquí de Elio Adriano,
de Teodosio divino,
de Silio peregrino,
rodaron de marfil y oro las cunas;
aquí ya de laurel, ya de jazmines,
coronados los vieron los jardines,
que ahora son zarzales y lagunas
La casa para el César fabricada,
ay! yace de lagartos vil morada:
casas, jardines, césares murieron,
y aun las piedras que de ellos se (escribieron.

Fabio, si tú no lloras, pon atenta
a vista en luengas calles destruídas,
mira mármoles y arcos destrozados,
mira estatuas soberbias, que violenta
Némesis derribó, yacer tendidas;
y ya en alto silencio sepultados
sus dueños celebrados.
Así a Troya figuro,
así a su antiguo muro,
y a ti, Roma, a quien queda el (nombre apenas,
oh patria de los dioses y los reyes!
y a ti a quien no valieron justas leyes.
fábrica de Minerva, sabia Atenas:
emulación ayer de las edades,
hoy cenizas, hoy vastas soledades;
que no os respetó el hado, no la (muerte,
ay! ni por sabia a ti, ní a ti por fuerte

Mas ¿para qué la mente se derra- (ma
en buscar al dolor nuevo argumento?
Basta ejemplo menor, basta el pre- (sente;
que aún se ve el humo aquí, se ve la (llama,
aún se oyen llantos hoy, hoy ronco (acento.
Tal genio o religión, fuerza la mente
de la vecina gente,
que refiere admirada,
que en la noche callada
una voz triste se oye, que llorando
«Cayó Itálica» dice; y lastimosa
eco reclama «Itálica» en la hojosa
selva, que se le opone resonando
«Itálica», y el claro nombre oído
de Itálica, renuevan el gemido
mil sombras nobles de su gran ruina:
¡tanto aún la plebe a sentimiento in- (clina!

Esta corta piedad que, agradecido
huésped, a tus sagrados manes debo,
hoy te consagro, ¡oh Itálica famosa!
Tú, si el lloroso dón han admitido
las ingratas cenizas de que llevo
dulce noticia asaz, si lastimosa,
permíteme piadosa
usura a tierno llanto,
que vea el cuerpo santo
de Geroncio, tu mártir y prelado:
muestra de su sepulcro algunas señas
y cavaré con lágrimas las peñas,
que ocultan su sarcófago sagrado;

pero mal pido el único consuelo
de todo el bien que airado quitó el
(cielo:
goza en las tuyas sus reliquias bellas
para envidia del mundo y las estre-
(llas.

A LA ROSA

(Francisco de Rioja)

Pura, encendida rosa,
émula de la llama
que sale con el día,
¿cómo naces tan llena de alegría,
si sabes que la edad que te da el cielo,
es apenas un breve y veloz vuelo?
Y ni valdrán las puntas de tu rama,
ni tu púrpura hermosa,
a detener un punto
la ejecución del hado presurosa.
El mismo cerco alado,
que estoy viendo riente,
ya temo amortiguado,
presto despojo de la llama ardiente.
Para las hojas de tu crespo seno
te dió amor de sus alas blandas plu-
(mas,
y oro de sus cabellos dió a tu frente.
¡Oh fiel imagen suya peregrina!
bañóte en su color, sangre divina,
de la deidad que dieron las espu-
(mas.
¿Y esto, purpúrea flor, y esto no
(pudo
hacer menos violento el rayo agudo?
Róbate en una hora,
róbate licencioso su ardimiento
el color y el aliento;
tiendes aún no las alas abrasadas,
y ya vuelan al suelo desmayadas:
tan cerca, tan unida
está al morir tu vida,
que dudo si en sus lágrimas la aurora
mustia tu nacimiento o muerte llora.

EPISTOLA

A FABIO

(Andrés Fernández de Andrada)

Fabio, las esperanzas cortesanas,
prisiones son, do el ambicioso muere
y donde al más astuto nacen canas.
El que no las limare o las rompiere,
ni el nombre de varón ha merecido
ni subir al honor que pretendiere.

El ánimo plebeyo y abatido
elija en sus intentos temeroso
primero estar suspenso que caído;

que el corazón entero y generoso
al caso adverso inclinará la frente,
antes que la rodilla al poderoso.

Más triunfos, más coronas dió al prudente
que supo retirarse, la fortuna,
que al que esperó obstinada y locamente.

Esta invasión terrible e importuna
de contrarios sucesos nos espera
desde el primer sollozo de la cuna.

Dejémosla pasar, como a la fiera
corriente del gran Betis, cuando airado
dilata hasta los montes su ribera.

Aquel entre los héroes es contado
que el premio mereció, no quien le alcanza
por vanas consecuencias del estado.

Peculio propio es ya de la privanza
cuanto de Astrea fué, cuanto regía
con su temida espada y su balanza.

El oro, la maldad, la tiranía
del inicuo procede y pasa al bueno;
¿qué espera la virtud, o en qué confía?

Ven, y reposa en el materno seno
de la antigua Romúlea, cuyo clima
te será más humano y más sereno;

adonde, por lo menos, cuando oprima
nuestro cuerpo la tierra, dirá alguno:
blanda le sea, al derramarla encima.

Donde no dejarás la mesa ayuno,
cuando te falte en ella el pece raro
o cuando su pavón nos niegue Juno.

Busca, pues, el sosiego dulce y caro,
como en la oscura noche del Egeo
busca el piloto el eminente faro.

Que si acortas y ciñes tu deseo,
dirás: *lo que desprecio he conseguido:*
que la opinión vulgar es devaneo.

Más precia el ruiseñor su pobre nido
de pluma y leves pajas, más sus quejas
en el bosque repuesto y escondido,
que agradar lisonjero las orejas
de algún príncipe insigne, aprisionado
en el metal de las doradas rejas:
Triste de aquel que vive destinado
a esa antigua colonia de los vicios,
augur de los semblantes del privado.
Cese el ansia y la sed de los oficios;
que acepta el dón, y burla del intento
el ídolo a quien haces sacrificios.
Iguala con la vida el pensamiento,
y no le pasarás de hoy a mañana
ni quizás de un momento a otro momento.
Casi no tienes ni una sombra vana
de nuestra antigua Itálica; ¿y esperas?
¡Oh error perpetuo de la suerte humana!
Las enseñas grecianas, las banderas
del senado, y romana monarquía
murieron, y pasaron sus carreras.
¿Qué es nuestra vida más que un breve día,
do apenas sale el sol, cuando se pierde
en las tinieblas de la noche fría?
¿Qué más que el heno, a la mañana verde,
seco a la tarde? ¡Oh ciego desvarío!
¿Será que de este sueño me recuerde?
¿Será que pueda ver que me desvío
de la vida viviendo, y que está unida
la cauta muerte al simple vivir mío?
Como los ríos en veloz corrida
se llevan a la mar, tal soy llevado
al último suspiro de mi vida.
De la pasada edad ¿qué me ha quedado?
¿Oh qué tengo yo, a dicha, en la que espero,
sin ninguna noticia de mi hado?
¡Oh si acabase, viendo cómo muero,
de aprender a morir, antes que llegue
aquel forzoso término postrero!

¡Antes que aquesta mies inútil siegue
de la severa muerte dura mano,
y a la común materia se la entregue!
Pasáronse las flores del verano,
el otoño pasó con sus racimos,
pasó el invierno con sus nieves cano:
las hojas que en las altas selvas vimos,
cayeron: ¡y nosotros a porfía
en nuestro engaño inmóviles vivimos!
Temamos al Señor que nos envía
las espigas del año y la hartura,
y la temprana pluvia y la tardía.
No imitemos la tierra siempre dura
a las aguas del cielo y al arado,
ni la vid cuyo fruto no madura.
¿Piensas acaso tú que fué criado
el varón para el rayo de la guerra,
para surcar el piélago salado,
para medir el orbe de la tierra,
y el cerco por do el sol siempre camina?
¡Oh, quién así lo entiende, cuánto yerra!
Esta nuestra porción, alta y divina,
a mayores acciones es llamada,
y en más nobles objetos se termina.
Así aquella, que al hombre sólo es dada
sacra razón y pura me despierta,
de esplendor y de rayos coronada;
y en la fría región, dura y desierta
de aqueste pecho enciende nueva llama,
y la luz vuelve a arder que estaba muerta.
Quiero, Fabio, seguir a quien me llama,
y callado pasar entre la gente,
que no afecto los nombres ni la fama.
El soberbio tirano del Oriente,
que maciza las torres de cien codos
del cándido metal, puro y luciente,
apenas puede ya comprar los modos
de pecar; la virtud es más barata:
ella consigo misma ruega a todos.

¡Pobre de aquel que corre y se dilata
por cuantos son los climas y los mares,
perseguidor del oro y de la plata!
Un ángulo me basta entre mis lares,
un libro y un amigo, un sueño breve
que no perturben deudas ni pesares.
Esto tan solamente es cuanto debe
naturaleza al parco y al discreto,
y algún manjar común, honesto y leve.
No, porque así te escribo, hagas conceto
que pongo la virtud en ejercicio:
que aún esto fué difícil a Epiteto.
Basta que empiece a aborrecer el vicio,
el ánimo a enseñar a ser modesto;
después le será el cielo más propicio.
Despreciar el deleite no es supuesto
de sólida virtud, que aun el vicioso
en sí propio le nota de molesto.
Mas no podrás negarme cuán forzoso
este camino sea al alto asiento,
morada de la paz y del reposo.
No sazona la fruta en un momento
aquella inteligencia, que mensura
la duración de todo a su talento:
flor la vimos primero hermosa y pura,
luego materia acerba y desabrida,
y perfecta después, dulce y madura.
Tal la humana prudencia es bien que mida,
y dispense y comparta las acciones
que han de ser compañeras de la vida.
No quiera Dios que imite estos varones
que moran nuestras plazas macilentos,
de la virtud infames histriones:
esos inmundos trágicos, atentos
al aplauso común, cuyas entrañas
son infaustos y oscuros monumentos.
¡Qué callada que pasa las montañas
el aura, respirando mansamente!
¡Qué gárrula y sonante por las cañas!

¡Qué muda la virtud por el prudente!
¡Qué redundante y llena de ruido
por el vano, ambicioso y aparente!
Quiero imitar al pueblo en el vestido,
en las costumbres sólo a los mejores,
sin presumir de roto y mal ceñido.
No resplandezca el oro y los colores
en nuestro traje, ni tampoco sea
igual al de los dóricos cantores.
Una mediana vida yo posea,
un estilo común y moderado,
que no lo note nadie que lo vea.
En el plebeyo barro mal tostado
hubo ya quién bebió tan ambicioso
como en el vaso mírrimo preciado,
y alguno tan ilustre y generoso
que usó, como si fuera plata neta,
del cristal transparente y luminoso.
¿Sin la templanza viste tu perfecta
alguna cosa? ¡Oh muerte, ven callada
como sueles venir en la saeta!
No en la tonante máquina preñada
de fuego y de rumor; que no es mi puerta
de doblados metales fabricada.
Así, Fabio, me muestra descubierta
su esencia la virtud, y mi albedrío
con ella se compone y se concierta.
No te burles de ver cuánto confío,
ni al arte de decir vana y pomposa
el ardor atribuyas de este brío.
¿Es por ventura menos poderosa
que el vicio la virtud? ¿Es menos fuerte?
no la arguyas de flaca o temerosa.
La codicia en las manos de la suerte
se arroja al mar: la ira a las espadas,
y la ambición se ríe de la muerte:
¿y no serán siquiera tan osadas
las opuestas acciones, si las miro
de más ilustres genios ayudadas?

Ya, dulce amigo, huyo y me retiro
de cuanto simple amé: rompí los lazos:
ven y verás al alto fin que aspiro,
antes que el tiempo muera en nuestros brazos.

SONETOS

(Lupercio Leonardo de Argensola)

Al Sueño

Imagen espantosa de la muerte,
sueño cruel, no turbes más mi pecho,
mostrándome cortado el nudo estrecho,
consuelo solo de mi adversa suerte.
Busca de algún tirano el muro fuerte,
de jaspe las paredes, de oro el techo;
o el rico avaro en el angosto lecho
haz que temblando con sudor despierte.
El uno vea el popular tumulto
romper con furia las herradas puertas,
o al sobornado siervo el hierro oculto;
El otro sus riquezas descubiertas
con llave falsa o con violento insulto;
o déjale al amor sus glorias ciertas.

* * *

Yo os quiero confesar, don Juan, primero,
que aquel blanco y carmín de doña Elvira
no tiene de ella más, si bien se mira,
que el haberle costado su dinero;
Pero también que me confieses quiero
que es tanta la beldad de su mentira,
que en vano a competir con ella aspira
belleza igual de rostro verdadero.

Mas ¿qué mucho que yo perdido ande
por un engaño tal, pues que sabemos
que nos engaña así Naturaleza?
Porque ese cielo azul que todos vemos,
ni es cielo ni es azul. ¡Lástima grande
que no sea verdad tanta belleza!

Soneto

(Bartolomé Leonardo de Argensola)

Dime, Padre común, pues eres justo,
¿por qué ha de permitir tu Providencia
que arrastrando prisiones la inocencia,
suba la fraude a tribunal augusto?
¿Quién da fuerzas al brazo que robusto
hace a tus leyes firme resistencia,
y que el celo que más la reverencia
gima a los pies del vencedor injusto?
Vemos que vibran victoriosas palmas
manos inicuas, la virtud gimiendo
del triunfo en el injusto regocijo.
Esto decía yo, cuando riendo
celestial ninfa apareció y me dijo:
«ciego, ¿es la tierra el centro de las almas?»

El Cautivo

(Góngora)

Amarrado al duro banco
de una galera turquesca,
ambas manos en el remo
y ambos ojos en la tierra,
un forzado de Dragut
en la playa de Marbella
se quejaba al ronco són
del remo y de la cadena:
¡Oh sagrado mar de España,
famosa playa y serena,
teatro donde se han hecho
cien mil navales tragedias!
Pues eres tú el mismo mar
que con tus crecientes besas

las murallas de mi patria,
coronadas y soberbias.
Tráeme nuevas de mi esposa,
y dime si han sido ciertas
las lágrimas y suspiros
que me dice por sus letras;
porque si es verdad que llora
mi cautiverio en tu arena,
bien puedes al mar del Sur
vencer en lucientes perlas.
Dame ya, sagrado mar,
a mi demanda respuesta;
que bien puedes, si es verdad
que las aguas tienen lenguas.
Pero, pues no me respondes,
sin duda alguna que es muerta,
aunque no lo debe ser,
pues que yo vivo en su ausencia.
Pues he vivido diez años
sin libertad y sin ella,
siempre al remo condenado,
a nadie matarán las penas.
En esto se descubrieron
de la religión seis velas,
y el cómitre mandó usar
al forzado de su fuerza.

La vida del muchacho

(Góngora)

Hermana Marica,
Mañana que es fiesta
No irás tú a la amiga
Ni yo iré a la escuela.
Pondráste el corpiño
Y la saya buena,
Cabezón labrado,
Toca y albanega:
Y a mí me pondrán
Mi camisa nueva,
Sayo de palmilla,
Medias de estameña.
Y si hace bueno,
Traeré la montera
Que me dió la Pascua
Mi señora abuela
Y el estadal rojo,
Con lo que le cuelga
Que trujo el vecino
Cuando fué a la feria.
Iremos a Misa;
Veremos la iglesia;
Darános un cuarto
Mi tía la ollera.
Compraremos dél,
Que nadie lo sepa,
Chochos y garbanzos,
Para la merienda.
Y en la tardecita
En nuestra plazuela
Jugaré yo al toro,
Y tú a las muñecas
Con las dos hermanas
Juana y Magdalena,
Y las dos primillas
Marica y la tuerta.
Y si quiere madre
Dar las castañetas,
Podrás tanto dello
Bailar en la puerta,

Y al son del adufe
Cantará Andregüela:
No me aprovecharon,
Mi madre las hierbas.
Y yo del papel
Haré una librea,
Teñida con moras
Porque bien parezca,
Y una caperuza
Con muchas almenas;
Pondré por penacho
Las dos plumas negras
Del rabo del gallo,
Que allá en la huerta
Anaranjeamos
Las carnestolendas;
Y en la caña larga
Pondré una bandera
Con dos borlas blancas
En sus trenzaderas,
Y en mi caballito
Pondré una cabeza
De guadamecí,
Dos hilos por riendas;
Y entraré en la calle
Haciendo corvetas
Yo y otros del barrio,
Que son más de treinta.
Jugaremos cañas
Junto a la plazuela,
Porque Bartolilla
Salga acá y nos vea:
Bartola, la hija
De la panadera,
La que suele darme
Tortas con manteca.

LETRILLA

(Góngora)

Ande yo caliente,
y ríase la gente.

Traten otro del gobierno
del mundo y sus monarquías,
mientras gobiernan mis días
mantequillas y pan tierno,
y las mañanas de invierno,
naranjada y aguardiente,
y ríase la gente.

Coma en dorada vajilla
el príncipe mil cuidados,
como píldoras dorados;
que yo en mi pobre mesilla
quiero más una morcilla
que en el asador reviente,
y ríase la gente.

Cuando cubra las montañas
de plata y nieve el enero,
tenga yo lleno el brasero
de bellotas y castañas.
Y quien las dulces patrañas
del rey que rabió me cuente,
y ríase la gente.

Busque muy en hora buena
el mercader buenos soles,
yo conchas y caracoles

entre la menuda arena,
escuchando a Filomena
sobre el chopo de la fuente,
y ríase la gente.

Pase a media noche el mar
y arda en amorosa llama
Leandro por ver su dama;
que yo más quiero pasar
de Yepes y Madrigal
la regalada corriente,
y ríase la gente.

Pues amor es tan cruel,
que de Píramo y su amada
hace tálamo una espada,
do se junten ella y él...
sea mi Tisbe un pastel,
y la espada sea mi diente,
y ríase la gente.

Baltasar de Alcázar

(La Cena)

En Jaen donde resido
vive Don Lope de Sosa,
y diréte, Inés, la cosa
más brava de él que has oído.
Tenía este caballero
un criado portugués...
Pero cenemos, Inés,
si te parece primero.
La mesa tenemos puesta,
lo que se ha de cenar junto,
las tazas del vino a punto;
falta comenzar la fiesta.
Comience el vinillo nuevo,
y échale la bendición;
yo tengo por devoción
de santiguar lo que bebo.
Franco fué, Inés, este toque
pero arrójame la bota:
vale un florín cada gota
de aqueste vinillo aloque.
¿De qué taberna se trajo?
Mas ya... de la de Castillo;
diez y seis vale el cuartillo,
no tiene vino más bajo.
Por nuestro Señor que es mina
la taberna de Alcocer:
grande consuelo es tener
la taberna por vecina.
Si es o no invención moderna
vive Dios que no lo sé,
pero delicada fué
la invención de la taberna.
Porque allí llego sediento,
pido vino de lo nuevo,
mídenlo, dánmelo, bebo,
págolo, y voyme contento.
Esto, Inés, ello se alaba,
no es menester alaballo:
sola una falta le hallo,
que con la prisa se acaba.
La ensalada y salpicón
hizo fin ¿qué viene ahora?
la morcilla, gran señora,
digna de veneración.
¡Qué oronda viene y qué bella!
¡qué través y enjundia tiene!
paréceme, Inés, que viene
para que demos con ella.

Pues ¡sús! encójase y entre
que es algo estrecho el camino...
no eches agua, Inés, al vino,
no se escandalice el vientre.
Echa de lo trasañejo,
porque con más gusto comas:
Dios te guarde, que así tomas,
como sabia, el buen consejo.
Mas dí ¿no adoras y precias
la morcilla ilustre y rica?
¡Cómo la traidora pica!
Tal debe tener especias.
¡Qué llena está de piñones!
Morcilla de cortesanos,
y asada por esas manos
hechas a cebar lechones.
El corazón me revienta
de placer: no sé de ti.
¿Cómo te va? yo por mí
sospecho que estás contenta.
Alegre estoy vive Dios:
mas oye un punto sutil;
¿No pusiste allí un candil?
¿Cómo me parecen dos?
Pero son preguntas viles,
ya sé lo que puede ser:
con ese negro beber
se acrecientan los candiles.

Probemos lo de pichel,
alto licor celestial,
no es el aloquillo tal
ni tiene que ver con él.
¡Qué suavidad! ¡qué clareza!
¡Qué rancio gusto y olor!
¡Qué paladar! ¡qué color!
Todo con tanta fineza.
Mas el queso sale a plaza,
la moradilla vá entrando,
y ambos vienen preguntando
por el pichel y la taza.
Prueba el queso, que es extremo,
el de Pinto no le iguala,
pues la aceituna no es mala,
bien puede bogar su remo.
Haz pues, Inés, lo que sueles,
daca de la bota llena
seis tragos. Hecha es la cena:
levántense los manteles.
Ya, Inés, que habemos cenado
tan bien, y con tanto gusto,
parece que será justo
volver al cuento pasado.
Pues sabrás, Inés hermana,
que el portugués cayó enfermo...
las once dan, yo me duermo.,
quédese para mañana.

La Primavera

(D. Esteban M. de Villegas)

Ya de los altos montes
Las encumbradas nieves
A valles hondos bajan
Desesperadamente.
Ya llegan a ser ríos
Las que antes eran fuentes,
Corridas de ver mares
Los arroyuelos breves.
Ya las campañas secas
Empiezan a ser verdes,

Y porque no beodas,
Aguadas enloquecen.
Ya del Liceo monte
Se escuchan los rabeles,
Al paso de las cabras
Que Títiro defiende.
Pues ea, compañeros,
Vivamos dulcemente,
Que todas son señales
De que el verano viene.
La cantimplora salga,
La cítara se temple,
Y beba el que bailare,
Y baile el que bebiere.

A un pajarillo

(Villegas)

Yo vi sobre un tomillo
quejarse un pajarillo,
viendo su nido amado,
de quien era caudillo,
de un labrador robado.
Vile tan congojado
por tal atrevimiento,
dar mil quejas al viento,
para que el cielo santo
lleve su tierno llanto,
lleve su triste acento.
Ya con triste armonía,
esforzando el intento,
mil quejas repetía:
ya cansado callaba,
y al nuevo sentimiento
más sonoro volvía:
ya circular volaba:
ya rastrero corría:
ya pues de rama en rama
al rústico seguía,
y saltando en la grama
parece que decía:
Dame, rústico fiero,
mi dulce compañía:
y que le respondía
el rústico: *No quiero.*

Epigramas

Cuatro dientes te quedaron
si bien me acuerdo; mas dos
Julia, de una tos volaron;
los otros dos de otra tos.

Seguramente toser
puedes ya todos los días,
pues no tienen tus encías
la tercera tos que hacer.

(*B. Argensola*).

En un muladar un día
cierta vieja sevillana
buscando trapos y lana,
su ordinaria granjería,

acaso vino a hallarse
un pedazo de un espejo,
y con un trapillo viejo
lo limpió para mirarse.

Viendo en él aquellas feas
quijadas de desconsuelo,
dando con él en el suelo,
le dijo: «maldito seas».

(*B. Alcázar*).

Al andaluz más valiente
de todos los andaluces,
cuya charpa omnipotente
pobló estos barrios de cruces,
cierta noche a la una dada
en el conejal hallé;
me miró, yo le miré
y... fuese sin decir nada.

(*Iglesias*).



POESIA EPICA

De «*El Bernardo*»

Batalla de Roncesvalles

(Bernardo de Balbuena)

El nuevo orgullo del cercano día
que había de ser de tantos el postrero,
al clarín de oro despertó, que hacía
pomposa salva el rayo del lucero;
resonó el aire, y el furor que ardía
las fuerzas refinó al templado acero
de aquellos mundos, que en dudosa suerte,
las estrellas guiaban a la muerte.
Con el furor que la impelida llama
de un recio viento a un bosque seco arroja
la tragadora furia, en que arde y brama
en resonante hervir la selva roja:
suda el verde laurel, arde la grama,
vuela del fresno en humo el tronco y hoja,
y todo al fin por do el incendio pasa,
el monte asombra y su ladera abrasa;
así, al son de trompetas y atambores,
y con igual furor, sube marchando
por los riscos altivos miradores
del grave Pirineo, el francés bando;
tiemblan los pinos, gimen los alcores
debajo el grave peso; y no bastando
a refrenar su furia; el valle escaso
les da a no poder más humilde el paso.
El viejo y encorvado Pirineo,
a quien del cielo el brazo eterno puso
con riendas de oro al paso del deseo

de un pueblo y otro, de su trato y uso;
y por mejor y altísimo trofeo
de paz y eternas treguas le compuso
entre las dos naciones, que feroces,
hoy su sosiego han perturbado a voces;
«¿Quién, dijo, con tan bárbaros intentos
del mundo la quietud ha rebelado?
¿Qué nuevos monstruos de ánimos violentos
por mis revueltas breñas se han sembrado?
¿A qué fin con tan graves movimientos
de armas mi inculto seno veo preñado,
que con ciego alboroto y son de guerra
los confines asordan de mi tierra?...»
Vanse acercando, suenan los clarines
entre las peñas con quebrados ecos;
y puestos ya en los últimos confines
del fatal monte y sus peñascos huecos,
del vario tiempo los dudosos fines,
y del triste hado los variables truecos
su orgullo asombran; y al dudoso caso
suspenso dan el amagado paso.
Muévense entrambos campos: semejantes
a dos tejidas selvas, cuyos pinos
son espigadas lanzas relumbrantes,
y las copadas hayas yelmos finos:
las ramas sus plumeros tremolantes,
donde hace el viento bellos remolinos;
y a las varias centellas del acero
en que el sol quiebra, se arde el bosque entero.
Llega junta a chocar la muchedumbre
al son de belicosos instrumentos,
gimió de Roncesvalles la alta cumbre
en roncos y tristísimos acentos:
suena el acero, asombra su vislumbre,
y el Pirineo tembló por sus cimientos;
las madres dentro en los vecinos techos
sus hijos abrigaron a sus pechos.

La Cristiada

(Fray Diego de Hojeda, dominico)

Cristo clavado en la cruz. Prodigios antes y después de expirar

La gran Jerusalén, ciudad divina,
cara a Dios y a los hombres admirable,
en medio de la fértil Palestina
su cabeza levanta venerable:
ella como señora predomina
en excelencia y gloria perdurable
a las demás que en torno la rodean,
su falda besan, y su honor desean.

Por las rosadas cumbres del oriente
Asia la ciñe y su valor admira,
y por los hondos valles de occidente
Europa con devota faz la mira:
la seca Libia y África la ardiente,
por donde el sol más caluroso gira,
la cerca, y Scitia, Armenia, Persia y Ponto
por do el Trión se esconde en Helesponto.

De esta, pues, gran ciudad poco distante
en medio está del norte y del ocaso
el verdadero y soberano Atlante,
y el verdadero y celestial Parnaso:
El Calvario, que tuvo a Dios triunfante
y en alta cruz desnudo a cielo raso,
bañado con las fuentes que salieron
del mismo Dios y llagas suyas fueron

Y es cierta fama y tradición segura
que el santo Padre de la fe sagrada,
para ofrecer a Isaac en hostia pura,
aquí la mano alzó y vibró la espada:
y en esta de Jesús viva figura
la muerte vió de Cristo dibujada:
vídola y alegróse, porque vido
a Dios de amor, no de pasión, vencido...

Mas ¿quién dirá la muerte de la vida?
¿Quién contará la pena de la gloria,
y la victoria en una cruz vencida,
y que vencida lleva la victoria?
Tú, palabra de humana voz vestida,
de tu voz y palabra mi memoria
viste, que cantar quiero en dulce llanto
lo que sintiendo llora el mismo canto.
Ya estaba en el madero inestimable
por ser lecho de Dios, Cristo enclavado,
y el cuerpo al mismo cielo venerable
con desigual rigor descoyuntado:
cual agua turbia el óleo saludable
de Dios vestido y sin temor hollado,
los huesos desatados parecían.
y estirados los nervios se veían,
cuando en alto subieron el hermoso
árbol con esta ofrenda refulgente,
y en el hoyo con ímpetu furioso
lo dejaron caer pesadamente;
fijóse el estandarte victorioso
en tierra, enarbolado y eminente,
estremecióse el cuerpo al golpe fiero,
gimió la peña y retembló el madero.
Abriéronse las llagas de las manos,
de los pies se rasgaron las heridas,
y los arroyos de ella soberanos
crecieron con las grandes avenidas:
y con nuevos dolores inhumanos
de los huesos las carnes desasidas,
no el pecho solo, palpitar se vieron,
y de la cruz al golpe resurtieron.

. . . .

Estaba el sol entonces coronado
de largas puntas de diamantes finos,
y, en medio de su curso levantado,
los montes abrasaba palestinos.
Miguel, viendo a su Dios crucificado,

desnudo ante los bárbaros indinos,
con hidalga vergüenza y noble celo
bajó del cielo empíreo al cuarto cielo:
y a los fuertes caballos rutilantes
que echaban fuego por las bocas de oro,
las ruedas volteando coruscantes
que dan al mundo nuevo gran tesoro;
los encendidos frenos radiantes,
sin guardar al planeta más decoro,
asió con la una mano valerosa,
y con otra la máquina espantosa.
Y el carro así parado, alzó los ojos
al sol, que con mil ojos le miraba,
y fulminando por la vista enojos,
el fin de sus intentos aguardaba:
abriendo, pues, Miguel sus labios rojos
con voz le dijo resonante y brava,
increpando al planeta excelsamente,
porque daba su luz resplandeciente:
«¿Es posible, inmortal noble criatura
que miras a tu Dios en cruz desnudo,
y ofreces luz a aquella gente dura
que sin miedo en la cruz ponerlo pudo?
Cubre tu clara faz de noche oscura,
con razón fiero y con verdad sañudo,
desate el mundo así sus gruesas nieblas,
y a su Criador conozca en tus tinieblas».
Dijo, y el sol avergonzado luego,
sus rayos en sí propio recogidos,
negó su bella lumbre al mundo ciego
por dejar a los hombres confundidos:
espantóse el romano, admiró al griego,
ambos en esta ciencia esclarecidos,
ver un eclipse tal, y el crudo hebreo
se quedó pertinaz en su deseo.
¡Oh Dios! cuando tu luz no resplandece
ni la luz sirve, ni aprovecha el día
para que el hombre ciego no tropiece,

y ciego se despeñe en su porfía:
ni el quitarle la luz más luz le ofrece,
que quien bañado en luz la luz no vía,
¿qué hará en las tinieblas sumergido?
Dormir en noche oscura y torpe olvido.
Bajó Miguel después triste al Calvario
con su escuadrón de ardientes serafines
do temblaba Luzbel, su gran contrario,
con otro que lo fué de querubines:
y estuvo allí asistiendo al santuario
de Dios, con sus trompetas y clarines,
tambores destemplados y banderas,
y otros mil instrumentos y armas fieras.
Mientras esto pasaba, el Rey sagrado
ardiendo el corazón, secas las venas,
y por las cuatro llagas desangrado,
fuentes de nuestra gloria, y de sus penas,
con sed del cuerpo y almas abrasado,
pero con luces claras y serenas,
«sed tengo», dijo, y con feroz denuedo
uno a beber le dió vinagre acedo.
Habiendo, pues, probado el Rey eterno
la esponja de vinagre, dijo al punto,
y díjolo con paz y gozo interno
por haber ya venido al postrer punto,
«acabóse:» y con rostro humilde y tierno
grave en aspecto, y en color difunto
mirando al cielo y a su Padre santo,
quiso dar fin a su divino canto.
Mas como al padre, en cuyo ser consiste
el bien de su familia generosa,
cuando él se muere con cuidado asiste
ella junta a su muerte dolorosa,
y atenta mira, y considera triste
pendiente de su faz, y temerosa
de su fin, a sus nuevos movimientos
y a sus más delicados sentimientos;
o cual sucede, cuando en noche oscura

algún cometa infausto se aparece
con fiero aspecto y hórrida figura,
que más terrible por instante crece;
espantada la gente y mal segura
del daño que futuro resplandece
en su cola y su crín, quedar suspensa
de su casi amenaza y furia inmensa;
  tal a su Padre Dios, que ya quería,
no en lecho, en cruz morir, notando estaba
el asombrado mundo que le vía
los varios sentimientos que mostraba,
y un grande y nunca visto mal temía
del prodigio espantoso que miraba,
su muerte recelando de esta suerte,
en la que a Dios se daba horrible muerte.
  Pues los gloriosos ángeles atentos,
y de la boca de su Dios colgados,
sus alas desplegaban a los vientos,
más en horror que en ellas elevados;
los demonios con rostros macilentos
y con ojos y pechos asombrados,
dudosos aguardaban y encogidos,
callando en sí de miedo sus gemidos.
  La tierra, que a los fieros insolentes
sustentaba, sudando al grave peso,
y gimiendo con ansias vehementes,
comprimida esperaba el gran suceso:
mudó el mar sus menguantes y crecientes
soberbias, detenidas al exceso
singular del espanto jamás visto;
y servía con sordo pasmo a Cristo.
  Los cuatro vientos en sus hondas cuevas,
como apretada esponja en fuerte mano,
pedían oprimidos fuerzas nuevas,
dejando sin su aliento el verde llano:
y el fuego helado daba ilustres pruebas
de temor y obediencia al Dios humano,
y el sol, sin luz mirándose, temía

que en muriendo su Dios él moriría:
Cuando llegó la Muerte de sagrada
estola revestida, y de admirable
y santo resplandor y luz bañada;
y al mismo Dios, con ser quien es, amable;
pero humilde llegó, y arrodillada,
y pidiendo a la Vida inconmutable
licencia para entrar, y recibida,
al Hombre Dios entró y quitó la vida.
Así murió diciendo, «¡oh Padre mío!
en tus manos mi espíritu encomiendo!»
y con tan grande fuerza y tanto brío,
voz tan alta, y gemido tan tremendo,
que mostró bien su eterno señorío
sobre la propia Muerte, así muriendo;
y el alma despidió, y dejó suave
la cabeza inclinada al pecho grave.

EL ARTE DE LA PINTURA

(Pablo de Céspedes)

Pintura del caballo

Muchos hay que la fama ilustre y nombre
por estudio más alto ennobleciera
con obras famosísimas, do el hombre
explica el artificio y la manera;
sólo el caballo les dará renombre
y gloria en la presente y venidera
edad, pasando del dibujo esquivo
a descubrirnos cuanto muestra el vivo.
Que parezca en el aire y movimiento
la generosa raza do ha venido,
salga con altivez y atrevimiento
vivo en la vista, en la cerviz erguido;

estribe firme el brazo en duro asiento
con el pie resonante y atrevido;
animoso, insolente, libre, ufano,
sin temor al horror de estruendo vano.
Brioso el alto cuello y enarcado,
con la cabeza descarnada y viva;
llenas las cuencas, ancho y dilatado
el bello espacio de la frente altiva;
breve el vientre rollizo, no pesado,
ni caído de lados, y que aviva
los ojos eminentes; las orejas
altas sin derramarlas, y parejas.
Bulla hinchado el fervoroso pecho
con los músculos fuertes y carnosos;
hondo el canal dividirá derecho
los gruesos cuartos, limpios y hermosos;
llena el anca y crecida, largo el trecho
de la cola, y cabellos desdeñosos,
ancho el hueso del brazo y descarnado,
el casco negro, liso y acopado.
Parezca que desdeña ser postrero,
si acaso caminando, ignota puente,
se le pone al encuentro, y delantero
precede a todo el escuadrón siguiente;
seguro, osado, denodado y fiero
no dude de arrojarse a la corriente
raudal, que con las ondas retorcidas
resuena en las riberas combatidas.
Si de lejos alarma dió el aliento
ronco la tropa militar de Marte,
de repente estremece un movimiento
los miembros, sin parar en una parte;
crece el resuello, y recogido el viento,
por la abierta nariz ardiendo parte;
arroja por el cuello levantado
el cerdoso cabello al diestro lado.

LA MOSQUEA

(Villaviciosa)

Batalla de las moscas y hormigas

Mas ya los truenos con su grito avisan
a mis sentidos que la chusma llega,
y unos con otros los contrarios pisan,
dando principio a la sin par refriega;
ya acelerados los caballos pisan,
y la vista del cielo el polvo niega,
y ya en los altos y profundos centros
retumban los intrépidos encuentros.

Resuena el grito en el altivo polo
que tanta gente desde el suelo envía;
túrbase entonces la región de Eolo
con tan súbita y grande vocería:
entre nubes de polvo el claro Apolo
metió su cara, obscureciendo el día,
y al són de las trompetas y tambores
la tierra se espantó con mil temblores.

Parten a darse los primeros botes
de las lanzas los fuertes caballeros,
cercano ya por los veloces trotes
de sus caballos bravos y ligeros:
llegan, diciéndose injuriosos motes;
y para herirse los caudillos fieros
en los estribos con furor se plantan,
y airados de la silla se levantan.

Mézclanse con los unos los contrarios,
y todos juntos con furor se pegan
golpes tan sin piedad y temerarios,
que los ecos sin duda al polo llegan:
los unos y otros con lamentos varios
de los adversos ímpetus reniegan,

y al cielo vuela, y desde el suelo sube
de las quebradas lanzas una nube.

Ya los caballos el rigor no sienten
de la dorada espuela o acicate,
y sólo sirve de que allí revienten
cuando el ijar cansado se les bate:
ya los fieros soldados no consienten
que dure más el bélico combate,
cuando no sufre el cuerpo la acerada
malla, ni el brazo la sangrienta espada. .

Como los galgos que la lengua estiran,
y con la fuerza del cansancio anhelan
que aunque la liebre por los campos miran,
no la persiguen ni tras ella vuelan,
entre la sombra y matas se retiran,
y aunque en los vientos nuevo rastro huelan,
la fatiga sus miembros embaraza,
sin que se trevan a seguir la caza;

rinde a la fiera gente la fatiga,
y se apodera de sus fuerzas antes
que lo sujete y rinda la enemiga
espada de contrarios arrogantes:
no se ve hormiga que a la mosca siga,
ni chinche que las balas penetrantes
tire al mosquito, ni caballo o yegua
que no disponga a sus carreras tregua.

Entierran las hormigas sus difuntos
dándoles en el campo sepultura,
y cuentan los minutos y los puntos
con que pasando va la noche obscura:
pártense los cansados todos juntos,
mientras de su sosiego el tiempo dura,
a gozar de las treguas y entre tanto
descansan de la guerra y yo del canto.

POESIA DRAMATICA

Egloga

(Juan del Encina)

Beneito: ¡Oh triste de mí, cuitado,
Lacerado!
Noramala acá nascí;
¡Qué será triste de mí,
Desdichado!

. . . .

Bras: ¡Desde cuándo te tomó
Tu accidente!
Beneito: Desde que primeramente
una nueva se sonó.
E tal nueva discutir
Es morir .
Yo siempre llanteo e cramo;
Que se sueña que nuestramo
Se quiere a las Francias ir.
Bras: Eso yo lo oí decir
Por muy cierto,
Antes mucho de mes muerto,
E que el marzo ha de partir.
Beneito: Dime, Bras, ¿qué sentiremos
Si lo vemos
Que se parte o que nos deja?
Cuando un poco que se aleja
Ya creemos
Que del todo nos perdemos.

. . . .

. . . .

Bras: Pues que vienes del mercado,
Tú me da
De las nuevas que hay allá.
Pedro: Miefé, dicen que estará,
Si a Dios praz,
Ya Castilla e Francia en paz,
Que ninguna guerra habrá.
Beneito: ¿No habrá guerra? di, mozuelo,
Di, Pedruelo.

. . . .

Bras: . . . .
Ven, Lloriente, cantaremos.
Lloriente: Que me praz
Beneito: Roguemos a Dios por paz.
Lloriente: Miefé, Beneito, roguemos.

Villancico

Roguemos a Dios por paz,
Pues de él sólo se espera,
Quél es la paz verdadera.
El que viene desde el cielo
A ser la paz en la tierra,
El quiere ser desta guerra
Nuestra paz en este suelo.
El nos dé paz e consuelo,
Pues que dél sólo se espera,
Quél es la paz verdadera.

. . . .

Si guerras forzadas son,
El nos dé tanta ganancia
Que a la flor de lis de Francia
La venza nuestro león;
Mas por justa petición
Pidámosle paz entera,
Quél es la paz verdadera.

LAS ACEITUNAS

(Lope de Rueda)

Personas

Toruvio, *simple viejo*
Agueda de Toruégano, *su mujer*
Mencigüela, *su hija*
Aloja, *vecino*

Toruvio.—¡Válame Dios, y qué tempestad ha hecho desd'el resquebrajo del monte acá, que no parescía sino qu'el cielo se quería hundir y las nubes venir abajo! Pues decí agora qué os terná aparejado de comer la señora de mi mujer, así mala rabia la mate. ¿Oíslo? mochacha, Mencigüela! Sí, todos duermen en Zamora. Agueda de Toruégano, ¿oislo?

Menciguela.—¡Jesús, padre, ¿y habéisnos de quebrar las puertas?

. . . .

Toruvio.—Vengo hecho una sopa d'agua. Mujer, por vida vuestra que me deis algo que cenar.

Agueda.—¿Yo qué diablos os tengo de dar, si no tengo cosa ninguna?

Menciguela.—¡Jesús padre, y qué mojada venía aquella leña!

Toruvio.—Sí, después dirá tu madre qu'es el alba.

Agueda.—Corre, mochacha, aldrézale un par de huevos para que cene tu padre, y hazle luego la cama: y os aseguro marido, que nunca se os acordó de plantar aquel renuevo de aceitunas que rogué que plantásedes.

Toruvio.—¿Pues en qué me he detenido sino en plantalle como me rogaste?

Agueda.—Calla, marido, ¿y adónde lo plantaste?

Toruvio.—Allí junto a la higuera breval, adonde si se os acuerda os di un beso.

Menciguela.—Padre, bien puede entrar a cenar, que ya está adrezado todo.

Agueda.—Marido, ¿no sabéis qué he pensado? Que aquel renuevo de aceitunas que plantastes hoy, que de aquí a seis o siete años llevará cuatro o cinco hanegas de aceitunas, y que poniendo plantas acá y plantas acullá, de aquí a veinte y cinco o treinta años ternéis un olivar hecho y derecho.

Toruvio.—Eso ès la verdad, mujer, que no puede dejar de ser lindo.

Agueda.—Mirá, marido, ¿sabéis qué he pensado? Que yo cogeré el aceituna, y vos la acarrearéis con el asnillo, y Mencigüela la venderá en la

plaza; y mira, mochacha, que te mando que no las des menos el celemín de a dos reales castellanos.

Toruvio.—¿Cómo a dos reales castellanos? No veis qu'es cargo de conciencia, y nos llevará el amotacén cad'al día la pena? que basta pedir a catorce o quince dineros por celemín.

Agueda.—Callad, marido, que es el veduño de la casta de los de Córdoba.

Toruvio.—Pues aunque sea de la casta de los de Córdoba, basta pedir lo que tengo dicho.

Agueda.—Hora no me quebréis la cabeza; mira, mochacha, que te mando que no las des menos el celemín de a dos reales castellanos.

Toruvio.—¿Cómo a dos reales castellanos? Ven acá, mochacha, ¿a cómo has de pedir?

Menciguela.—A como quisiéredes, padre.

Toruvio.—A catorce o quince dineros.

Menciguella.—Así lo haré, padre.

Agueda.—¿Cómo así lo haré, padre? Ven acá, mochacha, ¿a cómo has de pedir?

Menciguela.—A como mandáredes, madre.

Agueda.—A dos reales castellanos.

Toruvio.—¿Cómo a dos reales castellanos? Y'os prometo que si no hacéis lo que y'os mando, que os tengo de dar más de doscientos correonazos. ¿A cómo has de pedir?

Menciguela.—A como decís vos padre.

Toruvio.—A catorce o quince dineros.

Menciguela.—Así lo haré padre.

Agueda.—¿Cómo así lo haré padre? Tomá, tomá, hacé lo que y'os mando.

Toruvio.—Dejad la mochacha.

Menciguela.—¡Ay madre! ¡ay padre! que me mata.

Aloja.—¿Qu'es esto, vecinos? ¿Por qué maltratáis ansí la mochacha?

Agueda.—¡Ay señor! este mal hombre que me quiere dar las cosas a menos precio, y quiere echar a perder mi casa: unas aceitunas que son como nueces.

Toruvio.—Yo juro a los huesos de mi linaje, que no son ni aun como piñones.

Agueda.—Sí son.

Toruvio.—No son.

Aloja.—Hora, señora vecina, haceme tamaño placer que os entréis allá dentro, que yo lo averiguaré todo.

Agueda.—Averigue, o póngase todo del quebranto.

Aloja.—Señor vecino, ¿qué son de las aceitunas? Sacaldas acá fuera, que yo las compraré aunque sean veinte hanegas.

Toruvio.—Qué, no señor, que no es d'esa manera que vuesa merced se piensa, que no están las aceitunas aquí en casa, sino en la heredad.

Aloja.—Pues traeldas aquí, que y'os las comparé todas al precio que justo fuere.

Menciguela.—A dos reales quiere mi madre que se vendan el celemín.

Aloja.—Cara cosa es ésa.

Toruvio.—¿No le paresce a vuesa merced?

Menciguela.—Y mi padre a quince dineros.

Aloja.—Tenga yo una muestra dellas.

Toruvio.—Válame Dios, señor, vuesa merced no me quiere entender. Hoy he yo plantado un renuevo de aceitunas, y dice mi mujer que de aquí a seis o siete años llevará cuatro o cinco hanegas de aceitunas, y qu'ella la cogería, y que yo la acarrease, y la mochacha la vendiese, y que a fuerza de drecho había de pedir a dos reales por cada celemín; yo que no, y ella que sí, y sobre esto ha sido la quistión.

Aloja.—¡Oh qué graciosa quistión! Nunca tal se ha visto: las aceitunas no están plantadas, ¿y ha llevado la mochacha tarea sobre ellas?

Menciguela.—¿Qué le paresce, señor?

Toruvio.—No llores, rapaza: la mochacha, señor, es como un oro. Hora andad, hija, y ponedme la mesa, que y'os prometo de hacer un sayuelo de las primeras aceitunas que se vendieren.

Aloja.—Hora, andad, vecino, entraos allá dentro, y tené paz con vuestra mujer.

Toruvio.—A Dios, señor.

Aloja.—Hora por cierto, qué cosas vemos en esta vida, que ponen espanto. Las aceitunas no están plantadas y ya las habemos visto reñidas.

EL MEJOR ALCALDE EL REY

(Lope de Vega)

Acto III.—Escena XVIII

El Rey, El Conde, Don Enrique, Sancho, Don Tello, Feliciana, Nuño y villanos detrás de la verja

Don Tello (Al Rey) ¿Sois por dicha, hidalgo, vos
El alcalde de Castilla
Que me busca?
Rey: ¿Es maravilla?
Don Tello: Y no pequeña, por Dios,
Si sabéis quién soy aquí.
Rey: Pues ¡qué diferencia tiene
Del Rey, quien en nombre viene
Suyo?
Don Tello: Mucha contra mí.
Y vos ¿adónde traéis
La vara?
Rey: En la vaina está,
De donde presto saldrá,
Y lo que pasa veréis.
Don Tello: ¿Vara en la vaina? ¡Oh qué bien!
No debéis de conocerme.
Si el Rey no viene a prenderme
No hay en todo el mundo quién.
Rey: Pues yo soy el Rey, villano.
Pelayo: ¡Santo Domingo de Silos!
Don Tello: Pues, Señor, tales estilos
Tiene el poder castellano!
¡Vos mismo! ¡Vos en persona!
Que me perdonéis os ruego.
Rey: Quitadle las armas luego.
(*Desarman a Don Tello. Nuño y los villanos pasan la verja*).

Villano, por mi corona
Que os he de hacer respetar
Las cartas del Rey.
Feliciana: Señor.
Que cese tanto rigor
Os ruego.
Rey: No hay que rogar.
Venga luego la mujer
Deste pobre labrador.
(*Váse un criado*)
Don Tello: No fué su mujer, Señor.
Rey: Basta que lo quiso ser.
Y ¿no está su padre aquí.
Que ante mí se ha querellado?
Don Tello (Ap) Mi justa muerte ha llegado.
A Dios y al Rey ofendí.

Escena XIX

Elvira—Dichos

Elvira: Luego que tu nombre
Oyeron mis quejas,
Castellano Alfonso,
Que a España gobiernas,
Salí de la cárcel
Donde estaba presa,
A pedir justicia
A tu clemencia.
. . . .

. . . .
Viviré llorando
Pues no es bien que tenga
Contento mi gusto

Quien sin honra queda.
Sólo soy dichosa
En que pedir pueda
Al mejor alcalde
Que gobierna y reina,
Justicia y piedad
De maldad tan fiera.
Esta pido, Alfonso,
A tus pies que besan
Mis humildes labios.

. . . .

Rey: Pésame de llegar tarde;
Llegar a tiempo quisiera
Que pudiera remediar
De Sancho y Nuño las quejas,
Pero puedo hacer justicia
Cortándole la cabeza
A Tello: venga el verdugo.
Feliciana: Señor, tu real clemencia
Tenga piedad de mi hermano.
Rey: Cuando esta causa no hubiera,
El desprecio de mi carta,
Mi firma, mi propia letra,
¿No era bastante delito?
Hoy veré yo tu soberbia,
Don Tello, puesta a mis pies.

. . . .

Da, Tello, a Elvira la mano
Para que pagues la ofensa
Con ser su esposo; y después
Que te corten la cabeza.
Podrá casarse con Sancho,
Con la mitad de tu hacienda
En dote. —Y vos, Feliciana,
Seréis dama de la Reina
En tanto que os doy marido
Conforme a vuestra nobleza.

LA ESTRELA DE SEVILLA

(Lope de Vega)

ACTO II.—SALÓN DEL ALCAZAR

ESCENA XI.—D. SANCHO. EL REY

D. SANCHO.— Vuestra alteza a mis dos labios
les conceda los dos pies.
REY.— Alzad; que os hiciera agravios.
Alzad.
D. SANCHO.— Señor...
REY (*aparte*).— Galán es.
D. SANCHO.— No es mucho que yo, Señor,
me turbe, no siendo aquí
retórico ni orador.
REY.— Pues decid, ¿qué veis en mí?
D. SANCHO.— La majestad y el valor.
Y al fin una imagen veo
de Díos, pues le imita el Rey;
y después de él, en vos creo.
A vuestra cesárea ley,
gran Señor, aquí me empleo.
REY.— ¿Cómo estáis?
D. SANCHO.— Nunca me he visto
tan honrado como estoy.
REY.— Pues aficionado os soy,
por prudente y por bien quisto.
Porque estaréis con cuidado,
codicioso de saber
para lo que os he llamado,
decíroslo quiero, y ver
que en vos tengo un gran soldado.
—A mí me importa matar
en secreto a un hombre, y quiero
este caso confiar

sólo de vos; que os prefiero
a todos los del lugar.

D. SANCHO.— ¿Está culpado?

REY.— Sí está.

D. SANCHO.— Pues ¿cómo muerte en secreto
a un culpado se le da?
Poner su muerte en efeto
públicamente podrá
vuestra justicia, sin dalle
muerte en secreto; que así
vos os culpáis en culpalle,
pues dais a entender que aquí
sin culpa mandáis matalle.
Si ese hombre os ha ofendido
en leve culpa, Señor,
que le perdonéis os pido.

REY.— Para su procurador,
Sancho Ortíz, no habéis venido,
sino para dalle muerte;
y pues se la mando dar
escondiendo el brazo fuerte,
debe a mi honor importar
matarle de aquesta suerte.
¿Merece el que ha cometido
crimen laesae, muerte?

D. SANCHO.— En fuego.

REY.— ¿Y si *crimen laesae*, ha sido
el de este?...

D. SANCHO.— Que muera luego
a voces, Señor, os pido;
y si es así, la daré,
Señor, a mi mismo hermano,
y en nada repararé.

REY.— Dadme esa palabra y mano.

D. SANCHO.— Y en ella el alma y la fe.

REY.— Hallándole descuidado
puedes matarle.

D. SANCHO.— ¡Señor!

Siendo Roela y soldado,
¿me quieres hacer traidor?
¡Yo muerte en caso pensado!
Cuerpo a cuerpo he de matallo,
donde Sevilla lo vea,
en la plaza o en la calle;
que al que mata y no pelea,
nadie puede disculpalle;
y gana más el que muere
a traición, que el que lo mata;
y el vivo con cuantos trata
su alevosía refiere.

REY — Matadle como queráis;
que este papel para abono
de mí firmado llevláis,
en que consta que os perdono
cualquier delito que hagáis,
referido. (*Dale el papel*)

D. SANCHO.— Dice así:
(*Lee*) «Al que ese papel advierte,
«Sancho Ortíz, luego por mí
«y en mi nombre dadle muerte,
«que yo por vos salgo aquí;
«y si os halláis en aprieto,
«por este papel firmado
«sacaros dél os prometo—
«*Yo el Rey*».—Estoy admirado
de que tampoco conceto
tenga de mí vuestra Alteza.
¡Yo cédula! ¡Yo papel!
¡Qué! Más en vos que no en él
confía aquí mi nobleza.
Si vuestras palabras cobran
valor que los montes labra,
y ellas cuanto dicen obran,
dándome aquí la palabra,
Señor, los papeles sobran.
Rompedlo, porque sin él

la muerte le solicita
mejor, Señor, que con él;
que en parte desacredita
vuestra palabra el papel. (*Rómpele*)
Sin papel, Señor, aquí
nos obligamos los dos,
y prometemos así,
yo de vengaros a vos,
y vos de librarme a mí.
Si es así, ya no hay que hacer
cédulas, que estorbo han sido:
yo os voy luego a obedecer;
y sólo por premio os pido
para esposa la mujer
que yo eligiere.

REY.— Aunque sea
rica-fembra de Castilla
os la concedo.

D. SANCHO.— Posea,
vuestro pie la alarbe silla;
el mar los castillos vea
gloriosos y dilatados...

REY.— Vuestros hechos excelentes,
Sancho, quedarán premiados,
en este papel va el nombre (*dale un papel*)
del hombre que ha de morir;
cuando lo abráis no os asombre;
mirad que he oído decir
en Sevilla que es muy hombre.

D. SANCHO.— Presto, Señor, lo sabremos.

REY.— Los dos, Sancho solamente
este secreto sabemos.
No hay que advertiros; prudente
sois vos: obrad, y callemos. (*Vase*).

ESCENA XIII.—D. SANCHO

Buscar a Busto quiero;
que entre deseos y esperanzas muero.

Mas con el miedo y gusto
me olvidaba del Rey, y no era justo.
Ya está el papel abierto;
quiero saber quién ha de ser el muerto.
(*Lee*) «Al que muerte habéis de dar
es, Sancho, a Busto Tabera».
—¡Válgame Dios! ¡Qué esto quiera!
¡Tras una suerte un azar!...
Miraré si dice así...
Pero yo no lo leyera
si el papel no lo dijera.
Quiérole otra vez mirar.
(*Lee*) «Al que muerte habéis de dar
es, Sancho, a Busto Tabera».
¡Perdido soy! ¿Qué he de hacer?
Que al Rey la palabra he dado...
Después de tanto cuidado
a su hermana he de perder...
Sancho Ortíz, no puede ser.
Viva Busto.—Mas no es justo
que al honor contraste el gusto:
muera Busto, Busto muera.—
Mas detente, mano fiera;
viva Busto, viva Busto.
—Mas no puedo con mi honor
cumplir si a mi amor acudo;
mas ¿quién resistirse pudo
a la fuerza del amor?
Morir me será mejor,
o ausentarme, de manera
que sirva al Rey, y él no muera.
Mas quiero al Rey agradar.
(*Lee*) «Al que muerte habéis de dar
es, Sancho, a Busto Tabera».
¿Si le mata por Estrella
el Rey, que servilla trata?...
Sí, por Estrella le mata:
pues no muera aquí por ella.

Ofendelle y defendella
quiero.—Mas soy caballero,
y no he de hacer lo que quiero,
sino lo que debo hacer.
Pues ¿qué debo obedecer?
La ley que fuere primero.
Mas no hay ley que aquesto obligue.
Mas sí hay; que aunque injusto el Rey,
es obedecerle ley,
a él después Dios le castigue.
Mi loco amor se mitigue;
que aunque me cueste disgusto,
acudir al Rey es justo:
Busto muera, Busto muera,
pues ya no hay quien decir quiera:
«viva Busto, viva Busto».
Perdóname, Estrella hermosa;
que no es pequeño castigo
perderte y ser tu enemigo.
¿Qué he de hacer? ¿Puedo otra cosa?

Escena XIX.—Sala en casa de Busto

Dos alcaldes mayores con gente que trae el cadáver de Busto

Dichos

Estrella.— Pero... ¿qué es esto?
D. Pedro.— Los desastres y desdichas
se hicieron para los hombres;
que es mar de llanto esta vida.
El señor Busto Tabera
es muerto.
Estrella.— ¡Suerte enemiga!
D. Pedro.— El consuelo que aquí os queda,
es que está el fiero homicida,
Sancho Ortíz de las Roelas,

preso, y dél se hará justicia
mañana sin falta...
ESTRELLA.— Dejadme, gente enemiga;
que en vuestras lenguas traés
de los infiernos las iras.
¡Mi hermano es muerto, y le ha muerto
Sancho Ortíz! ¿Hay quién lo diga?
¿Hay quien lo escuche y no muera?
Piedra soy, pues estoy viva.
¡Ay riguroso día!
Esta, amigos, ha sido estrella mía,
. . . .

LA BARQUILLA

(Lope de Vega)

Pobre barquilla mía
entre peñascos rota,
sin velas desvelada,
y entre las olas sola;
¿a dónde vas perdida?
¿a dónde, dí, te engolfas?
que no hay deseos cuerdos
con esperanzas locas.
Como las altas naves,
te apartas animosa
de la vecina tierra
y al fiero mar te arrojas.
Igual en las fortunas,
mayor en las congojas,
pequeña en las defensas,
incitas a las ondas.
Advierte que te llevan
a dar entre las rocas
de la soberbia envidia,
naufragio de las honras.
Cuando por las riberas
andabas costa a costa,
nunca del mar temiste
las iras procelosas;
segura navegabas;
que por la tierra propia
nunca el peligro es mucho
a donde el agua es poca.
Verdad es que en la patria
no es la virtud dichosa;
ni se estimó la perla
hasta dejar la concha.
Dirás que muchas barcas,
con el favor en popa,
saliendo desdichadas,
volvieron venturosas.
No mires los ejemplos
de las que van y tornan,

que a muchas ha perdido
la dicha de las otras.
Para los altos mares
no llevas cautelosa
ni velas de mentiras,
ni remos de lisonjas:
¿quién te engañó, barquilla?
vuelve, vuelve la proa,
que presumir de nave
fortunas ocasiona...
No quieras que yo sea
por tu soberbia pompa,
faetonte de barqueros,
que los laureles lloran.
Pasaron ya los tiempos,
cuando lamiendo rosas,
el céfiro bullía
y suspiraba aromas.
Ya fieros huracanes
tan arrogantes soplan,
que salpicando estrellas,
del sol la frente mojan...

Romance de Navidad

(Lope de Vega)

Repastaban sus ganados
A las espaldas de un monte
De la torre de Belén
Los soñolientos pastores.

Alrededor de los troncos
De unos encendidos robles.
Que restallando a los aires
Daban claridad al bosque;

En los nudosos rediles
Las ovejuelas se encogen,
La escarcha en la hierba helada
Beben, pensando que comen.

No lejos, los lobos fieros
Con sus aullidos feroces
Desafían los mastines
Que adonde suenan responden.

Cuando las obscuras nubes
De sol coronado rompe
Un capitán celestial
De sus ejércitos nobles.

Atónitos se derriban
De sí mismos los pastores
Y por la lumbre las manos
Sobre los ojos se ponen.

Los perros alzan las frentes,
Y las ovejuelas corren,
Unas por otras turbadas
Con balidos desconformes.

Cuando el nuncio soberano
Las plumas de oro descoge,
Y enamorando los aires
Les dice tales razones:

«Gloria a Dios en las alturas,
Paz en la tierra a los hombres;
Dios ha nacido en Belén
En esta dichosa noche.

Nació de una pura Virgen:
Buscadle, pues sabéis dónde
Que en sus brazos le hallaréis
Envuelto en mantillas pobres».

Dijo y las celestes aves
En un aplauso conformes,
Acompañando su vuelo
Dieron al aire colores.

Los pastores convocando
Con dulces y alegres sones
Toda la tierra, derriban
Palmas y laureles nobles.

Ramos en las manos llevan
Y coronados de flores,
Por la nieve forman sendas
Cantando alegres canciones.

Llegan al portal dichoso
Y aunque juntos le coronen
Racimos de serafines
Quieren que laurel le adorne.

La pura y hermosa Virgen
Hallan diciéndole amores
Al Niño recién nacido
Que Hombre y Dios tiene por nombre

El santo viejo los lleva
Adonde los pies le adoren
Que por las cortas mantillas
Los mostraba el Niño entonces.

Todos lloran de placer;
Pero ¿Qué mucho que lloren
Lágrimas de gloria y pena
Si llora el Sol por dos soles?

El Santo Niño los mira,
Y para que se enamoren
Se ríe en medio del llanto
Y ellos le ofrecen sus dones.

Alma, ofrecedle los vuestros;
Y porque el Niño los tome,
Sabed que se envuelve bien
En telas de corazones.

A LA VIRGEN MARÍA

(Lope de Vega)

Zagala divina,
Bella labradora,
Boca de rubíes,
Ojos de paloma,
Santísima Virgen,
Soberana aurora,
Arco de los cielos,
Y del sol corona,
Tantas cosas cuentan
Sagradas historias,
De vuestra hermosura,
Que el alma me roban:
Que tenéis del cielo,
Morena graciosa,
La puerta en el pecho,
La llave en la boca.
Vuestras gracias me cuentan
Zagala hermosa;

Mientras más me dicen,
Más me enamoran.
Dícenme que sois
De las tres Personas
El trono divino
En que asisten todas;
Que ya el Padre eterno
Hija suya os nombra,
El hijo su Madre
Y el Amor su esposa;
Que ya el vellocino
De la tierra sombra,
Lloviendo las nubes,
De perlas se borda;
Que tenéis guardada
En vos rica joya
Que de Dios el pecho
Dignamente adorna.
Vuestras gracias, etc.
Que tenéis la cara
Como cuando llora
Sobre blancos lirios
La mañana aljófar;
Que sois nieve pura,
Sobre quien deshojan
Purpúreos claveles
O encarnadas rosas.
Yo no sé quién sirve
Hermosuras locas,
Flores de la tierra
Que la muerte corta,
Y deja de amaros,
Divina Señora,
A cuya belleza
La luna se postra.
Vuestras gracias, etc.
Cuéntanme que al Templo
Fuisteis, Niña hermosa,
Cuyas quince gradas
Las subisteis sola;
Que en él ofrecisteis,
Para tanta gloria,
Casta vida y alma,
Palabras y obras;
Que, aunque sois casada,
La misma victoria
Tendréis hoy que antes
Y después que ahora;
Seréis madre y virgen,
Porque os hizo sombra
El Amor divino,
De quien sois esposa.
Vuestras gracias me cuentan,
Zagala hermosa;
Mientras más me dicen,
Más me enamoran.

Sonetos

(Lope de Vega)

¿Qué tengo yo que mi amistad procuras?
¿Qué interés se te sigue, Jesús mío,
Que a mi puerta cubierto de rocío
Pasas las noches del invierno oscuras?

¡Oh cuánto fueron mis entrañas duras,
Pues no te abrí! ¡qué extraño desvarío
Si de mi ingratitud el hielo frío
Pasmó las llagas de tus plantas puras!
¡Cuántas veces mi ángel me decía:
«Alma, asómate ahora a la ventana,
Verás con cuánto amor llamar porfía».
Y cuántas, Hermosura soberana,
«Mañana le abriremos», respondía,
Para lo mismo responder mañana!

***

Daba sustento a un pajarillo un día
Lucinda, y, por los hierros del portillo,
Fuése de la jaula el pajarillo
Al libre viento en que vivir solía.
Con un suspiro a la ocasión tardía
Tendió la mano, y no pudiendo asillo,
Dijo, y de sus mejillas amarillo
Volvió el clavel que entre su nieve ardía:
«¿A dónde vas por despreciar el nido
Al peligro de ligas y de balas,
Y el dueño huyes que tu pico adora?»
Oyóla el pajarillo enternecido,
Y a la antigua prisión volvió las alas:
Que tanto puede una mujer que llora.

***

Un soneto me manda hacer Violante,
Que en mi vida me he visto en tal aprieto;
Catorce versos dicen que es soneto,
Burla, burlando van los tres delante.
Yo pensé que no hallara consonante
Y estoy a la mitad de otro cuarteto;
Mas si me veo en el primer terceto,
No hay cosa en los cuartetos que me espante.

Por el primer terceto voy entrando,
Y aun parece que entré con pie derecho,
Pues fin con este verso le voy dando.
Ya estoy en el segundo, y aun sospecho
Que estoy los trece versos acabando:
Contad si son catorce, y está hecho.

LA VERDAD SOSPECHOSA

(Juan Ruiz de Alarcón)

ACTO I.—ESCENA II

DON BELTRÁN.—EL LETRADO

LETRADO.— ....
—De mi señor don García
todas las acciones tienen
cierto acento, en que convienen
con su alta ganealogía.
Es magnánimo y valiente,
es sagaz e ingenioso,
es liberal y piadoso;
si repentino, impaciente.
Mas una falta no más
es la que le he conocido,
que por más que le he reñido
no se ha enmendado jamás.
D. BELTRÁN.— ¿Cosa que a su calidad
será dañosa en Madrid?
LETRADO.— Puede ser.
D. BELTRÁN.— ¿Cuál es? Decid.
LETRADO.— No decir siempre verdad.
D. BELTRÁN... ¡Jesús, qué cosa tan fea
en hombre de obligación!
LETRADO.— Yo pienso que o condición
o mala costumbre sea.

Con la mucha autoridad
que con él tenéis, señor,
junto con que ès ya mayor
su cordura con la edad,
ese vicio perderá.

D. BELTRÁN.— Si la vara no ha podido
en tiempo que tierna ha sido
enderezarse, ¿qué hará
siendo ya tronco robusto?

LETRADO.— En Salamanca, señor,
son mozos, gastan humor,
sigue cada cual su gusto:
hacen donaire del vicio,
gala de la travesura,
grandeza de la locura,
hace al fin la edad su oficio.
Mas en la corte mejor
su enmienda esperar podemos,
donde tan validas vemos
làs escuelas del honor.

D. BELTRÁN.— Casi me mueve a reir
ver cuán ignorante está
de la corte. ¿Luego acá
no hay quién le enseñe a mentir?
En la corte, aunque haya sido
un extremo don García,
hay quien le dé cada día
mil mentiras de partido.
Y si aquí miente el que está
en un puesto levantado
en cosa que al engañado
la hacienda u honor le va,
¿no es mayor inconveniente
quien por espejo está puesto
al reino? Dejemos esto;
que me voy a maldiciente.
Como el toro a quien tiró
la vara una diestra mano,

arremete al más cercano
sin mirar a quien le hirió;
así yo, con el dolor
que esta nueva me ha causado,
en quien primero he encontrado
ejecuté mi furor...
Mentir. ¡Qué cosa tan fea!
¡Qué opuesta a mi natural!...
(*Al letrado*). Yo quedo muy satisfecho
de su buen celo y cuidado,
y me confieso obligado
del bien que en esto me ha hecho.
¿Cuándo ha de partir?

LETRADO.— Querría
luego.

D. BELTRÁN.— ¿No descansará
algún tiempo, y gozará
de la corte?

LETRADO.— Dicha mía
fuera quedarme con vos;
pero mi oficio me espera.

D. BELTRÁN.— Ya entiendo: volar quisiera
porque va a mandar. Adiós. (*Vase*)

LETRADO.— Guárdeos Dios.—Dolor extraño
le dió al buen viejo la nueva.
Al fin, el más sabio lleva
agriamente un desengaño.

ACTO II.—ESCENA V

DON BELTRÁN. TRISTÁN

D. BELTRÁN (*apar.*).—¡Que tan sin gusto me tenga
lo que su ayo me dijo!
¿Has andado con García,
Tristán?

TRISTÁN.— Señor, todo el día.

D. BELTRÁN.— Sin mirar en que es mi hijo,

si es que el ánimo fiel
que siempre en tu pecho he hallado
agora no te ha faltado,
me di lo que sientes dél.

TRISTÁN.— ¿Qué puedo yo haber sentido
en un término tan breve?

D. BELTRÁN.— Tu lengua es quien no se atreve;
que el tiempo bastante ha sido,
y más a tu entendimiento.
Dímelo, por vida mía,
sin lisonja.

TRISTÁN.— Don García,
mi señor, a lo que siento...
que he de decirte verdad,
pues que tu vida has jurado...

D. BELTRÁN.— Desa suerte has obligado
siempre a mí tu voluntad.

TRISTÁN.— Tiene un ingenio excelente
con pensamientos sutiles;
mas caprichos juveniles
con arrogancia imprudente.
De Salamanca rebosa
la leche, y tiene en sus labios
los contagiosos resabios
de aquella caterva moza:
aquel hablar arrojado,
mentir sin recato y modo,
aquel jactarse de todo,
y hacerse en todo extremado.
Hoy en término de una hora
echó cinco o seis mentiras.

D. BELTRÁN.— ¡Válgame Dios!

TRISTÁN.— ¿Qué te admiras?
Pues lo peor falta agora;
que son tales, que podrá
cogerle en ellas cualquiera.

D. BELTRÁN.— ¡Ay Dios!

TRISTÁN.— Yo no te dijera

lo que tal pena te da,
a no ser de ti forzado.
D. BELTRÁN.— Tu fe conozco y tu amor.
TRISTÁN.— A tu prudencia, señor,
advertir será excusado
el riesgo que correr puedo
si esto sabe don García,
mi señor.
D. BELTRÁN.— De mí, confía;
pierde, Tristán, todo el miedo.
Manda luego aderezar
los caballos.

ESCENA IX.—DON BELTRÁN. DON GARCÍA

D. BELTRÁN.— ¿Qué os parece?
D. GARCÍA.— Que animal
no vi mejor en mi vida.
D. BELTRÁN.— ¡Linda bestia!
D. GARCÍA.— Corregida
de espíritu racional.
¡Qué contento y bizarría!
D. BELTRÁN.— Vuestro hermano don Gabriel,
que perdone Dios, en él
todo su gusto tenía.
D. GARCÍA.— Ya que convida, señor,
de Atocha la soledad,
declara tu voluntad.
D. BELTRÁN.— Mi pena diréis mejor.
¿Sois caballero, García?
D. GARCÍA.— Téngome por hijo vuestro.
D. BELTRÁN.— ¿Y basta ser hijo mío
para ser vos caballero?
D. GARCÍA.— Yo pienso, señor, que sí.
D. BELTRÁN.— ¡Qué engañado pensamiento!
Sólo consiste en obrar
como caballero, el serlo.
¿Quién dió principio a las casas

nobles? Los ilustres hechos
de sus primeros autores.
Sin mirar sus nacimientos,
hazañas de hombres humildes
honraron sus herederos.
Luego en obrar mal o bien
está el ser malo o bueno.
¿Es así?

D. GARCÍA.— Que las hazañas
den nobleza, no lo niego;
mas no neguéis que sin ellas
también la da el nacimiento.

D. BELTRÁN.— Pues si honor puede ganar
quién nació sin él, ¿no es cierto
que por el contrario puede
quien con él nació perderlo?

D. GARCÍA.— Es verdad.

D. BELTRÁN.— Luego si vos
obráis afrentosos hechos,
aunque seáis hijo mío,
dejáis de ser caballero;
luego si vuestras costumbres
os infaman en el pueblo,
no importan paternas armas,
no sirven altos abuelos.
¿Qué cosa es que la fama
diga a mis oídos mesmos
que en Salamanca admiraron
vuestras mentiras y enredos?
¡Qué caballero y qué nada!
Si afrenta al noble plebeyo
sólo el decirle que miente,
decid ¿qué será el hacerlo?
Si vivo sin honra yo,
según los humanos fueros,
mientras de aquel que me dijo
que mentía no me vengo,
¿tan larga tenéis la espada,

tan duro tenéis el pecho,
que pensáis poder vengaros,
diciéndolo todo un pueblo?
¿Posible es que tenga un hombre
tan humildes pensamientos,
que viva sujeto al vicio
mas sin gusto y sin provecho?
Obliga a los codiciosos
el poder que da el dinero;
el gusto de los manjares
al glotón; el pasatiempo
y el cebo de la ganancia
a los que cursan el juego;
su venganza al homicida,
al robador su remedio,
la fama y la presunción
al que es por la espalda inquieto:
todos los vicios al fin,
o dan gusto o dan provecho;
mas de mentir, ¿qué se saca
sino infamia y menosprecio?

D. García.— Quien dice que miento yo,
ha mentido.

D. Beltrán.— También eso
es mentir; que aun desmentir
no sabéis, sino mintiendo.

D. García.— Pues si dáis en no creerme...

D. Beltrán.— ¿No seré necio si creo
que vos decís verdad sólo,
y miente el lugar entero?
Lo que importa es desmentir
esta fama con los hechos,
pensar que este es otro mundo,
hablar poco y verdadero.
Mirad que estáis a la vista
de un rey tan santo y perfecto,
que vuestros yerros no pueden
hallar disculpa en sus yerros;

que tratáis aquí con grandes
títulos y caballeros,
que si os saben la flaqueza
os perderán el respeto;
que tenéis barba en el rostro,
que al lado ceñís acero,
que nacisteis noble, al fin,
y que yo soy padre vuestro.
Y no he de deciros más;
que esta sofrenada espero
que baste para quien tiene
calidad y entendimiento.

DEL REY ABAJO, NINGUNO

(Francisco de Rojas Zorrilla)

Jornada I.—Escena VII

Rey. Don García

D. García.— Más precio entre aquellos cerros
salir a la primer luz.
prevenido el arcabuz,
y que levanten mis perros
una banda de perdices,
y codicioso en la empresa,
seguirlas por la dehesa
con esperanzas felices
de verlas caer al suelo:
y cuando son a los ojos
pardas nubes con pies rojos,
batir sus alas al vuelo,
y derribar esparcidas
tres o cuatro: y anhelando
mirar mis perros buscando
las que cayeron heridas,
con mi voz, que los provoca;
y traer las que palpitan

a mis manos, que las quitan
sin disgusto de su boca:
levantarlas, ver por dónde
entró entre la pluma el plomo
volverme a mi casa, como
suele de la guerra el conde
a Toledo, vencedor;
pelarlas dentro en mi casa,
perdigarlas en la brasa,
y puestas al asador,
con seis dedos de un pernil,
que a cuatro vueltas o tres
pastilla de lumbre es,
y canela del Brasil;
y entregárselo a Teresa,
que con vinagre, su aceite,
y pimienta, sin afeite,
las pone en mi limpia mesa,
donde en servicio de Dios,
una yo, y otra mi esposa,
nos comemos: que no hay cosa
como a dos perdices, dos:
y levantando una presa,
dársela a Teresa, más
porque tenga envidia Bras
que por dársela a Teresa;
y arrojar a mis sabuesos
el esqueleto roído,
y oír por tono el crujido
de los dientes y los huesos;
y en el cristal transparente
brindar, y con mano franca
hacer la razón mi Blanca
con el cristal de una fuente;
levantar la mesa, dando
gracias a quien nos envía
el sustento cada día,
varias cosas platicando:

que aquesto es el Castañar,
que más estimo, señor,
que cuanta hacienda y honor
los reyes me pueden dar.

REY.— Pues ¿cómo al rey ofrecéis
ir en persona a la guerra
si amáis tanto vuestra tierra?

. . . .

Pues, concluída la guerra
¿no os quedaréis en palacio?

D. GARCÍA.— Vívese aquí más despacio;
es más segura esta tierra.

REY.— Posible es que os ofrezca
el Rey lugar soberano.

D. GARCÍA.— ¿Y es bien que le dé a un villano
el lugar que otro merezca?

REY.— Elegir el Rey amigo
es distributiva ley:
bien puede.

D. GARCÍA.— Aunque puede el Rey,
no lo acabará conmigo;
que es peligrosa amistad,
y sé que no me conviene;
que a quien ama, es el que tiene
más poca seguridad:
que por acá siempre he oído
que vive más arriesgado
el hombre del Rey amado,
que quien es aborrecido;
porque el uno se confía,
y el otro se guarda de él.
Tuve yo un padre muy fiel,
que muchas veces decía,
dándome buenos consejos,
que tenía certidumbre
que era el Rey como la lumbre,
que calentaba de lejos,
y desde cerca quemaba.

REY.— También dicen más de dos
que suele hacer, como Dios,
del lodo que se pisaba
un hombre ilustrado, a quien
le venere el más bizarro.
D. GARCÍA.— Muchos le han hecho de barro,
y le han deshecho también.
REY.— Sería el hombre imperfecto.
D. GARCÍA.— Sea imperfecto o no sea:
el Rey, a quien no desea,
¿qué puede darle en efecto?
REY.— Daráos premios.
D. GARCÍA.— Y castigos.
REY.— Daráos gobierno
D. GARCÍA.— Y cuidados.
REY.— Daráos bienes.
D. GARCÍA.— Envidiados.
REY.— Daráos favor.
D. GARCÍA.— Y enemigos.
Y no os tenéis que cansar;
que yo sé no me conviene,
ni daré por cuanto tiene,
un dedo del Castañar;
esto, sin que un punto ofenda
a sus reales resplandores.
Mas lo que importa, señores,
es prevenir la merienda.

NO HAY AMIGO PARA AMIGO

(Rojas Zorrilla)

JORNADA III.—ESCENA I

DON LOPE.—MOSCÓN

D. LOPE.— Ya estamos solos, Moscón.
¿A qué a solas me has llamado,
todo el semblante turbado
y confusa la razón?

¿Qué traes? ¿Qué te ha sucedido?
¿Qué quieres con tus pasiones?
MOSCÓN.— Que me escuche dos razones
cuatro dedos del oído.
D. LOPE.— Dí.
MOSCÓN.— Preguntarle es forzoso (*aparte*)
si es duelo mi bofetada.
Señor, el caso no es nada,
mas yo soy escrupuloso.
No es nada.
D. LOPE.— Pues ¿qué te paras?
dilo y olvida esos miedos.
MOSCÓN.— Con no más de cinco dedos
me han dado en toda la cara.
D. LOPE.— ¡Eso sufriste! Oye, espera.
Más es que lo escuche yo.
¿Quién te dio, y cómo te dio?
MOSCÓN.— Señor, de aquesta manera. (*Va a darle*).
D. LOPE.— Quita, pícaro, bufón;
y tan deshonrado ¡estar,
cuando me ves enojar,
de chanza en esta ocasión!
¿No te corres de decirlo?
MOSCÓN.— Tiempo hay; yo me correré.
D. LOPE.— Pues dime: ¿sobre qué fué?
MOSCÓN.— ¿Sobre qué? Sobre un carrillo.
D. LOPE.— Oye: ¿qué es lo que te dió?
¿Fué puñada o bofetada?
MOSCÓN.— ¡Oh! Si me diera puñada,
no se lo sufriera yo.
D. LOPE.— Eso era menos.
MOSCÓN.— No sé.
Cuál de los dos es mejor.
D. LOPE.— A mano abierta es peor.
MOSCÓN.— Pues de esa manera fué.
D. LOPE.— ¿Qué aqueso un hombre consiente?
Pues aquí ¿qué hay que dudar?
¿Sonó al llegártela a dar?

MOSCÓN.— Lo que es sonar bravamente.
D. LOPE.— Pues si tú tu agravio infieres,
y ya tu deshonra ves,
estando a solas ¿cuál es
lo que preguntarme quieres?
MOSCÓN.— Señor, el golpe supuesto,
y supuesto el bofetón,
saber quiero en conclusión...
D. LOPE.— Dilo.
MOSCÓN.— Si quedé bien puesto.
D. LOPE.— ¡Que esta razón llegue a oírle!
¿Quién tal ignorancia vió?
Cuando el bofetón te dió
¿qué hiciste tú?
MOSCÓN.— Recibirle.
D. LOPE.— En fin, no te satisfizo.
Cuando el bofetón te dió
¿te hizo cara?
MOSCÓN.— Cara no,
porque antes me la deshizo.
D. LOPE.— ¡Que esa ofensa en ti no labre
indignar la espada airada!
MOSCÓN.— Dice el miedo: *A esotra espada,*
que esta vaina no se abre.
D. LOPE.— Buscar quiero otro criado,
supuesto lo que te pasa:
que no ha de estar en mi casa
hombre que está deshonrado.
MOSCÓN.— ¿Qué medio hay entre los dos?
D. LOPE.— Morir noble y temerario.
MOSCÓN.— Pues págueme mi salario
y quédese usted con Dios.
D. LOPE.— ¿De suerte, Moscón, de suerte
que cuando agraviado estás,
aún valor no mostrarás
de vengarte con su muerte?
MOSCÓN.— Luego ¿con su muerte gana
lo que perdió mi opinión?

D. Lope.— Así habrá satisfacción.
Moscón.— ¡Hablarais para mañana!
Lo que me habéis advertido
llega a mi honor a importarle.
¿Hay más que decir *matarle*,
y hubiéralo yo entendido?
Ahora, don Lope, pues,
coraje y valor me sobra;
a él; manos a la obra:
buen corazón.
D. Lope.— Eso es:
ya el agravio te despierta.
Moscón.— A matarle voy derecho.
D. Lope.— Hasta volver satisfecho,
no me entres por esa puerta.
Moscón.— Vos veréis lo que yo hiciere.
D. Lope.— Qué, ¿has de darle muerte? espera.
Moscón.— No está más que en que él se muera
del golpe que yo le diere.
Pregunto, pues sabéis de esto:
si por valor o por suerte
él me diera a mí la muerte,
¿cual quedará mejor puesto?
D. Lope.— Tú, Moscón. Vete con Dios,
y de tu venganza trata.
Moscón.— Pues por Dios que si me mata,
que me he de quejar de vos.
Ahora decidme, señor:
¿será bueno en este aprieto
llevar un famoso peto
hecho a prueba de doctor?
D. Lope.— Corazón y manos, loco,
son las que dan opinión.
Moscón.— No la dará el corazón,
pero las manos tampoco.
D. Lope.— Vete.
Moscón.— Voyme. Mi dolor
a darle muerte me inclina.

¡Quién supiera medicina
para matarle mejor!

ESCENA XI.—MOSCÓN (*sale con un rosario*)

No es nada: el señor Moscón,
porque sepan lo que pasa,
está ya en campaña rasa
a cumplir su obligación.
Enviéle un bravo papel
a Fernandillo esta tarde,
para que en San Blas me aguarde,
y un reto tendido en él.
Rezar por él es forzoso,
pues su muerte es evidente:
un hombre ha de ser valiente,
pero ha de ser muy piadoso.
El morirá malogrado
y perdonarle quisiera,
porque esta fué la primera
bofetada que había dado;
pero según la asentaba
en la parte que caía,
me pareció a mí que había
mil años que abofeteaba.
Mas déjenme que me espante
de un disparate profundo:
¡Que haya quien riña en el mundo
sin una tabla delante!
Demos, que a las hojas llego;
demos también, que me dan.
¿Por qué parte me darán
que no haya responso luego?
Ello hay heridas mortales
en todas las ocasiones:
el hígado, los riñones,
los muslos, los atabales,
un corazón, dos tetillas,

sienes, ojos, paladar,
y en el arca del cenar
treinta varas de morcillas.
Una garganta vacía,
todo un estómago abierto...
¿Y con ser esto tan cierto,
hay quien riña cada día?
mas ¿qué hago de discurrir,
cuando es mejor animarme?
Ahora bien: quiero ensayarme
cómo tengo de reñir.
La espada quiero sacar. (*Saca la espada*).
He aquí que estoy esperando;
he aquí que llega Fernando,
y yo lo veo llegar.
—De esta manera, traidor,
pagarás la bofetada.
—No se la doy yo prestada.
—Pues ¿cómo?—Dada, señor,
a satisfacer me arrojo
el duelo que en mí se halla. (*Riñe solo*).
¡Bravo! ¡Valor!—Riñe y calla.
¡Toma, villano!—¡Ay mi ojo!
—Pídote que me perdones.
—El otro ojo has de perder.
—Sin dos ojos ¿qué he de hacer?
—Irte a rezar oraciones.
Digo que no hay que pedir,
ni que estarte arrodillando.
¡Muere, cobarde Fernando!

ESCENA XII.—MOSCÓN Y FERNANDO

FERNANDO (*sale*).—¿Quién es el que ha de morir?
MOSCÓN (*ap.*).—¡A qué mal tiempo ha llegado!
FERNANDO.— ¿Qué era aquesto?
MOSCÓN.— Señor, nada
FERNANDO.— Pues ¿por qué envaina la espada?

MOSCÓN.— Porque esto ya está acabado.
FERNANDO.— ¿Con quién la pendencia fué?
¿Con quién riñó el mentecato?
MOSCÓN.— Si no llegas tú, le mato.
FERNANDO.— ¿Quién era el hombre?
MOSCÓN.— No sé.
Mas una cosa le digo,
que riñó con valentía.
(*ap.*) ¡Oh cómo es gran bizarría
alabar al enemigo!
FERNANDO.— Ea, pues, ya yo he llegado
a reñir por su papel.
MOSCÓN.— ¿A quién dice usted?
FERNANDO.— A él.
MOSCÓN.— Mire usted que viene errado.
FERNANDO.— Saque, pues, la espada ahora,
y en sangre su acero tiña.
MOSCÓN.— ¿Dos veces quiere que riña
en un solo cuarto de hora?
FERNANDO.— El un papel me escribió;
bien claro está: vele aquí. (*Saca un papel*).
MOSCÓN.— Pues ¿qué me faltara a mí
si hiciera esta letra yo?
FERNANDO.— Léalo: ¡que aquesto veo!
MOSCÓN.— Pues ¿qué es lo que quiere ver?
FERNANDO.— Ea, ¿no empieza a leer?
MOSCÓN.— Que me place: ya lo leo. (*Lee el papel*).
«Malas lenguas me han dicho que vuesa merced me ha dado un bofetón; yo no lo puedo creer de su cortesía; mas ¿quién podrá cerrar la boca al vulgo, si no es que vuesa merced con su dadivosa mano se la tape? Díceme mi amo, que si no es dándole de palos, o sacándole sangre, no cumplo con mi obligación. A los palos no me atrevo; porque me parece dificultoso: sacarle sangre no es fácil. Y aunque reñir en campaña tiene el mismo inconveniente, le suplico a vuesa merced me haga merced de estar esta tarde a las tres

en la cuesta de San Blas, y perdonarme estos enfados, donde ruego a Dios le dé buen suceso, que yo espero en él y después en mí, que sí dará.—*Su mayor amigo, Moscón*».

FERNANDO.— ¿Qué no es suyo?
MOSCÓN.— Señor, no.
FERNANDO.— Pues cuyo sea no sé.
MOSCÓN.— Verdad es que le noté,
pero no le escribí yo.
FERNANDO.— Sin duda que está borracho.
¿No le toca a él reñir?
MOSCÓN.— No;
Un muchacho le escribió:
riña usted con el muchacho.
FERNANDO.— ¡Que tenta tanto sosiego!
Estos le da mi impaciencia. (*Dale de palos*).
MOSCÓN.— No; si no, sí.
FERNANDO.— En fin, es gallina aquí. (*Vase*).
MOSCÓN.— Y en principio lo fuí yo.
Hoy eternizo mi nombre
con esta primera hazaña.
Si no saliera a campaña,
¿qué dijera de mí este hombre?
Ya estáis con honra, Moscón:
ya podéis decir y hacer:
ahora he echado de ver
lo que importa el corazón.

EL BURLADOR DE SEVILLA

(Tirso de Molina)

JORNADA III.—ESCENA XI

. . . .

DON JUAN.— La puerta
ya está cerrada; ya estoy
aguardando: dí, ¿que quiéres,

sombra, o fantasma o visión?
Si andas en pena, o si aguardas
alguna satisfacción
para tu remedio, dílo.
Que mi palabra te doy
de hacer lo que me ordenares.
¿Estás gozando de Dios?
¿Díte la muerte en pecado?
Habla que suspenso estoy.
(*Habla bajo como cosa del otro mundo*).

DON GONZALO.— ¿Cumplirásme una palabra
como caballero?

DON JUAN.— Honor
tengo, y las palabras cumplo,
pues que caballero soy.

DON GONZALO.— Dame esa mano, no temas.

DON JUAN... ¿Eso dices? ¿Yo temor?
Si fueras el mismo infierno,
la mano te diera yo.
(*Dále la mano*).

DON GONZALO.— Bajo esta palabra y mano,
mañana a las diez estoy
para cenar aguardando:
¿irás?

DON JUAN.— Empresa mayor
entendí que me pedías;
mañana tu huésped soy.
¿Dónde he de ir?

DON GONZALO.— A mi capilla.

DON JUAN.— ¿Iré solo?

DON GONZALO.— No, los dos.
Y cúmpleme la palabra,
como la he cumplido yo.

DON JUAN.— Digo que la cumpliré,
que soy Tenorio.

DON GONZALO.— Yo soy
Ulloa.

DON JUAN.— Yo iré sin falta.

DON GONZALO.—Y yo lo creo, adiós.
(*Va a la puerta*).
DON JUAN.— Aguarda, iré alumbrado.
DON GONZALO.—No alumbres, que en gracia estoy.
. . . .

ESCENA XVI

DON JUAN, CATALINÓN, DON GONZALO

DON JUAN.— ¿Quién va?
DON GONZALO.— Yo soy
CATALINÓN.— ¡Muerto estoy!
DON GONZALO.— El muerto soy, no te espantes;
no entendí que me cumplieras
la palabra, según haces
de todos burla.
DON JUAN.— ¿Me tienes
en opinión de cobarde?
DON GONZALO.—Sí, que aquella noche huíste
de mí, cuando me mataste.
DON JUAN.— Huí de ser conocido;
mas ya me tienes delante,
dí presto lo que me quieres.
DON GONZALO.— Quiero a cenar convidarte
. . . .

. . . .
DON JUAN.— Ya he cenado, haz que levanten
la mesa.
DON GONZALO.—Dame esa mano,
no temas, la mano dame.
DON JUAN.— ¿Eso dices? ¿Yo temor?
Que me abraso, no me abrases
con tu fuego.
DON GONZALO.— Este es poco
para el fuego que buscaste;
las maravillas de Dios
son, don Juan, investigables;

y si quieres que tus culpas
a manos de muerto pagues,
y si pagas de esta suerte,
esta es justicia de Dios,
quien tal hace que tal pague.

DON JUAN.— Que me abraso, no me aprietes;
con la daga he de matarte.
Mas ¡ay! que me canso en vano
de tirar golpes al aire.
A tu hija no ofendí,
que vió mis engaños antes.

DON GONZALO.— No importa, que ya pusiste
tu intento.

DON JUAN.— Deja que llame
quien me confiese y absuelva.

DON GONZALO.— No hay lugar, ya acuerdas tarde,

DON JUAN.— Que me quemo, que me abraso,
muerto soy.

(*Cae muerto*).

CATALINÓN.— No hay quién se escape,
que aquí tengo de morir
también por acompañarte.

DON GONZALO.— Esta es justicia de Dios,
quien tal hace, que tal pague.

(*Húndese el sepulcro con Don Juan y Don Gonzalo, y sale Catalinón arrastrando*).

LA PRUDENCIA DE LA MUJER

(Tirso de Molina)

ACTO III.—ESCENA PRIMERA

DON JUAN. ISMAEL

D. JUAN.— De reinar tengo esperanza
con traidora o fiel acción;
mas no juzgo por traición
lo que una corona alcanza.

Reine yo, Ismael, por ti,
y venga lo que viniere.

ISMAEL.— Si el niño Fernando muere,
cuya vida estriba en mí,
no hay quien te haga competencia.

D. JUAN.— De viruelas malo está;
fácil de cumplir será
mi deseo, si a tu ciencia
juntas el mucho provecho
que de hacer lo que te pido
se te sigue.

ISMAEL.— Agradecido
a tu real y noble pecho
quiero ser, porque esperanza
tengo que en viéndote rey,
has de amparar nuestra ley.
Hebreo soy; la venganza
de Vespasiano y de Tito,
que asoló a Jerusalén,
y el templo santo también,
causando oprobio infinito
a toda nuestra nación,
nos hace andar desterrados,
de todos menospreciados,
siendo burla y irrisión
del mundo, que desvarío
quiere que mi ley se llame,
sin que haya quien por infame
no tenga el nombre judío.
Mas si palabra me das,
en viéndote rey, de hacer
mi nación ennoblecer,
y que podamos de hoy más
tener cargos generosos,
entrar en ayuntamientos,
comprar varas, regimientos,
y otros títulos honrosos;
quitándole al Rey la vida,

te pondrás la corona hoy.
Su protomédico soy;
la muerte llevo escondida
en este término breve;
(*Saca un vaso de plata*)

con que si te satisfago,
diré que el Rey en un trago
su reino y muerte se bebe.
A un sueño mortal provoca,
donde con facilidad,
de la sombra a la verdad,
y al corazón de la boca
viendo el veneno correr
llamar de la muerte puedes
los médicos Ganimedes,
pues que la dan a beber.

D. JUAN.— Ismael, no pongas duda
que si por ti rey me veo,
satisfaré tu deseo,
y medrarás con mi ayuda.
Los de tu nación serán
de ilustre y famoso nombre
haréte mi rico hombre,
tu privanza envidiarán
cuantos desprecian tu vida.
Enferma Castilla está;
pues su médico eres ya,
purga con esa bebida
la enfermedad que la daña.
Su cabeza es un infante
pequeño, siendo gigante
mi reino, el mayor de España.
Monstruosidad es que intente
un cuerpo de tal grandeza
tener tan chica cabeza,
y que el gobierno imprudente
de una mujer el valor

regir de Castilla quiera.
Púrgala, porque no muera
deste pestilente humor;
que con premios excesivos
la cura te pagaré.

ISMAEL.— Haciéndote rey, pondré
a Castilla defensivos,
que del loco frenesí
de una mujer la aseguren,
por más que ingratos procuren
ser, Infante, contra ti.
Véte con Dios; que aquí llevo
tu ventura recetada.

D. JUAN.— Una traición coronada
no afrenta. El proverbio apruebo
de César, cuya ambición
es bastante a autorizar
mi intento, pues por reinar
lícita es cualquier traición. (*Vase*).

ESCENA II.—ISMAEL

Pues honra y provecho gano
en matar a un niño rey,
y estima tanto mi ley
a quien da muerte a un cristiano,
¿qué dudo que no ejecuto
del infame la esperanza,
de mi nación la venganza
y destos reinos el luto?
La purga le voy a dar.
¿De que tembláis, miedo frío?
Mas no fuera yo judío,
a no temer y temblar.
Alas pone el interés
al ánimo; mas ¿qué importa,
si el temor las plumas corta,
y grillos pone a los pies?

Pero ¿qué hay que recetar
cuando mi sangre acredito,
y más no siendo delito
en médicos el matar?
Antes honra su persona
quien más mata; y es de suerte,
que se llama cual la muerte,
la que a nadie no perdona.
El niño Rey está aquí;
que beba su muerte trato.

(*Al querer entrar en el aposento del Rey, repara en el retrato de la Reina, que está sobre la puerta*)

Mas ¡cielos! ¿no es el retrato
este de su madre? Sí.
No sin causa me acobarda
la traición que juzgo incierta,
pues puso el Rey a su puerta
su misma madre por guarda.
¡Vive Dios que estoy temblando
de miralla, aunque pintada!
¿No parece que enojada,
muda me está amenazando?
¿No parece que en los ojos
forja rayos enemigos,
que amenazan mis castigos
y autorizan sus enojos?
No me miréis, Reina, airada.
Si Don Juan, que es vuestro primo,
y en quien estriba el arrimo
del Rey, prenda vuestra amada,
es contra su mismo rey;
¿qué mucho que yo lo sea,
viniendo de sangre hebrea,
y profesando otra ley?
No es mi traición tan culpada:
tened la ira vengativa

¡Qué hiciérades a estar viva,
pues que me asombráis pintada!
Mas ¿para qué doy lugar
a cobardes desvaríos?
Ea, recelos judíos,
pues es mi oficio matar,
muera el Rey, y hágase cierta
la dicha que me animó...

(*Al querer entrar cae el retrato, y tápale la puerta*)

Pero el retrato cayó,
y me ha cerrado la puerta.
Dichoso el vulgo ha llamado
al judío, Reina hermosa;
mas no hay más infeliz cosa
que un judío desdichado.
Y pues tanto yo lo he sido,
riesgo corro manifiesto
si no huyo de aquí...

(*Quiere huir por la otra puerta, sale la Reina, detiénele, y él se turba*)

ESCENA III.—LA REINA. ISMAEL

REINA.— ¿Qué es esto?
¿De que estáis descolorido?
Volved acá. ¿Adónde vais?
¿De qué es el desasosiego?
ISMAEL.— Volveré, señora, luego.
REINA.— Esperad. ¿De qué os turbáis?
ISMAEL.— ¿Yo turbarme?
REINA.— No es por bueno.
¿Qué lleváis en ese vaso?
ISMAEL.— ¿Quién? ¿yo?
REINA.— Detened el paso.
ISMAEL.— Quien dijere que es veneno,

y que al Rey nuestro señor
no soy leal...

REINA.— ¿Cómo es eso?

ISMAEL.— Que estoy turbado confieso,
pero no que soy traidor.

REINA.— Pues aquí ¿quién os acusa?

ISMAEL (*aparte*).—Mi misma traición será.

REINA.— Culpado, Ismael, está
quien sin ocasión se excusa.

ISMAEL.— El Infante es el ingrato;
que yo no le satisfice;
y si el retrato lo dice,
engañaráse el retrato.
Que aunque el paso me cerró,
cuando a purgar al Rey vengo,
yo, Reina, ¿qué culpa tengo,
si el retrato se cayó?
Don Juan, el infante, sí,
que con aquesta bebida
me manda quitar la vida
al tierno Rey que ofendí...
Digo, que ofendió el Infante,

REINA.— En fin, vuestra turbación
confesó vuestra traición;
no paséis más adelante.
¿Es la purga de Fernando
esa?

ISMAEL.— Gran señora, sí;
y sí he de decir aquí
la verdad... ¿Qué estoy dudando...?
El deseo de reinar
con Don Juan tanto ha podido,
que ciego me ha persuadido
que llegue la muerte a dar
al niño Rey; y el temor
de que no me castigase
me obligó que le jurase
ser a su Alteza traidor.

Afirméle que este vaso
iba con la purga lleno
de un instantáneo veneno;
pero no haga dello caso
Vuestra Alteza; que es mentira
con que pretendí engañalle
no más que por sosegalle,
y dar lugar a la ira.
Y pues del título infame
me he librado de traidor,
juzgo agora por mejor
que la purga se derrame;
que otra medicina habrá
que le haga al Rey más al caso.

(*Quiere derramarla y tiénele la Reina*

REINA.— Tened la mano y el vaso;
que pues mi Fernando está
para purgarse dispuesto,
no es bien perder la ocasión
por una falsa opinión
que en mala fama os ha puesto.
Conozco vuestra virtud;
médico habéis siempre sido
sabio, fiel y agradecido.
Asegurar la salud
del Rey y vuestra inocencia
haciendo la salva agora
a esa purga.

ISMAEL.— Gran señora,
no estoy, con vuestra licencia,
dispuesto a purgarme yo,
ni tengo la enfermedad
del rey Fernando, y su edad.

REINA.— ¿Qué no estáis enfermo?

ISMAEL.— No.

REINA.— No importa; vuestra virtud

desmienta agora este agravio;
en salud se sangra el sabio;
purgaréisos en salud.
Tiene muy malos humores
el reino desconcertado,
y por remedio he tomado
el purgalle de traidores.
A vos no puede dañaros.

ISMAEL.— Es muy recia, y no osaré
tomarla, señora, en pie.

REINA.— Pues buen remedio, asentaros.

ISMAEL.— A vuestros pies me derribo,
no permitáis tal rigor.

REINA.— Bebedla; que haré dotor,
atenacearos vivo.
El infante Don Juan es
noble, leal y cristiano,
sin resabios de tirano,
sin sospechas de interés;
de la nación más ruin
vos que el sol mira y calienta,
del mundo oprobio y afrenta,
infame judío, en fin:
¿Cuál mentirá de los dos?
¿O cómo creeré que hay ley
para no matar su rey
en quien dió muerte a su Dios?
Sed vuestro verdugo fiero,
e imitad por este estilo
el toro que hizo Perilo,
estrechándole él primero.
Bebed: ¿qué esperáis?

ISMAEL.— Señora,
si el confesar mi traición
no basta a alcanzar perdón
baste el ser vos...

REINA.— Bebe agora,
o escoged salir mañana

desnudo, y a un carro atado
a vista del vulgo airado,
y vuestra nación tirana,
por las calles y las plazas
dando a la venganza temas,
y vuestras carnes blasfemas
al fuego y a las tenazas

ISMAEL.— Si he de morir en efeto,
en este trance confuso,
la pública afrenta excuso
por el castigo secreto.
Quien contra su rey se atreve
es digno de aqueste pago.
Muerte, bien os llaman trago,
pues sois purga que se bebe.
Pero la que receté
a costa de tantas vidas
en julepes y bebidas,
por el talión pagaré.
Aunque en ser tantas advierto,
que para que no me igualen,
a media gota no salen
los infinitos que he muerto. (*Bebe*).
Ya mis espíritus truecan
el ser vital que desatan.
Si los que curando matan
pagaran por donde pecan,
dieran menos que ganar
a los curas desde hoy.
El primer médico soy
que castigan por matar.
Ya obra el veneno fiero;
ya se rematan mis días.
¡Favor, divino Mesías,
que vuestra venida espero!

(*Vase por la puerta del fondo, y cae muerto dentro*).

ESCENA IV.—LA REINA, DESPUÉS DON JUAN Y DON ENRIQUE

¡Vos lleváis buena esperanza!
Su bárbara muerte es cierta.
Quiero cerrar esta puerta;
que el ocultar mi venganza
ha de importar por agora.
¡Ay hijo del alma mía!
Aunque mataros porfía
quien no como yo os adora,
el cielo os está amparando;
mas pues sois ángel de Dios,
sed ángel de guarda vos
de vos mismo, mi Fernando.

D. JUAN.— Cuando supimos
su enfermedad, con temor
de alguna desgracia extraña
nos trujo a verle el amor
que le tenemos.

REINA.— De España
sois la lealtad y el valor.
Reposando mi hijo está:
si queréis que le despierte...

D. ENRIQUE.— No, señora.

D. JUAN (*aparte*).— Dormirá
en los brazos de la muerte,
si el veneno obrando va;
y asentándome en su silla
sosegará mi ambición.

REINA.— Don Enrique de Castilla,
murió en terrible ocasión
Don Pedro Ponce en Sevilla;
y pues era adelantado
de la frontera, y sin él
desamparada ha quedado,
que supláis la falta dél,
Infante, he determinado.

Adelantado sois ya:
partid a Córdoba luego,
que el moro soberbio está
combatiendo a sangre y fuego
a Jaén.

D. ENRIQUE.— Aunque me da
vuestra Alteza honra y provecho,
piden pagas los soldados
de la frontera. Eche un pecho
vuestra Alteza en los Estados;
que, al tesoro real deshecho,
no hay con que poder pagallos.

REINA.— Mercaderes y pecheros
conservan, por conservallos,
al Rey y a sus caballeros,
porque no hay rey sin vasallos;
viénenme todos con quejas
de que pobres los tenemos;
y aunque son costumbres viejas
tanto a esquilmarlas vendremos,
que se mueran las ovejas.

D. ENRIQUE.— Pues sin dineros, señora,
los soldados no pelean.

REINA.— Ni hay tampoco huerta agora,
por más fértil que la vean,
que dé fruto a cada hora.
Cada año una vez le echa:
no le pidáis cada instante,
que descansada aprovecha,
y los vasallos, Infante,
también tienen su cosecha.
Mi dote todo he gastado
defendiendo esta corona
y de mi hijo el Estado.
Vendí a Cuéllar y a Escalona,
sola Ecija me ha quedado;
pero véndase también.
y páguense los fronteros.

D. ENRIQUE.— Si el venderla le está bien
a vuestra Alteza, dineros
haré que luego me den
prestados de Andalucía,
con que sustentar un año
la frontera.

REINA.— Bien podía,
llamándome, Infante, a engaño,
culpar vuestra cortesía
y poca seguridad...

D. ENRIQUE.— Señora...

REINA.— Basta; ya estoy
cierta de vuestra lealtad.
Vuestra es Ecija desde hoy;
la frontera sustentad,
y haced que vuestra partida
sea luego.

D. ENRIQUE.— Si ha de compralla
otro...

REINA.— Ya estoy persuadida
que en nadie puedo emplealla
como en vos. Andad; no impida
vuestra ausencia la defensa
que Jaén ha menester.

D. ENRIQUE.— Beso tus pies. (*Vase*).

ESCENA VI.—LA REINA. DON JUAN. BENAVIDES

DON PEDRO. EL MAYORDOMO. EL MERCADER

REINA.— El Rey piensa
de Aragón que no ha de haber
castigo para su ofensa.
Partid, Benavides, vos;
que si descercáis a Soria,
dando salud al Rey Dios,
yo os seguiré, y la vitoria
vendrá a correr por los dos.

Dineros me pediréis
con que se pague la gente.

BENAVIDES.— Mientras con villas me veis
que empeñe o venda...

REINA.— El prudente
valor mostráis que tenéis.
Rico os quiero ver y honrado;
de vuestra lealtad me fío;
no es bien que estéis empeñado.
Aunque vendí el dote mío,
joyas, Don Juan, me han quedado,
Llévense a la platería.

BENAVIDES.— Muy mal, gran señora, trata
vuestra Alteza la fe mía.

REINA.— Con sólo un vaso de plata
he de quedarme este día.
Vajillas de Talavera
son limpias, y cuestan poco.
Mientras la codicia fiera
vuelve a algún vasallo loco,

(*Mira al infante Don Juan*).

pasaré desta manera.
Hacedlas todas dinero,
y a Benavides lo dad,
mayordomo.

MAYORDOMO.— Voy.

BENAVIDES.— Primero
que eso a vuestra Majestad
consienta, venderme quiero.

REINA.— Nunca la prudencia yerra.
Haced esto, mayordomo;
que mientras dure la guerra,
si en platos de tierra como,
no se destruirá mi tierra.
Procurad partiros luego,
y id con Dios.

BENAVIDES.— Iré corrido,
pues tan poco a valer llego,
que aun el ser agradecido
me niegan.
REINA.— Don Juan, no niego.
Aumentad vuestro caudal,
que sois vasallo de ley,
y no me estará a mí mal,
si es depósito del Rey
la hacienda del que es leal.

(*Vanse Benavides y el Mayordomo*)

ESCENA VII.—LA REINA. DON JUAN. DON PEDRO
EL MERCADER

REINA.— En Valladolid fabrico
las Huelgas, que para Dios
el más pobre estado es rico.
Sed su sobrestante vos
del templo que a Dios dedico,
Don Pedro, y estaré yo
contenta si por vos medra;
que Dios que el reino me dió,
sobre un Pedro, en vez de piedra,
nuestra iglesia edificó.
Id luego, y daréis señal
del valor que en vos se encierra,
y que cristiano y leal
mostráis en la paz y guerra
la sangre Caravajal.
(*Vase Don Pedro*).

ESCENA VIII.—LA REINA. DON JUAN. EL MERCADER

REINA.— ¿Falta más?
D. JUAN.— Señora, sí.
La gente de Extremadura

que da Portugal por mí.
Y la frontera asegura
de su rey, me escribe aquí
que ha un año que no recibe
pagas, y la desampara.
Que sin dinero no vive
el soldado...

REINA.— Es cosa clara.
Razón pide el que os escribe.
Ya no tengo que vender:
sólo un vaso me ha quedado
de plata para beber.
Mi patrimonio he empeñado;
mas buscadme un mercader,
que sobre una sola prenda
que me queda supla agora
esta falta con su hacienda.

MERCADER.— Cuanto yo tengo, señora,
aunque mujer y hijos venda,
está a serviros dispuesto.

REINA.— ¿Sois mercader?

MERCADER.— Segoviano.
Mi hacienda os doy, no os la presto;
que vuestro valor cristiano
es bien que me obligue a esto.

REINA.— En Segovia ya yo sé
que hay mercaderes leales,
de tanto caudal y fe,
que hacen edificios reales,
como en sus templos se ve.
Vuestras limosnas la han dado
una catedral iglesia,
que el nombre y fama ha borrado
con que la máquina efesia
su memoria ha celebrado.
Y siendo esto ansí, no hay duda
que quien a su Dios y ley
con tanta largueza ayuda,

al servicio de su rey
y honra de su patria acuda.
No quiero yo que me deis
de gracia ninguna cosa,
pues harto me serviréis
que sobre una prenda honrosa
cuento y medio me prestéis.
Estas tocas os empeño,

(*Va a quitársela*).

si es que estimáis el valor,
que reciben de su dueño.

MERCADER.— El tesoro que hay mayor
para tal joya es pequeño.
Gran Señora, no provoque
vuestra alteza mi humildad,
ni su cabeza destoque,
que no es mi felicidad
digna que tal prenda toque:
porque si Segovia alcanza
que a sus tocas el respeto
perdió mi poca confianza,
por avaro e indiscreto
de mí tomará venganza.
No me afrente vuestra alteza
cuando puede darme ser;
que una reina no es nobleza
que hable con un mercader,
descubierta la cabeza.

REINA.— Capitán, he leído yo,
que para pagar su gente,
cuando sin joyas se vió,
cortó la barba prudente
y a un mercader la empeñó.
Las tocas son, en efecto,
como la barba en el hombre,
de autoridad y respeto;
y ansí no es bien que os asombre

lo que veis, si sois discreto,
ni que murmuren las bocas
extranjeras, si lastiman
con lenguas libres y locas
a capitanes que estiman
(*Mira al infante Don Juan*).

más sus barbas que mis tocas.
Tomad, y a mi tesorero
daréis esa cantidad.

MERCADER.— Como reliquias las quiero
guardar de la santidad
de tal reina. (*Vase*)

ESCENA IX.—LA REINA. DON JUAN

D. JUAN (*aparte*).— Alegre espero
del Rey la agradable muerte.
¿Si habrá el veneno mortal
asegurado mi suerte?
¡Oh corona! ¡oh trono real!
¿Cuándo tengo de poseerte?

REINA.— Primo.

D. JUAN.— Señora.

REINA.— Bien sé
que desde que os redujistes
a vuestro rey, y volvistes
por vuestra lealtad y fe,
a saber que algún rico hombre
a su corona aspirara,
y darle muerte intentara
a costa de un traidor nombre,
que pusiérades por él
vida y hacienda.

D. JUAN.— Es ansí.
(¿Si dice aquesto por mí?) (*aparte*)
Creed de mi pecho fiel,
gran señora, que prefiero

la vida, el ser y el honor
por el Rey nuestro señor.
Pero el propósito espero
a que me habléis desa suerte.

REINA.— Solos estamos los dos:
fiarme quiero de vos.

D. JUAN (*aparte*).—Angustias siento de muerte.

REINA.— Sabed que un grande, y tan grande
como vos... —¿De qué os turbáis?

D. JUAN.— Témome que ocasionáis
que algún traidor se desmande
contra mí, y descomponerme
con vuestra Alteza procure.

REINA.— No hay contra vos quien murmure,
que el leal seguro duerme.
Digo, pues, que un grande intenta
(y por su honra el nombre callo)
subir a rey de vasallo,
y sus culpas acrecienta.
Quisiérale reducir
por algún medio discreto,
y porque tendréis secreto,
con vos le intento escribir;
que por querelle bien vos
mejor le reduciréis.

D. JUAN.— ¿Yo bien?

REINA.— Tan bien le queréis
como a vos mismo.

D. JUAN.— Por Dios
que el corazón me sacara
a mí mismo, si supiera
que en él tal traición cupiera.

REINA.— Eso, primo, es cosa clara;
que a no teneros por tal,
no os descubriera su pecho.
El mío está satisfecho
de si sois o no leal.
Aquí hay recado: escribid.

D. JUAN (*aparte*).—¿Qué enigmas, cielos, son éstas?
¡Ay, reino, lo que me cuestas!
REINA.— Tomad la pluma.
D. JUAN.— Decid.
REINA.— *Infante...*
D. JUAN.— Señora...
REINA.— Digo
que así, *Infante,* escribáis.
D. JUAN.— Si por *infante* empezáis,
claro está que habláis conmigo,
pues si Don Enrique no,
no hay en Castilla otro infante.
Algún privado arrogante
mi nobleza desdoró;
y mentirá el desleal
que me impute tal traición.
REINA.— ¿No hay infantes de Aragón,
de Navarra y Portugal?
¿De qué escribiros servía
estando juntos los dos?
Haced más caso de vos.
D. JUAN (*aparte*). ¡Qué traidor no desconfía!

(*Paseándose la Reina, va dictando, y Don Juan escribe*)

REINA.— *Infante: como un rey tiene*
dos ángeles en su guarda,
poco en saber quién es tarda
el que a hacelle traición viene.
Vuestra ambición se refrene;
que se acabará algún día
la noble paciencia mía;
y os cortará mi aspereza
esperanzas y cabeza.—
La reina doña María.
Leedme agora el papel;
que no es de importancia poca,
y por la parte que os toca,

advertid, Infante, en él.
(*Léele Don Juan*).

Cerralde y dalde después.
D. JUAN.— ¿A quién? Que sabello intento.
REINA.— El que está en ese aposento
os dirá para quién es. (*Vase*).

ESCENA X.—DON JUAN

«¡El que está en ese aposento
os dirá para quién es!»
Misterios me habla, después
que matar al Rey intento.
¡Escribe el papel conmigo,
y remite a otro el decirme
para quién es! Prevenirme
intenta con el castigo.
¿Si hay aquí gente cerrada,
para matarme en secreto?
Ea, temor indiscreto,
averiguad con la espada
la verdad desta sospecha

(*Saca la espada, abre la puerta del fondo y descubre al judío muerto con el vaso en la mano*).

¡Ay cielo! mi daño es cierto:
el doctor está aquí muerto
y la esperanza deshecha
que en su veneno estribó.
Todo la Reina lo sabe;
que en un vil pecho no cabe
el secreto. El le contó
la determinación loca
de mi intento depravado.
El veneno que ha quedado
he de aplicar a la boca. (*Toma el vaso*).

Pagaré ansí mi delito,
pues que colijo de aquí
que sois, papel, para mí,
siendo un muerto el sobrescrito,
si deste vano interés
duda vuestro pensamiento,
«el que está en este aposento,
os dirá para quién es».
Mudo dice que yo soy;
muerto está por desleal;
¡quién fué en la traición igual,
séalo en la muerte hoy!
Que por no ver la presencia
de quien ofendí otra vez,
a un tiempo verdugo y juez
he de ser de mi sentencia.

(*Quiere beber, sale la Reina, y quítale el vaso*).

ESCENA XI.—LA REINA. DON JUAN

REINA.— Primo, Infante, ¿estáis en vos?
Tened la bárbara mano.
¿Vos sois noble? ¿vos cristiano?
Don Juan, ¿vos teméis a Dios?
¿Qué frenesí, qué locura
os mueve a desesperaros?

D. JUAN.— Si no hay para aseguraros
satisfacción más segura
sino es con que muerto quede;
quiero ponerlo por obra,
que quien mala fama cobra,
tarde restauralla puede.

REINA.— Vos no la perdéis conmigo;
ni aunque desleal os llame
un hebreo vil e infame,
que no vale por testigo,

le he de dar crédito yo.
El fué quien dar muerte quiso
al Rey. Tuve dello aviso,
y aunque la culpa os echó,
ni sus engaños creí,
ni a vos, Don Juan, noble primo,
menos que antes os estimo.
El papel que os escribí,
es para daros noticia
de que en cualquier yerro o falta
ve mucho, por ser tan alta,
la vara de la justicia;
y lo que su honra daña
quien fieles amigos deja,
con traidores se aconseja,
y a ruines acompaña.
De la amistad de un judío
¿qué podía resultaros,
sino es, Infante, imputaros
tal traición, tal desvarío?
Escarmentad, primo, en él,
mientras que seguro os dejo;
y si estimáis mi consejo,
guardad mucho ese papel,
porque contra la ambición
sirva, si acaso os inquieta,
a la lealtad de receta,
de epítima al corazón;
que siendo contra el honor
la traición mortal veneno,
no hay antídoto tan bueno,
Infante, como el temor.

D. JUAN.— No tengo lengua, señora,
para ensalzar al presente
la prudencia que en vos...

REINA.— Gente
viene: dejad eso agora.

EL ALCALDE DE ZALAMEA

(Pedro Calderón de la Barca)

Patio o portal de la casa de Crespo

JORNADA I.—ESCENA VIII.—CRESPO, JUAN, EL SARGENTO

SARGENTO.— ¿Vive Pedro Crespo aquí?
CRESPO.— ¿Hay algo que usted le mande?
SARGENTO.— Traer a su casa la ropa
de don Alvaro de Ataide,
que es el capitán de aquesta
compañía, que esta tarde
se ha alojado en Zalamea.
CRESPO.— No digas más: esto baste:
que para servir a Dios,
y al Rey en sus capitanes,
está mi casa y mi hacienda.
Y en tanto que se le hace
el aposento, dejad
la ropa en aquella parte,
y id a decirle que venga
cuando su merced mandare
a que se sirva de todo,
SARGENTO.— El vendrá luego al instante. (*Vase*).

ESCENA IX.—CRESPO, JUAN

JUAN.— ¿Que quieras, siendo tan rico,
vivir a estos hospedajes
sujeto?
CRESPO.— Pues ¿cómo puedo
excusarlos ni excusarme?
JUAN.— Comprando una ejecutoria.
CRESPO.— Dime por tu vida, ¿hay alguien
que no sepa que yo soy,
si bien de limpio linaje,

hombre llano? No por cierto;
pues ¿qué gano yo en comprarle
una ejecutoria al Rey,
si no le compro la sangre?
¿Dirán entonces que soy
mejor que ahora? Es dislate,
pues ¿qué dirán? Que soy noble
por cinco o diez mil reales.
Y eso es dinero, y no es honra;
que honra no la compra nadie.
¿Quiéres, aunque sea trivial,
un ejemplillo escucharme?
Es calvo un hombre mil años,
y al cabo dellos se hace
una cabellera. Este
en opiniones vulgares,
¿deja de ser calvo? No,
pues que dicen al mirarle:
«¡Bien puesta la cabellera
trae fulano!» Pues ¿qüé hace,
si aunque no le vean la calva,
todos que la tiene saben?

JUAN.— Enmendar su vejación,
remediarse de su parte,
y redimir las molestias
del sol, del hielo y del aire.

CRESPO.— Yo no quiero honor postizo,
que el defecto ha de dejarme
en casa. Villanos fueron
mis abuelos y mis padres;
sean villanos mis hijos.

ESCENA XVIII.—CRESPO. DON LOPE

CRESPO.— Mil gracias, señor, os doy,
por la merced que me hicisteis,
de excusarme la ocasión
de perderme.

¿Cómo habíais,
decid, de perderos vos?

CRESPO.— Dando muerte a quien pensara
ni aún el agravio menor...

D. LOPE.— ¿Sabéis, vive Dios, que es
capitán?

CRESPO.— Sí, vive Dios;
y aunque fuera el general,
en tocando a mi opinión,
le matara.

D. LOPE.— A quien tocara,
ni aún al soldado menor,
solo un pelo de la ropa,
viven los cielos, que yo
le ahorcara.

CRESPO.— A quien se atreviera
a un átomo de mi honor,
viven los cielos también,
que también le ahorcara yo.

D. LOPE.— ¿Sabéis que estáis obligado
a sufrir, por ser quien sois,
estas cargas?

CRESPO.— Con mi hacienda:
pero con mi fama no.
Al Rey la hacienda y la vida
se ha de dar; pero el honor
es patrimonio del alma,
y el alma sólo es de Dios.

D. LOPE.— ¡Vive Cristo, que parece
que vais teniendo razón!

CRESPO.— Sí, vive Cristo, porque
siempre la he tenido yo...

JORNADA II.—ESCENA V

DON LOPE. CRESPO

CRESPO (*dentro*).—En este paso, que está
más fresco, poned la mesa

al señor don Lope. Aquí
os sabrá mejor la cena;
que al fin los días de Agosto
no tienen más recompensa
que sus noches.

D. LOPE.— Apacible
estancia en extremo es esta.

CRESPO.— Un pedazo es de jardín,
en que mi hija se divierta.
Sentaos; que el viento suave
que en las blandas hojas suena
destas parras y estas copas,
mil cláusulas lisonjeras
hace al compás desta fuente,
cítara de plata y perlas,
porque son en trastes de oro
las guijas templadas cuerdas.
Perdonad si de instrumentos
sólo la música suena,
sin cantores que os deleiten,
sin voces que os entretengan;
que como músicos son
los pájaros que gorjean,
no quieren cantar de noche,
ni yo puedo hacerles fuerza.
Sentaos, pues, y divertid
esa continua dolencia.

D. LOPE.— No podré; que es imposible
que divertimiento tenga.
¡Válgame Dios!

CRESPO.— Valga, amén.

D. LOPE.— Los cielos me den paciencia.
Sentaos, Crespo.

CRESPO.— Pues me dais licencia,
digo, señor, que obedezco,
aunque excusarlo pudierais. (*Siéntase*).

D. LOPE.— ¿No sabéis que he reparado?
que ayer la cólera vuestra

os debió de enajenar
de vos.

CRESPO.— Nunca me enajena
a mí de nada.

D. LOPE.— Pues
¿cómo ayer, sin que os dijera
que os sentarais, os sentasteis,
y aun en la silla primera?

CRESPO.— Porque no me lo dijisteis;
y hoy, que lo decís, quisiera
no hacerlo: la cortesía,
tenerla con quien la tenga.

D. LOPE.— Ayer todo erais reniegos,
porvidas, votos y pesias;
y hoy estáis más apacible,
con más gusto y más prudencia.

CRESPO.— Yo, señor, respondo siempre
en el tono y en la letra
que me hablan: ayer vos
así hablabais, y era fuerza
que fueran de un mismo tono
la pregunta y la respuesta.
Demás de que yo he tomado
por política discreta
jurar con aquel que jura,
rezar con aquel que reza.
A todo hago compañía;
y es aqueso de manera,
que en toda la noche pude
dormir, en la pierna vuestra
pensando, y amanecí
con dolor en ambas piernas;
que por no errar la que os duele,
si es la izquierda o la derecha,
me dolieron a mi entrambas.
Decidme por vida vuestra
cuál es, y sépalo yo,
porque una sola me duela.

D. LOPE.— ¿No tengo mucha razón
de quejarme, si ha ya treinta
años que asistiendo en Flandes
al servicio de la guerra,
el invierno con la escarcha,
el verano con la fuerza
del sol, nunca descansé,
y no he sabido que sea
estar sin dolor una hora?
CRESPO.— Dios, señor, os dé paciencia.
D. LOPE.— ¿Para qué la quiero yo?
CRESPO.— No os la dé.
D. LOPE.— Nunca acá venga,
sino que dos mil demonios
carguen conmigo y con ella.
CRESPO.— Amén, y si no lo hacen,
es por no hacer cosa buena.
D. LOPE.— ¡Jesús mil veces, Jesús!
CRESPO.— Con vos y conmigo sea.
D. LOPE.— ¡Vive Cristo, que me muero!
CRESPO.— ¡Vive Cristo, que me pesa!

ESCENA XV.—DON LOPE, SOLDADOS. CRESPO

D. LOPE (*dentro*).—¡Pára, pára!
CRESPO.— ¿Qué es aquesto? ¿quién, quién hoy
se apea en mi casa así?
pero ¿quién se ha entrado aquí? (*Salen don*
[*Lope y soldados*)
D. LOPE.— ¡Oh Pedro Crespo! Yo soy;
que volviendo a este lugar
de la mitad del camino
(donde me trae imagino
un grandísimo pesar),
no era bien ir a apearme
a otra parte, siendo vos
tan mi amigo.
CRESPO.— Guárdeos Dios;

que siempre tratáis de honrarme.
D. LOPE.— Vuestro hijo no ha parecido
por allá.
CRESPO.— Pronto sabréis
la ocasión: la que teneis,
señor, de haberos venido,
me haced merced de contar;
que venís mortal, señor.
D. LOPE.— La desvergüenza es mayor
que se puede imaginar.
Es el mayor desatino
que hombre ninguno intentó.
Un soldado me alcanzó
y me dijo en el camino...
—Que estoy perdido, os confieso,
de cólera.
CRESPO.— Proseguí.
D. LOPE.— Que un alcaldillo de aquí
al Capitán tiene preso—
Y ¡vive Dios! no he sentido
en toda aquesta jornada
esta pierna excomulgada,
si no es hoy, que me ha impedido
el haber antes llegado
donde el castigo le dé.
¡Vive Jesucristo, que
al grande desvergonzado
a palos le he de matar!
CRESPO.— Pues habéis venido en balde,
porque pienso que el alcalde
no se los dejará dar.
D. LOPE Pues dárselos, sin que deje
dárselos.
CRESPO.— Malo lo veo;
ni que haya en el mundo creo
quien tal mal os aconseje.
¿Sabéis por qué le prendió?
D. LOPE.— No; mas sea lo que fuere,

justicia la parte espere
de mí; que también sé yo
degollar, si es necesario.

CRESPO.— Vos no debeis de alcanzar,
señor, lo que en un lugar
es un alcalde ordinario.

D. LOPE.— ¿Será más que un villanote?

CRESPO.— Un villanote será,
que si cabezudo da
en que ha de darle garrote,
por Dios, se salga con ello.

D. LOPE.— No se saldrá tal, par Dios,
y si por ventura vos,
si sale o no, queréis vello,
decid dónde vive o no.

CRESPO.— Bien cerca vive de aquí.

D. LOPE.— Pues a decidme vení
quién es el alcalde.

CRESPO.— Yo.

D. LOPE.— ¡Vive Dios, que si sospecho!...

CRESPO.— ¡Vive Dios! ¡como os lo he dicho!

D. LOPE.— Pues, Crespo, lo dicho dicho.

CRESPO.— Pues, señor, lo hecho hecho.

D. LOPE.— Yo por el preso he venido,
y a castigar este exceso.

CRESPO.— Pues yo acá le tengo preso,
por lo que acá ha sucedido.

D. LOPE.— ¿Vos sabéis que a servir pasa
al Rey, y soy su juez yo?

CRESPO.— ¿Vos sabéis que me robó
a mi hija de mi casa?

D. LOPE.— ¿Vos sabéis que mi valor
dueño desta causa ha sido?

CRESPO.— ¿Vos sabéis cómo atrevido
robó en un monte mi honor?

D. LOPE.— ¿Vos sabéis cuánto os prefiere
el cargo que he gobernado?

CRESPO.— ¿Vos sabéis que le he rogado

con la paz, y no la quiere?
D. LOPE.— Que os entráis es bien se arguya
en otra jurisdicción.
CRESPO.— El se me entró en mi opinión,
sin ser jurisdicción suya.
D. LOPE.— Yo sabré satisfacer,
obligándome a la paga.
CRESPO.— Jamás pedí a nadie que haga
lo que yo me puedo hacer.
D. LOPE.— Yo me he de llevar el preso.
Ya estoy en ello empeñado.
CRESPO.— Yo por acá he sustanciado
el proceso.
D. LOPE.— ¿Qué es proceso?
CRESPO.— Unos pliegos de papel
que voy juntando, en razón
de hacer la averiguación
de la causa.
D. LOPE.— Iré por él
a la cárcel.
CRESPO.— No embarazo
que vais: sólo se repare,
que hay orden, que al que llegare
le den un arcabuzazo.
D. LOPE.— Como esas balas estoy
enseñado yo a esperar.
Mas no se ha de aventurar
nada en esta acción de hoy.—
Hola, soldado, id volando,
y a todas las compañías
que alojadas estos días
han estado, y van marchando,
decid que bien ordenadas
lleguen aquí en escuadrones,
con balas en los cañones
y con las cuerdas caladas.
UN SOLDADO.— No fué menester llamar
la gente; que habiendo oído

aquesto que ha sucedido,
se han entrado en el lugar.

D. LOPE.— Pues vive Dios, que he de ver
si me dan el preso o no.

CRESPO.— Pues vive Dios, que antes yo
haré lo que se ha de hacer. (*Vanse*).

Sala de la cárcel.

ESCENA XVI.—DON LOPE, EL ESCRIBANO, SOLDADOS. CRESPO, *todos dentro*

(*Suenan cajas*)

D. LOPE.— Esta es la cárcel soldados,
adonde está el Capitán:
si no os le dan, al momento
poned fuego y la abrasad,
y si se pone en defensa
el lugar, todo el lugar.

ESCRIBANO.— Ya, aunque la cárcel enciendan,
no han de darle libertad.

SOLDADOS.— Mueran aquestos villanos.

CRESPO.— ¿Que mueran? Pues ¡qué! ¿no hay más?

D. LOPE.— Socorro les ha venido.
Romped la cárcel: llegad,
romped la puerta.

ESCENA XVII

SALEN LOS SOLDADOS Y DON LOPE por un lado; y por otro el REY, CRESPO
LABRADORES Y ACOMPAÑAMIENTO

REY.— ¿Qué es esto?
Pues ¡desta manera estáis,
viniendo yo!

D. LOPE.— Esta es, señor,
la mayor temeridad
de un villano, que vió el mundo.
Y, vive Dios, que a no entrar

en el lugar tan aprisa,
señor, vuestra Majestad,
que había de hallar luminarias
puestas por todo el lugar.

REY.— ¿Qué ha sucedido?

D. LOPE.— Un alcalde
ha prendido a un capitán,
y viniendo yo por él,
no le quieren entregar.

REY.— ¿Quién es el alcalde?

CRESPO.— Yo.

REY.— ¿Y qué disculpa me dais?

CRESPO.— Este proceso, en quien bien
probado el delito está,
digno de muerte, por ser
una doncella robar,
forzarla en un despoblado,
y no quererse casar
con ella, habiendo su padre
rogádole con la paz.

D. LOPE.— Este es el alcalde, y es
su padre.

CRESPO.— No importa en tal
caso, porque si un extraño
se viniera a querellar,
¿no había de hacer justicia?
Sí: pues ¿qué más se me da
hacer por mi hija lo mismo
que hiciera por los demás?
fuera de que, como he preso
un hijo mío, es verdad
que no escuchara mi hija,
pues era la sangre igual.
Mírese si está bien hecha
la causa, miren si hay
quien diga que yo haya hecho
en ella alguna maldad,
si he inducido algún testigo,

si está escrito algo de más
de lo que he dicho, y entonces
me den muerte.

REY.— Bien está
sentenciado; pero vos
no tenéis autoridad
de ejecutar la sentencia
que toca a otro tribunal.
Allá hay justicia, y así
remitid el preso.

CRESPO.— Mal
podré, señor, remitirle,
porque como por acá
no hay más que una sola audiencia,
cualquiera sentencia que hay,
la ejecuta ella, y así
está ejecutada ya.

REY.— ¿Qué decís?

CRESPO.— Si no creéis
que es esto, señor, verdad,
volved los ojos y vedlo.
Aqueste es el Capitán.

(*Abren una puerta, y aparece dado garrote en una silla el Capitán*)

REY.— Pues ¿cómo así os atrevísteis?...

CRESPO.— Vos habéis dicho que está
bien dada aquesta sentencia:
luego esto no está hecho mal.

REY.— El consejo ¿no supiera
la sentencia ejecutar?

CRESPO.— Toda la justicia vuestra
es sólo un cuerpo no más:
si este tiene muchas manos,
decid, ¿qué más se me da
matar con aquesta un hombre,
que estotra había de matar?
Y ¿qué importa errar lo menos,

quien ha acertado lo más?
REY.— Pues ya que aquesto es así,
¿por qué, como a capitán
y caballero, no hicisteis
degollarle?
CRESPO.— ¿Eso dudáis?
Señor, como los hidalgos
viven tan bien por acá,
el verdugo que tenemos
no ha aprendido a degollar.
Y esa es querella del muerto,
que toca a su autoridad,
y hasta que él mismo se queje
no les toca a los demás.
REY.— Don Lope, aquesto es ya hecho.
Bien dada la muerte está;
que errar lo menos no importa,
si acertó lo principal.
Aquí no quede soldado
alguno, y hacer marchar
con brevedad; que me importa
llegar presto a Portugal.—
Vos, por alcalde perpetuo
de aquesta villa os quedad.
CRESPO.— Sólo vos a la justicia
tanto supierais honrar. (*Vase el Rey y el acompañamiento.*)
D. LOPE.— Agradeced al buen tiempo
que llegó su Majestad.
CRESPO.— Por Dios, aunque no llegara,
no tenía remedio ya.
D. LOPE.— ¿No fuera mejor hablarme,
dando el preso, y remediar
el honor de vuestra hija?
CRESPO.— En un convento entrará;
que ha elegido y tiene esposo,
que no mira en calidad.
D. LOPE.— Pues dadme los demás presos.
CRESPO.— Al momento los sacad.

La vida es sueño

(Calderón)

JORNADA I.—ESCENA II

Torre-prisión
Segismundo

¡Ay mísero de mí! ay infelice!
Apurar cielos, pretendo,
Ya que me tratáis así,
¿Qué delito cometí
Contra vosotros naciendo?
Aunque, si nací, ya entiendo
Qué delito he cometido;
Bastante causa ha tenido
Vuestra justicia y rigor,
Pues el delito mayor
Del hombre es haber nacido.
Sólo quisiera saber,
Para apurar mis desvelos,
Dejando a una parte, cielos,
El delito de nacer,
¿Qué más os pude ofender
Para castigarme más?
¿No nacieron los demás?
Pues si los demás nacieron,
¿Qué privilegios tuvieron
Que yo no gocé jamás?
Nace el ave, y con las galas
Que la dan belleza suma,
Apenas es flor de pluma
O ramillete con alas,
Cuando las etéreas salas
Corta con velocidad,
Negándose a la piedad
Del nido que deja en calma;
¡Y teniendo yo más alma,
Tengo menos libertad!
Nace el bruto, y con la piel
Que dibujan manchas bellas,
Apenas signo es de estrellas
Gracias al docto pincel,
Cuando atrevido y cruel
La humana necesidad
Le enseña a tener crueldad,
Monstruo de su laberinto;
¡Y yo con mejor instinto
Tengo menos libertad!
Nace el pez, que no respira,
Aborto de ovas y lamas,
Y apenas bajel de escamas,
Sobre las ondas se mira,
Cuando a todas partes gira,
Midiendo la inmensidad
De tanta capacidad
Como le da el centro frío;
¡Y yo con más albedrío
Tengo menos libertad!
Nace el arroyo, culebra
Que entre flores se desata,
Y apenas, sierpe de plata,
Entre las flores se quiebra,
Cuando músico celebra
De las flores la piedad,
Que le da la majestad

El campo aqierto a su huída;
¡Y teniendo yo más vida
Tengo menos libertad!
En llegando a esta pasión,
Un volcán, un Etna hecho,
Quisiera arrancar del pecho
Pedazos del corazón;
¿Qué ley, justicia o razón
Negar a los hombres sabe
Privilegio tan suave,
Excepción tan principal,
Que Dios le ha dado a un cristal,
A un pez, a un bruto y a un ave?

. . . .
. . . .

JORNADA II.—ESCENA III

En nn palacio, músicos cantando y criados dando de vestir a Segismundo, que sale como asombrado.—ƆLOTALDO, CLARÍN.

SEGISMUNDO.— ¡Válgame el cielo, qué veo!
¡Válgame el cielo, qué miro!
Con poco espanto lo admiro,
con mucha duda lo creo
¿Yo en palacios suntuosos?
¿Yo entre telas y brocados?
¿Yo cercado de criados
tan lucidos x briosos?
¿Yo despertar de dormir
en lecho tan excelente?
¿YO en medio de tanta gente?
que me sirve de vestir?
Decir que sueño es engaño;
bien se que despierto estoy,
¿yo Segismundo no soy?
dadme, cielos, desengaño.
Decidme ¿qué pudo ser
esto que a mi fantasía
sucedió mientras dormía,
que aquí me he llegado a ver?
Pero sea lo que fuere,
¿quién me mete en discurrir?
dejarme quiero servir
y venga lo que viniere.

CLOTALDO.— Vuestra alteza, gran señor,
me dé su mano a besar,
que el primero os ha de dar
esta obediencia mi honor.
SEGISMUNDO.— (*ap*) Clotaldo es: ¿pues cómo así,
quien en prisión me maltrata
con tal respeto me trata?
¿Qué es lo que pasa por mí?
CLOTALDO.— Con la grande confusión
que el nuevo estado te da,
mil dudas padecerá
el discurso y la razón;
pero ya librarte quiero
de todas (si puede ser),
porque has, señor, de saber,
que eres príncipe heredero
de Polonia. Si has estado
retirado y escondido,
por obedecer ha sido
a la inclemencia del hado,
que mil tragedias consiente
a este imperio, cuando en él
el soberano laurel
corone tu augusta frente.
Mas fiando a tu atención
que vencerás las estrellas,
porque es posible vencellas,
un magnánimo varón,
a palacio te han traído
de la torre en que vivías,
mientras al sueño tenías
el espíritu rendido.
Tu padre, el rey mi señor,
vendrá a verte, y dél sabrás,
Segismundo, lo demás.
SEGISMUNDO.— Pues vil, infame, traidor,
¿qué tengo más que saber,
después de saber quién soy,

para mostrar desde hoy,
mi soberbia y mi poder?
¿Cómo a tu patria le has hecho
tal traición, que me ocultaste
a mí, pues que me negaste,
contra razón y derecho,
este estado?

CLOTALDO.— ¡Ay de mí triste!

SEGISMUNDO.— Traidor fuiste con la ley,
lisonjero con el rey,
y cruel conmigo fuiste;
y así el rey, la ley y yo,
entre desdichas tan fieras,
te condenan a que mueras
a mis manos.

CRIADO.— Señor...

SEGISMUNDO.— No
me estorbe nadie, que es vana
diligencia; ¡y vive Dios!
si os ponéis delante vos
que os eche por la ventana.

CRIADO.— Huye, Clotaldo.

CLOTALDO.— ¡Ay de ti,
qué soberbia vas mostrando
sin saber que estás soñando! (*Vase*)

CRIADO.— Advierte...

SEGISMUNDO.— Aparte de aquí.

CRIADO.— Que a su rey obedeció.

SEGISMUNDO.— En lo que no es justa ley
no ha de obedecer al rey,
y su príncipe era yo.

CRIADO.— El no debió examinar
si era bien hecho o mal hecho.

SEGISMUNDO.— Que estáis mal con vos sospecho,
pues me dais que replicar.

CLARÍN.— Dice el príncipe muy bien.
Y vos hicisteis muy mal.

CRIADO 2.º— ¿Quién os dió licencia igual?

CLARÍN.— Yo me la he tomado.
SEGISMUNDO.— Quién
eres tú, dí.
CLARÍN.— Entremetido,
y deste oficio soy jefe,
porque soy el mequetrefe
mayor, que se ha conocido.
SEGISMUNDO.— Tú sólo en tan nuevos mundos
me has agradado.
CLARÍN.— Señor,
soy un grande agradador
de todos los Segismundos.

ESCENA IV

ASTOLFO, SEGISMUNDO, CLARÍN, CRIADOS, MÚSICOS

ASTOLFO.— ¡Feliz mil veces el día,
oh príncipe, que os mostráis
Sol de Polonia, y llenáis
de resplandor y alegría
todos esos horizontes
con tan divino arrebol;
pues que salís como el sol
de los senos de los montes!
Salid, pues, aunque tan tarde
se corona vuestra frente
del laurel resplandeciente,
tarde muera.
SEGISMUNDO.— Dios os guarde.
ASTOLFO.— El no haberme conocido
sólo por disculpa os doy
de no honrarme más. Yo soy
Astolfo, duque he nacido
de Moscovia, y primo vuestro;
haya igualdad en los dos.
SEGISMUNDO.— Si digo que os guarde Dios,
¿bastante agrado no os muestro?

Pero ya que haciendo alarde
de quien sois, desto os quejais,
otra vez que me veáis
le diré a Dios que no os guarde.

CRIADO 2.º.— (*a Astolfo*) Vuestra alteza considere
que como en montes nacido
con todos ha procedido...
(*a Segismundo*) Astolfo, señor, prefiere...

SEGISMUNDO.— Cansóme como llegó
grave a hablarme, y lo primero
que hizo se puso el sombrero.

CRIADO 2.º.— Es grande.

SEGISMUNDO.— Mayor soy yo.

CRIADO 2.º.— Con todo esto entre los dos
que haya más respeto es bien
que entre los demás.

SEGISMUNDO.— ¿Y quién
os mete conmigo a vos?

. . . .

ESCENA VI

BASILIO, SEGISMUNDO, CLARÍN, CRIADOS

BASILIO.— ¿Qué ha sido esto?

SEGISMUNDO.— Nada ha sido;
a un hombre que me ha cansado
desde un balcón he arrojado.

CLARÍN.— (*a Segismundo*). Que es el rey está advertido

BASILIO.— ¿Tan presto una vida cuesta
tu venida al primer día?

SEGISMUNDO.— Díjome que no podía
hacerse, y gané la apuesta.

BASILIO.— Pésame mucho que cuando,
príncipe, a verte he venido
pensando hallarte advertido
de hados y estrellas triunfando,
con tanto rigor te vea,

y que la primera acción
que has hecho en esta ocasión
un grave homicidio sea.
¿Con qué amor llegar podré
a darte ahora mis brazos,
si de sus soberbios lazos
que están enseñados sé
a dar muerte? ¿Quién llegó
a ver desnudo el puñal
que dió una herida mortal
que no temiese? ¿Quién vió
sangriento el lugar en donde
a otro hombre le dieron muerte
que no sienta? Que el más fuerte
a su natural responde.
Yo así, que en tus brazos miro
desta muerte el instrumento,
y miro el lugar sangriento,
de tus brazos me retiro;
y aunque en amorosos lazos
ceñir tu cuello pensé,
sin ellos me volveré.
que tengo miedo a tus brazos.

SEGISMUNDO.— Sin ellos me podré estar
como he estado hasta aquí;
que un padre que contra mí
tanto rigor sabe usar
que su condición ingrata
de su lado me desvía,
como a una fiera me cría,
y como a un monstruo me trata,
y mi muerte solicita,
de poca importancia fué
que los brazos no me dé
cuando el ser de hombre me quita.

BASILIO.— Al cielo y a Dios plugiera
que a dártele no llegara;
pues ni tu voz escuchara,

ni tu atrevimiento viera.
SEGISMUNDO.— Si no me lo hubieras dado,
no me quejara de ti;
pero una vez dado, sí,
por habérmelo quitado;
pues aunque el dar la acción es
más noble y más singular,
es mayor bajeza el dar
para quitarlo después.
BASILIO.— ¡Bien me agradeces el verte
de un humilde y poder preso
príncipe ya!
SEGISMUNDO.— Pues en eso
¿qué tengo que agradecerte,
tirano de mi albedrío?
si viejo y caduco estás,
¿muriendote qué me das?
¿Dasme más de lo que es mío?
Mi padre eres y mi rey;
luego toda esta grandeza
me da la naturaleza
por derecho de su ley.
Luego aunque esté el tal estado
obligado no te quedo,
y pedirte cuentas puedo
del tiempo que me has quitado
libertad, vida y honor;
y así, agradéceme a mí
que yo no cobre de ti,
pues eras tú mi deudor.
BASILIO.— Bárbaro eres y atrevido:
cumplió su palabra el cielo;
y así para el mismo apelo,
soberbio y desvanecido.
Y aunque sepas ya quien eres
y desengañado estés,
y aunque en un lugar te ves
donde a todos te prefieres,

mira bien lo que te advierto:
que seas humilde y blando,
porque quizá estás soñando
aunque ves que estás despierto. (*Vase*).

SEGISMUNDO.— ¿Que quizá soñando estoy
aunque despierto me veo?
No sueño, pues toco y creo
lo que he sido, lo que soy.
Y aunque ahora te arrepientas,
poco remedio tendrás;
sé quien soy, y no podrás
aunque suspires y sientas,
quitarme el haber nacido
desta corona heredero;
y si me viste primero
a las prisiones rendido,
fué porque ignoré quién era;
pero ya informado estoy
de quién soy, y sé que soy
un compuesto de hombre y fiera.

ESCENA XVIII

BASILIO *rebosado*, CLOTALDO, SEGISMUNDO *adormecido en el suelo con pieles y cadenas*

BASILIO.— Clotaldo.

CLOTALDO.— Señor, así
viene vuestra majestad!

BASILIO.— La necia curiosidad
de ver lo que pasa aquí
a Segismundo (ay de mí)
deste modo me ha traído.

CLOTALDO.— Mírale allí reducido
a su miserable estado.

BASILIO.— ¡Ay príncipe desdichado
y en triste punto nacido!
Llega a despertarle ya,

que fuerza y rigor perdió
con el opio que bebió.

CLOTALDO.— Inquieto, señor, está
y hablando.

BASILIO.— ¿Qué soñará
ahora? Escuchemos pues.

SEGISMUNDO.— (*entre sueños*). Piadoso príncipe es
el que castiga tiranos:
Clotaldo muera a mis manos,
mi padre bese mis pies.

CLOTALDO.— Con la muerte me amenaza.

BASILIO.— A mí con rigor y afrenta.

CLOTALDO.— Quitarme la vida intenta.

BASILIO.— Rendirme a sus plantas traza.

SEGISMUNDO.— (*entre sueños*). Salga a la anchurosa plaza
del gran teatro del mundo
este valor sin segundo,
porque mi venganza cuadre,
vean triunfar de su padre
al príncipe Segismundo.
Mas ¡ay de mí! ¿Dónde estoy?

BASILIO.— Pues a mí no me ha de ver: (*a Clotaldo*)
ya sabes lo que has de hacer;
desde allí a escucharle voy.

SEGISMUNDO.— ¿Soy yo por ventura? soy
el que preso y aherrojado
llego a verme en tal estado?
¿No sois mi sepulcro vos,
torre? Sí, válgame Dios
qué de cosas he soñado!

CLOTALDO.— (*aparte*). A mí me toca llegar
a hacer la deshecha ahora.—
¿Es ya de dispertar hora?

SEGISMUNDO.— Sí, hora es ya de dispertar.

CLOTALDO.— ¿Todo el día te has de estar
durmiendo? ¿Desde que yo
el águila que voló
con tardo vuelo seguí,

y te quedaste tú aquí,
nunca has dispertado?

SEGISMUNDO.— No;
ni aún agora he dispertado;
que según, Clotaldo, entiendo,
todavía estoy durmiendo;
y no estoy muy engañado,
porque si ha sido soñado
lo que ví palpable y cierto,
lo que veo será incierto;
y no es mucho que rendido,
pues veo estando dormido,
que soñé estando dispierto.

CLOTALDO.— Lo que soñaste me dí.

SEGISMUNDO.— Supuesto que sueño fué
no diré lo que soñé,
lo que ví, Clotaldo, sí:
yo desperté, yo me ví
(¡que crueldad más lisonjera!)
en un lecho, que pudiera
con matices y colores
ser el catre de las flores
que tejió la primavera.
Aquí mil nobles rendidos,
a mis pies nombre me dieron
de su príncipe y sirvieron
galas, joyas y vestidos.
La calma de mis sentidos
tú trocaste en alegría,
diciendo la dicha mía
que aunque estoy desta manera
príncipe en Polonia era.

CLOTALDO.— Buenas albricias tendría.

SEGISMUNDO.— No muy buenas. Por traidor
con pecho atrevido y fuerte,
dos veces te daba muerte.

CLOTALDO.— ¿Para mí tanto rigor?

SEGISMUNDO.— De todos era señor

y de todos me vengaba...
que fué verdad, creo yo
en que todo se acabó,
y esto sólo no se acaba. (*Vase el Rey*).

CLOTALDO.— (*aparte*). (Enternecido se ha ido
el rey de haberle escuchado).
Como habíamos hablado
de aquella águila, dormido
tu sueño imperios han sido;
mas en sueños fuera bien
honrar entonces a quien
te crió en tantos empeños,
Segismundo, que aún en sueños
no se pierde el hacer bien. (*Vase*).

ESCENA XIX.—SEGISMUNDO

Es verdad; pues reprimamos
esta fiera condición,
esta furia, esta ambición,
por si alguna vez soñamos:
y sí haremos; pues estamos
en mundo tan singular,
que el vivir sólo es soñar;
y la experiencia me enseña,
que el hombre que vive, sueña
lo que es hasta dispertar.

Sueña el rey, que es rey, y vive
con este engaño mandando,
disponiendo y gobernando;
y este aplauso que recibe
prestado, en el viento escribe:
y en cenizas le convierte
la muerte, (¡desdicha fuerte!):
¿Qué hay quien intente reinar,
viendo que ha de dispertar
en el sueño de la muerte?

Sueña el rico en su riqueza,
que más cuidados le ofrece,
sueña el pobre que padece,
su miseria y su pobreza,
sueña el que a medrar empieza,
sueña el que afana y pretende,
sueña el que agravia y ofende;
y en el mundo, en conclusión
todos sueñan lo que son,
aunque ninguno lo entiende.
Yo sueño que estoy aquí
destas prisiones cargado,
y soñé que en otro estado
más lisonjero me ví.
¿Qué es la vida? un frenesí:
¿qué es la vida? una ilusión,
una sombra, una ficción,
y el mayor bien es pequeño;
que toda la vida es sueño,
v los sueños, sueños son.

«La Cena de Baltasar» Auto sacramental

(Calderón)

Daniel.— ¿Quién sufrirá tus inmensas
injurias, Autor del día?
Vanidad e Idolatría
solicitan tus ofensas;
¿quién podrá, quién de mi fe
en esta justa esperanza
tomar por vos la venganza
deste agravio?
(*Sale la muerte con espada y daga*).
Muerte.— Yo podré.
Daniel.— Fuerte aprehensión ¿qué me quieres,
que entre fantasmas y sombras

me atemorizas y asombras?
Nunca te he visto ¿quién eres?
MUERTE.— Yo, divino profeta Danïel,
de todo lo nacido soy el fin;
del pecado y la envidia hijo cruel,
abortado por áspid de un jardín.
La puerta para el mundo me dió Abel,
mas quien me abrió la puerta fué Caín,
donde mi horror introducido ya,
ministro es de las iras de Jehová.

Del pecado y la envidia, pues, nací,
porque dos furias en mi pecho estén.
Por la envidia caduca muerte di
a cuantos de la vida la luz ven:
por el pecado muerte eterna fuí
del alma, pues que muere ella también:
si de la vida es muerte el espirar,
la muerte así del alma es el pecar.

Si *Juicio*, pues, *de Dios* tu nombre fué,
y del juicio de Dios rayo fatal
soy yo, que a mí furor postrar se ve
vegetable, sensible y racional;
¿por qué te asombras tú de mí? ¿Por qué
la porción se estremece en ti mortal?
Cóbrate, pues, y hagamos hoy los dos
de Dios tú el juicio, y yo el poder de Dios.

Aunque no es mucho que te asombres, no,
aun cuando fueras Dios, de verme a mí,
pues cuando él de la flor de Jericó
clavel naciera en campos de alhelí,
al mismo Dios le estremeciera yo
la parte humana, y al rendirse a mí,
turbaran las estrellas su arrebol,
la faz la luna y su semblante el sol...

Mas hoy sólo me toca obedecer,
a ti, Sabiduría prevenir;
manda, pues, que no tiene que temer
matar, el que no tiene que morir:

mío es el brazo, tuyo es el poder;
mío el obrar, si tuyo es el decir,
harta de vidas sed tan singular,
que no apagó la cólera del mar.
El más soberbio alcázar, que ambición,
si no lisonja de los vientos es,
el muro más feliz, que oposición,
si no defensa de las bombas es,
fáciles triunfos de mis manos son,
despojos son humildes de mis pies;
si el alcázar y muro he dicho ya,
¿qué será la cabaña? ¿qué será?
La hermosura, el ingenio y el poder
a mi voz no se pueden resistir,
de cuantos empezaron a nacer
obligación me hicieron de morir:
todas están aquí, ¿cuál ha de ser
la que hoy, Juicio de Dios, mandas cumplir?
que el concepto empezando más veloz,
no acabará de articular la voz...
Yo abrasaré los campos de Nembroth;
yo alteraré las gentes de Babel;
yo infundiré los sueños de Behemoth;
yo verteré las plagas de Israel;
yo teñiré las viñas de Naboth,
y humillaré la frente a Jezabel,
yo mancharé las mesas de Absalón
con la caliente púrpura de Amón.
Yo postraré la majestad de Acab,
arrastrado en su carro de rubí,
yo con las torpes hijas de Moab
profanaré las tiendas de Zambrí;
yo tiraré los chuzos de Joab;
y si mayor aplauso fías de mí,
yo inundaré los campos de Senar
con la sangre infeliz de Baltasar.

DANIEL.— Severo y justo ministro
de las cóleras de Dios,

cuya vara de justicia
es una guadaña atroz;
ya que el tribunal divino
representamos los dos,
no quiero, no, que el decreto
del libro, que es en rigor
de *acuerdo*, aunque ya en los hombres
es *libro de olvido* hoy,
ejecutes, sin que antes
le hagas con piadosa voz
los justos requerimientos
que pide la ejecución.
Baltasar quiere decir
Tesoro escondido, y yo
sé que en los hombres las almas
tesoro escondido son.
Ganarle quiero y así
solo licencia te doy,
para que a Baltasar hagas
una notificación.
Recuérdale que es mortal,
que la cólera mayor
antes empuña la espada
que la desnuda, sí yo
que la empuñes te permito,
mas que la desnudes, no...

. . . .

(*Una mano escribe en la pared las palabras Mané, Techel, Farés*).

BALTASAR.— ¿No veis (¡ay de mí!) no veis...
lo que escribe con el dedo?...
Perdido tengo el color,
erizado está el cabello,
el corazón palpitando,
y desmayado el aliento:
los caracteres escritos,
ni los alcanzo, ni entiendo...

IDOLATRÍA.— Daniel, un hebreo que ha sido,

quien interpretó los sueños
del árbol y de la estatua
lo dirá.

DANIEL (*sale*).—Pues oid atentos:
Mané dice que ya Dios
ha numerado tu reino:
Techel, y que en él cumpliste
el número, y que en el peso
no cabe una culpa más;
Farés, que será tu reino
asolado y poseído
de los persas y los medos.
Así la mano de Dios
tu sentencia con el dedo
escribió, y esta justicia
la remita por derecho
al brazo seglar, que Dios
la hace de ti, porque has hecho
profanidad a los vasos,
con baldón y con desprecio;
porque ningún mortal use
mal de los vasos del templo,
que son a la ley de gracia
reservado sacramento,
cuando se borre la escrita
de las láminas del tiempo.
Y si profanar los vasos
es delito tan inmenso,
oíd, mortales, oíd
que hay vida y hay muerte en ellos,
pues quien comulga en pecado
profana el vaso del templo...

BALTASAR.— Con las ansias de la muerte,
triste, confuso y deshecho
a brazo partido hecho,
el cuerpo y alma muriendo:
oíd, mortales, oíd
el riguroso proverbio

del *Mané, Techel, Farés,*
del juicio del Dios supremo;
al que los vasos profana
divinos, postra severo,
y el que comulga en pecado,
profana el vaso del templo.

A LA ROSA

Estas que fueron pompa y alegría
Dispertando al albor de la mañana,
A la tarde serán lástima vana
Durmiendo en brazos de la noche fría.
Est mateiz que al cielo desafía,
Iris listado de oro, nieve y grana,
Será escarmiento de la vida humana:
¡Tanto se aprende en término de un día!
A florecer las rosas madrugaron,
Y para envejercerse florecieron,
Cuna y sepulcro en un botón hallaron.
Tales los hombres sus fortunas vieron.
En un día nacieron y espiraron;
Que pasados los siglos, horas fueron.

EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA

(Cervantes)

De la condición y ejercicio del famoso hidalgo D. Quijote de la Mancha.

En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor. Una olla de algo más vaca que carnero, salpicón las más noches, duelos y quebrantos los sábados, lentejas los viernes, algún palomino de añadidura los domingos, consumían las tres partes de su hacienda. El resto de ella concluían sayo de velarte, calzas de velludo para las fiestas con sus pantuflos de lo mismo, y los días de entre semana se honraba con su vellorí de lo más fino. Tenía en su casa una ama

que se pasaba de los cuarenta, y una sobrina que no llegaba a los veinte, y un mozo de campo y plaza, que así ensillaba el rocín como tomaba la podadera. Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años; era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza. Quieren decir que tenía el sobrenombre de Quijada o Quesada, aunque por conjeturas verosímiles se deja entender que se llamaba Quijana. Pero esto importa poco a nuestro cuento: basta que en la narración dél no se salga un punto de la verdad.

Es, pues, de saber que este sobredicho hidalgo, los ratos que estaba ocioso (que eran los más del año) se daba a leer libros de caballerías con tanta afición y gusto que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza, y aun la administración de su hacienda; y llegó a tanto su curiosidad y desatino en esto, que vendió muchas hanegas de tierra de sembradura para comprar libros de caballería que leer, y así llevó a su casa todos cuantos pudo haber dellos...

En resolución, él se enfrascó tanto en su lectura, que se le pasaban las noches, leyendo, de claro en claro, y los días del turbio en turbio: y así, del poco dormir y del mucho leer se secó el cerebro de manera que vino a perder el juicio. Llenósele la fantasía de todo aquello que leía en los libros, así de encantamientos como de pendencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates imposibles. Y asentósele de tal modo en la imaginación que era verdad toda aquella máquina de aquellas soñadas invenciones que leía, que para él no había otra historia más cierta en el mundo...

En efecto, rematado ya su juicio, vino a dar en el más extraño pensamiento que jamás dió loco en el mundo, y fué que le pareció convenible y necesario, así para el aumento de su honra como para el servicio de su república, hacerse caballero andante, y irse por todo el mundo con sus armas y caballo a buscar las aventuras, y a ejercitarse en todo aquello que él había leído que los caballeros andantes se ejercitaban, deshaciendo todo género de agravio, y poniéndose en ocasiones y peligros, donde acabándolos cobrase eterno nombre y fama. Imaginábase el pobre ya coronado, por el valor de su brazo, por lo menos del imperio de Trapisonda: y así con estos tan agradables pensamientos, llevado del extraño gusto que en ellos sentía, se dió priesa a poner en efecto lo que deseaba. Y lo primero que hizo, fué limpiar unas armas que habían sido de sus bisabuelos, que tomadas de orín y llenas de moho, luengos siglos había que estaban puestas y olvidadas en un rincón. Limpiólas y aderezólas lo menor que pudo; pero vió que tenían

una gran falta, y era que no tenían celada de encaje, sino morrión simple: mas a esto suplió su industria, porque de cartones hizo un modo de media celada, que, encajada en el morrión, hacía una apariencia de celada entera. Es verdad que para probar si era fuerte y podía estar al riesgo de una cuchillada sacó su espada y le dió dos golpes, y con el primero y en un punto deshizo lo que había hecho en una semana; y no dejó de parecerle mal la facilidad con que la había hecho pedazos, y por asegurarse deste peligro la tornó a hacer de nuevo, poniéndole unas barras de hierro por dentro, de tal manera que él quedó satisfecho de su fortaleza, y sin querer hacer nueva experiencia de ella, la diputó y tuvo por celada finísima de encaje. Fué luego a ver su rocín, y aunque tenía más cuartos que un real, y más tachas que el caballo de Gonela, le pareció que ni el Búcéfalo de Alejandro ni Babieca el del Cid con él se igualaban. Cuatro días se le pasaron en imaginar qué nombre le pondría; porque (según se decía él a sí mismo) no era razón que caballo de caballero tan famoso, y tan bueno él por sí, estuviese sin nombre conocido, y así procuraba acomodársele de manera que declarase quién había sido antes que fuese de caballero andante, y lo que era entonces; pues estaba muy puesto en razón que, mudando su señor estado, mudase él también el nombre, y le cobrase famoso y de estruendo, como convenía a la nueva orden y al nuevo ejercicio que ya profesaba; y así, después de muchos nombres que formó, borró, quitó, añadió, deshizo y tornó a hacer en su memoria e imaginación, al fin le vino a llamar ROCINANTE, nombre a su parecer alto, sonoro y significativo de lo que había sido cuando fué rocín, antes de lo que ahora era, que era antes y primero de todos los rocines del mundo. Puesto nombre, y tan a su gusto, a su caballo , quiso ponérsele a sí mismo, y en este pensamiento duró otros ocho días, y al cabo se vino a llamar DON QUIJOTE. Pero acordándose que el valeroso Amadís no sólo se había contentado con llamarse Amadís a secas, sino que añadió el nombre de su reino y patria para hacerla famosa, y se llamó Amadís de Gaula, así quiso, como buen caballero, añadir al suyo el nombre de la suya, y llamarse DON QUIJOTE DE LA MANCHA, con que a su parecer declaraba muy al vivo su linaje y patria, y la honraba con tomar el sobrenombre della. (*D. Quijote,* part. I, cap. 1).

Allégase Sancho Panza a D. Quijote

En este tiempo solicitó Don Quijote a un labrador vecino suyo, hombre de bien (si es que este título se puede dar al que es pobre), pero de muy

poca sal en la mollera. En resolución, tanto le dijo, tanto le persuadió y prometió, que el pobre villano se determinó de salirse con él y servirle de escudero. Decíale entre otras cosas Don Quijote que se dispusiese a ir con él de buena gana, porque tal vez le podía suceder aventura que ganase en quítame allá esas pajas alguna ínsula, y le dejase a él por gobernador della. Con estas promesas y otras tales, Sancho Panza (que así se llamaba el labrador) dejó su mujer y hijos, y asentó por escudero de su vecino. Dió luego Don Quijote orden de buscar dineros; y vendiendo una cosa y empeñando otra, y malbaratándolas todas, llegó a una razonable cantidad. Acomodóse asimismo de una rodela que pidió prestada a un su amigo, y pertrechando su rota celada lo mejor que pudo, avisó a su escudero Sancho del día y la hora que pensaba ponerse en camino, para que él se acomodase de lo que viese que más le era menester; sobre todo le encargó que llevase alforjas. El dijo que sí llevaría, y que ansimismo pensaba llevar un asno que tenía muy bueno, porque él no estaba ducho a andar mucho a pie. En lo del asno reparó un poco Don Quijote, imaginando si se le acordaba si algún caballero andante había traído escudero caballero asnalmente; pero nunca le vino alguno a la memoria: mas con todo esto determinó que le llevase, con presupuesto de acomodarle de más honrada caballería en habiendo ocasión para ello, quitándole el caballo al primer descortés caballero que topase. Proveyóse de camisas y de las demás cosas que él pudo, conforme al consejo que el ventero le había dado. Todo lo cual hecho y cumplido, sin despedirse Panza de sus hijos y mujer ni Don Quijote de su ama y sobrina, una noche se salieron del lugar sin que persona los viese: en la cual caminaron tanto, que al amanecer se tuvieron por seguros de que no los hallarían aunque los buscasen.

Iba Sancho Panza sobre su jumento como un patriarca, con sus alforjas y su bota, y con mucho deseo de verse ya gobernador de la ínsula que su amo le había prometido. Acertó Don Quijote a tomar la misma derrota y camino que el que él había tomado en su primer viaje, que fué por el Campo de Montiel, por el cual caminaba con menos pesadumbre que la vez pasada, porque por ser la hora de la mañana y herirles a soslayo los rayos del sol, no les fatigaban. Dijo en esto Sancho Panza a su amo: Mire vuestra merced, señor caballero andante, que no se le olvide lo que de la ínsula me tiene prometido, que yo la sabré gobernar por grande que sea. A lo cual le respondió Don Quijote: Has de saber, amigo Sancho Panza, que fué costumbre muy usada de los caballeros andantes antiguos, hacer gobernadores a sus escuderos de las ínsulas o reinos que ganaban, y yo tengo determinado de

que por mí no falte tan agradecida usanza, antes pienso aventajarme en ella, porque ellos algunas veces, y quizá las más, esperaban a que sus escuderos fuesen viejos, y ya después de hartos de servir y de llevar malos días y peores noches, les daban algún título de conde, o por lo menos de marqués de algún valle o provincia de poco más o menos; pero si tú vives y yo vivo, bien podría ser que antes de seis días ganase yo tal reino, que tuviese otros a él adherentes que viniesen de molde para coronarte por rey de uno de ellos. Y no lo tengas a mucho, que cosas y casos acontecen a los tales caballeros por modos tan nunca vistos y pensados, que con facilidad te podría dar aun más de lo que te prometo. Desa manera, respondió Sancho Panza, si yo fuese rey por algún milagro de los que vuestra merced dice, por lo menos Juana Gutiérrez, mi oíslo, vendría a ser reina y mis hijos infantes. ¿Pues quién lo duda? respondió Don Quijote. Yo lo dudo, replicó Sancho Panza, porque tengo para mí, que aunque lloviese Dios reinos sobre la tierra, ninguno asentaría bien sobre la cabeza de Mari Gutiérrez. Sepa, señor, que no vale dos maravedís para reina; condesa le caerá mejor, y aun Dios y ayuda. Encomiéndalo tú a Dios, Sancho, respondió Don Quijote, que él le dará lo que más le convenga pero no apoques tu ánimo tanto que te vengas a contentar con menos que con ser adelantado. No haré, señor mío, respondió Sancho, y más temiendo tan principal amo en vuestra merced, que me sabrá dar todo aquello que me esté bien y yo pueda llevar (cap. VII).

Aventura de los molinos de viento

En esto descubrieron treinta o cuarenta molinos de viento que hay en aquel campo; y así como Don Quijote los vió, dijo a su escudero: La ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertáramos a desear; porque ves allí, amigo Sancho Panza, donde se descubren treinta o pocos más desaforados gigantes con quien pienso hacer batalla y quitarles a todos las vidas, con cuyos despojos comenzaremos a enriquecer; que esta es buena guerra, y es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra ¿Qué gigantes? dijo Sancho Panza. Aquellos que allí ves, respondió su amo, de los brazos largos, que los suelen tener algunos de casi dos leguas, Mire vuestra merced, respondió Sancho, que aquellos que allí se parecen no son gigantes sino molinos de viento, y lo que en ellos parecen brazos son las aspas, que volteadas del viento hacen andar la piedra del molino. Bien parece, respondió Don Quijote, que no estás cursado en esto de las aventuras; ellos son gigantes, y si tienes miedo, quítate de ahí y ponte en oración en el

espacio que yo voy a entrar con ellos en fiera y desigual batalla. Y diciendo esto, dió de espuelas a su caballo Rocinante, sin atender a las voces que su escudero Sancho le daba, advirtiéndole que sin duda alguna eran molinos de viento y no gigantes aquellos que iba a acometer. Pero él iba tan puesto en que eran gigantes, que ni oía las voces de su escudero Sancho, ni echaba de ver, aunque estaba ya bien cerca, lo que eran, antes iba diciendo en voces altas: Non fuyades, cobardes y viles criaturas, que un solo caballero es el que os acomete. Levantóse en esto un poco de viento, y las grandes aspas comenzaron a moverse, lo cual visto por Don Quijote, dijo: Pues aunque mováis más brazos que los del gigante Briareo, me lo habéis de pagar. Y en diciendo esto, y encomendándose de todo corazón a su señora Dulcinea, pidiéndole que en tal trance le socorriese, bien cubierto de su rodela, con la lanza en el ristre, arremetió a todo el galope de Rocinante, y embistió con el primer molino que estaba delante, y dándole una lanzada en el aspa, la volvió el viento con tanta furia, que hizo la lanza pedazos, llevándose tras sí al caballo y al caballero, que fué rodando muy maltrecho por el campo. Acudió Sancho Panza a socorrerle a todo el correr de su asno, y cuando llegó, halló que no se podía menear: tal fué el golpe que dió con él Rocinante. ¡Válame Dios! dijo Sancho: ¿no le dije yo a vuestra merced, que mirase bien lo que hacía, que no eran sino molinos de viento, y no lo podía ignorar sino quien llevase otros tales en la cabeza? Calla, amigo Sancho, respondió Don Quijote, que las cosas de la guerra más que otras están sujetas a continua mudanza: cuanto más que yo pienso, y es así verdad, que aquel sabio Frestón, que me robó el aposento y los libros, ha vuelto estos gigantes en molinos por quitarme la gloria de su vencimiento; tal es la enemistad que me tiene; mas al cabo al cabo han de poder poco sus malas artes contra la bondad de mi espada. Dios lo haga como puede, respondió Sancho Panza, y ayudándole a levantar, tornó a subir sobre Rocinante, que medio despaldado estaba. Y hablando en la pasada aventura, siguieron el camino de Puerto Lápice, porque allí decía Don Quijote que no era posible dejar de hallarse muchas y diversas aventuras (cap. VIII).

Consejos de D. Quijote a Sancho Panza antes que fuese a gobernar la ínsula

En esto llegó D. Quijote, y sabiendo lo que pasaba y la celeridad con que Sancho se había de partir a su gobierno, con licencia del Duque le tomó por la mano y se fué con él a su estancia con intención de aconsejarle cómo

se había de haber en su oficio. Entrados, pues, en su aposento, cerró tras sí la puerta, e hizo casi por fuerza que Sancho se sentase junto a él, y con reposada voz le dijo:

....«Primeramente, oh hijo, has de temer a Dios, porque en el temerle está la sabiduría, y siendo sabio no podrás errar en nada».

«Lo segundo, has de poner los ojos en quién eres, procurando conocerte a ti mismo, que es el más difícil conocimiento que puede imaginarse. Del conocerte saldrá el no hincharte como la rana, que quiso igualarse con el buey; que si esto haces, vendrá a ser feos pies de la rueda de tu locura la consideración de haber guardado puercos en tu tierra».—«Así es la verdad, respondió Sancho, pero fué cuando muchacho; pero después, algo hombrecillo, gansos fueron los que guardé, que no puercos; pero esto paréceme a mí que no hace al caso, que no todos los que gobiernan vienen de casta de reyes»—«Así es verdad, replicó D. Quijote, por lo cual los no de principios nobles deben acompañar la gravedad del cargo que ejercitan con una blanda suavidad, que, guiada por la prudencia, los libre de la murmuración maliciosa; de quien no hay estado que se escape.....................

«También, Sancho, no has de mezclar en tus pláticas la muchedumbre de refranes que sueles, que puesto que los refranes son sentencias breves, muchas veces los traes tan por los cabellos, que más parecen disparates que sentencias».—«Eso Dios lo puede remediar, respondió Sancho, porque sé más refranes que un libro, y viénenseme tantos juntos a la boca cuando hablo, que riñen por salir unos con otros; pero la lengua va arrojando los primeros que encuentra, aunque no vengan a pelo; mas yo tendré cuenta de aquí en adelante de decir los que convengan a la gravedad de mi cargo, que en casa llena presto se guisa la cena, y quien destaja no baraja, y a buen salvo está el que repica, y el dar y el tener, seso ha menester».—«Eso sí, Sancho, dijo D. Quijote, encaja, ensarta, enhila refranes, que nadie te va a la mano: castígame mi madre y yo trómpogelas. Estoy e diciendo que excuses refranes, y en un instante has echado aquí una letanía de ellos, que así cuadran con lo que vamos tratando como por los cerrros de Ubeda. Mira, Sancho, no te digo yo que parece mal un refrán traído a propósito; pero cargar y ensartar refranes a trochemoche, hace la plática desmayada y baja.

....«Sea moderado tu sueño, que el que no madruga con el sol, no goza del día, y advierte, oh Sancho, que la diligencia es madre de la buena ventura, y la pereza su contraria jamás llegó al término que pide un buen deseo.

«Este último consejo que ahora darte quiero, puesto que nó sirva para adorno del cuerpo, quiero que le lleves muy a la memoria, que creo que no

te será de menos provecho que los que hasta aquí te he dado, y es: que jamás te pongas a disputar de linajes, a lo menos comparándolos entre sí, pues por fuerza en los que se comparan, uno ha de ser el mejor, y del que abatieres serás aborrecido, y del que levantares en ninguna manera premiado. .... «Por ahora esto se me ha ofrecido, Sancho, que aconsejarte; andará el tiempo, y según las ocasiones así serán mis documentos, como tú tengas cuidado de avisarme el estado en que te hallares».—«Señor, respondió Sancho; bien veo que todo cuanto v. m. me ha dicho son cosas buenas, santas y provechosas; pero ¿de qué han de servir si de ninguna me acuerdo? Verdad sea que aquello de no dejarme crecer las uñas no se me pasará del magín; pero esotros badulaques, enredos, y revoltillos, no se me acuerda ni acordará más de ellos que de las nubes de antaño, y así será menester que se me den por escrito, que puesto que no sé leer ni escribir, yo se los daré a mi confesor para que él me los encaje y yo recapacite cuando fuere menester».—«¡Ah pecador de mí! dijo D. Quijote, y qué mal parece en los gobernadores el no saber leer ni escribir; porque has de saber, oh Sancho, que no saber un hombre leer, o ser zurdo, arguye una de dos cosas: o que fué hijo de padres demasiado humildes y bajos, o él tan travieso y malo que no pudo entrar en el buen uso ni la buena doctrina. Gran falta es la que llevas contigo, y así querría que aprendieses a firmar siquiera».—«Bien sé firmar mi nombre, respondió Sancho; que cuando fuí prioste en mi lugar aprendí a hacer unas letras como de marca de fardo, que decían que decía mi nombre, cuanto más que fingiré que tengo tullida la mano derecha, y haré que firme otro por mí, que para todo hay remedio sino es para la muerte; y teniendo yo el mando y el palo haré lo que quisiere: cuanto más que el que tiene el padre alcalde... y siendo yo gobernador, que es más que ser alcalde, vendrán por lana y volverán trasquilados, que a quien Dios quiere bien, la casa le sabe, y las necedades del rico por sentencias pasan en el mundo, y siéndolo yo, siendo gobernador y juntamente liberal, como lo pienso ser, no habrá falta que se me parezca; no, sino haceos miel, y paparos han moscas: tanto vales cuanto tienes, decía una mi agüela, y del hombre arraigado no te verás vengado».—«¡Oh maldito Sancho, dijo a esta sazón D. Quijote; sesenta mil te lleven a ti y a tus refranes: una hora ha que los estás ensartando y dándome con cada uno tragos de tormento. Yo te aseguro que estos refranes te han de llevar un día a la horca; por ellos te han de quitar el gobierno tus vasallos, o ha de haber entre ellos comunidades. Dime, ¿dónde los hallas, ignorante? o ¿cómo los aplicas, mentecato? que para decir yo uno y aplicarlo bien, sudo y trabajo como si cavase».—«Por Dios, señor nuestro amo, replicó Sancho, que v. m.

se queja de bien pocas cosas. ¿A qué diablos se pudre de que yo me sirva de mi hacienda, que ninguna otra tengo, ni otro caudal alguno sino refranes y más refranes? y ahora se me ofrecen cuatro, que venían aquí pintiparados o como peras en tabaque; pero no los diré, porque al buen callar llaman Sancho».—«Ese Sancho no eres tú, dijo D. Quijote, porque no sólo no eres buen callar, sino mal hablar y mal porfiar; y con todo eso querría saber qué cuatro refranes te ocurrían ahora a la memoria, que venían aquí a propósito, que yo ando recorriendo la mía, que la tengo buena, y ninguno se me ofrece». —«Qué mejores: dijo Sancho: que entre dos muelas cordales nunca pongas tus pulgares; y a idos de mi casa y qué queréis con mi mujer, no hay responder; y si da el cántaro en la piedra, o la piedra en el cántaro, mal para el cántaro; todos los cuales vienen a pelo. Que nadie se tome con su gobernador ni con el que le manda, porque saldrá lastimado, como el que pone el dedo entre dos muelas cordales, y aunque no sean cordales, como sean muelas no importa, y a lo que dijere el gobernador no hay que replicar, como el salíos de mi casa y qué queréis con mi mujer; pues lo de la piedra en el cántaro un ciego lo verá. Así que es menester que el que ve la mota en el ojo ajeno, vea la viga en el suyo, porque no se diga por él: espantó la muerta de la degollada, y v. m. sabe bien que más sabe el necio en su casa que el cuerdo en la ajena».—«Eso no, Sancho, respondió D. Quijote; que el necio en su casa ni en la ajena sabe nada, a causa de que sobre el cimiento de la necedad no asienta ningún discreto edificio; y dejemos esto aquí, Sancho, que si mal gobernares, tuya será la culpa, y mía la vergüenza; mas consuélome que he hecho lo que debía en aconsejarte con las veras y con la discreción a mí posible: con esto salgo de mi obligación y de mi promesa. Dios te guíe, Sancho, y te gobierne en tu gobierno, y a mí me saque del escrúpulo que me queda, que hasta de dar con toda la ínsula patas arriba, cosa que pudiera yo excusar con descubrir al Duque quién eres, diciéndole que toda esa gordura y esa personilla que tienes no es otra cosa que un costal lleno de refranes y de malicias».—«Señor, replicó Sancho; si a v. m. le parece que no soy de pro para este gobierno, desde aquí lo suelto, que más quiero un solo negro de la uña de mi alma, que a todo mi cuerpo; y así me sustentaré Sancho a secas con pan y cebolla, como gobernador con perdices y capones; y más que mientras se duerme, todos son iguales, los grandes y los menores, los pobres y los ricos. Y si v. m. mira en ello, verá que sólo v. m. me ha puesto en esto de gobernar, que yo no sé más de gobierno de ínsula, que un buitre; y si se imagina que por ser gobernador me ha de llevar el diablo, más me quiero ir Sancho al cielo, que gobernador al infierno».—«Por Dios, Sancho, dijo D. Quijote,

que por estas solas últimas razones que has dicho juzgo que mereces ser gobernador de mil ínsulas; buen natural tienes, sin el cual no hay ciencia que valga; encoméndate a Dios, y procura no errar en la primera intención; quiero decir, que siempre tengas intento y firme propósito de acertar en cuantos negocios te ocurrieren, porque siempre favorece el cielo a los buenos deseos; y vámonos a comer, que creo que ya estos señores nos aguardan».—(*D. Quijote*, part. II, cap. 112-43).

Comparación entre las armas y las letras

Verdaderamente, si bien se considera, señores míos, grandes e inauditas cosas ven los que profesan la orden de la andante caballería. Si no ¿cuál de los vivientes habría en el mundo que ahora por la puerta de este castillo entrara y de la suerte que estamos nos viese, que juzgue y crea que nosotros somos quién somos? ¿Quién podrá decir que yo soy aquel caballero de la Triste Figura, que anda por ahí en boca de la fama? Ahora no hay que dudar, sino que este arte y ejercicio excede a todas aquellas y aquellos, que los hombres inventaron: y tanto más se ha de tener en estima, cuanto a más peligros está sujeto. Quítenseme de delante los que dijeren que las letras hacen ventaja a las armas, que les diré, y sean quién fuere, que no saben lo que dicen: porque la razón que los tales suelen decir, y a lo que más ellos se atienen, es que los trabajos del espíritu exceden a los del cuerpo, y que las armas sólo con el cuerpo se ejercitan, como si fuese su ejercicio oficio de ganapanes, para el cual no es menester más que muchas fuerzas; o como si en esto que llamamos armas los que las profesamos, no se encerrasen los actos de la fortaleza, los cuales piden para ejecutarlos mucho entendimiento; o como si no trabajase el ánimo del guerrero que tiene a su cargo un ejército, o la defensa de una ciudad sitiada, así con el espíritu como con el cuerpo. Si no, véase si se alcanza con las fuerzas corporales a saber, y conjeturar el intento del enemigo; los designios, las estratagemas, las dificultades, el prevenir los daños que se temen; que todas estas cosas son acciones del entendimiento, en que no tiene parte alguna el cuerpo. Siendo, pues, así que las armas requieren espíritu como las letras, veamos ahora cuál de los dos espíritus, el del letrado o el del guerrero trabaja más: y esto se vendrá a conocer por el fin y paradero a que cada uno se encamina, porque aquella intención se ha de estimar en más, que tiene por objeto más noble fin. Es el fin y paradero de las letras poner en su punto la justicia distributiva, y dar a cada uno lo que es suyo, entender y hacer que las buenas leyes se guarden: fin por cierto

generoso y alto, y digno de grande alabanza; pero no de tanta, como merece aquel a que las armas atienden, las cuales tienen por objeto y fin la paz, que es el mayor bien que los hombres pueden desear en esta vida... Esta paz es el verdadero fin de la guerra, que lo mismo es decir armas, que guerra. Presupuesta, pues, esta verdad, que el fin de la guerra es la paz, y que en esto hace ventaja al fin de las letras, vengamos ahora a los trabajos del cuerpo del letrado, y a los del profesor de las armas, y véase cuáles son mayores.

Digo, pues, que los trabajos del estudiante son estos: principalmente pobreza; no porque todos sean pobres, sino por poner este caso en todo el extremo que pueda ser: y en haber dicho que padece pobreza, me parece que no había que decir más de su mala ventura, porque quien es pobre no tiene cosa buena. Esta pobreza la padece por sus partes, ya en hambre, ya en frío, ya en desnudez, ya en todo junto; pero con todo eso no es tanta que no coma, aunque sea un poco más tarde de lo que se usa, aunque sea de la sobra de los ricos, que es la mayor miseria del estudiante esto que entre ellos llaman andar a la sopa; y no les falta algún ajeno brasero, o chimenea, que si no calienta, a lo menos entibie su frío, y en fin la noche duermen debajo de cubierta. No quiero llegar a otras menudencias, conviene a saber, de la falta de camisas y no sobra de zapatos, la raridad y poco pelo del vestido, ni aquel ahitarse con tanto gusto, cuando la buena suerte les depara algún banquete. Por este camino que he pintado, áspero y dificultoso, tropezando aquí, cayendo allí, levantándose acullá, tornando a caer acá, llegan al grado que desean, el cual alzanzado a muchos hemos visto que habiendo pasado por estas sirtes y por estas Scilas y Caribdis, como llevados en vuelo de la favorable fortuna, digo que los hemos visto mandar y gobernar el mundo desde una silla, trocada su hambre en hartura, su frío en refrigerio, su desnudez en galas, y su dormir en una estera en reposar en holandas y damascos: premio justamente merecido de su virtud; pero contrapuestos y comparados sus trabajos con los del mílite guerrero, se quedan muy atrás en todo como ahora diré... cap. 37(.

Pues comenzamos en el estudiante por la pobreza y sus partes, veamos si es más rico el soldado, y veremos que no hay ninguno más pobre en la misma pobreza; porque está atenido a la miseria de su paga, que viene tarde o nunca, o a lo que garbeare por sus manos con notable peligro de su vida y de su conciencia; y a veces suele ser su desnudez tanta, que un coleto acuchillado le sirve de gala y de camisa, y en la mitad del invierno se suele reparar de las inclemencias del cielo, estando en la campaña rasa, con sólo el aliento de su boca, que como sale de lugar vacío, tengo por averiguado

que debe de salir frío contra toda la naturaleza. Pues esperad, que espere que llegue la noche, para restaurarse de todas estas incomodidades en la cama que le aguarda, la cual si no es por su culpa, jamás pecará de estrecha, que bien puede medir en la tierra los pies que quisiere, y revolverse en ella a su sabor, sin temor que se le encojan las sábanas. Lléguese, pues, a todo esto el día y la hora de recibir el grado de su ejercicio, lléguese un día de batalla, que allí le pondrán la borla en la cabeza hecha de hilas, para curarle algún balazo que quizá le habrá pasado las sienes, o le dejará estropeado de brazo o pierna: y cuando esto no suceda, sino que el cielo piadoso le guarde y conserve sano y vivo, podrá ser que se quede en la mesma pobreza que antes estaba, y que sea menester que suceda uno y otro reencuentro, una y otra batalla, y que de todas salga vencedor, para medrar en algo; pero estos milagros vense raras veces. Pero decidme, sñores, si habéis mirado en ello, ¿cuán menos son los premiados por la guerra, que los que han perecido en ella? Sin duda habéis de responder que no tienen comparación, ni se pueden reducir a cuenta los muertos, y que se podrán contar los premiados vivos con tres letras de guarismos. Todo esto es al revés en los letrados; así que, aunque es mayor el trabajo del soldado, es mucho menor el premio. Pero a esto se puede responder, que es más fácil premiar a dos mil letrados que a treinta mil soldados, porque aquellos se premian con darles oficios, que por fuerza se han de dar a los de su profesión, y a estos no se puede premiar sino con la suma hacienda del señor a quien sirven; y esta imposibilidad fortifica más la razón que tengo.

Pero dejemos esto aparte, que es laberinto de muy dificultosa salida; sino volvamos a la preeminencia de las armas contra las letras: materia que hasta ahora está por averiguar, según son las razones que cada una de su parte alega. Y entre las que he dicho, dicen las letras que sin ellas no se podrían sustentar las armas, porque la guerra también tiene sus leyes, y está sujeta a ellas; y que las leyes caen debajo de lo que son las letras y letrados.

A esto responden las armas, que las leyes no se podrán sustentar sin ellas, porque con las armas se defienden las repúblicas, se conservan los reinos, se guardan las ciudades, se aseguran los caminos, se despojan los mares de corsarios, y finalmente, si por ellas no fuese, las repúblicas, los reinos, las monarquías, las ciudades, los caminos de mar y tierra estarían sujetos al rigor y a la confusión que trae consigo la guerra el tiempo que dura, y tiene licencia de usar de sus privilegios y de sus fuerzas: y es razón averiguada que aquello que más cuesta, se estima y debe estimar en más. Alcanzar alguno a ser eminente en letras le cuesta tiempo vigilias, hambre, desnudez,

vaguidos de cabeza, indigestiones de estómago, y otras cosas a éstas adherentes, que en parte ya las tengo referidas; mas llegar uno por sus términos a ser buen soldado le cuesta todo lo que al estudiante, en tanto mayor grado, que no tienen comparación, porque a cada paso está a pique de perder la vida. ¿Y qué temor de necesidad y pobreza puede llegar ni fatigar al estudiante, que llegue al que tiene un soldado, que hallándose cercado en alguna fuerza, y estando de posta o guarda en algún rebellín o caballero, siente que los enemigos están minando hacia la parte donde él está, y no puede apartarse de allí por ningún caso, ni huir el peligro que de tan cerca le amenaza? Sólo lo que puede hacer, es dar noticia a su capitán de lo que pasa, para que lo remedie con alguna contramina, y él estarse quedo, temiendo y esperando cuándo improvisadamente ha de subir a las nubes sin alas, y bajar al profundo sin su voluntad. Y si este parece pequeño peligro, veamos si se iguala o hace ventaja el de embestir dos galeras por las proas en mitad del mar espacioso, las cuales enclavijadas o trabadas, no le queda al soldado más espacio del que conceden los pies de tabla del espolón, y con todo esto, viendo que tiene delante de sí tantos ministros de la muerte que le amenazan, cuantos cañones de artillería se asestan de la parte contraria, que no distan de su cuerpo una lanza, y viendo que al primer descuido de sus pies irá a visitar los profundos senos de Neptuno; con todo esto con intrépido corazón, llevado de la honra que le incita, se pone a ser blanco de tanta arcabucería, y procura pasar por tan estrecho paso al bajel contrario. Y lo que es más de admirar, que apenas uno ha caído donde no se podrá levantar hasta el fin del mundo, cuando otro ocupa el mismo lugar: y si éste también cae en el mar, que como a enemigo le aguarda, otro y otro le sucede, sin dar tiempo al tiempo de sus muertes: valentía y atrevimiento el mayor que se puede hallar en todos los trances de la guerra. Bien hayan aquellos benditos siglos, que carecieron de la espantable furia de aquestos endemoniados instrumentos de la artillería, a cuyo inventor tengo para mí que en el infierno se le está dando el premio de su diabólica invención; con la cual dió causa a que un infame y cobarde brazo quite la vida a un valeroso caballero, y que sin saber cómo o por dónde, en la mitad del coraje y brío, que enciende y anima a los valientes pechos, llega una desmandada bala, disparada de quien quizá huyó y se espantó del resplandor que hizo el fuego al dispararse la maldita máquina, corta y acaba en un instante los pensamientos y vida de quien la merecía gozar luengos siglos. Y así, considerando esto, estoy por decir: que en el alma me pesa de haber tomado este ejercicio de caballero andante en edad tan detestable como esta, en que ahora vivimos: porque

aunque a mí ningún peligro me pone miedo, todavía me pone recelo pensar si la pólvora o el estaño me han do quitar la ocasión de hacerme famoso y conocido por el valor de mi brazo y filos de mi espada por todo el descubierto de la tierra. (*Ibid*, part. I, cap. 38).

A las honras de Felipe II en Sevilla

(Cervantes)

¡Vive Dios! que me espanta esta grandeza,
y que diera un doblón por descrebilla;
porque ¿a quién no suspende y maravilla
esta máquina insigne, es ta riqueza?
Por Jesucristo vivo, cada pieza
vale más de un millón, y que es mancilla
que esto no dure un siglo, ¡oh gran Sevilla,
Roma triunfante en ánimo y nobleza!
Apostaré que el ánima del muerto,
por gozar de este sitio, hoy ha dejado
el cielo, de que goza eternamente.
Esto oyó un valentón. y dijo: «Es cierto
cuanto dice voacé, seor soldado,
y quien dijere lo contrario, miente».
Y luego incontinente
caló el chapeo, requirió la espada,
miró al soslayo, fuese, y no hubo nada.

Valencia

(Gil Polo)

Aunque decir yo con mal orden y rústicas palabras las extrañesas y beldades de la valentina tierra será agraviar sus merecimientos y ofender vuestros oídos, quiero deciros algo della, por no perjudicar a vuestras voluntades. No contaré particularmente la fertilidad del abundoso suelo, la amenidad de la siempre florida campaña, la belleza de los más encumbrados montes, lo sombrío de las verdes selvas, la suavidad de las claras fuentes, la melodía de las cantadoras aves, la frescura de los suaves vientos, la riqueza

de los provechosos ganados, la hermosura de los poblados lugares, la blandura de las amigables gentes, la extrañeza de los suntuosos templos, ni otras muchas cosas con que es aquella tierra celebrada, pues para ello es menester más largo tiempo y más esforzado aliento. Pero porque de la cosa más importante de aquella tierra seáis informados, os contaré lo que al famoso Turia, río principal de aquellos campos, le oí cantar. Venimos un día Polidoro y yo a su ribera para preguntar a los pastores della el camino del templo de Diana, porque ellos son los que en aquella tierra le saben, y llegando a una cabaña de vaqueros, los hallamos que deleitosamente cantaban. Preguntámosles lo que deseamos saber, y ellos con mucho amor nos informaron largamente de todo, y después nos dijeron que pues a tan buena sazón habíamos llegado, no dejásemos de gozar un suavísimo canto que el famoso Turia había de hacer no muy lejos a tan deleitoso regocijo, y nos aguardamos para ir con ellos. Pasado un rato en su compañía, partimos caminando riberas del río arriba, hasta que llegamos a una espaciosa campaña; no mucho después vimos el viejo Turia salir de una profundísima cueva, en su mano una urna o vaso muy grande y bien labrado, su cabeza coronada con hojas de roble de laurel, los brazos vellosos, la barba limosa y encanecida. Y sentándose en el suelo, reclinado sobre la urna, y derramando della abundancia de clarísimas aguas, levantando la ronca y congojada voz, cantó desta manera:

Regad el venturoso y fértil suelo,
corrientes aguas, puras y abundosas,
dad a las hierbas y árboles consuelo,
y frescas sostened flores y rosas;
y ansí con el favor del alto cielo
tendré yo mis riberas tan hermosas
que grande envidia habrán de mi corona
el Pado, el Mincio, el Ródano y Garona.

Mientras andáis el curso apresurando
torciendo acá y allá vuestro camino,
el valentino suelo hermoseando
con el licor sabroso y cristalino,
mi flaco aliento y débil esforzando
quiero con el espíritu adivino
cantar la alegre y próspera ventura
que el cielo a vuestros campos asegura.

El Lazarillo de Tormes

(D. Diego Hurtado de Mendoza (?)

Lázaro se asienta con un ciego

En este tiempo vino a posar al mesón un ciego, el cual, pareciéndole que yo sería a propósito para adestralle, me pidió a mi madre, y ella me encomendó a él, diciéndole cómo era hijo de un buen hombre, el cual, por ensalzar la fe, había muerto en la batalla de los Gelves; y que ella confiaba en Dios no saldría peor hombre que mi padre, y que le rogaba me tratase bien y mirase por mí, pues era huérfano. El respondió que así lo haría y que me recibía, no por mozo, sino por hijo: y así le comencé a servir y adestrar a mi nuevo y viejo amo. Como estuvimos en Salamanca algunos días, pareciéndole a mi amo que no era la ganancia a su contento, determinó irse de allí. Y cuando nos hubimos de partir, yo fuí a ver mi madre; y ambos llorando, me dió su bendición y dijo: Hijo, ya sé que no te veré más; procura de ser bueno, y Dios te guíe. Criado te he, y con buen amo te he puesto; válete por ti. Y así me fuí para mi amo, que esperándome estaba.

Salimos de Salamanca, y llegando a la puente, está a la entrada de ella un animal de piedra que casi tiene forma de toro; y el ciego mandóme que llegase cerca del animal, y allí puesto me dijo: Lázaro, llega el oído a este toro y oirás gran ruido dentro de él. Yo simplemente llegué, creyendo ser así; y como sintió que tenía la cabeza a par de la piedra, afirmó recia la mano y dióme una gran calabazada en el diablo del toro, que más de tres días me duró el dolor de la cornada; y díjome: Necio, aprende que el mozo del ciego un punto ha de saber más que el diablo, y rió mucho de la burla.

Parecióme que en aquel instante desperté de la simpleza en que, como niño, dormido estaba, y dije entre mí: Verdad dice éste, que me cumple avivar el ojo y avisar, pues solo soy, y pensar cómo me sepa valer. Comenzamos nuestros camino, y en muy pocos días me mostró jerigonza. Y como me viese de buen ingenio, holgábase mucho, y decía: Yo oro ni plata no te lo puedo dar, más avisos para vivir muchos te mostraré. Y fué así, que después de Dios éste me dió la vida, y siendo ciego, me alumbró y adestró en la carrera de vivir...

Usaba poner cabe sí un jarrillo de vino cuando comíamos; yo muy de presto le asía y daba un par de besos callados, y tornábale a su lugar,

mas duróme poco, que en los tragos conocía la falta; y por reservar su vino a salvo, nunca después desamparaba el jarro, antes lo tenía por el asa asido. Mas no había piedra imán que trajese a sí el hierro, como yo el vino con una paja larga de centeno, que para aquel menester tenía hecha; la cual metiéndola en la boca del jarrro, chupando el vino, lo dejaba a buenas noches. Mas como fuese traidor tan astuto, pienso que me sintió: y dende en adelante mudó de propósito, y asentaba su jarro entre las piernas y tapábale con la mano, y así bebía seguro. Yo, como estaba hecho al vino, moría por él; y viendo que aquel remedio de la paja no me aprovechaba ni valía, acordé en el suelo del jarro hacerle una fuentecilla y agujero sutil, y delicadamente con una muy delgada tortilla de cera taparlo; y al tiempo de comer, fingiendo haber frío, entrábame entre las piernas del triste ciego a calentarme en la pobrecilla lumbre que teníamos; y al calor de ella, luego era derretida la cera, por ser muy poca, comenzaba la fuentecilla a destilarme en la boca, la cual yo de tal manera ponía, que maldita la gota se perdía. Cuando el pobrete iba a beber no hallaba nada: espantábase, maldecíase, daba al diablo el jarro y el vino, no sabiendo qué podía ser. No diréis, tío que os lo bebo yo, decía, pues no le quitáis la mano. Tantas vueltas y tientos dió al jarro, que halló la fuente y cayó en la burla; mas así lo disimuló como si no lo hubiera sentido; y luego otro día, teniendo rezumando mi jarro como solía, no pensando el daño que me estaba aparejado, ni que el mal ciego me sentía, sentéme como solía, estando recibiendo aquellos dulces tragos, mi cara puesta hacia el cielo, un poco cerrados los ojos, por mejor gustar el sabroso licor. Sintió el desesperado ciego que agora tenía tiempo de tomar de mí venganza, y con toda su fuerza alzando con dos manos aquel dulce y amargo jarro, le dejó caer sobre mi boca, y ayudándose, como digo, con todo su poder; de manera que al pobre Lázaro, que de nada de esto se guardaba, antes, como otras veces, estaba descuidado y gozoso, verdaderamente le pareció que el cielo con todo lo que en él hay le había caído encima. Fué tal el golpecillo, que me desatinó y sacó de sentido, y el jarrazo tan grande, que los pedazos de él se me metieron por la cara, rompiéndomela por muchas partes, y me quebró los dientes, sin los cuales hasta hoy día me quedé. Desde aquella hora quise mal al mal ciego; y aunque me quería y regalaba y me curaba, bien vi que se había holgado del cruel castigo. Lavóme con vino las roturas que con los pedazos del jarro me había hecho, y sonriéndose, decía: ¿Qué te parece Lázaro? lo que te enfermó te sana y da salud, y otros donaires que a mi gusto no lo eran. Ya que estuve medio bueno de mi negra trepa y cardenales, considerando que a pocos golpes tales el cruel ciego ahorraría

de mí, quise yo ahorrar de él; mas no lo hice tan presto, por hacerlo más a mi salvo y provecho.

Aunque yo quisiera asentar mi corazón y perdonalle el jarrazo, no daba lugar el mal tratamiento que el mal ciego desde allí adelante me hacía; que sin causa ni razón me hería, dándome coscorrones y repelándome. Y si alguno le decía por qué me trataba tan mal, luego contaba el cuento del jarro, diciendo: ¿Pensáis que este mi mozo es algún inocente? pues oíd si el demonio ensayara otra tal hazaña. Santiguándose los que lo oían, decían: ¡Mira, quién pensara de un muchacho tan pequeño tal ruindad! y reían mucho del artificio, y decíanle: castigadlo, castigadlo, que de Dios lo habréis; y él con aquello nunca otra cosa hacía: y en esto yo siempre le llevaba por los peores caminos, y adrede, por le hacer mal y daño. Si había piedras, por ellas; si lodo, por lo más alto; que aunque yo no iba por lo más enjuto, holgábame a mí de quebrar un ojo por quebrar dos al que ninguno tenía. Con esto siempre con el cabo alto del tiento me atentaba el colodrillo, el cual siempre traía lleno de tolondrones y pelado de sus manos. Y aunque yo juraba no lo hacer con malicia, sino por no hallar mejor camino, no me aprovechaba ni me creía; mas tal era el sentido y grandísimo entendimiento del traidor.

Y porque vea vuestra merced a cuánto se extendía el ingenio de este astuto ciego, contaré un caso de muchos que con él me acaecieron, en el cual me parece dió bien a entender su gran astucia. Cuando salimos de Salamanca, su motivo fué venir a tierra de Toledo, porque decía ser la gente más rica, aunque no muy limosnera. Arrimábase a este refrán: *Más da el duro que el desnudo.* Y vinimos a este camino por los mejores lugares. Donde hallaba buena acogida y ganancia, deteníamos; donde no, al tercero día hacíamos San Juan. Acaeció que llegando a un lugar que llaman *Almorox*, al tiempo que cogían las uvas, un vendimiador le dió un racimo de ellas en limosna; y como suelen ir los cestos maltratados, y también porque la uva en aquel tiempo está muy madura, desgranábase el racimo en la mano; para echarlo en el fardel, tornábase mosto, y lo que a él se llegaba; acordó de hacer un banquete, así por no lo poder llevar, como por contentarme; que aquel día me había dado muchos rodillazos y golpes. Sentámonos en un valladar, y dijo: Agora quiero yo usar contigo de una liberalidad, y es que ambos comamos este racimo de uvas, y que hayas de él tanta parte como yo. Partillo hemos de esta manera: tú picarás una vez y yo otra, con tal que me prometas no tomar cada vez más de una uva; yo haré lo mismo hasta que lo acabemos, y de esta suerte no habrá engaño. Hecho así el concierto comen-

zamos, mas luego al segundo lance el traidor mudó propósito y comenzó a tomar de dos en dos, considerando que yo debería hacer lo mismo. Como ví que él quebraba la postura, no me contenté ir a la par con él, mas aún pasaba adelante, dos a dos y tres a tres, y como podía las comía. Acabado el racimo, estuvo un poco con el escobajo en la mano, y meneando la cabeza, dijo: Lázaro, engañádome has: juraré yo a Dios que has tú comido las uvas tres a tres. No comí, dije yo: mas ¿por qué sospecháis eso? Respondió el sagacísimo ciego: ¿Sabes en qué veo que las comiste tres a tres? en que comía yo dos a dos y callabas. Reíme entre mí, y aunque muchacho, noté la discreta consideración del ciego. Mas por no ser prolijo, dejo de contar muchas cosas así graciosas como de notar, que con este mi primer amo me acaecieron.

EL ESCUDERO MARCOS DE OBREGON

Llega a Málaga.—Los dos hermanos

(Vicente Espinel)

Llegué a Málaga, en tiempo que había llegado el mismo día el bergantín del Peñón, de que era capitán Juan de Loja, muy valiente soldado, que había recibido y dado muchas heridas a moros y turcos, y traía una presa muy apacible. Fuíle a ver por ser muy amigo mío, y dándonos los parabienes cada uno de la venida del otro, me dijo que había topado con un barco muy trabajado de una borrasca, y había cogido en él una doncella turca y un gentil hombre, que debían de ser hermanos: ella muy hermosa, y el mozo de gallardo talle y algo españolados, tanto que se habían espantado por ser nacidos en Africa, e hijos de infieles. Roguéle que me los mostrase, por tenerlos muy guardados, para hacer un presente de ellos. El me dijo: Antes, pues habéis estado en Argel, quiero que sin veros los oigáis hablar, por ver si tratan verdad.

Entró donde estaban, quedándome yo a la puerta, y díjoles: Contadme la verdad de vuestra historia, ya que es forzoso vuestro cautiverio, para que conforme a esto os haga el tratamiento que merecen vuestras personas. Estaba el mozo muy triste, y la doncella deshecha en lágrimas, suspiros y sollozos; consolándolos su amo, el mozo dijo de esta manera: Que la privación de la preciosa libertad nos traiga tristes y afligidos, la misma naturaleza lo pide; que carezcamos de nuestra tierra, padres y regalos que poseímos, por fuerza se ha de sentir; que dejásemos hacienda, esclavos y grandeza de nues-

tra voluntad, soledad nos causa; pero que no consigamos el intento a que venimos, nos arranca el corazón del pecho.

Mi hermana y yo, que lo somos cierto, nacimos en Argel; somos hijos de un español que del reino de Valencia se pasó a Argel. Casóse con nuestra madre, que es turca de nación. Es nuestro padre corsario que trae por la mar dos galeotas suyas, con que ha hecho mucho mal a cristianos. Entre los cautivos que robó en España, vino uno a quien nuestro padre nos dió para maestro de la lengua y letras españolas, que como nos encarecía tanto las cosas de su tierra, nos encendía en amor y deseo de ver y haber lo que tanto estimaba. Este esclavo español se dió tan buena priesa en la doctrina que nos enseñó, que dentro de pocos días teníamos aborrecida la que habíamos mamado en la leche, y abrazada en el corazón la del bautismo. Si yo nombraba a Jesús, mi hermana a su madre María: no teníamos otra comunicación sino esta. Hicimos voto en voz de vivir y morir en la religión cristiana. Diónos palabra este esclavo de buscar modo cómo nos bautizásemos. Han pasado ocho años que fué a su tierra, y al cabo de estos nos dijeron que en saliendo de Argel lo habían cautivado las galeras de Génova, y le habían muerto, entendiendo que era nuestro padre. Desconfiados ya de su aviso o venida, determinamos de buscar por otra parte remedio. En este tiempo mi hermana y yo aguardamos a que nuestro padre hiciese una jornada hacia levante, para traer alguna presa con que enriquecer más nuestro estado, y en echando las galeotas al agua, nos fuimos a una heredad, y comunicando el caso con cuatro esclavos españoles, dos turcos, y seis italianos prácticos en toda la costa de España; y estando mi madre segura y descuidada, por estar mi hermana en mi compañía, cogimos al anochecer un barco, y con todo el silencio del mundo, batiendo los remos fuertemente, nos dimos tan buena priesa, que al amanecer descubrimos la costa de Valencia; pero yendo con esta buena suerte, nos vino un viento de hacia levante que nos hizo bajar la vela, y nos echó hacia poniente con tanta furia, que no fuimos señores del barco, porque venían sobre nosotros tan levantados montes y breñas de agua, que mil veces nos vimos debajo de las olas sumergidos; y como yo y mis criados llevábamos el cuidado puesto más en salvar a mi hermana que a nosotros propios, una vez esperando un peñasco de agua que venía a tragarnos, tendióse ella de bruces sobre el suelo del barco, y a cuatro que se pusieron a resistir la fuerza, porque no llegase a ella, se les sorbió la ola y nunca más parecieron. Rendímonos a lo que el cielo ordenase después de haber atado a mi hermana, de suerte que no se la llevasen las olas, aunque padeciese naufragios el barco, y a los que llevaban los remos en las manos,

se los arrancó de ellas el soberbio viento, dejándoles los brazos mancos. Yo, visto que sólo Dios podía socorrernos, mandéles que no hiciesen defensa, porque el barco sobre aquellas poderosas olas, andaba como cáscara de nuez, siempre encima, aunque una vez, viendo que se volvía boca arriba, yo me abracé con mi hermana, que me valió la vida, porque a los demás que iban sueltos los voló, sino fueron a dos que se asieron a los dos bordes del barco. Vino a sosegarse un poco el viento, pero las olas, movidas del levante inexorable, quedaron por dos días en su fuerza, andando sin gobierno cinco o seis días, sin poder comer lo poco que nos había quedado. Como no tenía remos, ni quien los gobernase, acordéme que aquel nuestro ayo o esclavo nos dijo, que los que se encomendaban a Dios, tomando el sagrado bautismo, habían de pasar los trabajos con mucha paciencia y esperanza; y consolámonos con esto. Mi hermana, vuelta en sí, comenzó con muchas veras a rezar en un rosario que le había dejado Marcos de Obregón, que así se llamaba nuestro maestro, y en esto descubrimos vuestro barco, no con intento de ponernos en defensa, que aquellos dos turcos que vuestro valeroso brazo mató, los traíamos ya con celo de bautizarse: llegamos a tierra de cristianos, donde suplicamos a Dios nos dé paciencia y nos cumpla nuestro deseo.

Acabó su razonamiento, y la hermana no el llanto que había comenzado desde el principio del cuento. El capitán, piadoso y enternecido, les dijo: Si lo que habéis contado con tanta terneza es verdad, yo os daré libertad y todas las joyas que tengo vuestras, y les dijo: ¿Conoceréis a Marcos de Obregón si lo veis? Respondió la doncella: ¿Cómo lo habemos de ver, si es muerto? Dijo el capitán: Salid afuera, y mirad si es alguno de los hombres que están ahí. Alborotáronse confusos entre esperanza y temor: salieron afuera, y en viéndome, se arrojaron a mis pies, llamándome padre, maestro y señor; quedé en éxtasis por algún espacio sin poder hacer otra acción sino admirarme, afirmando que cuanto habían contado era verdad: en sosegándome de la súbita alteración, lloré tiernamente con ellos, que también el contento tiene sus lágrimas piadosas, como el pesar congojosas: el capitán quedó espantado del caso, y habiéndoles consolado con sus palabras y mi presencia, les dijo: No quiera Dios que yo cautive a cristianos; libertad tenéis; y vuestras joyas, de que yo he sido no poseedor, sino depositario, veislas aquí (entre las cuales ví un rosario que yo le había dado a la doncella), usad de la libertad cristiana, pues tan venturosos habéis sido en llegar a ejecutar vuestro soberano intento. La alegría que yo sentí en ver aquellas dos prendas, que en mis trabajos y cautiverio me alentaron y consolaron, me volvió, si se puede decir, a la mocedad pasada: que el pecho con alegría entretiene la vida; y la alegría

fundada en bien, engendra paz en el alma. Hablé grandes ratos con ellos de mis trabajos y sus consuelos; que siendo pasados, bien pueden traerse a la memoria, pues causan, a la medida del pasado mal, la presente alegría. Los virtuosos mozos cobraron tanta en verme, que se les borró del rostro la tristeza del trabajo pasado. Dimos orden en su vida con ayudarles a cumplir lo que tanto deseaban; y fué la mudanza de sus acciones exteriores tan conocida, que nos dió ejemplo de vida a todos. Aviáronse a Valencia a conocer los parientes de su padre, donde vivieron con tanto consuelo del alma, que tuve nueva que acabaron sus vidas con grande ejemplo de virtud cristiana.

Guerras civiles de Granada

(Pérez de Hita)

Juego de cañas.—Traición de los Zegríes

Serían a la sazón las cuatro de la tarde, y mandó el Rey que se tocase a cabalgar. Oída la señal, todos los caballeros que eran de juego, se adelantaron para hacer la entrada; y entre tanto comenzaron una muy acordada música, con diversidad de instrumentos. Luego vino entrando por la boca de Zacatín el gallardo Muza con su cuadrilla Abencerraje. Entrando de cuatro en cuatro, y dando vuelta por la plaza, haciendo el debido acatamiento al Rey, a la Reina y a las damas, dieron algunas carreras con muy grande brío y donaire. Eran Muza, Melique Alabez y treinta Abencerrajes en la cuadrilla, y parecían muy bien las plumas azules y telas de plata sobre nevadas yeguas, que hermoseaban toda la plaza. No con menos gala y brío entraron los Zegríes por otra parte, todos de encarnado y verde, con plumas y penachos azules, yeguas bayas, y en las adargas una misma divisa puesta en listones azules, que eran unos leones encadenados. De esta manera entraron en la plaza, de cuatro en cuatro, y juntos hicieron un caracol y escaramuza con mucho acierto, que no menos contento dieron que los Abencerrajes. Y tomando las dos cuadrillas sus puestos, y apercibidas las cañas, habiendo dejado sus lanzas, al son de las trompetas y dulzainas se comenzó a trabar el juego con mucha gallardía, donaire y brío, de ocho en ocho. Los Abencerrajes, que habían reparado en las plumas azules que los Zegríes traían, antigua divisa suya, muy enojados les tiraban a los turbantes, por derribárselos, muy valerosamente; mas no pudieron los Abencerrajes salir con su in-

tento: y así andaban jugando con muy gran concierto, que era mucho de ver, y daban grande contento a todos los que les miraban.

Mahomed Zegrí, como tenía tratado con todos los de su linaje de dar la muerte a Malique Alabez, o a alguno de los Abencerrajes por las palabras dichas, dió orden que Malique saliese de la parte contraria, y cayese en su cuadrilla, teniendo inteligencia para que él y los ocho revolviesen sobre Alabez y los suyos. Y habiendo corrido seis veces, dijo el Zegrí a los de su cuadrilla: «Ahora es tiempo, que está el juego encendido; venguémonos, pues se nos ofrece buena ocasión». Y tomando una lanza con un muy agudo hierro, aguardó que Malique Alabez viniese con los ocho caballeros de su cuadrilla, revolviendo sobre los de la contraria parte, como es uso y costumbre en semejantes juegos; y al tiempo que Malique Alabez volvía, cubierto con su adarga, contra él y los suyos, salió el Zegrí, y llevando puestos los ojos en Malique Alabez, mirando por donde mejor le pudiese herir, le arrojó la lanza con tanta fuerza, que pasó la adarga de una parte a otra, y el agudo hierro entró en el brazo derecho, que se lo pasó con mucha brevedad. Muy grande fué el dolor que el valeroso Malique Alabez sintió de aqueste golpe, porque le atormentó todo el brazo, y aun todo el cuerpo, sin entender que estaba herido; y en habiendo llegado a su puesto, puso la mano en la parte que le dolía, y ensangrentósela; y mirando al brazo, viendo la herida, dijo en alta voz a Muza y a los Abencerrajes: «Caballeros, grande traición nos han armado los Zegríes; lanzas con hierros agudos tiran por cañas; véisme aquí herido». Los valientes Abencerrajes al punto tomaron sus lanzas para estar prevenidos a lo que se les ofreciese.

A esta sazón volvía el Zegrí con su cuadrilla para irse a su puesto, cuando Malique Alabez con gran furia se atravesó de por medio, viéndose herido, y le tiró la lanza, diciéndole: «Traidor, no es de caballero lo que has hecho, sino de villano». No fué en balde el tiro, pues le pasó el adarga y cota, y le entró en el cuerpo un palmo y más de lanza, y luego cayó el Zegrí de la yegua, casi muerto. De ambas partes había apercibimiento para lo que se ofreciera, y empezaron una escaramuza brava y sangrienta; y como los Zegríes iban bien armados, llevaron lo mejor de la batalla; pero como era tanto el valor de Muza y del valiente Alabez, y el de los Abencerrajes, no dejaban de maltratar a los Zegríes y hacerles daño notable. La vocería y algazara era mucha; y cuando vió el Rey encendido el juego, bajó a la plaza, y subió en una yegua, y entró entre los lidiadores con un bastón, diciendo: «Afuera, afuera». Asimismo todos los caballeros desinteresados ayudaron a poner en paz... Quietos y apartados cada uno en su cuadrilla, el valiente Muza y los

de la suya se subieron al Alhambra. Los Zegríes se retiraron al castillo de Biba también, llevando muerto a Mahomed Zegrí... Este desdichado fin tuvieron las fiestas, quedando muy revuelta Granada; y por eso se hizo este romance:

Afuera, afuera, afuera,
Aparta, aparta, aparta.
Que entra el valeroso Muza,
Cuadrillero de unas cañas.
Treinta lleva en su cuadrilla
Abencerrajes de fama,
Conformes en las libreas
De azul y tela de plata.
De listones y de cifras
Travesadas las adargas;
Yeguas de color de cisne,
Con las colas encintadas.
Los caballeros Zegríes
También entran en la plaza:
Sus libreas eran verdes,
Y las medias encarnadas.
Al son de los añafiles
Traban el juego de cañas,
El cual anda muy revuelto,
Parece una gran batalla.
No hay amigo para amigo:
Las cañas se vuelven lanzas,
Mal herido fué Alabez,
Y un Zegrí muerto quedaba.
El Rey Chico reconoce
La ciudad alborotada;
Con un bastón en la mano
Va diciendo: Aparta, aparta,
Muza reconoce al Rey,
Por el Zacatín se escapa,
Con él toda su cuadrilla
No paran hasta el Alhambra.
A Riba también Zegríes
Tomaron por su posada;
Granada quedó revuelta
Por esta cuestión trabada.

(*Guerras civiles de Granada*, part. I, cap. 6).

Roma antigua y moderna

(Quevedo)

Esta que miras grande Roma ahora,
huésped, fué yerba un tiempo, fué collado:
primero apacentó pobre ganado,
ya del mundo la ves reina y señora.
Y la que pobre dios tuvo en el prado
deidad preciosa en alto templo adora.
Jove tronó sobre desnuda peña
donde se ven subir los chapiteles

a sacarle los rayos de la mano;
lo que primero fué, rica desdeña;
senado rudo, que vistieron pieles,
da ley al mundo, y peso al Oceano.
Cuando nació la dieron
muro un arado, reyes una loba,
y no desconocieron
la leche, si este mata, y aquel roba.
Dioses, que trujo hurtados
del Dánao fuego la piedad troyana,
fueron aquí hospedados
con fácil pompa, en devoción villana:
fué templo el bosque, los peñascos aras,
víctima el corazón, los dioses varas;
y pobre, y común fuego en estos llanos
los grandes reinos de los dos hermanos.
A la sed de los bueyes
de Evandro fugitivo Tibre santo
sirvió: después los cónsules, los reyes
con sangre le mancharon,
le crecieron con llanto
de los reinos, que un tiempo aprisionaron:
fué triunfo suyo, y viólos en cadena
el Danubio y el Reno,
los dos Hebreos, y el padre Tajo ameno,
cano en la espuma, y rojo con la arena.
Trofeos y blasones,
que en arcos diste a leer a las estrellas,
y no sé si a envidiar a las más de ellas,
o Roma generosa,
sepultados se ven, donde se vieron
los orgullosos arcos
como en espejo, en la corriente undosa:
tan envidiosos hados te siguieron,
que el Tibre, que fué espejo a su hermosura
los da en sus ondas llanto y sepultura.
Y las puertas triunfales,
que tanta vanidad alimentaron,

hoy ruinas desiguales,
que, o sobraron al tiempo, o perdonaron
las guerras, ya caducan, y mortales
amenazan donde antes admiraron.
Los dos rostros de Jano
burlaste, y en su templo, y ara apenas
hay yerba que dé sombra a las arenas,
que primero adoró tanto Sirano.
Donde antes hubo oráculos, hay fieras;
y descansadas de los altos templos,
vuelven a ser riberas las riberas,
los que fueron palacios son ejemplos:
las peñas que vivieron
dura vida con almas imitadas,
son troncos lastimosos,
robados sin piedad de los curiosos.
¡O coronas, o cetros imperiales
que fuisteis en monarcas diferentes
breve lisonja de soberbias frentes,
y rica adulación en los metales!
¿Dónde dejasteis ir los que os creyeron?
¿Cómo en tan breves urnas se escondieron?
¿De sus cuerpos sabrá decir la fama,
dónde se fué lo que sobró a la llama?
el fuego examinó sus monarquías,
y yacen poco peso en urnas frías,
y visten (ved la edad cuánto ha podido)
sus huesos polvo, y su memoria olvido.
Tú, no de aquella suerte,
te dejas poseer, Roma gloriosa,
de la envidiosa mano de la muerte:
con los Sumos Pontífices, gobierno
de la Iglesia, te viste en sólo un día
reina del mundo y cielo, y del infierno.
Las águilas trocaste por la llave,
y el nombre de ciudad por el de nave;
los que fueron Nerones insolentes,
son Píos y Clementes.

Tú dispensas la gloria, tú la pena,
y a esotra parte de la muerte alcanza
lo que el gran sucesor de Pedro ordena;
tú das aliento, y premio a la esperanza,
siendo en tan dura guerra
gloriosa corte de la fe en la tierra.

Epístola al Conde de Olivares en su valimiento

(Quevedo)

No he de callar, por más que con el dedo
Ya tocando la boca, o ya la frente,
Silencio avises, o amenaces miedo.
¿No ha de haber un espíritu valiente?
¿Siempre se ha de sentir lo que se dice?
¿Nunca se ha de decir lo que se siente?
Hoy sin miedo que libre escandalice,
Puede hablar el ingenio, asegurado
De que mayor poder lo atemorice,
En otros siglos pudo ser pecado
Severo estudio y la verdad desnuda,
Y romper el silencio el bien hablado.
Pues sepa quien lo niega y quien lo duda
Que es lengua la verdad del Dios severo,
Y la lengua de Dios nunca fué muda.
Son la verdad y Dios, Dios verdadero:
Ni eternidad divina los separa,
Ni de los dos alguno fué primero.
Si Dios a la verdad se adelantara,
Siendo verdad, implicación hubiera
En ser y en que verdad de ser dejará.
La justicia de Dios es verdadera
Y la misericordia y todo cuanto
Es Dios, todo ha de ser verdad entera.
Señor excelentísimo, mi llanto
Ya no consiente márgenes ni orillas,
Inundación será la de mi canto.

Ya sumergirse miro mis mejillas;
La vista por dos urnas derramada
Sobre las aras de las dos Castillas.
Yace aquella virtud desaliñada,
Que fué, si rica menos, más temida,
En vanidad y en sueño sepultada.
Y aquella libertad esclarecida,
Que en donde supo hallar honrada muerte,
Nunca quiso tener más larga vida.
Y pródiga del alma nación fuerte
Contaba por afrenta de los años
Envejecer en brazos de la suerte.
Del tiempo el ocio torpe, y los engaños
Del paso de las horas y del día,
Reputaban los nuestros por extraños.
Nadie contaba cuánta edad vivía,
Sino de qué manera, ni aun un hora
Lograba sin afán su valentía.
La robusta virtud era señora
Y sola dominaba al pueblo rudo;
Edad, si mal hablada, vencedora.
El temor de la mano daba escudo
Al corazón que, en ella confiado,
Todas las armas despreció desnudo.
Multiplicó en escuadras un soldado
Su honor precioso, su ánimo valiente,
De sólo honesta obligación armado.
Y debajo del cielo aquella gente,
Si no a más descansado, a más honroso
Sueño entregó los ojos, no la mente.
Hilaba la mujer para su esposo
La mortaja primero que el vestido;
Menos le vió galán que peligroso.

. . . .

Joya fué la virtud pura y ardiente;
Gala el merecimiento y alabanza;
Sólo se codiciaba lo decente.

No de la pluma dependió la lanza;
Ni el cántabro con cajas y tinteros
Hizo el campo heredead, sino matanza...
El rostro macilento, el cuerpo flaco,
Eran recuerdo del trabajo honroso;
Y honra y provecho andaban en un saco.
Pudo sin miedo un español velloso
Llamar a los tudescos bacanales,
Y al holandés hereje y alevoso.
Pudo acusar los celos desiguales
A la Italia: pero hoy de muchos modos
Somos copias, si son originales.
Las descendencias gastan muchos godos
Todos blasonan, nadie los imita;
Y no son sucesores, sino apodos.
Vino el betún precioso que vomita
La ballena, o la espuma de las olas,
Que el vicio, no el olor nos acredita.
Y quedaron las huestes españolas
Bien perfumadas, pero mal regidas
Y alhajas las que fueron pieles solas.

. . . .

¡Con cuánta majestad llena la mano
La pica, y el mosquete carga el hombro
Del que se atreve a ser buen castellano!
Con asco entre las otras gentes nombro
Al que de su persona sin decoro
Más quiere nota dar que dar asombro.
Gineta y cañas son contagio moro;
Restitúyanse justas y torneos,
Y hagan paces las capas con el toro.
Pasadnos vos de juegos a trofeos,
Que sólo grande rey y buen privado
Pueden ejecutar estos deseos.
Vos, que hacéis repetir siglo pasado,
Con desembarazarnos las personas,
Y sacar nuestros miembros de cuidado:

Vos disteis libertad con las valonas,
Para que sean corteses las cabezas,
Desnudando el enfado a las coronas:
Y pues vos enmendasteis las cortezas,
Dad a la mejor parte medicina:
Vuélvanse los tablados fortalezas:
Que la cortés estrella que os inclina
A privar sin intento y sin venganza,
Milagro que al envidia desatina,
Tiene por sola bienaventuranza
El reconocimiento temeroso,
No presumida y ciega confianza.
Y si os dió el ascendiente generoso
Escudos de armas y blasones llenos,
Y por timbre el martirio glorioso,
Mejores sean por vos los que eran buenos
Guzmanes, y la cumbre desdeñosa
Os muestre a su pesar campos serenos.
Lograd, señor, edad tan venturosa;
Y cuando nuestras fuerzas examina
Persecución unida y belicosa,
La militar valiente disciplina
Tenga más platicantes que la plaza;
Descansen tela falsa y tela fina.
Suceda a la marlota la coraza,
Y si el Corpus con danzas no los pide,
Velillos y oropel no hagan baza:
El que en treinta lacayos los divide,
Hace suerte en el toro, y con un dedo
La hace en él la vara que los mide.
Mandadlo así que aseguraros puedo
Que habéis de restaurar más que Pelayo;
Pues valdrá por ejércitos el miedo,
Y os verá el cielo administrar su rayo.

UN NARIGUDO

(Quevedo)

Erase un hombre a una nariz pegado,
érase una nariz superlativa,
érase una nariz sayón y escriba,
érase un peje espada muy barbado.
Era un reloj de sol mal encarado,
érase una alquitara pensativa,
érase un elefante boca arriba,
era Ovidio Nasón más narizado.
Erase un espolón de una galera,
érase una pirámide de Egito,
las doce Tribus de narices era.
Erase un naricísimo infinito,
muchísimo nariz, nariz tan fiera
que en la cara de Anás fuera delito.

GENERO DIDACTICO

LAS ZAHURDAS DE PLUTÓN

(Quevedo)

Halléme en un lugar favorecido de la Naturaleza por el sosiego apacible, donde sin malicia la hermosura entretenía la vista (muda recreación), y sin respuesta humana platicaban las fuentes entre las guijas y los árboles por las hojas; tal vez cantaba el pájaro, ni sé detenidamente si a competencia o agradeciéndoles su armonía. Ved cuál es de peregrino nuestro deseo, que no halló paz en nada de esto.

Tendí los ojos codicioso de ver algún camino por buscar compañía, y veo (cosa digna de admiración) dos sendas que nacían de un mismo lugar, y una se iba apartando de la otra como que huyesen de acompañarse.

Era la de mano derecha tan angosta que no admite encarecimiento, y estaba, de la poca gente que por ella iba, llena de abrojos y asperezas y malos pasos. Con todo ví algunos que trabajaban en pasarla; pero, por ir des-

calzos y desnudos, se iban dejando en el camino, unos el pellejo, otros los brazos, otros las cabezas, otros los pies, y todos iban amarillos y flacos. Pero noté que ninguno de los que iban por aquí miraba atrás, sino todos adelante; decir que puede ir alguno a caballo, es cosa de risa. Uno de los que allí estaban, preguntándole si podría yo caminar aquel desierto a caballo, me dijo: «Déjese de caballerías y caiga de su asno»; y miré con todo eso, y no ví huella de bestia alguna. Y es cosa de admirar que no había señal de rueda de coche, ni memoria apenas de que hubiese nadie caminado en él por allí jamás.

Pregunté, espantado de esto, a un mendigo que estaba descansando y tomando aliento, ¿si acaso había ventas en aquel camino o mesones en los paraderos? Respondióme: «¡Venta aquí, señor, ni mesón! ¿cómo queréis que le haya en este camino si es el de la virtud? Quedaos con Dios que en este camino, es perder tiempo el pararse uno, y peligroso responder a quien pregunta por curiosidad, y no por provecho...» Di un paso atrás y salíme del camino del bien, que jamás quise retirarme de la virtud que tuviese mucho que desandar ni que descansar.

Volví a la mano izquierda, y ví un acompañamiento tan reverendo, tanto coche, tanta carroza cargada de competencias al sol en humanas hermosuras, y gran cantidad de galas y libreas, lindos caballos, mucha gente de capa negra y muchos caballeros. Yo, que siempre oí decir: dime con quién andas te diré quién eres, por ir con buena compañía, puse el pie en el umbral del camino, y sin sentirlo me hallé resbalado en medio de él como el que se desliza por el hielo, y topé con lo que había menester, porque aquí todos eran bailes y fiestas, juegos y saraos; y no el otro camino, que por falta de sastres, iban en él desnudos y rotos, cuando aquí nos sobraban mercaderes, joyeros y todos oficios... Animóme para proseguir en el camino, el ver no sólo que iban muchos por él, sino la alegría que llevaban; y que del otro se pasaban algunos al nuestro y del nuestro al otro, por sendas secretas.

Otros caían, que no se podían tener, y entre ellos fué de ver el cruel resbalón que una lechigada de *taberneros* dió en las lágrimas que otros habían derramado en el camino, que por ser agua se le fueron los pies, y dieron en nuestra senda unos sobre otros... Vi una senda por donde iban muchos hombres de la misma suerte que los buenos, y desde lejos parecía que iban con ellos mismos; y llegado que hube, vi que iban entre nosotros. Estos me dijeron que eran los *hipócritas*, gentes en quien la penitencia y el ayuno, que en otros son mercancía, es noviciado del infierno.

La Cuna y la Sepultura

La vida

(Quevedo)

Es, pues, la vida un dolor en que se empieza el de la muerte, que dura mientras dura ella. Considérala como plazo que poner al jornalero; que no tiene descanso, desde que empieza, si no es cuando acaba. A la par empiezas a nacer y a morir, y no es en tu mano detener las horas, y si fueras cuerdo, no lo habías de desear; si fueras bueno, no lo habías de temer. Antes empiezas a morir que sepas qué cosa es vida, y vives sin gustar de ella, porque se anticipan las lágrimas a la razón. Si quieres acabar de conocer qué es tu vida y la de todos, y su miseria, mira qué de cosas desdichadas ha menester para continuarse. ¿Qué yerbecilla, qué animalejo, qué piedra, qué tierra, qué elemento no es parte, o de tu sustento, abrigo, reposo u hospedaje? ¿Cómo puede dejar de ser débil, y sujeta a muerte y miseria, la que con muertos de otras cosas vive? Si te abrigas, murió el animal cuya lana viste; si comes, el que te dió sustento. Pues advierte, hombre, que tienen tanto de recuerdos y memorias, como de alimento. Por otra parte, mira cómo en todas esas cosas ignoras la muerte que recibes, pues los manjares con que a tu parecer sustentas el cuerpo, en su decocción por otra parte gastan el calor natural que es tu vida, con el trabajo de disponerlos. Vela eres, luz de la vela es la tuya, que va consumiendo lo mismo con que se alimenta; y cuanto más aprisa arde, más aprisa te acabarás.

Considera que, sin los venenos, las mismas cosas saludables te traen muerte. Un airecillo, si te coge el cuerpo destemplado: un jarro de agua, si sudas: el baño: la comida, si es demasiada: el vino: el movimiento, si te cansas: el sueño prolijo. En ninguna cosa tienes segura salud, y es necedad buscarla; pues no puede dejar de estar enfermo, quien siempre, en su misma vida, tiene mal de muerte. Con este mal naces, con él vives, y de él mueres. Dejo de contar los venenos y cosas, que la naturaleza creó contra tu vida. Y estas cosas que no están en tu mano, no las debías sentir, ni quejarte de ellas. Tu mayor miseria no es sino que entre todos los animales, tú sólo naciste contra tí mismo. ¿Qué enemigo tienes mayor de tu vida y quietud, que tú, pues de las cosas ajenas te congojas? Si el otro anda despacio, te enfadas: si habla mucho te enojas: si le suceden desdichas, te deshaces en

lástima: si tiene prosperidad, te carcomes con envidia: si te dicen una mala palabra, o te dan un golpe, te afrentas y deshaces; y no teniendo tú culpa de que el otro sea desvergonzado, si no te puedes vengar, te mueres de coraje; y toda la vida te mueres de miedo de morirte, o vives tan solícito de las cosas de acá, y con trabajo, como si no fueras mortal, y esta vida perecedera.

De la educación del príncipe.—Indole de los niños

(D. Diego de Saavedra Fajardo)

Luego en naciendo se han de señalar los maestros y ayos a los hijos con la atención que suelen los jardineros poner encañados a las plantas, aun antes que se descubran sobre la tierra, porque ni las ofenda el pie, ni las amancille la mano. De los primeros esbozos y delineamentos pende la perfección de la pintura; así la buena educación, de las impresiones en aquella tierna edad, antes que, robusta, cobren fuerza los afectos y no se puedan vencer. De una pequeña simiente nace un árbol, al principio débil vara, que fácilmente se inclina y endereza; pero en cubriéndose de cortezas, y armándose de ramas, no se rinde a la fuerza. Son los afectos en la niñez, como el veneno; que si una vez se apodera del corazón, no puede la medicina repeler la palidez que introdujo. Las virtudes que van creciendo con la juventud, no solamente se aventajan a las demás, sino también a sí mismas.

Desde aquella edad es menester observar y advertir los naturales de los niños, sin cuyo conocimiento no puede ser acertada la educación; y ninguna edad más a propósito que la infancia, en que desconocida a la naturaleza la malicia y la disimulación, obra el niño sencillamente, descubre en la frente, en los ojos, en la risa, en las manos y en los demás movimientos sus afectos e inclinaciones.

Si el niño es generoso y altivo, serena la frente y los ojuelos; y risueño oye las alabanzas, y los retira, entristeciéndose, si le afean algo. Si es animoso, afirma el rostro; y no se conturba con las sombras y amenazas de miedos. Si generoso, desprecia los juguetes y los reparte. Si vengativo, dura en los enojos, y no depone las lágrimas sin la satisfacción. Si colérico, por ligeras causas se conmueve, deja caer el sobrecejo, mira de soslayo y levanta las manecillas. Si benigno, con la risa y los ojos granjea las voluntades. Si melancólico, aborrece la compañía, ama la soledad, es obstinado en el llanto y difícil en la risa: siempre cubierta con nubecillas de tristeza la frente. Si

alegre, ya levanta las cejas, y adelantando los ojuelos, vierte por ellos luces de regocijo: ya los retira, y, plegados los párpados en graciosos dobleces, manifiesta por ellos lo festivo del ánimo. Así las demás virtudes o vicios traslada el corazón al rostro y ademanes del cuerpo, hasta que, más advertida la edad, los retira y cela.

Pero no siempre estos juicios de la infancia salen ciertos, porque la naturaleza tal vez burla la curiosidad humana, que investiga sus obras; y se retira de su curso ordinario. (*Idea de un Príncipe, Empresa I*).

El Criticón

Sabiduría de Dios revelada en la armonía del Universo

(P. Baltasar Gracián, S. J.)

Lo que yo mucho admiraba y aun celebro, dijo Andrenio, es este tan admirable concierto con que se mueve y se gobierna tanta y tan varia multitud de criaturas, sin embarazarse unas a otras, antes bien dándose lugar y ayudándose todas entre sí. Eso es, ponderó Critilo, otro prodigioso efecto de la infinita sabiduría del Criador, con lo cual dispuso todas las cosas en peso, con número y medida: porque, si bien se nota, cualquiera cosa criada tiene su centro en orden al lugar, su duración en el tiempo, y su fin especial en el obrar y en el ser. Por eso verás que están subordinadas unas a otras, conforme al grado de su perfección. De los elementos, que son los ínfimos en la naturaleza, se componen los mixtos, y entre estos los inferiores sirven a los superiores. Esas yerbas y esas plantas que están en el más bajo grado de la vida, que sólo gozan la vegetativa, moviéndose y creciendo hasta un punto fijo de su perfección en el durar y crecer, sin poder pasar de allí, estas sirven de alimento a los sensibles vivientes, que están en el segundo orden de la vida, gozando de la sensible sobre la vegetante, y son los animales de la tierra, los peces del mar, y las aves del aire: ellos pacen la yerba, pueblan los árboles, comen sus frutos, anidan en sus ramas, se defienden entre sus troncos, se cubren con sus hojas, y se amparan con su toldo; pero unos y otros, árboles y animales, se reducen a servir a otro tercer grado de vivientes mucho más perfectos y superiores, que sobre el crecer y el sentir, añaden el raciocinar, el discurrir y el entender; y este es el hombre, que finalmente se ordena y se dirige para Dios, conociéndole, amándole y sirviéndole. De esta suerte, con tan maravillosa disposición y concierto está todo ordenado,

ayudándose las unas criaturas a las otras para su aumento y conservación. El agua necesita de la tierra que la sustente: la tierra del agua que la fecunde, el agua se aumenta del agua; y del aire se ceba y alienta el fuego. Todo está así ponderado y compasado para la unión de las partes, y ellas lo están en orden a la conservación de todo el universo.

LITERATURA ASCETICA Y MISTICA

Las dos ciudades

(Beato Juan de Avila)

Todos los hombres son repartidos en uno de dos bandos o ciudades diversas, una de buenos, y otra de malos; las cuales ciudades no son distintas por diversidad de lugares, pues los ciudadanos de una y otra viven juntos, y aun dentro de una casa, mas por diversidad de afecciones: porque según dice San Agustín, *dos amores hicieron dos ciudades.* El amor de sí mismo, hasta despreciar a Dios, hizo a la ciudad *terrenal.* El amor de Dios, hasta despreciar a sí mismo, hizo la ciudad *celestial.* La primera ensálzase en sí misma. La segunda, no en sí, mas en Dios. La primera quiere ser honrada de los hombres. La segunda tiene por honra tener la conciencia limpia delante los ojos de Dios. La primera ensalza su cabeza en su propia honra. La segunda dice a Dios: Tú eres mi gloria, y el que alzas mi cabeza. La primera es deseosa de mandar y señorear. En la segunda sírvense unos a otros por caridad. Los mayores aprovechan a los menores, y sus menores, obedeciendo, a sus mayores. La primera atribuye la fortaleza a sus fuerzas y gloríase en ellas. La segunda dice: *Amete yo, Señor, fortaleza mía.* En la primera los sabios de ella buscan los bienes criados, o si conocieron al Criador no le honraron como a tal, mas tornáronse vanos en sus pensamientos, y diciendo, somos sabios, tornáronse necios: mas en la segunda ninguna otra sabiduría hay sino el verdadero servicio de Dios, y espera por galardón honrar al mismo Dios, en compañía de los santos, hombres y ángeles, para que sea Dios todas las cosas en todos. De la primera ciudad son ciudadanos todos los pecadores. De la segunda todos los justos. Y porque todos los que de Adán descienden (sacando al Hijo de Dios y a su bendita Madre) son pecadores, desde que fueron engendrados; por tanto todos somos naturalmente ciudadanos de aquesta ciudad, de la cual Cristo nos saca por gracia para hacernos ciudadanos de la suya. Esta mala ciudad, que es congregación, no de plazas ni calles, mas de hombres que se aman a sí y presumen de sí, se llama por diversos nombres que declaran la maldad de ella: llámase Egipto, que quiere

decir, *tinieblas o angustia,* porque los que en esta ciudad viven, o no tienen luz de conocimiento de Dios por no tener fe, o si la tienen, como los cristianos que viven mal, tiénenla muerta por no tener caridad, que es la vida de ella. Y por esto dice San Juan, *que el que no ama a Dios, no conoce a Dios, porque Dios es amor*, quiere decir, que no tiene conocimiento amoroso, cual lo deben tener para salvarse; y así viviendo los unos en tinieblas de infidelidad, y los otros en tinieblas de pecados, no tienen gozo, sino estrechura y tristeza; porque según dice Tobías: *¿qué gozo puedo yo tener, pues no veo la lumbre del cielo?* Llámase también Babilonia, que quiere decir *confusión*; el cual nombre fué puesto cuando los soberbios quisieron edificar una torre, que llegase hasta el cielo, para defenderse de la ira de Dios, si quisiese destruir el mundo por agua otra vez: y para hacer un tal edificio, por el cual fuesen nombrados en el mundo; mas impidió el Señor su locura de esta manera, que les confundió el lenguaje, para que no se entendiesen unos a otros; y así el fin de la soberbia fué confusión. Muy propiamente compete este nombre a la ciudad de los malos, pues quieren pecar y no ser castigados: son soberbios, y todo su fin es que su nombre suene en la tierra, y hacen torres de obras vanas si pueden, y si no en los pensamientos; los cuales destruye Dios al mejor sabor que ellos están, según está escrito: A los soberbios resiste. Y porque no quisieron vivir en unidad de lenguaje, dando la obediencia a Dios, son castigados en que ni ellos se entiendan a sí mismos, ni entiendan a Dios, ni se entiendan unos a otros, ni entiendan cosa criada; pues faltándoles la sabiduría de Dios, ninguna cosa entienden, como se debe entender para su provecho.

De la grandeza de Dios por sus atributos y perfecciones

(Fr. Luis de Granada, dominico)

¡Oh sumo y verdadero Dios, y suma y verdadera vida, de quien y por quien viven todas las cosas que verdadera y bienaventuradamente viven! Vos, Señor, sois la misma bondad y hermosura, de quien y por quien es bueno y hermoso todo lo que es bueno y hermoso. Vos sois el que mandáis que os pidamos, y hacéis que os hallemos, y nos abrís cuando os llamamos. Vos sois de quien apartarse es caer, a quien llegarse es levantar, y en quien estar es permanecer. Vos sois de quien nadie se aparta sino engañado, a quien nadie busca sino amonestado, a quien nadie halla sino purgado. Vos sois

aquél a quien conocer es vivir, a quien servir es reinar, y a quien alabar es salud y alegría de quien os alaba.

«¿Quién (dice Isaías) midió las aguas con el puño, y los cielos con un palmo? ¿Quién tiene de tres dedos colgada la redondez de la tierra, y asentó los montes en su peso, y los collados en una balanza? ¿Quién ayudó el espíritu del Señor, o quien fué su consejero y le enseñó algo? Todas las gentes son como un hilico de agua, y como un granico de peso delante de él: todas las islas son un poco de polvo en su presencia; y toda la leña del monte Líbano, con todos cuantos ganados hay en él, no bastarán para ofrecerle un digno sacrificio. Todas las gentes así son delante de él como si no fuesen; y como nada serán reputadas en su presencia.

Pues ¿qué diré, Señor, de la grandeza de vuestra sabiduría? Vos, Señor, dice el profeta, entendisteis todos mis pensamientos desde lejos; y la senda y el hilo de mi vida vos la alcanzasteis. Vos visteis *ab æterno* todos mis caminos, y no hay palabra mía que vos no sepáis; vos, Señor conocisteis todas las cosas antiguas y venideras; vos me criasteis y pusisteis vuestra mano sobre mí. Maravillosa es vuestra sabiduría en mis ojos, más alta de lo que puedo alcanzar. ¿Dónde me alejaré de vuestro espíritu, y adónde huiré de vuestra presencia? Si subiere al cielo, ahí estáis; y si descendiere al infierno, también os hallaré ahí presente. Si tomare alas por la mañana, y fuere a parar al cabo de la mar, de allí me sacará vuestra mano, y allí me sustentará vuestra diestra. Vuestros ojos están sobre los caminos de los hombres, y vos tenéis cuenta con todos sus pasos; no hay tinieblas ni sombra de muerte donde se os puedan esconder los que obran mal.

Pues ¿qué diré de la grandeza de vuestra omnipotencia? «Dios, dice el real profeta, que es nuestro Rey ante todos los siglos, obró salud en medio de la tierra. Vos abristeis camino por la mar, y quebrantasteis las cabezas de los dragones en las aguas. Vos quebrasteis la cabeza del dragón, y lo disteis por manjar a los pueblos de Etiopía. Vos abristeis fuentes y arroyos, y vos secasteis los ríos de Ethán. Vuestro es el día, y vuestra la noche; vos fabricasteis el sol y la mañana. Vos hicisteis todos los términos de la tierra; y el invierno y el verano obras son de vuestras manos».

Y en otro lugar: «Señor Dios de las virtudes ¿quién será semejante a vos? Poderoso sois, Señor, y vuestra verdad está alrededor de vos. Vos tenéis señorío sobre el poder de la mar, y vos amansáis el furor de las olas. Vos humillasteis y derribasteis al soberbio, y con la virtud de vuestro brazo desbaratasteis vuestros enemigos. Vuestros son los cielos, y vuestra la tierra; la redondez de ella, con todas las cosas de que está poblada, vos la fundas-

teis; la mar y el viento Aquilón que la levanta, vos le criasteis. El monte Tabor y Hermón, en vuestro nombre se alegrarán, y sólo vuestro brazo es poderoso».

Y no menos altamente sentía el santo Job de vuestra omnipotencia cuando decía: «En él está la sabiduría y la fortaleza, y él tiene el consejo y la inteligencia. Si él destruyere, no hay quien edifique; y si él encerrare al hombre, no hay quien lo abra. Si detuviere las aguas, todo se secará; y si las dejare correr, todo se anegará. En él está la fortaleza y la sabiduría; y él conoce al engañador y al engañado. El trae a los consejeros a locos y desastrados fines; y a los jueces hace que queden pasmados. Quita la cinta a los reyes gloriosos, y ciñe con una soga sus lomos. Hace los príncipes viles y despreciados, y levanta los oprimidos. Descubre el profundo de las tinieblas, y saca a luz la sombra de la muerte. Multiplica las gentes y destrúyelas; y después de destruídas tórnalas a restituír. Si él concediere paz, ¿quién condenará? Y si él escondiere su rostro, ¿quién lo mirará?

Pues ¿qué diré de las riquezas de vuestra gloria, y de la vena de vuestra felicidad? «Si pecares, dice un sabio, ¿en qué le dañarás? Y si se multiplicaren tus maldades, ¿qué harás contra él? Y si fueres justo, ¿qué le darás por eso, o qué recibirá de tu mano? Al hombre que es como tú, dañará tu maldad; y al hijo del hombre aprovechará tu justicia. Mas vos, Señor, tal sois, tan bienaventurado, y tan dentro de vos está la vena de vuestra gloria, que de nadie tenéis necesidad».

Esto es, Señor mío, lo que sois vos en vos; mas ¿qué es lo que sois para mí? ¡Oh mi Dios y todas las cosas! Vos sois mi Dios, mi Criador, mi Gobernador, mi Redentor, mi Salvador, centro y esposo de mi ánima, y mi último fin. Vos sois mi Padre y mi Rey, mi Señor y mi Pastor, mi Médico y mi Maestro, mi defensor y todas las cosas. Vos sois todo mi tesoro, mi heredad, mi esperanza, mi riqueza, mi alegría, y todo cuanto más se puede desear. (*Memorial del cristiano*, cap. 4).

Del nacimiento de Jesucristo

(Fr. Luis de Granada)

Venid a ver al Hijo de Dios, no en el seno del Padre, sino en los brazos de la Madre; no entre los coros de los ángeles, sino entre viles animales; no sentado a la diestra de la Majestad en las alturas, sino reclinado en un pe-

sebre de bestias; no tronando y relampagueando en el cielo, sino llorando y temblando de frío en un establo. Este es el día de la alegría secreta de su corazón, cuando llorando exteriormente como niño, se alegraba interiormente por nuestro remedio, como verdadero redentor.

Llegó aquella hora tan deseada de todas las gentes, tan esperada de todos los siglos, tan prometida en todos los tiempos, tan cantada y celebrada en todas las escrituras divinas. Llegó aquella hora, de la cual pendía la salud del mundo, el reparo del cielo, la victoria del demonio, el triunfo de la muerte y del pecado; por la cual lloraban y suspiraban los gemidos y destierro de todos los santos. Era la media noche, más clara que el mediodía, cuando todas las cosas estaban en silencio y gozaban del sosiego y reposo de la noche quieta... Pues en esta hora tan dichosa, aquella omnipotente palabra de Dios descendió de las sillas reales del cielo a este lugar de nuestras miserias, y apareció vestido de nuestra carne... ¡Oh venerable misterio, más para sentir que para decir; no para explicarse con palabras, sino para adorarse con admiración de silencio! ¿Qué cosa más admirable que ver aquel Señor a quien alaban las estrellas de la mañana, aquel que está sentado sobre los querubines, que vuela sobre las plumas de los vientos, que tiene colgada de tres dedos la redondez de la tierra, cuya silla es el cielo, y estrado de sus pies es la tierra, que haya querido bajar a tan grande extremo y pobreza, que cuando naciese, ya que quiso nacer en este mundo, le pariese su Madre en un establo, y le acostase en un pesebre, por no tener allí otro lugar más cómodo?... Grande humildad es nacer en un establo; más grande gloria es resplandecer en el cielo. Grande humildad estar entre bestias; más grande gloria es ser cantado y alabado por los ángeles. Grande humildad es ser circuncidado como un pecador; pero es grande gloria el nombre de Salvador. Grande humildad es venir al bautismo entre publicanos y pecadores; más grandísima es la gloria de abrírsele los cielos, sonar la voz del Padre, y verse sobre él el Espíritu Santo en figura de paloma. Finalmente, grandísima humildad fué padecer y morir en una cruz; pero grandísima gloria fué obscurecerse el cielo, temblar la tierra, despedazarse las piedras, abrirse las sepulturas, aparecer los difuntos, hacer sentimiento todos los elementos. Todo esto era razón que así fuese, porque lo uno convenía para curar la grandeza de nuestra soberbia, y lo otro convenía a la dignidad de la persona que la curaba...

Grandeza de los dolores de Jesús y de la santísima Madre en la Pasión

(Fr. Luis de Granada.)

Como Pilatos viese, que no bastaban las justicias que se habían hecho en aquel santo cordero, para amansar el furor de sus enemigos, entró en el tribunal, para dar final sentencia en aquella causa. Estaba ya a las puertas aparejada la cruz, y asomaba por lo alto aquella temerosa bandera, amenazando a la cabeza del Salvador. Dada ya y promulgada la sentencia cruel, añaden los enemigos una crueldad a otra, que fué cargar sobre aquellas espaldas tan molidas y despedazadas con los azotes, el madero de la cruz. No rehusó con todo eso el piadoso Señor esta carga, en la cual iban todos nuestros pecados, sino antes la abrazó con suma caridad y obediencia por nuestro amor; y así camina su camino, como otro verdadero Isaac con la leña en los hombros, al lugar del sacrificio.

Camina, pues, el inocente con aquella carga tan pesada sobre sus hombros tan flacos, siguiéndole mucha gente y muchas piadosas mujeres, que con sus lágrimas le acompañaban. ¿Quién no había de derramar lágrimas, viendo al Rey de los ángeles caminar paso a paso con aquella carga tan pesada, temblando las rodillas, inclinado el cuerpo, los ojos mesurados, el rostro sangriento, con aquella guirnalda en la cabeza, y con aquellos tan vergonzosos clamores y pregones que daban contra El?

Camina también la Virgen en busca del Hijo, dándole el deseo de verle las fuerzas que el dolor le quitaba. Oye desde lejos el ruido de las armas, y el tropel de la gente y el clamor de los pregones con que le iban pregonando. Ve luego resplandecer los hierros de las lanzas y alabardas, que asomaban por lo alto: halla en el camino las gotas y el rastro de la sangre, que bastaban ya para mostrarle los pasos del Hijo, y guiarla sin otra guía. Acércase más y más a su amado Hijo, y tiende sus ojos oscurecidos con el dolor, para ver, si pudiese, al que amaba su ánima. ¡Oh amor y temor del corazón de María! Por una parte deseaba verle, y por otra rehusaba ver tan lastimera figura. Finalmente, llegada ya donde le pudiese ver, míranse aquellas dos lumbreras del cielo una a otra, y atraviésanse los corazones con los ojos, y hieren con la vista sus ánimas lastimadas. Las lenguas están enmudecidas para hablar, mas al corazón de la Virgen hablaba el afecto natural del Hijo dulcísimo, y le decía: «¿Para qué viniste aquí, paloma mía, querida mía y Madre mía

Tu dolor acrecienta el mío, y tus tormentos me atormentan. Vuélvete, Madre mía, vuélvete a tu posada, que no pertenece a tu pureza virginal compañía de homicidas y ladrones. Si lo quisieres así hacer, templarse ha el dolor de ambos, y quedaré yo para ser sacrificado por el mundo, pues a ti no pertenece este oficio, y tu inocencia no merece este tormento. Vuélvete, pues, oh paloma mía, al arca hasta que cesen las aguas del diluvio; pues aquí no hallarás dónde descansen tus pies».

Pues al corazón del Hijo respondería el de la santa Madre, y le diría: «¿Por qué me mandas eso, Hijo mío? ¿Por qué me mandas alejar de este lugar? ¿Cómo puedo yo partirme de ti, sin partirme de mí? De tal manera tiene ocupado mi corazón este dolor, que fuera de él ninguna cosa puedo pensar: a ninguna parte puedo ir sin ti; y de ninguna pido, ni puedo recibir consolación. En ti está todo mi corazón, y dentro del tuyo tengo hecha mi morada, y mi vida toda pende de ti. Y pues tú por espacio de nueve meses tuviste mis entrañas por morada, ¿por qué no tendré yo estos tres días por morada las tuyas?»

Descendimiento de la cruz, y llanto de la Virgen

(P. Granada)

Pues cuando la Virgen le tuvo en sus brazos, ¿qué lengua podrá explicar lo que sintió? Oh Angeles de paz, llorad con esta sagrada Virgen: llorad, cielos, llorad estrellas del cielo, y todas las criaturas del mundo, acompañad el llanto de María. Abrázase la Madre con el cuerpo despedazado; apriétale fuertemente en sus pechos (para esto sólo le quedaban fuerzas); mete su cara entre las espinas de la sagrada cabeza; júntase rostro con rostro; tíñese la cara de la Madre con la sangre del Hijo, y riégase la del Hijo con las lágrimas de la Madre. ¡Oh dulce Madre! ¿Es ése por ventura vuestro dulcísimo Hijo? ¿Es ése el que concebisteis con tanta gloria, y paristeis con tanta alegría? Pues ¿qué se hicieron vuestros gozos pasados? ¿A dónde se fueron vuestras alegrías antiguas? ¿Dónde está aquel espejo de hermosura, en quien Vos os mirabais? Ya no os aprovecha mirarle a la cara, porque sus ojos han perdido la luz: ya no os aprovecha darle voces y hablarle, porque sus orejas han perdido el oír: ya no se menea la lengua que hablaba las maravillas del cielo: ya están quebrados los ojos, que con su vista alegraban al mundo. ¿Cómo no habláis ahora, Reina del cielo? ¿Cómo han atado los dolores vuestra lengua? La lengua estaba enmudecida, mas el corazón allá dentro hablaría con entrañable dolor al Hijo dulcísimo, y le diría:

«¡Oh vida muerta! ¡Oh lumbre oscurecida! ¡Oh hermosura afeada! Y ¿qué manos han sido aquellas, que tal han parado vuestra divina figura? ¿Qué corona es ésta, que mis manos hallan en vuestra cabeza? ¿Qué herida es ésta, que veo en vuestro costado? ¡Oh sumo sacerdote del mundo! ¿Qué insignias son éstas, que mis ojos ven en vuestro cuerpo? ¿Quién ha manchado el espejo y hermosura del cielo? ¿Quién ha desfigurado la cara de todas las gracias? ¡Estos son aquellos ojos que obscurecían el sol con su hermosura! ¡Estas son las manos, que resucitaban los muertos a quienes tocaban! ¡Esta es la boca por donde salían los cuatro ríos del paraíso! ¿Tanto han podido las manos de los hombres contra Dios? Hijo mío y sangre mía, ¿de dónde se levantó a deshora esta fuerte tempestad? ¿Qué ola ha sido ésta, que así te me ha llevado? Hijo mío, ¿qué haré sin ti, a dónde iré, quién me remediará? Los padres y los hermanos afligidos venían a rogarte por sus hijos y por sus hermanos difuntos, y tú con tu infinita virtud y clemencia los consolabas, y socorrías. Mas yo que veo muerto a mi Hijo, y mi padre, y mi hermano, y mi Señor, ¿a quién rogaré por El? ¿quién me consolará? ¿Dónde está el buen Jesús Nazareno, hijo de Dios vivo, que consuela a los vivos, y da vida a los muertos? ¿Dónde está aquel grande profeta, poderoso en obras y palabras?...

«Hijo mío, ¿no me habláis? Oh lengua del cielo, que a tantos consolasteis con vuestras palabras, a tantos disteis habla y vida, ¿quién os ha puesto tanto silencio, que no habláis a vuestra Madre? ¿Cómo no me dejáis siquiera alguna manda con que yo me consuele? yo la tomaré con vuestra licencia. Esta corona real será la manda: de estos clavos y de esta lanza quiero ser vuestra heredera. Estas joyas tan preciosas guardaré yo siempre en mi corazón: allí estarán hincados vuestros clavos, allí estará guardada vuestra corona, y vuestros azotes y vuestra cruz. Este es el mayorazgo que yo elijo para mí, mientras me durare la vida.

«¡Cómo dura poco la alegría en la tierra, y cómo se siente mucho el dolor después de mucha prosperidad! Oh Belén y Jerusalén, ¡cuán diferentes días he llevado en vosotras! ¡Qué noche fué aquella tan clara, y qué día éste tan oscuro! ¡Qué rica entonces, y qué pobre ahora! No podía ser pequeña la pérdida de tan gran tesoro. Oh ángel bienaventurado, ¿dónde están ahora aquellas tan grandes alabanzas de la antigua salutación? Entonces me llamaste llena de gracia, ahora estoy llena de dolor: entonces bendita entre las mujeres, ahora la más afligida de las mujeres: entonces dijiste: «El Señor es contigo», ahora también está conmigo; mas no vivo, sino muerto, como le tengo en mis brazos.

«¡Oh dulce Redentor mío! ¿Fué alguna culpa tenerte yo en mis brazos

con tanta alegría recién nacido, por donde viniese ahora a tenerte en ellos tan atormentado? ¿Fué algún pecado recibir tanto gozo en darte la dulce leche de mis pechos, porque ahora me hayas querido dar a beber un cáliz de tanta amargura? ¿Fué algún yerro mirarme yo en tu rostro, como en un espejo luciente, porque ahora has querido que te vea yo tan afeado y atormentado? ¿Fué algún delito amarte tanto, porque ahora has querido que el amor se me hiciese verdugo, y que tanto más padeciese, cuanto más te amo?»

Tales palabras en su corazón diría la Virgen, y semejantes las dirían aquellas santas Marías que la acompañaban. Lloraban todos los que presentes estaban: lloraban aquellas santas mujeres; lloraban aquellos nobles varones; lloraba el cielo y la tierra, y todas las criaturas acompañaban las lágrimas de la Virgen. Lloraba otrosí el santo Evangelista, y abrazado con el cuerpo de su Maestro, decía: «Oh buen Maestro y Señor mío, ¿quién me enseñará ya de aquí adelante? ¿A quién iré con mis dudas? ¿En cuyos pechos descansaré? ¿Quién me dará parte de los secretos del cielo? ¿Qué mudanza ha sido ésta tan extraña? Antenoche me tuviste en tus sagrados pechos dándome alegría de vida, y ahora te pago aquel tan grande beneficio teniéndote en los míos muerto. ¿Este es el rostro, que yo ví transfigurado en el monte? ¿Esta es aquella figura más clara que el sol de mediodía?»

Lloraba también aquella santa pecadora, y abrazada con los pies del Salvador decía: «Oh lumbre de mis ojos y remedio de mi alma, si me viere fatigada de los pecados, ¿quién me recibirá, quién curará mis llagas, quién responderá por mí, quién me defenderá de los fariseos? ¡Oh cuán de otra manera tuve yo estos pies, y los lavé cuando en ellos me recibiste! ¡Oh amado de mis entrañas, quién me diese ahora que yo muriese contigo! ¡Oh vida de mi alma, cómo puedo decir que te amo, pues estoy viva, teniéndote delante de mis ojos muerto!»

De esta manera lloraba y lamentaba toda aquella santa compañía, regando y lavando con lágrimas el cuerpo sagrado.

SANTA TERESA DE JESUS

Primeros años de su vida (Autobiografía)

El tener padres virtuosos y temerosos de Dios me bastara, si yo no fuera tan ruin, con lo que el Señor me favorecía para ser buena. Era mi padre aficionado a leer buenos libros, y así los tenía de romance, para que leyesen sus hijos. Esto, con el cuidado que mi madre tenía de hacernos rezar y ponernos en ser devotos de Nuestra Señora y de algunos Santos, comenzó a des-

pertarme de edad (a mi parecer) de seis o siete años. Ayudábame no ver en mis padres favor sino para la virtud. Tenían muchas. Era mi padre hombre de mucha caridad con los pobres y piedad con los enfermos, y aun con los criados; tanta, que jamás se pudo acabar con él tuviese esclavos, porque los había gran piedad; y estando una vez en casa una de un su hermano, la regalaba como a sus hijos; decía que, de que no era libre, no lo podía sufrir de piedad. Era de gran verdad (jamás nadie le oyó jurar ni murmurar), muy honesto en gran manera. Mi madre también tenía muchas virtudes y pasó la vida con grandes enfermedades. Grandísima honestidad; con ser de harta hermosura jamás se entendió que diese ocasión a que ella hacía caso della, porque con morir de treinta y tres años, ya su traje era como de persona de mucha edad, muy apacible y de harto entendimiento. Fueron grandes los trabajos que pasaron el tiempo que vivió; murió muy cristianamente. Eramos tres hermanas y nueve hermanos; todos parecieron a sus padres (por la bondad de Dios) en ser virtuosos, si no fuí yo, aunque era la más querida de mi padre; y antes que comenzase a ofender a Dios parece tenía alguna razón; porque yo he lástima cuando me acuerdo las buenas inclinaciones que el Señor me había dado, y cuán mal me supe aprovechar dellas. Pues mis hermanos ninguna cosa me desayudaban a servir a Dios.

Tenía uno casi de mi edad, que era el que yo más quería, aunque a todos tenía gran amor y ellos a mí; juntábamonos entrambos a leer vidas de Santos; como veía los martirios que por Dios los Santos pasaban, parecíame compraban muy barato el ir a gozar de Dios, y deseaba yo mucho morir así, no por amor que yo entendiese tenerle, sino por gozar tan en breve de los grandes bienes que leía haber en el cielo. Juntábame con este mi hermano a tratar qué medio habría para esto. Concertábamos irnos a tierra de moros, pidiendo por amor de Dios, para que allá nos descabezasen; y paréceme que nos daba el Señor ánimo en tan tierna edad si viéramos algún medio, sino que el tener padres nos parecía el mayor embarazo. Espantábanos mucho el decir en lo que leíamos que pena y gloria eran para siempre. Acaecíanos estar muchos ratos tratando desto y gustábamos de decir muchas veces «para siempre, siempre, siempre». En pronunciar esto mucho rato era el Señor servido, me quedase en esta niñez imprimido el camino de la verdad. De que vi que era imposible ir adonde me matasen por Dios, ordenábamos ser ermitaños, y en una huerta que había en casa procurábamos, como podíamos, hacer ermitas, poniendo unas pedrecillas que luego se nos caían, y así no hallábamos remedio en nada para nuestro deseo; que ahora me pone devoción ver cómo me daba Dios tan presto lo que yo perdí por mi culpa. Hacía limos-

nas como podía, y podía poco. Procuraba soledad para rezar mis devociones, que eran hartas, en especial el rosario, de que mi madre era muy devota, y así nos hacía serlo. Gustaba mucho, cuando jugaba con otras niñas, hacer monasterios, como que éramos monjas; y yo, me parece, deseaba serlo, aunque nó tanto como las cosas que he dicho.

Acuérdome que, cuando murió mi madre, quedé yo de edad de doce años, poco menos; como yo comencé a entender lo que había perdido, afligida fuíme a una imagen de Nuestra Señora y supliquéla fuese mi madre, con muchas lágrimas. Paréceme, que aunque se hizo con simpleza, que me ha valido, porque conocidamente he hallado a esta Virgen Soberana en cuanto me he encomendado a ella, y en fin, me ha tornado a sí. Fatígame ahora ver y pensar en qué estuvo el no haber yo estado entera en los buenos deseos que comencé. ¡Oh Señor mío! Pues parece tenéis determinado que me salve, plega a vuestra Majestad sea así, y de hacerme tantas mercedes como me habéis hecho, ¿no tuviérades por bien, no por mi ganancia, sino por vuestro acatamiento, que no se ensuciara tanto posada adonde tan continuo habíades de morar? Fatígame, Señor, aun decir esto, porque sé que fué mía toda la culpa; porque no me parece os quedó a vos nada por hacer para que desde esta edad no fuera toda vuestra. Cuando voy a quejarme de mis padres, tampoco puedo, porque no veía en ellos sino todo bien y cuidado de mi bien. Pues pasando desta edad, que comencé a entender las gracias de naturaleza que el Señor me había dado (que según decían eran muchas) cuando por ellas le había de dar gracias, de todas me comencé a ayudar para ofenderle como ahora diré.

Considero algunas veces, cuán mal lo hacen los padres, que no procuran que vean sus hijos siempre cosas de virtud de todas maneras; porque con serlo tanto mi madre (como he dicho), de lo bueno no tomé tanto en llegando a uso de razón, ni casi nada, y lo malo me dañó mucho. Era aficionada a libros de caballerías, y no tan mal tomaba este pasatiempo, como yo le tomé para mí; porque no perdía su labor, sino desenvolvíamonos para leer en ellos, y por ventura lo hacía para no pensar en grandes trabajos que tenía, y ocupar sus hijos que no anduviesen en otras cosas perdidos. Desto le pesaba tanto a mi padre, que se había de tener aviso a que no lo viese. Yo comencé a quedarme en costumbre de leerlos, y aquella pequeña falta, que en ella vi, me comenzó a enfriar los deseos, y comenzar a faltar en lo demás; y parecíame no era malo, con gastar muchas horas del día y de la noche en tan vano ejercicio, aunque escondida de mi padre. Era tan en extremo lo que en esto me embebía, que si no tenía libro nuevo, no me parece tenía contento.

LAS MORADAS

(Santa Teresa)

Estando hoy suplicando a nuestro Señor hablase por mí, porque yo no atinaba cosa qué decir, ni cómo comenzar a cumplir esta obediencia, se me ofreció lo que ahora diré, para comenzar con algún fundamento; que es considerar nuestra alma como un castillo todo de un diamante, y muy claro cristal, a donde hay muchos aposentos; ansí como el cielo hay muchas moradas. Que si bien lo consideramos, hermanas, no es otra cosa el alma del justo, sino un paraíso, a donde dice El tiene sus deleites... Pues consideremos que este castillo tiene, como he dicho, muchas moradas, unas en lo alto, otras en bajo, otras a los lados, y en el centro y bajo, y mitad de todas éstas tiene la más principal, que es a donde pasan las cosas de mucho secreto entre Dios y el alma... Hemos de ver cómo podremos entrar en él. Parece que digo algún disparate; porque si este castillo es el ánima, claro está que no hay para qué entrar, pues se es el mesmo: como parecería desatino decir a uno que entrase en una pieza estando ya dentro. Mas habéis de entender, que va mucho de estar a estar; que hay muchas almas que se están en la ronda del castillo, que es a donde están los que le guardan, y que no se les da nada de entrar dentro, ni saber qué hay en aquel tan precioso lugar, ni aún qué piezas tiene. Ya habréis oído en algunos libros de oración aconsejar a el alma, que entre dentro de sí; pues esto mesmo es.

AL PRUDENTÍSIMO SEÑOR EL REY FELIPE II

(Carta de Santa Teresa)

Pidiéndole favor sobre ciertos asuntos reservados de su Orden

Jesús. La gracia del Espíritu Santo sea siempre con vuestra Majestad. Amén. Bien creo tiene V. M. entendido el ordinario cuidado que tengo de encomendar a V. M. a nuestro Señor en mis pobres oraciones. Y aunque esto, por ser yo tan miserable, sea pequeño servicio; en despertar para que lo hagan estas hermanas de monasterios de Descalzas de nuestra Orden es alguno; porque sé que sirven a nuestro Señor; y en esta casa, que ahora estoy, se hace lo mesmo, junto con pedir para la Reina, nuestra señora y el Príncipe.

a quien Dios dé muy larga vida. Y el día que su Alteza fué jurado, se hizo particular oración. Esto se hará siempre; y así mientras más adelante fuere esta Orden, será para VV. MM. más ganancia.

Y por esto me he atrevido a suplicar a V. M. nos favorezca en ciertas cosas, que dirá el licenciado Juan de Padilla, a quien me remito. V. M. le dé crédito. Ver su buen celo me ha convidado a fiar de él ese negocio: porque el saberse, sería dañar en lo que se pretende, que es todo para gloria y honra de nuestro Señor. Su divina Majestad lo guarde tantos años, como la cristiandad ha menester. Harto gran alivio es que para los trabajos y persecuciones que hay en ella, que tenga Dios nuestro Señor un tan gran defensor y ayuda para su Iglesia, como V. M. es. De esta casa de la Encarnación de Avila XI de Junio de MDLXXIII.—Indica sierva y súbdita de V. M. —TERESA DE JESÚS, carmelita.

A SU HERMANO LORENZO DE CEPEDA.—TOLEDO 2 ENERO DE 1577

Alégrase de las mercedes que Dios le hace.—Envíale un villancico.

Jesús sea con v. m... Gran fiesta tuvimos ayer con el nombre de Jesús. Dios se lo pague a v. m. No sé qué le envíe por tantas como me hace, sino es esos villancicos que hice yo; que me mandó el confesor las regocijase, y he estado estas noches con ellas, y no supe cómo, sino así. Tienen graciosa tonada, si la atinare Francisquito, para cantar. Mire si ando bien aprovechada. Con todo me ha hecho el Señor hartas mercedes estos días.

De las que hace a v. m. estoy espantada. Sea bendita para siempre. Ya entiendo por lo que se desea la devoción, que es bueno. Una cosa es desearlo, y otra pedirlo, más crea que es lo mejor, lo que hace: el dejarlo todo a la voluntad de Dios, y poner su causa en sus manos. El sabe lo que nos conviene; mas siempre procure ir por el camino que le escribí; mire que es más importante de lo que entiende.

No me cansan sus cartas, que me consuelan mucho. y así me consolará poderle escribir más a menudo; mas es tanto el trabajo que tengo, que no podrá ser con más frecuencia, y aun esta noche me ha estorbado la oración. Ningún escrúpulo me hace, si no es pena no tener tiempo. Dios nos la dé para gastarle siempre en su servicio. Hoy es segundo día del año.

Pensé que nos enviara v. m. el villancico suyo; porque éstos ni tienen pies, ni cabeza, y todo lo cantan. Ahora se me acuerda uno que hice una vez estando con harta oración, y parecía que descansaba más. Eran (ya no sé si eran así), y porque vea que desde acá le quiero dar recreación:

¡Oh hermosura que excedéis
A todas las hermosuras!
Sin herir, dolor hacéis;
Y sin dolor deshacéis
El amor de las criaturas.
¡Oh ñudo, que así juntáis
Dos cosas tan desiguales!
No sé por qué os desatáis ;
Pues atado, fuerzas dais
A tener por bien los males.
Quien no tiene ser juntáis
Con el Sér que no se acaba:
Sin acabar, acabáis:
Sin tener que amar, amáis:
Engrandecéis nuestra nada.

No se me acuerda más. ¡Qué seso de Fundadora! Pues yo le digo, que me parecía estaba con harto, cuando dije esto. Dios se lo perdone, que me hace gastar tiempo; y pienso le ha de enternecer esta copla, y hacelle devoción, y esto no lo diga a nadie.

Indigna sierva de v. m.—Teresa de Jesús.

Glosa

(Santa Teresa de Jesús)

Ya toda me entregué y dí.
Y de tal suerte he trocado,
Que mi Amado es para mí,
Y yo soy para mi Amado.

Cuando el dulce Cazador
Me tiró y dejó rendida,
En los brazos del amor
Mi alma quedó caída,
Y cobrando nueva vida
De tal manera he trocado,
Que mi Amado es para mí,
Y yo soy para mi Amado.

Tiróme con una flecha
Enarbolada de amor,
Y mi alma quedó hecha
Una con su Criador;
Ya yo no quiero otro amor,
Pues a mi Dios me he entregado
Que mi Amado es para mí,
Y yo soy para mi Amado.

Si el amor que me tenéis,
Dios mío, es como el que os tengo,
Decidme: ¿en qué me detengo?
O vos, ¿en qué os detenéis?
—Alma, ¿qué quieres de mí?
—Dios mío, no más que verte.
—Y ¿qué temes más de ti?
—Lo que más temo es perderte

Un amor que ocupe os pido.,
Dios mío, que mi alma tenga,
Para hacer un dulce nido
Adonde más le convenga.
Un alma en Dios escondida,
¿Qué tiene que desear
Sino amar y más amar,
Y en amor toda encendida
Tornarte de nuevo a amar?

Letrilla

(Santa Teresa)

Vivo sin vivir en mí,
y tan alta vida espero,
que muero porque no muero.

Glosa

Aquesta divina unión,
del amor con que yo vivo,
hace a Dios ser mi cautivo
y libre mi corazón:
mas causa en mi tal pasión
ver a Dios mi prisionero,
que muero porque no muero.

¡Ay, qué larga es esta vida,
qué duros estos destierros,
esta cárcel y estos hierros
en que el alma está metida!
Sólo esperar la salida
me causa un dolor tan fiero,
que muero porque no muero.

¡Ay, qué vida tan amarga,
do no se goza al Señor;
y si es dulce el amor,
no lo es la esperanza larga!
Quíteme Dios esta carga,
más pesada que el acero,
que muero porque no muero.

Sólo con la confianza
vivo de que he de morir;
porque muriendo, el vivir
me asegura mi esperanza:
muerte do el vivir se alcanza,
no te tardes, que te espero,
que muero porque no muero.

Mira que el amor es fuerte;
vida, no me seas molesta,
mira que sólo te resta
para ganarte, perderte;
venga ya la dulce muerte,
venga el morir muy ligero,
que muero porque no muero.

Aquella vida de arriba
es la vida verdadera:
hasta que esta vida muera,
no se goza estando viva:
muerte, no me seas esquiva;
vivo muriendo primero,
que muero porque no muero.

Vida, ¿qué puedo yo darle
a mi Dios, que vive en mí,
si no es perderte a ti,
para mejor a El gozarle?
Quiero muriendo alcanzarle,
pues a El solo es el que quiero,
que muero porque no muero.
Estando ausente de ti,
¿qué vida puedo tener,
sino muerte padecer
la mayor que nunca vi?
Lástima tengo de mí,
por ser mi mal tan entero,
que muero porque no muero.
El pez que del agua sale
aun de alivio no carece;
a quien la muerte padece,
al fin la muerte le vale.
¿Qué muerte habrá que se iguale
a mi vivir lastimero?
que muero porque no muero.
Cuando me empiezo a aliviar
viéndote en el Sacramento,
me hace más sentimiento
el no poderte gozar:
todo es para más penar,
por no verte como quiero,
que muero porque no muero.
Cuando me gozo, Señor,
con esperanza de verte,
viendo que puedo perderte,
se me dobla mi dolor:
viviendo en tanto pavor,
y esperando como espero,
que muero porque no muero.
Sácame de aquesta muerte,
mi Dios, y dame la vida,
no me tengas impedida
en este lazo tan fuerte:
mira que muero por verte,
y vivir sin ti no quiero,
que muero porque no muero.
Lloraré mi muerte ya,
y lamentaré mi vida,
en tanto que detenida
por mis pecados está.
Oh, mi Dios, cuando será,
cuando yo diga de vero,
que muero porque no muero.

La noche obscura

(San Juan de la Cruz)

En esta primera canción canta el alma la dichosa suerte y ventura que tuvo en salir de todas las cosas y de los apetitos e imperfecciones que hay en la parte sensitiva del hombre: por el desorden que tiene de la razón. Para cuya inteligencia es de saber que para que una alma llegue al estado de la perfección, ordinariamente ha de pasar por dos maneras principales de noches, que los espirituales llaman purgaciones o purificaciones del alma que aquí llamamos noches; por cuanto el alma, así en la una como en la otra,

camina como de noche a oscuras. La primera noche o purgación es la parte sensitiva del alma de la cual se tratará en la presente canción y en la primera parte de este libro. La segunda es la parte espiritual, de quien habla la segunda canción que sigue; y de esta también trataremos en la segunda parte cuanto a lo activo; porque cuanto a lo pasivo será en la tercera y cuarta parte.

Por tres causas podemos decir que se llama noche este tránsito que hace el alma a la unión de Dios. La primera, por parte del término de donde el alma sale, porque ha de ir careciendo el apetito del gusto de todas las cosas del mundo que poseía en negación de ellas; la cual es como noche para todos los apetitos y sentidos del hombre. La segunda, por parte del medio o camino por donde ha de ir el alma a esta unión, que es la fe, la cual es obscura para el entendimiento como noche. La tercera, de parte del término adonde va, que es Dios; el cual por ser incomprensible e infinitamente excelente, se puede decir también obscura noche para el alma en esta vida; por las cuales tres noches ha de pasar el alma para venir a la diniva unión con Dios.

El Alma, el Esposo, las Criaturas

(San Juan de la Cruz)

El Alma

¿A dónde te escondiste,
Amado, y me dejaste con gemido?
Como el ciervo huiste,
Habiéndome herido,
Salí tras ti clamando y ya eras ido.

Pastores, los que fuerdes
Allá por las majadas al otero,
Si por ventura vierdes
Aquel que yo más quiero,
Decidle que adolezco, peno y muero.

Buscando mis amores
Iré por esos montes y riberas;
Ni cogeré las flores,
Ni temeré las fieras,
Y pasaré los fuertes y fronteras.

¡Oh bosques y espesuras
Plantadas por la mano del Amado!
¡Oh prado de verduras,
De flores esmaltado!
Decid si por vosotros ha pasado.

Las Criaturas

Mil gracias derramando
Pasó por estos sotos con presura;
y yéndolos mirando,
Con sola su figura,
Vestidos los dejó de su hermosura.

El Alma

. . . .

¿Por qué, pues has llagado

A aqueste corazón, no le sanaste?
Y pues me le has robado,
¿Por qué así le dejaste
Y no tomas el robo que robaste?
Apaga mis enojos
Pues que ninguno basta a deshacellos
Y véante mis ojos,
Pues eres lumbre de ellos,
Y sólo para ti quiero tenellos.
Descubre tu presencia
Y máteme tu vista y hermosura;
Mira que la dolencia
De amor, no bien se cura
Sino con la presencia y la figura.
¡Oh cristalina fuente!
Si en esos tus semblantes plateados
Formases de repente
Los ojos deseados
Que tengo en mis entrañas dibujados!
Apártalos, amado,
Que voy de vuelo.

Esposo

Vuélvete, paloma,
Que el ciervo vulnerado
Por el otero asoma,
Y al aire de tu vuelo fresco toma.

El Alma

Mi amado, las montañas,
Los valles solitarios nemorosos,
Las ínsulas extrañas,
Los ríos sonorosos,
El silbo de los aires amorosos;
La noche sosegada
En par de los levantes del aurora,
La música callada,
La soledad sonora,
La cena que recrea y enamora.
Cazadnos las raposas,
Que está ya florecida nuestra viña.
En tanto que de rosas
Haremos una piña
Y no carezca nadie en la montiña.
Detente, Cierzo muerto,
Ven, Austro, que recuerdas los amores.
Aspira por mi huerto,
Y corran tus olores,
Y pacerá el Amado entre las flores.
¡Oh ninfas de Judea!
En tanto que en las flores y rosales
El ámbar perfumea,
Morá en los arrabales
Y no queráis tocar nuestros umbrales
Escóndete, Carillo,
Y mira con tu haz a las montañas
Y no quieras decillo,
Mas miras las campañas
De la que va por ínsulas extrañas.

Esposo

Entrádose ha la esposa
En el ameno huerto deseado,
Y a su sabor reposa,
El cuello reclinado
Sobre los dulces brazos del Amado.
A las aves ligeras,
Leones, ciervos, gamos saltadores,
Montes, valles, riberas
Aguas, aires, ardores
Y miedos de la noche veladores;
Por las amenas liras
Y cantos de sirenas os conjuro
Que cesen vuestras iras,
Y no toquéis al muro
Porque la Esposa duerma más seguro.

Soneto a Jesús Crucificado

(Atribuído a S. Francisco Javier)

No me mueve, mi Dios, para quererte
El cielo que me tienes prometido,
Ni me mueve el infierno tan temido
Para dejar por eso de ofenderte.
Tú me mueves, mi Dios; muéveme el verte
Clavado en esa cruz y escarnecido,
Muéveme ver tu cuerpo tan herido,
Muéveme las angustias de tu muerte;
Muéveme, en fin, tu amor de tal manera
Que, aunque no hubiera cielo, yo te amara,
Y, aunque no hubiera infierno, te temiera.
No me tienes que dar porque te quiera;
Porque, si cuanto espero no esperara,
Lo mismo que te quiero te quisiera.

Poder y misericordia de la Virgen

(P. Pedro de Rivadeneira S. J.)

En el cielo está en cuerpo y alma nuestra Madre, nuestra Abogada y nuestra Reina, alegrando con su vista todas aquellas jerarquías de los ángeles, y a todos los cortesanos y moradores del cielo, e intercediendo por nosotros; y como fiel depositaria y dispensadora universal de todos los tesoros y gracias de Dios, repartiendo de ellas a los fieles, y con más larga mano a los que con más cuidado la sirven y con más particular devoción se le encomiendan. Porque ella es el cuello, por el cual nuestra cabeza, que es su benditísimo Hijo, influye en el cuerpo de su Iglesia todo el sentimiento y movimiento espiritual con que ella vive y se conserva; es el caño y arcaduz por donde pasa toda el agua que de aquella fuente de Vida se deriva a nuestras almas; es la tesorera general de todas las riquezas que Dios tiene en el cielo y en la

tierra; y es la puerta por donde habemos de entrar, si queremos alcanzar perdón y misericordia en el acatamiento del Señor. Es Madre de la gracia, por ser Madre de Jesucristo, que es autor y dador de la misma gracia, por quien han sido agradables a Dios todos los que lo han sido desde el principio del mundo, y lo serán hasta el fin de los siglos. Por donde se ve las obligaciones precisas que nos corren de ser devotísimos de esta Virgen sacratísima, no solamente por habernos dado a su Hijo preciosísimo, concebido de su sangre en sus entrañas, que es todo nuestro bien, y el cumplimiento y remate de todos nuestros deseos y de nuestra bienaventuranza, sino también porque no podemos gozar de este tesoro y sumo bien, si no somos ayudados y favorecidos de la misma Reina, por cuya mano el Señor nos lo comunicó con tan inestimable liberalidad.

Tenemos necesidad, como dice San Bernardo, de esta medianera para con su Hijo, que es único medianero entre nosotros y el Padre Eterno. Por esto todos los Santos, de todas las edades y naciones que ha habido en la Iglesia católica, han sido siempre devotos y fidelísimos siervos de esta Señora, y se han empleado en alabarla, magníficarla y servirla con sus pensamientos, meditando sus grandezas; con sus lenguas, predicando sus maravillas; con su estilo, escribiendo sus excelencias; con su vida, imitando la vida divina de la que Dios puso por ejemplo del mundo. Cuanto han sido más santos, tanto han sido más devotos de la gloriosa Virgen.

Y los santos y graves autores dicen que es singular gracia y favor de Dios, y unas como prendas de la salvación, el tenerle particular devoción, y acudir a ella con confianza, hacerle algún servicio, tomarla por Abogada y Patrona, e imitar sus virtudes; porque es Madre de misericordia, y ninguno esperó en ella y quedó confuso; y a esta causa el melífluo San Bernardo, devotísimo de nuestra Señora, dice: «Calle vuestra misericordia, ¡oh Virgen beatísima!, si hay alguno que no halló vuestro favor como os lo pidió en sus necesidades;» y en otro lugar nos exhorta a todos a tener con ella especial devoción, y a acudir a ella en todas nuestras necesidades, por estas palabras: «¡Oh tú, que entre las ondas de este siglo andas fluctuando! Si no quieres perecer en la tormenta, no desvíes los ojos de este norte y de esta estrella. Si se levantaren los vientos de las tentaciones, si fueres a dar en la roca de las tribulaciones, mira a la estrella, y llama a María. Si te arrebata la ola de la soberbia, de la ambición, de la detracción o envidia, mira a la estrella, y llama a María. Si la navecilla de tu alma zozobrare y estuviere en peligro por la codicia o algún apetito sensual, mira a María. Si te comienzas a ahogar por la gravedad de tus delitos y feldad de tu conciencia, y espantado

del juicio divino te afliges, y temes caer en el profundo abismo de la desesperación, piensa en María. En los peligros, en las angustias, en las caídas congojosas, piensa en María, llama a María. No se aparte de tu boca, no se aparte de tu corazón; y para que alcances el favor de su oración, no dejes los ejemplos de su conversación; porque, siguiéndola, no vas fuera de camino; rogándola, no desesperas; pensando en ella, no yerras; teniéndote ella, no caes; defendiéndote, no temes; siendo tu guía, no te cansas; y siéndote ella propicia, llegas al deseado puerto de la eternidad felicidad.» Todo esto es de San Bernardo. Y es cierto que esta Virgen castísima y Madre benignísima toma debajo de sus alas, y con especial amparo defiende a los que con entrañable afecto se encomiendan a ella, y les hace principales mercedes, favores y regalos.

A San Gregorio Taumaturgo, obispo de Neocesarea, le apareció, y mandó a San Juan Evangelista que le enseñase lo que había de creer y predicar acerca del misterio de la Santísima Trinidad. A San Cirilo Alejandrino, que por su servicio salió en campo contra Nestorio, hereje, y le venció, le socorrió a la hora de la muerte. A San Juan Damasceno restituyó la mano derecha, que el rey bárbaro, por falsa acusación de los herejes, le había mandado cortar; y, en testimonio de este milagro, quedó por señal como un hilo en la juntura donde la mano se pegó con su brazo. San Ildefonso, Arzobispo de Toledo, por haber defendido con singular valor, celo y doctrina la pureza y perpetua virginidad de esta Reina de los Angeles contra ciertos herejes que la pretendían oscurecer, mereció verla y adorarla en su templo de Toledo, y recibir de su mano aquella vestidura celestial con que quedó tan rico, y hecho en la tierra ciudadano del cielo.

Ruperto, abad Tuiciense, que, por ser tardo de ingenio, desconfiaba poder entender y penetrar bien los misterios que están encerrados en las divinas Letras, impetró de la Virgen sacratísima tan grande luz de ciencia y de doctrina, que fué uno de los sapientísimos varones de su tiempo, y esclarecido en vida y en muerte con muchos milagros. Y el mismo beneficio recibió el beato Alberto Magno, fraile de la Orden de Santo Domingo, y maestro del gran Doctor de la Iglesia Santo Tomás de Aquino, en el conocimiento de todas las letras, y especialmente de las naturales y filosóficas, que el deseó y pidió a nuestra Señora, por verse de poca habilidad y rudo ingenio.

Sería nunca acabar si quisiéramos referir aquí todo lo que graves autores escriben de los favores que esta Señora nuestra ha hecho a los que con limpio y devoto corazón le han pedido remedio y le han hecho algún servicio. Pero no es menos admirable su misericordia para con los pecadores, que su

liberalidad y magnificencia para con sus devotos siervos. Y son innumerables los milagros, que en todos los siglos pasados y en todas las provincias y naciones del mundo, con todo género de estados y condiciones de personas, en paz y en guerra, en la prosperidad y en la adversidad, en vida y en muerte, con justos y pecadores, ha obrado el Unigénito y todopoderoso Hijo de María, por honra de su Madre Santísima. Y los que cada día obra en toda la redondez de la tierra, y especialmente en algunos señalados lugares y santuarios, que él ha escogido para que en ellos sea más invocada y reverenciada esta señora, como son la santa casa de Loreto en Italia, las de Montserrat y Guadalupe en España, y las otras muchas que en ella y en toda la cristiandad son tenidas en grande veneración, son tantos y tan notorios, que no tienen cuenta, y como cosa muy sabida es mejor dejarlos, pues por mucho que se diga, siempre quedará más que decir.

La estatura de la Virgen fué mediana, aunque algunos dicen que fué algo más que mediana. El color era trigueño, el cabello rubio y de color de oro, los ojos vivos, y las niñetas de ellos un poco coloradas, las cejas arqueadas, negras y graciosas, la nariz un poco larga, los labios hermosos y de mucha suavidad, su aspecto grave y modesto, sin ningún género de fausto ni melindres, ni afectaciones, sino sencillo y humilde. Los vestidos que traía no eran teñidos, sino de su color nativo. Era muy mansa, compuesta y recatada; no iracunda, ni libre en el hablar. Pintó San Lucas Evangelista, viviendo la Virgen, algunas imágenes suyas: una de ellas está hoy día en Roma, en la iglesia de Santa María la Mayor, en la cual se echan de ver las facciones de la Virgen, y cuánto se parecía la Madre a su Hijo. (*Vida de la Virgen*).

STOS. JUSTO Y PASTOR, HERMANOS, MÁRTIRES

(P. Pedro de Rivadeneira S. J.).

Entre las otras victorias que, por medio de sus mártires y esforzados guerreros, alcanzó Dios nuestro Señor de los tiranos que persiguieron su Iglesia, fueron muy ilustres las que tuvo en España de Daciano, presidente y ministro de los emperadores Diocleciano y Maximiano, tan crueles y fieros tiranos que nunca se vieron hartos de sangre de cristianos. Pero de todas ellas es muy esclarecida y gustosa la de los niños y bienaventurados hermanos San Justo y Pastor, que en edad tierna y delicada, vestidos de espíritu y favor del cielo, triunfaron del malvado presidente, y, volando al cielo, dejaron en la tierra el trofeo de su victoria. Vino Daciano a Alcalá

de Henares para perseguir, como lo hacía en todas partes, a los cristianos; publicó un edicto en que mandaba que todos sacrificasen a los dioses, protectores del imperio romano, o que fuesen muertos con exquisitos y atroces tormentos.

Divúlgose luego este mandato, y, estando muchos temerosos y encogidos, salieron al campo dos niños valerosos para hacer burla del tirano. Estos fueron Justo y Pastor, hermanos, el primero de siete años y el segundo de nueve, como lo dice el papa Pío V, los cuales eran cristianos e hijos de padres nobles y cristianos; y en aquella sazón iban a la escuela para aprender, conforme a su edad, las primeras letras. Luego que oyeron la voz y edicto del tirano, entró en sus tiernos pechos un nuevo fervor y encendido deseo de padecer y morir por Cristo; y arrojando las cartillas que tenían, se partieron de la escuela y se fueron a casa de Daciano para ofrecerse al martirio. Cuando el tirano supo que aquellos dos niños sin ser llamados, ni buscados, ni apremiados, sino, de grado y por su voluntad, venían con tanta alegría a morir por la fe de Cristo, quedó sobremanera atónito y confuso; y, pensando que aquello sería liviandad y muchachería, los mandó azotar secretamente, creyendo que con este castigo, que es propio de aquella edad, los amedrentaría. Al tiempo que los llevaban a este tormento, dice San Isidro, quelos dos inocentes corderos se iban animando para sufrir cualquiera pena por grave que fuese, por el Señor; y que Justo, que era el menor, temiendo por ventura que su hermano Pastor, por verle de tan poca edad, estaría con algún recelo de su constancia, le habló primero y le dijo: «No temas, hermano Pastor, esta muerte del cuerpo que se nos apareja; no te espanten los tormentos pensando que no los podrás sufrir por ser de tan poca y tierna edad; ni hagas caso del cuchillo que ha de atravesar tu garganta; porque Dios, que nos hace merced que muramos por él, nos dará todo el esfuerzo necesario para que podamos morir y alcanzar la corona del martirio: él nos dará fortaleza para que no desmayemos en esta flaca edad, y para que lleguemos a la bienaventuranza que tienen los ángeles en el cielo y todos sus escogidos». Quedó Pastor, maravillado y regocijado con estas palabras de Justo, y díjole: «Oh hermano mío Justo, con cuánta razón te llaman Justo; pues tienes ese espíritu tan valeroso como se ve en esta amonestación. Hablas como un justo, queriendo que yo lo sea. Ligera cosa me será morir contigo por ganar a Jesucristo en tu compañía. No temeré morir y ofrecer en sacrificio a Dios este mi tierno cuerpo, viendo con cuanta alegría tú has de ofrecer el tuyo; ni derramar mi sangre por aquél Señor que derramó la suya por mí, y por verle en el cielo y gozar para siempre de su gloria.» Estas y otras semejantes

palabras iban los santos hermanos hablando y confiriendo entre sí, y con ellas manifestaban la virtud y gracia del Señor que hablaba en ellos. Y como dice el real profeta, «saca alabanza de la boca de los niños y de los que toman el pecho». Oyeron este razonamiento los ministros de Daciano; y admirados de tan grande esfuerzo y constancia, le avisaron luego de lo que habían oído, para que proveyese sobre el caso. Quedó asombrado el tirano, y temiendo de ser vencido de aquellos niños, y que los varones y todos los otros cristianos, movidos con aquel ejemplo, se ofrecerían al cuchillo, mandó que sin más dilación los degollasen secretamente en algún lugar apartado y fuera del pueblo. Sacáronles a un campo que llamaban Loable, y allí les cortaron las cabezas sobre una piedra, en la cual quedaron impresas las señales, como hoy día se ven, de sus rodillas y manos; dándonos a entender con este milagro el Señor, cuánto más duros eran los corazones de aquellos verdugos e impíos ministros de Daciano, que las mismas piedras que se ablandaban para regalar a los santos niños, y testificar su inocencia y la gloria y poder de Dios. Los cristianos recogieron con gran veneración las cabezas y cuerpecitos de los santos hermanos, y les dieron sepultura en el mismo lugar de su martirio; porque no había otro más digno para su reposo que aquél en que alcanzaron tan grande triunfo, ni se podía hallar más precioso bálsamo para ungirlos que la sangre sagrada y fresca que acababan de verter; y algunos dicen que Cristo nuestro Señor, para honrar a los que tan bien le habían honrado dando la sangre por su fe, vino del cielo a su entierro. Edificóse allí una capilla en su nombre.

Fué su muerte a los 6 de agosto cerca de los años de Cristo de 307, imperando Diocleciano y Maximiano.

La celestial Jerusalén

(Malón de Chaide)

¡Oh qué dulces ratos tenía entre aquellos riscos, y por aquellas breñas! Arrebatábase en el espíritu, y como si ya fuera vecina del cielo, y como si se desnudara del cuerpo mortal de que estaba vestida, así tan libremente dejando la tierra, se subía a donde vive su amado. Allí miraba aquellas moradas celestiales de la soberana ciudad de Jerusalén. Veíala llena de luz inmensa, sus calles y plazas que hervían de ciudadanos bienaventurados. Resonaba por aquellos ricos palacios una música, cuya dulzura desmaya,

causada de la suavidad de las voces angélicas, que alaban al gran príncipe del mundo sin cesar un punto.

Cuando consideraba los edificios no hechos por humanas manos, sino por el querer de aquel hermosísimo Dios, no tenía ojos para tanta belleza. Veía la ciudad puesta en cuadro, de grandeza inmensa, cuyos cimientos eran de todas las piedras preciosas que acá conocemos... Los muros resplandecían como el sol, que no se dejaban mirar a los ojos humanos. Había en cada cuadro tres puertas; de suerte que venían a hacer doce; y cada una era de una piedra preciosa. Las torres y almenas eran cubiertas de cristal, que con los lazos que se hacían en ellas de las esmeraldas y rubíes engarzados en oro purísimo, y retocados de la luz y resplandor del verdadero sol que allí resplandece, no hay pensamiento humano que descubra su no pensada hermosura. El suelo, calles y plazas de esta bienaventurada ciudad son de oro limpísimo. Aquí dura siempre una alegre primavera, porque está desterrado el erizado invierno.

No la furia de los vientos combate los empinados árboles, ni la blanca nieve desgaja con su peso las tiernas ramas. Aquí el enfermizo otoño jamás desnuda las de sus hojas verdes arboledas, antes dura una apacible templanza, que conserva en un perfecto sér la frescura de cuanto tiene el cielo. Aquí las flores de los prados celestiales, azules, blancas, amarillas, coloradas y de mil maneras, vencen en resplandor a las esmeraldas, y rubíes, y claras perlas y piedras de Oriente. Aquí las rosas son más hermosas, y de olor más suave que las de los jardines del Jericó; las fuentes más que cristal deshecho; el agua es más dulce, el gusto de las frutas más suave.

Soledad de la Virgen

(P. La Palma)

Entrando, pues, la Virgen en la casa, retiróse a algún lugar apartado de ella, y despidiéndose con lágrimas de aquellas santas mujeres que la habían hecho compañía, se quedó sola a llorar y descansar llorando, y empezó a derramar su corazón en el divino acatamiento con ardentísimos afectos. Contemplaba a su Hijo muerto, al mundo redimido, a Dios aplacado, el camino del cielo abierto, las profecías cumplidas y la sangre del Nuevo Testamento derramada. Repetía con su pensamiento una y muchas veces las dolorosas estaciones de aquel día y experimentaba grandes provechos en su alma con la memoria de ella. El águila real, que solía levantar su

vuelo a lo más alto y clavar los ojos en el sol de hito en hito, estaba ahora abrazada con este cuerpo muerto, gustando su sangre y cebándose en ella, que por todas las heridas manaba de él.

Acordábase de la noche antes, que con tanta ternura y reverencia se había despedido de ellas. Mirábale en el huerto puesto en agonía y tan perseverante en su oración, acompañábale en los tribunales, yendo y viniendo con él los jueces, notaba sus respuestas, admiraba su silencio, penetraba su sentimiento, y reverenciaba su obediencia, y abrazaba su inmensa caridad. Hacía memoria muy por menudo de todo el proceso de aquel día; y como quien sabía estimar este tesoro, ninguna cosa quería perder de él. Compadecíase de sus dolores, miraba su semblante doloroso, oía sus gemidos, estaba atenta a sus palabras y recogía en su alma aquellas preciosas lágrimas que mezcladas con la sangre corrían por su rostro: conservaba estas memorias en su pecho y conferíalas entre sí en su corazón.

Bajaba con su pensamiento al limbo, y hallábase presente a las fiestas de los Santos Padres. Revolvía en su pecho el sepulcro, y miraba los pies y las manos traspasadas, y otra vez la sonaban en los oídos y la herían el corazón los crueles golpes de los martillos que las enclavaron. Miraba la cabeza traspasada con las espinas, los cabellos pegados con la sangre, la barba mesada, las mejillas cárdenas y el pecho descoyuntado, las espaldas llagadas, el costado y el corazón abierto; y daba voces con lágrimas al Padre Eterno para que le resucitase y volviese al cuerpo el alma que, estando para morir, el mismo Hijo suyo, con grande clamor y oyéndole ella, había depositado en sus manos.

Consideraba a los Apóstoles huídos y escondidos, a los demás discípulos que habían creído, escandalizados, y al cuerpo místico de su Hijo no menos herido y despedazado de lo que estaba el natural: y como Madre no menos del uno que del otro, deseaba vida y espíritu para ambos, y recogerlos, abrigarlos y vivificarlos con el calor y amor de sus entrañas.

Diálogos de la Conquista del Reino de Dios

(Fray Juan de los Angeles)

Discípulo: Parece verdaderamente algarabía lo que dice el Apóstol.

Maestro: A lo menos, teología del cielo, y es bien que la entiendas, para que sepas cómo has de conocer la grandeza de Dios en sus criaturas. No seas como aquel varón insipiente que no conoce, y como el necio que no

entiende el lenguaje de Dios en todas ellas. El Santo Profeta dice en un salmo hablando con Dios, *que todas las cosas hizo en sabiduría*; que es como si dijera que en todas las obras que hizo Dios resplandeció su divina sabiduría como resplandecen las cosas que tocan y bañan los rayos del sol. El Eclesiástico dijo: «Que derramó su sabiduría por todas sus obras». No dice que echó gotas de sabiduría, sino que la derramó, y que están bañados de sabiduría. ¿Por ventura no era ésta harta prueba del saber infinito de Dios, para que los hombres le conocieran y le adoraran y amaran sobre todas las cosas? Mas dijo el sabio: «Que de la grandeza de la hermosura y beldad que hay en las criaturas, pudo ser conocido por bellísimo y grandísimo el Criador de ellas». ¿Qué hombre cuerdo hay, dime ahora, que oyendo tocar un arpa suavísimamente, no entienda que algún músico diestro la tañe, y que ella por sí no hace aquella música y consonancia tan perfectas? Pues si quieres atentamente considerar la armonía tan acordada que hacen todas las criaturas entre sí, echarás de ver que son cuerdas acordadísimas de la arpa del universo, y conocerás que hay un supremo gobernador infinitamente sabio, infinitamente poderoso y de bondad infinita. Los cielos cantan y cuentan la gloria de Dios y el firmamento da a entender quién El es. El día es como lengua de las grandezas divinas; y la noche contemplación de ellas. (Diálogo III, § VI).

De la belleza: en qué consiste: sus condiciones, y cómo estas se hallan en Dios

(P. Juan Eusebio Nieremberg, S. J.)

Conviene inquirir la causa por qué se ama tanto lo hermoso... Digo que la causa porque la hermosura corporal agrada, es por ser una sombra y remedo de la razón, por verse en un cuerpo un rasgo y seña de lo que es intelectual y espíritu. De lo cual se puede colegir cómo la verdadera hermosura es la de la razón y espíritu, y así, cuanto más tuviere una cosa de espíritu, de razón y de ser intelectual, tanto más hermosa será; por donde, como Dios es puro espíritu y la misma verdad y razón, y su esencia sea intelección su hermosura será sobre toda amabilidad y belleza.

Para confirmación desto, se ha de advertir que lo que hace más graciosa y amable a la hermosura corporal, es, según todos los filósofos, la proporción de partes bien ordenadas, de suerte que la orden, la cual es propia de la razón, es lo que agrada y hace hermoso, y así no hay hermosura sino en las

cosas en que puede haber orden. Lo hermoso es un resplandor y rayo de lo bueno en las cosas que percibe la vista, el oído o el entendimiento. Por gustoso que sea el olor o el sabor, no hay en él hermosura, porque no hay proporción ni orden. En la vista y en el oído sí, porque hay en sus objetos orden y proporción, conformándose de muchas partes, por la correspondencia que tienen entre sí, un todo agradable y gustosísimo, por el rastro que en esto tienen de razón. Por esta misma causa las naturalezas más capaces o vecinas a la razón, son las que más gustan de la hermosura, y así los animales más brutos y torpes, ni gustan de la música, ni de la arquitectura y aseo, porque no llegan a alcanzar el orden y huella de la razón que en estas cosas hay. Mas los hombres que son capaces de razón, son los que gustan de una música concertada y de una vista compuesta y ordenada, porque la hermosura es *prenda propia de la razón*, jurisdicción del espíritu y *empleo del entendimiento.* Y así la belleza corporal sólo agrada por ser una cifra o borrón de la razón, por el orden y proporción de partes que en sí encierra. Por esto dijeron algunos platónicos que *la hermosura era la razón congruente o concertada;* y a lo gracioso, que acompaña a la hermosura, definieron que era un resplandor exterior de la razón.

Esta gloria de la hermosura de consistir o emparentar con la razón, se puede echar de ver por su contrario, la fealdad, la cual no es otra cosa sino desproporción de miembros, desorden de partes, la cual causa disonancia a la razón, que dicta no estar las cosas en su lugar ni en la composición debida, de modo que la contrariedad a la razón hace las cosas feas, lo cual se echa de ver claramente en la fealdad espiritual y moral, que es el pecado. De donde, por el contrario, se sigue que la verdadera hermosura es la proporción y ajustamiento a la razón, por lo cual no puede haber cosa más hermosa que aquel Ser, que es única reglas de la misma razón. Y en El, no sólo hay orden entre sus atributos, sino unidad, que es sobre toda proporción y orden y razón, y así es sobre toda hermosura. (*De la hermosura de Dios y su amabilidad*, lib. I, cap. 3).

De otra condición de la belleza: el lustre y claridad

(Padre Nieremberg)

Otra calidad de la hermosura señalan muchos filósofos en un cierto género de gracia y resplandor que acompaña a la proporción de partes y las demás propiedades de lo hermoso, con que se hace más apacible y agradable.

Los latinos la llaman *nitor;* mas en romance no hallo tan acomodado vocablo que lo declare, si no es llamándole *lustre,* o dándole el nombre de *claridad,* con que algunos la llaman, para hacerla común a los sentidos capaces della, según Platón, que son la vista y el oído, porque es particular gracia de la música que tenga voces claras, como también de los colores que tengan lustre, resplandor y claridad... Y sin duda la claridad hermosea y agracia mucho, pues el sol, que es astro tan hermoso, no tiene otra parte de hermosura sino su claridad y luz..., que por sí es hermosísima; y así no podía faltar en Dios esta hermosura..., porque a las demás propiedades y causas, por las cuales es infinitamente hermoso, se llega ser El una luz inaccesible y de infinita claridad y agrado. Hermes Trimegistro refiere, en el principio de su *Pimandro,* una revelación que tuvo de Dios, que se le apareció en forma de luz, y le causó una vista admirable: «Veía (dice) un inmenso espectáculo, esto es, parecíame que todas las cosas se habían convertido en luz, la cual vista era maravillosamente suave y gustosa». Y no hay duda sino que sería éste un teatro admirable, si viésemos transformarse en luces todas las cosas, las aves, los animales, los árboles, las hierbas, las piedras, los elementos; pues ne Dios todas estas cosas, esto es, todas las perfecciones dellas, están esmaltadas de luz, o, por mejor decir, son luz, porque su ser divino es una luz inmensa que se extiende por espacios infinitos, comprendiendo en sí, con particular gracia y hermosura, cuantas hermosuras y lindezas hay. Si consideramos las admirables calidades y excelencias de la luz material, veremos que son todas una sombra de la luz sobrenatural e inmensa de Dios. La luz es el ornato y gala del mundo, y la hermosura de la misma hermosura; porque sin luz nada fuera hermoso: es el lustre de los colores, el alma de todo lo visible, la gloria y belleza de los astros, y el vigor de todo este universo, sujeto a generaciones...

La luz fertiliza la naturaleza, y hasta en las entrañas de la tierra se siente su eficacia, aunque no se ve su presencia... Todo esto es un rayo o sombra de Dios, luz inmensa, del cual depende el ser y hermosura de todas las cosas, y sin Dios no hay nada hermoso: El es el que da ser a todo, El es la gloria y lo bueno de todo, y la flor de todo lo perfecto. Es gran argumento de Dios, de su infinita luz y hermosura, la claridad y resplandor que de su perfección derrama en las criaturas. Por lo cual dijeron los *platónicos* que las hermosuras de las cosas criadas eran sólo un resplandor del rostro divino..., unos muy pequeños arroyuelos que, como de fuente original, proceden de aquella hermosura infinita... Todo lo hermoso de las criaturas, pues es limitado, tiene algo de no hermoso, y mucho de necesidad y pobreza,

no teniendo ser de sí, ni de suyo más que la nada. Y de cualquiera manera, en comparación del Sumo Ser increado y de la esencial bondad y hermosura del Criador, es la criatura más perfecta como si no fuera, y su bondad como si no fuera bondad, y su hermosura no es hermosura. (*Ibid.*, cap. 16).

GENERO HISTORICO

Entrada de los Reyes Católicos en Granada

Historia de España

(P. Mariana, S. J.)

Consta que el rey Chiquito, avisado por el peligro pasado y por miedo que entre tanto que los días que tenían concertados para entregar la ciudad se pasasen, podrían de nuevo resultar revoluciones y novedades, sin dilación envió una carta al rey don Fernando con un presente de dos caballos castizos, una cimitarra y algunos jaeces. Avisábale de lo que pasara en la ciudad, del alboroto del pueblo, que convenía usar de presteza para atajar novedades, viniese aína, pues pequeña tardanza muchas veces suele ser causa de grandes alteraciones. Finalmente, que muy en buena hora, pues así era la voluntad de Dios, el día siguiente le entregaría el Alhambra y el reino como a vencedor, de su mano misma, que no dejase de venir como se lo suplicaba.

Esta carta llegó a los reales el día de año nuevo, la cual como el rey don Fernando leyese, bien se puede entender cuánto fué el contento que recibió. Ordenó que para el día siguiente, que es el que en Granada se hace la fiesta de la toma de aquella ciudad, todas las cosas se pusiesen en orden. El mismo, dejado el luto que traía por la muerte de su yerno don Alonso, príncipe de Portugal, vestido de sus vestiduras reales y paños ricos, se encaminó para el castillo y la ciudad con sus gentes en ordenanza y armados como para pelear, muy lucida compañía y para ver. Seguíanse poco después la Reina y sus hijos, los grandes, arreados de brocados y sedas de gran valor. Con esta pompa y repuesto al tiempo que llegaba el Rey cerca del alcázar, Boabdil, el rey Chiquito, le salió al encuentro acompañado de cincuenta de a caballo. Dió muestra de quererse apear para besar la mano real del vencedor; no se lo consintió el Rey. Entonces, puestos los ojos en tierra y con rostro poco alegre: «Tuyos, dice, somos, Rey invencible; esta ciudad y reino te entregamos, confiados usarás con nosotros de clemencia y templanza». Dichas estas palabras, le puso en las manos las llaves del castillo. El Rey las dió a la Reina, y la Reina al Príncipe, su hijo; de él las tomó don Iñigo de Mendoza, Conde de Tendilla, que tenía el Rey señalado para la tenencia

de aquel castillo y por capitán general en aquel reino, y a don Pedro de Granada por alguacil mayor de la ciudad, y a don Alonso, su hijo, por general de la armada de la mar.

Entró, pues, con buen golpe de a caballo en el castillo. Seguíale un buen acompañamiento de señores y eclesiásticos. Entre éstos los que más se señalaban eran los prelados de Toledo y de Sevilla, el maestre de Santiago, el Duque de Cádiz, fray Hernando de Talavera, de Obispo de Avila electo por Arzobispo de aquella ciudad, el cual, hecha oración como es de costumbre en acción de gracias, juntamente puso el guión que llevaba delante de sí el Cardenal de Toledo, como primado, en lo más alto de la torre principal y del homenaje, a los lados dos estandartes, el real y el de Santiago. Siguióse un grande alarido y voces de alegría, que daban los soldados y la gente principal. El Rey, puestos los hinojos con grande humildad, dió gracias a Dios por quedar en España desarraigado el imperio y nombre de aquella gente malvada, y levantada la bandera de la cruz en aquella ciudad, en que por tanto tiempo prevaleció la impiedad con muy hondas raíces y fuerza. Suplicábale que con su gracia llevase adelante aquella merced y fuese durable y perpetua.

Acababa la oración, acudieron los grandes y señores a darle el parabién del nuevo reino, e hincada la rodilla, por su orden le besaron la mano. Lo mismo hicieron con la Reina y con el Príncipe, su hijo. Acabado este auto, después de yantar, se volvieron con el mismo orden a los reales por junto a la puerta más cercana a la ciudad. Dieron al rey Chiquito el valle de Purchena, que poco antes se ganó en el reino de Murcia de los moros, y señaláronle rentas con que pasase, si bien no mucho después se pasó a Africa; que los que se vieron reyes no tienen fuerzas ni paciencia bastante para llevar vida de particular. Quinientos cautivos cristianos, según que tenían concertado, fueron sin rescate puestos en libertad. Estos en procesión, luego el otro día después de misa, se presentaron con toda humildad al Rey. Daban gracias a los soldados por aquel bien que les vino por su medio. Alababan lo mucho que hicieron por el bien de España, por ganar prez y honra y por el servicio de Dios; llamábanlos reparadores, padres y vengadores de la patria. No pareció entrar en la ciudad antes de estar para mayor seguridad apoderados de las puertas, torres, baluartes y castillos; lo cual todo hecho, el cuarto día adelante, por el mismo orden que la primera vez, entraron en la ciudad.

En los templos que para ello tenían aderezados cantaron himnos en acción de gracias; capitanes y soldados a porfía engrandecían la majestad

de Dios por las victorias que les dió unas sobre otras y los triunfos que ganaron de los enemigos de los cristianos. Los Reyes don Fernando y doña Isabel con los arreos de sus personas, que eran muy ricos, y por estar en lo mejor de su edad y dejar concluída aquella guerra y ganado aquel nuevo reino, representaban mayor majestad que antes. Señalábanse entre todos, y entre sí eran iguales; mirábanlos como si fueran más que hombres y como dados del cielo para la salud de España. A la verdad ellos fueron los que pusieron en su punto la justicia, antes de su tiempo estragada y caída. Publicaron leyes muy buenas para el gobierno de los pueblos y para sentenciar los pleitos. Volvieron por la religión y por la fe, fundaron la paz pública, sosegadas las discordias y alborotos, así de dentro como de fuera. Ensancharon su señorío, no solamente en España, sino también en el mismo tiempo se extendieron hasta lo postrero del mundo. Lo que es mucho de alabar, repartieron los premios y dignidades, que los hay muy grandes y ricos en España no conforme a la nobleza de los antepasados ni por favor de cualquier que fuese, sino conforme a los méritos que cada uno tenía, con que despertaron los ingenios de sus vasallos para darse a la virtud y a las letras.

D. Pelayo en Covadonga

(P. Juan de Mariana)

Con el aviso de que venía Alcama, los soldados cristianos se atemorizaron grandemente, y como suele acontecer, los que más blasonaban antes del peligro, y más desgarros decían, al tiempo del menester se mostraban más cobardes. La memoria de las cosas pasadas y la perpetua felicidad de los bárbaros los amedrentaba, y a manera de esclavos parecía que apenas podrían sufrir la vista de los enemigos. Grande era el peligro en que todas las cosas se hallaban. El socorro de Dios y de los santos abogados de España, el esfuerzo y prudencia de don Pelayo ampararon a los que estaban faltos de ayuda, fuerzas y consejo. Fuera locura hacer rostro y contrastar con aquella gente desarmada y ciscada de miedo al enemigo feroz y espantable por tantas victorias como tenía ganadas. Para esto don Pelayo repartió los demás soldados por los lugares comarcanos, y él con mil, que escogió de toda la masa, se encerró en una cueva, ancha y espaciosa del monte Auseva, que hoy se llama la cueva de Santa María de Covadonga. Apercibióse de provisión para muchos días; proveyóse de armas ofensivas y defensivas, con intento de defenderse si le cercasen, y aun si se ofreciese ocasión, hacer alguna salida contra los enemigos. Los moros, informados de lo que pretendía don

Pelayo, por la huella fueron en su busca, y en breve llegaron a la puerta y entrada de la cueva. Deseaban excusar la pelea y el combate, que no podía ser sin recibir daño en aquellas estrechuras.

. . . .

Por la respuesta y palabras de don Pelayo se entendió la resolución que todos tenían de vencer o morir en la demanda, pues apretados de tantas maneras, demás desto convidados con el perdón, no se querían entregar ni daban oído a ningún partido. Fué, pues, forzoso venir a las manos y hacer fuerza a los cercados. Combatieron con todo género de armas y con un granizo de piedras la entrada de la cueva; en que se descubrió el poder de Dios, favorable a los nuestros y a los moros contrario, ca las piedras, saetas y dardos que tiraban, revolvían contra los que los arrojaban, con grande estrago que hacían en sus mismos dueños. Quedaron los enemigos atónitos con tan gran peligro: los cristianos, animados y encendidos con la esperanza de la victoria, salen de su escondrirjo a pelear, pocos en número, sucios y de mal talle: la pelea fué de tropel y sin orden; cargaron sobre los enemigos con grande denuedo, que enflaquecidos y pasmados con el espanto que tenían cobrado, al momento volvieron las espaldas. Murieron hasta veinte mil dellos en la batalla y en el alcance: los demás desde la cumbre del monte Auseva, donde al principio se recogieron, huyendo pasaron al campo Libanense por do corre el río Deva. Allí sucedió otro milagro, y fué que cerca de una heredad, que deste suceso (como yo pienso) se llamó Causegadía, una parte de un monte cercano con todos los que en él estaban, de sí mismo se cayó en el río, y fué causa que gran número de aquellas bárbaros pereciesen. Duró por largo tiempo que se cavaban y descubrían en aquellos lugares pedazos de armas y huesos (en especial cuando en las crecientes del invierno las aguas comen las riberas) para muestra de aquella grande matanza. Pocos escaparon, Alcama pereció en la pelea, el Obispo don Opas fué preso; entiéndese, aunque los historiadores lo callan, que conforme a las leyes de la guerra pagó con la vida: cosa muy verosímil por la grandeza de sus maldades y por no hallarse más mención dél en la historia adelante. (*Historia de España*, lib. VII, 2).

Batalla de Otumba

(Solís)

Al vencer la cumbre, se descubrió un ejército poderoso, cuyo frente llenaba todo el espacio del valle, pasando el fondo los términos de la vista:

último esfuerzo del poder americano, que se componía de varias naciones, como lo denotaban la diversidad y separación de insignias y colores. Dejábase conocer en el centro de la multitud el capitán general del imperio en unas andas vistosamente adornadas; que sobre los hombros de los suyos le mantenían superior a todos, para que se temiese, al obedecer sus órdenes, la presencia de los ojos. Traía levantado sobre la cuja el estandarte real, que no se fiaba de otra mano, y solamente se podía sacar en las ocasiones de mayor empeño: su forma, una red de oro macizo, pendiente de una pica, y en el remate muchas plumas de varios tintes, que uno y otro contendría su misterio de superioridad sobre los otros jeroglíficos de las insignias menores.

Reconocida por todo el ejército la nueva dificultad a que debían preparar el ánimo y las fuerzas, volvió Hernán Cortés a examinar los semblantes de los suyos; con aquel brío natural que hablaba sin voz a los corazones y hallándolos más cerca de la ira que de la turbación: «Llegó el caso, dijo, de morir o vencer: la causa de nuestro Dios milita por nosotros». Y no pudo proseguir, porque los mismos soldados le interrumpieron, clamando por la orden de acometer, con que sólo se detuvo en prevenirlos de algunas advertencias que pedía la ocasión. Apellidando, como solía, unas veces a Santiago, y otras a San Pedro, avanzó prolongada la frente del escuadrón, para que fuese unido el cuerpo del ejército con las alas de la caballería, que iba señalada para defender los costados, y asegurar las espaldas. Dióse tan a tiempo la primera carga de arcabuces y ballestas, que apenas tuvo lugar el enemigo para servirse de las armas arrojadizas. Hicieron mayor daño las espadas y las picas, cuidando al mismo tiempo los caballos de romper y desbaratar las tropas que se inclinaban a pasar de la otra banda, para sitiar por todas partes el ejército. Ganóse alguna tierra de este primer avance. Los españoles no daban golpe sin herida, ni herida que necesitase de segundo golpe. Los tlascaltecas se arrojaban al conflicto con sed rabiosa de sangre mexicana; y todos tan dueños de su cólera, que mataban con elección, buscando a los que parecían capitanes. Pero los indios peleaban con obstinación, acudiendo menos unidos que apretados, a llenar el puesto de los que morían, y el mismo estrago de los suyos era nueva dificultad para los españoles, porque se iba cebando la batalla con gente de refresco. Retirábase al parecer todo el ejército, cuando cerraban los caballos y salían a la vanguardia las bocas de fuego, y volvía con nuevo impulso a cobrar el terreno perdido, moviéndose a una parte y otra la muchedumbre con tanta velocidad que parecían un mar proceloso de gente la campaña, y no lo desmentían los flujos y reflujos.

Peleaba Hernán Cortés a caballo, socorriendo con su tropa los mayores

aprietos, y llevando con su lanza el terror y el estrago al enemigo; pero le traía sumamente cuidadoso la porfiada resistencia de los indios, porque no era posible que se dejasen de apurar las fuerzas de los suyos en aquel género de continua operación; y discurriendo en los partidos que podría tomar para mejorarse, o salir al camino, le socorrió en esta congoja una observación de las que solía depositar en su cuidado, para servirse de ellas en la ocasión. Acordóse de haber oído referir a los mexicanos, que toda la suma de sus batallas consistía en el estandarte real, cuya pérdida o ganancia decidía de sus victorias, o las de sus enemigos; y fiado en lo que se turbaba y descomponía el enemigo al acometer de los caballos, tomó resolución de hacer un esfuerzo extraordinario para ganar aquella insignia sobresaliente que ya conocía. Llamó a los capitanes Gonzalo de Sandoval, Pedro de Alvarado, Cristóbal de Olid y Alonso Dávila, para que le siguiesen y guardasen las espaldas con los demás que asistían a su persona, y haciéndoles una breve advertencia de lo que debían obrar para conseguir el intento, embistieron a poco más de media rienda por la parte que parecía más flaca, o menos distante del centro. Retiráronse los indios, temiendo, como solían, el choque de los caballos, y antes que se cobrasen al segundo movimiento, se arrojaron a la multitud confusa y desordenada con tanto ardimiento y desembarazo, que rompiendo y atropellando escuadrones enteros, pudieron llegar, sin detenerse, al paraje en que asistía el estandarte del imperio con todos los nobles de su guardia; y entre tanto que los capitanes se desembarazaban de aquella numerosa comitiva, dió de los pies a su caballo Hernán Cortés, y cerró con el capitán general de los mexicanos, que al primer bote de su lanza cayó mal herido por la otra parte de las andas. Habiéndole ya desamparado los suyos, y hallándose cerca un soldado particular, que se llamaba Juan de Salamanca, saltó de su caballo, y le acabó de quitar la poca vida que le quedaba, con el estandarte que puso luego en manos de Cortés...

Apenas le vieron aquellos bárbaros en poder de los españoles, cuando abatieron las demás insignias, y arrojando las armas, se declaró por todas partes la fuga del ejército, corriendo despavoridos a guarecerse en los bosques y maizales. Cubriéronse de tropas amedrantadas los montes vecinos, y en breve rato quedó por los españoles la campaña. Siguióse la victoria con todo el rigor de la guerra, y se hizo sangriento destrozo en los fugitivos. Importaba deshacerlos, para que no se volviesen a juntar, y mandaba la irritación lo que aconsejaba la conveniencia. Hubo algunos heridos entre los de Cortés de los cuales murieron en Tlascala dos o tres españoles; y el mismo Cortés salió con un golpe de piedra en la cabeza, tan violento, que abollando las

armas, le rompió la primera túnica del cerebro, y fué mayor el daño de la contusión. Dejóse a los soldados el despojo, y fué considerable, porque los mexicanos venían prevenidos de galas y joyas para el triunfo. Dice la historia que murieron veinte mil en esta batalla; siempre se habla por mayor en semejantes caso, y quien se persuadiere que pasaba de doscientos mil hombres el ejército vencido, hallará menos disonancias en la proporción del primer número.

Ignacio en el Castillo de Pamplona

(P. Ribadeneira, S. J.)

El año 1521, estando los franceses sobre el castillo de Pamplona, que es cabeza del reino de Navarra, y apretando el cerco cada día más, los capitanes que estaban dentro, estando ya sin ninguna esperanza de socorro, trataron de rendirse, y pusiéranlo luego por obra, si Ignacio no se lo estorbara, el cual pudo tanto con sus palabras, que los animó y puso coraje para resistir hasta la muerte al francés. Mas como los enemigos no aflojasen punto de su cerco, y continuamente con cañones reforzados batiesen el castillo, sucedió que una bala de una pieza dió en aquella parte del muro donde Ignacio valerosamente peleaba, la cual le hirió en la pierna derecha, de manera que se la desjarretó y casi desmenuzó los huesos de la canilla. Y una piedra del mismo muro, que con la fuerza de la pelota resurtió, también le hirió malamente la pierna izquierda. Derribado por esta manera Ignacio, los demás, que con su valor se esforzaban, luego desmayaron, y desconfiados de poderse defender, se dieron a los franceses; los cuales llevaron a Ignacio a sus reales, y sabiendo quién era, y viéndole tan mal parado, movidos de compasión, le hicieron curar con mucho cuidado.

Situación de Barcelona

(Francisco M. de Melo)

Barcelona (dicha de Ptolomeo *Barchino*), antigua cabeza de su condado y metrópoli ahora de toda la tierra llamada Cataluña, creen sus historiadores ser fundación de Hércules Líbico, bien que algunos, más atentos a la verdad que a la gloria, juzgan ser obra de Barcino, como su nombre parece lo

da a entender. Frecuentáronla y engrandecieron los cartagineses y romanos, que un tiempo la llamaron Favencia, y no menos los godos por la comodidad que ofrecía su puerto al comercio de Africa, Italia, y España. Agro Laletano decían los antiguos a la campaña donde yace tendida en una vega no muy dilatada, pero hermosamente cubierta y abundante, que se comprende entre los dos ríos Llobregat, que es el Robricato a la parte de Poniente; y Besós, que fué el Bétulo, a la de Levante; y aunque no muy vecinos, sirven de fertilizar su tierra. Cíñenla en forma de arco más que medianamente corvo unas montañas, terminadas de una y otra punta en el mar, que puede servir de cuerda al arco de las serranías por la línea de su horizonte, el cual cierra el arco de un extremo a otro hacia Mediodía. Sube desde el agua por la punta occidental, caminando al Septentrión, un promontorio que después de parar en una mediana eminencia, va cayéndose de esa otra parte en más dilatada cuesta: este es el monte llamado Monjuich, que algunos quieren signifique monte de Jove, en memoria de que los gentiles habían allí fabricado a su Júpiter aras y templo. Otros le interpretan monte de los judíos, por ser en algún tiempo cementerio de aquella gente... Abriga a la ciudad por aquella parte de la fuerza de los vientos ponientes, y ayuda a su sanidad reparándola del vapor de ciertas lagunas que están desotro lado de la montaña; pero cuanto sirve a la salud, desordena su defensa. No sube mucho: pero levántase a aquella altura que basta para quedar eminente a toda la ciudad, de la cual apartado poco más de mil pasos, ofrece contra ella acomodada batería. Guardó aquel sitio sin defensa alguna la confianza o la ignorancia de los pasados. Sólo habían fabricado en los más alto una pequeña torre, que servía de atalaya al mar y puerto: pero recelosos ya de la potencia del Rey, que los amenazaba desde los primeros alborotos, entendieron en fortificar aquella parte dañosa notablemente... (*Historia de los movimientos, separación y guerra de Cataluña*, lib. V).

La toma de Galera

(D. Hurtado de Mendoza)

Salió don Juan de Austria de Baza con su campo para Galera, adonde puso su cerco, enviando a reconocella; y considerando primero el daño que de un castillo que estaba en la parte alta les podía venir, se trató de minalla; y habiendo hecho algunas minas, les pusieron fuego, con que cayó un gran

pedazo del muro con muerte de algunos de los moros cercados. Algunos soldados de los nuestros, de ánimos alborotados, arremetieron luego por medio del humo y confusión, sin aguardar tiempo ni orden conveniente, a los cuales siguieron otros muchos y al fin gran parte del ejército, procurando embestir la fortaleza por el destrozo que las minas habían hecho, todo sin hacer efecto, por estar un peñón delante. Los enemigos estaban puestos en armas y haciendo a su salvo mucho daño en los cristianos con muchas rociadas de arcabuces y flechas, sin ser necesaria la puntería, porque no echaban arma que diese en vacío, sin que esto fuese parte para hacer retirar los ánimos obstinados de los soldados, ni ninguna prevención ni diligencia de oficiales y capitanes; tanto, que necesitó a don Juan de Austria a ponerse con su persona al remedio del daño, y no con poco peligro de la vida, porque andando con suma diligencia y valor persuadiendo a los soldados que se retirasen, sin olvidarse de las armas fué herido en el peto con un balazo, que aunque no hizo daño en su persona, escandalizó mucho a todo el campo, particularmente a su ayo Luis Quijada, que nunca le desamparaba, cuyas persuasiones obligaron a don Juan a retirarse, por el inconveniente que se sigue en un ejército del peligro de su general. Mas ordenó al capitán don Pedro de Ríos y Sotomayor que con diligencia hiciese retirar la gente porque no se recibiese más daño; el cual entró por medio de los nuestros con una espada y rodela, a tiempo que se conocía alguna mejoría de nuestra parte, diciendo: «Afuera, soldados, retirarse afuera; que así lo manda nuestro príncipe». Había ya cesado algún tanto el alarido y voces, de suerte que se oían claro las cajas a recoger, y todo junto fué parte para que tuviese fin este asalto tan inadvertido. Aquí se mostró buen caballero don Gaspar de Sámano y Quiñones, porque habiendo con grande esfuerzo y valentía subido de los primeros en el lugar más alto del muro y sustentado con la mano el cuerpo para hacer un salto dentro, le fueron cortados los dedos por un turco que se halló cerca dél; sin que esto le perturbase nada de su valor, echó la otra mano y porfió a salir con su intento y saltar del muro adentro; mas no dándole lugar los enemigos, le fué resistido de manera que dieron con él del muro abajo. No fué parte este daño para que a los nuestros les faltase voluntad de continuarle segunda vez otro día y así lo pidieron a don Juan; el cual, pareciéndole no ser bien poner su gente en más riesgo con tan poco fruto, y tratándose en consejo, mandó que hiciesen un par de minas para que en este tiempo se entretuviesen y descansasen los soldados. Acabadas las minas, mandó don Juan que se encendiesen la una una hora antes que la otra. Hízose, y la primera rompió catorce brazas de muralla, aunque con poco daño de los

cercados por estar prevenidos en el hecho; así, seguros de más ofensa, se opusieron a la defensa de lo que estaba abierto, unos trayendo tierra, madera y fagina para remediarlos, y otros procurando ofender con mucha priesa de tiros continuos; y estando en esto sucedió luego la otra mina que derribando todo lo de aquella parte, hizo gran estrago en los enemigos, y tras esto, cargando la artillería de nuestra parte, se comenzó el asalto muy riguroso porque no teniendo los moros defensa que los encubriese y amparase, eran forzados a dejar el muro con pérdida de muchas vidas; adonde se mostró buen caballero por su persona don Sancho de Avellaneda, herido del día antes, haciendo muchas muestras de gran valor entre los enemigos, hasta que de un flechazo y una bala, todo junto, murió. Siguióse la victoria por nuestra parte hasta que del todo se rindió Galera, sin dejar en ella cosa que la contrastase que todo no lo pasasen a cuchillo. Repartióse el despojo y presa que en ella había, y púsoso el lugar a fuego, así por no dejar nido para rebelados, como porque de los cuerpos muertos no resultase alguna corrupción, lo cual, todo acabado, ordenó don Juan que el ejército marchase para Baza, donde fué recibido con mucho regocijo.

Victoria de los catalanes y aragoneses en las faldas del monte Tauro

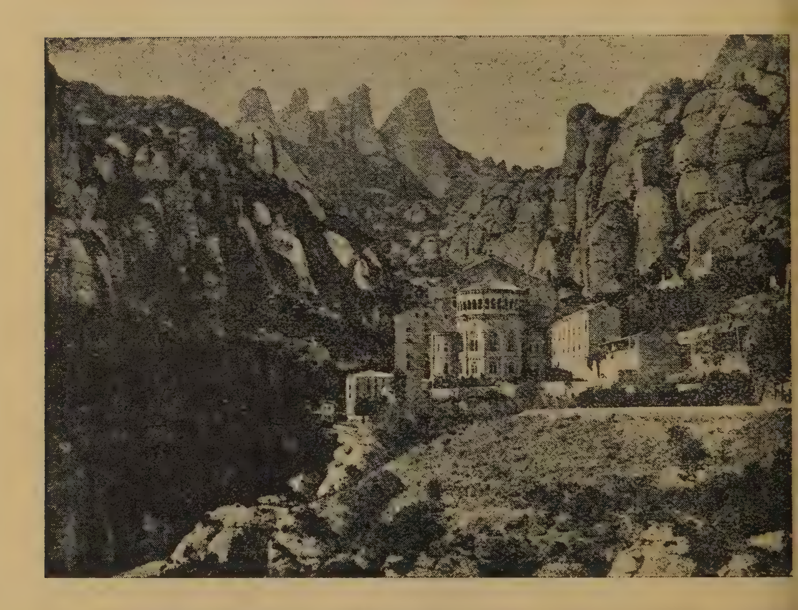
(D. Francisco de Moncada)

Poco antes que llegasen a las faldas del monte Tauro, que divide la provincia de Cilicia de Armenia la menor, hicieron alto, y trataron de que primero se reconociesen las entradas y pasos peligrosos, sospechando siempre, como sucedió, que el enemigo no les aguardase. En tanto que esto se consultaba, nuestra caballería, que reconocía la campaña, descubrió el ejercito enemigo, que aguardaba el nuestro entre los valles de las faldas del monte. Tocóse arma en ambos ejércitos; y los turcos viéndose descubiertos y que su traza había salido vana y sin fruto, se resolvieron luego de salir a lo llano, y acometer a los nuestros, que venían algo fatigados del camino, antes que pudiesen descansar ni mejorar de puesto. Había en el campo de los turcos veinte mil infantes y diez mil caballos, y la mayor parte de ellos eran de los que habían escapado de las rotas pasadas. Tendióse su caballería por el lado izquierdo, y la infantería por el derecho, la vuelta del campo cristiano. Opúsose Roger con su caballería a la del enemigo, que por la frente y costado cerró con la nuestra. Rocafort, con su infantería, y Marulli, hizo lo mismo, habiendo primero los almugávares hecho su señal acostum-

brada en los encuentros más árduos, que era dar con las puntas de las espadas y picas por el suelo, y decir: *Despierta, hierro;* y fué cosa notable lo que hicieron aquel día, que antes de vencer se daban unos a otros la norabuena, y se animaban con cierta confianza del buen suceso.

Trabóse la batalla en puesto igual para todos, con grandes y varias voces, peleándose valerosamente, porque pendía la vida y la libertad de entrambas partes de la victoria de aquel día. Si los nuestros quedaran vencidos, por ser poco prácticos en la tierra y tener tan lejos la retirada, fuera cierta su muerte, o lo que se tuviera por peor, quedar cautivos en poder de aquéllos bárbaros ofendidos. Los turcos tenían también igual peligro; porque los naturales de aquellas provincias cristianas adonde estaban, viéndolos rotos o vencidos, los acabaran sin duda, satisfaciendo en ellos una justa venganza. En el primer encuentro, por la multitud y número infinito de los bárbaros, se corrió gran riesgo y estuvo la victoria muy dudosa; pero cobraron nuevo ánimo y vigor; porque los capitanes repitieron segunda vez el nombre de Aragón, y desde entonces parece que esta voz infundió en los enemigos temor, y en los nuestros un esfuerzo nunca visto. Y como ya de una y otra parte se había llegado a los golpes de alfanjes y espadas, en que los nuestros tenían tanta ventaja por las armas defensivas, luego se comenzó a inclinar la victoria por nuestra parte. Los catalanes ejecutaban en los vencidos su rigor y furia acostumbrada en las guerras contra los infieles; que aquel día en los turcos todo fué desesperación, ofreciéndose a la muerte con tanta determinación y gallardía, que no se conoció en alguno de ellos muestras de quererse rendir, o fuese por estar resuelto de morir como gente de valor, o porque desesperaron de hallar en los vencedores piedad. En tanto que sus brazos pudieron herir, siempre hicieron lo que debían, y cuando desfallecían, con el semblante y los ojos mostraban que el cuerpo era vencido, no el ánimo. Los nuestros no contentos de haberlos hecho desamparar el campo, los siguieron con el mismo rigor que pelearon en la batalla. La noche y el cansancio de matar dió fin al alcance. Estuvieron hasta la mañana con las armas en la mano. Salido el sol, descubrieron la grandeza de la victoria; grande silencio en todas aquellas campañas, teñida la tierra en sangre, por todas partes montones de hombres y caballos muertos, que afirma Montaner que llegaron a número de seis mil caballos y doce mil infantes, y que aquel día se hicieron tantos y tan señalados hechos de armas, que apenas se pudieran ver mayores; y con encarecer esto no refiere alguno en particular, con grande injuria y agravio de nuestros tiempos, pues tales hazañas merecieran perpetua memoria.

Quedó con tantos bríos nuestra gente después de esta victoria, y tan perdido el miedo a las mayores dificultades, que pedían a voces que pasasen los montes y entrasen en la Armenia, porque querían llegar hasta los últimos fines del Imperio romano, y recuperar en poco tiempo lo que en muchos siglos perdieron sus emperadores; pero los capitanes templaron esta determinación tan temeraria, midiendo, como era justo, sus fuerzas con la dificultad de la empresa. (*Expedición de los catalanes y aragoneses.*— lib. I, cap. 17).



Montserrat

INDICE

ANTOLOGIA DE LA EDAD MEDIA



IMPRIMI POTEST

Raimundus Lloberola, S. J.

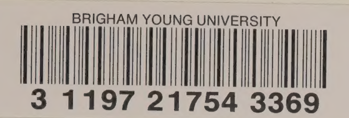
Praepos. Prov. Chil.- Argen.

Bonis Auris, 7 Feb. 1929

IMPRIMATUR

Ernestus Palacios, Vic. Gen.

Jacobopoli, 22 Feb. 1929


BRIGHAM YOUNG UNIVERSITY
3 1197 21754 3369